

FRANCISCO UMBRAL

# Madrid

TRIBU URBANA

Del socialismo a don Froilán



Entre las memorias, el diario íntimo o público, el ensayismo, la narración y el cartelismo, Francisco Umbral habla de ese territorio tan frecuentado en su obra que es Madrid. Acotado el territorio en esa ciudad mora, el libro discurre como una columna/río, ilustrado de nombres y sucesos, acuciado de actualidades y fugitividades que permanecen y duran. Su tono es a la vez político, social, intelectual, callejero, cotidiano, festivo, monárquico y republicano, pero siempre vivo y muy puesto. Es la España del último cuarto de siglo, actualísima y urgente, amoral o moral, contada sin urgencia, despacito, en libertad y con buena letra. Porque una ciudad es toda una galaxia si la miramos con amor y capacidad de asombro.



Francisco Umbral

# Madrid, tribu urbana

Del socialismo a don Frollán

ePub r1.0

Titivillus 02.03.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Madrid, tribu urbana*  
Francisco Umbral, 2000  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

No saldrás de Madrid en veinte siglos.  
DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL

## Atrio

De Madrid hay que recordar siempre que fue moro.

RAMÓN

Entre las memorias, el diario íntimo, el diario público, el ensayismo, la narración y el cartelismo me ha salido de entre las manos este libro de ambición parcial, aunque de apariencia y volumen total. Cada día tiende uno más a la escritura en libertad, a la prosa que nos trae el día, como un ramo de flores hospicianas, frescas, húmedas y baratas.

Y no creo que esto sea achaque de los años —demasiados tengo: años y achaques—, sino liberación y madurez, ruptura mansa, nada espectacular, con los géneros convencionales, con la comercialidad y el pacto. Un escritor en progresión camina siempre hacia mayores libertinajes de pensamiento y estilo, dejando atrás el compromiso burgués de lo que quiere el gran público, que es público porque ni siquiera sabe lo que quiere.

Madrid, como tribu urbana de origen moro y herborización plural, ha sido uno de los temas más repetidos de mi vida, porque una ciudad o un pueblo es toda una galaxia si la miramos con amor y capacidad de asombro, esa segunda ingenuidad que no se debe perder nunca, como la primera, que es directamente la infancia. Madrid, mirado como un pueblo moro, que es lo que nos recuerda Ramón, tiene muy buenos viajes de agua y por eso es ciudad arbolada en la meseta, y parece emerger de un bosque. Madrid duda siempre entre el Jardín Botánico y el Guadarrama, y de esa duda vamos viviendo los madrileños.

Un tema, un tono y un territorio acotado. Con eso basta para ponerse a escribir cuando uno es algo escritor. El tema es la vida que corre aún por los canalillos moros, esta ciudad con olor a regadío y cultura de regadío. El tono, ay, lo ha de poner uno, y es nada menos que el estilo, que ahora llaman «escritura» para no asustar. La voz y el estilo hacen al prosista y al cantante (Sinatra). Pero hoy los del oficio no escriben sino que redactan, y, en cuanto a la voz, todos escriben afónico, o casi todos. En cuanto al territorio acotado, previsiblemente es Madrid, o más bien el tiempo madrileño, su tempero político, social, intelectual, callejero, cotidiano, festivo, monárquico a días, republicano a días, vivo siempre y muy puesto, como la ciudad ha demostrado a lo largo de la historia. Acotar un tiempo —el espacio se acota solo— y escribir todos los días. Ni un día sin línea, ni un día sin periódicos, ni un día sin pan, ni un día sin amor. De todo esto se encuentra lleno mi libro, profundamente unitario en el tiempo y en el espacio, en el clima moral o amoral de España, pero de asunto cambiante y variaciones sobre el mismo tema, sobre el mismo tomo.

Este asunto de la vida le interesa a uno —y le interesa al público, a juzgar por la audiencia de los media— más que el asunto de la tía María y la hija que le salió un poco puta. No un Madrid galdobarojiano sino un Madrid directamente moro, con más acotaciones proustianas que costumbristas. La columna de periódico me ha dado un género literario: el libro como una columna/río, largo, ancho, interminable, ilustrado de nombres y sucesos, acuciado de actualidades y fugitividades que permanecen y duran. Una columna de más de cuatrocientas páginas y la España actualísima y urgente contada sin urgencia, despacito y buena letra.

Recordemos que somos un poco moros, tanto que ahora los moros están volviendo. Su tiempo de arena y pereza es el nuestro. Y el que a ti te deseo, perezoso lector, infame y fulgente amigo que todavía lees y me lees.

FRANCISCO UMBRAL  
La Dacha, 2000

## **PRIMERA PARTE**

# **Adolfo Suárez, el hombre que susurraba a los caudillos**

El que no se atreva a innovar que no se atreva tampoco a escribir.

ORTEGA

Mi pueblo se asomaba a la carretera y yo también me asomé para ver el entierro de Franco camino del Valle de los Caídos, formidable y espantosa máquina decorada o amueblada por mi amigo Juan de Ávalos, a quien se decía comunista de antes de la guerra, y cuyas figuras gigantescas y alegóricas del Valle parecían seguir pesándole en el alma con toda su belleza, con todo su tonelaje de anatomía y piedra.

Juan, que anda por los noventa años, si vive cuando salga este libro —Dios, su Dios, quiera que sí—, es el hombre más importante que yo he conocido en la empresa del Valle, pero también he conocido al menos importante, Damián Rabal, un preso que hacía redención de penas por el trabajo —aquella caridad cruel de la dictadura—, hasta que un día tiró la piqueta y se escapó en camisa.

—Umbral, yo pasé en un día de los chicharros al caviar.

No sé cómo fue, pero nunca le pillaron. Hacia el final del cortejo iba un caballo ruano, solo y desmontado, con los estribos ociosos y bamboleantes.

—Es el caballo de Franco. Kennedy también lo llevaba en su entierro.

Esto es lo que decía la gente. Uno busca siempre imágenes plásticas de la grandeza o la miseria, que las ideas ya vienen solas. Pero una idea no tiene vida ni eficacia mientras no encarna en una figura. Lo del caballo, verdad o no, me daba lugar para desarrollar analógicamente un artículo a la muerte del viejo, más noble el bruto que el jinete, aunque también dijeron que el caballo era de un soldado que se desmayó.

La grupa de aquel caballo es la última imagen que me queda de una dictadura que vivió casi íntegra. La gente lo miraba todo en silencio, aún no se atrevían a pensar en voz alta, y hacían bien, el pueblo tiene el instinto del peligro, del poder, y la imaginación suficiente como para engrandecer un caballo y hacerle pasar a la Historia. Mi amigo Rafael Alberti me decía que el arte popular no existe, que sólo es la ceniza de algo minoritario y exquisito que se ha perdido.

—Pero eso, Rafael, va contra tu credo comunista, estás negando al pueblo y su capacidad creadora.

—Estoy hablando, simplemente, de los orígenes del flamenco y el jondo, y de eso sé más que tú.

Cuando empiezo a escribir estas memorias acabamos de enterrar a Alberti, que va a ser, con Lorca y Franco, la trilogía mítica de la España moderna. Dos poetas y un asesino. La trilogía está descompensada, pero pienso que Franco sería el Padre, Lorca el Hijo sacrificado y Alberti el Espíritu Santo, la paloma que se equivocaba.

Desapareció el cortejo, volvimos a nuestras tareas en el pueblo y parecía como si la vida volviese a enhebrarse, después de casi medio siglo, y en la mañana gris se hizo una paz de rebaños, un tránsito de cabras, unos balidos que ensanchaban el tiempo y el espacio, un retal pobre de la existencia cosido a otro retal. Franco nos había mandado y humillado muchos años, pero en cuanto se lo llevaron la vida volvía a encontrar sus viejos cauces, el agua corría en libertad y los sonidos de la aldea —para mí sólo aldea de verano— golpeaban sobre el ferrocarril de mi máquina de escribir.

El rumor de los carros, el campaneo de la herrería, el aroma viajero de la panadería, una voz femenina llamando a alguien, a través del pueblo. Franco era como si no hubiese existido nunca. Todo su reinado fue una gran mentira.

Hasta la anécdota del caballo.

El falangista Herrero Tejedor había taraceado sabiamente la personalidad política de Adolfo Suárez. Le forjó como un arma. Fernández Miranda sería el arquero entusiasta que iba a manejar tal arma, y cómo lo hizo el saduceo. Un día entre los días, cuando creo recordar que ya todo estaba en marcha, Herrero murió un fin de semana en un accidente de carretera, arrollado el coche por un carro de mulas. Algún ingenio de esta corte explicó que el carro de mulas iba a doscientos por hora.

Nunca se ha explicado bien aquel accidente, pero ya todo estaba en marcha, como digo, y Adolfo empezó a desplegar su personalidad de político fáctico y hombre con



prestigios naturales. Sus discursos cortados, secos, reiterativos, firmes, sonaban a cosa nueva frente a la floralia retórica de su origen falangista. Y, sobre todo, contrastaban con la llorandera de Arias Navarro, a quien el rey desterró en Torrelodones para regar flores.

Pero la verdad es que cuando Juan Carlos sacó a Suárez de la terna que le había preparado Torcuato, todos escribimos artículos fatalistas y equivocados, glosando la elección como «inmenso error» que devolvía el Estado a la Falange. Quiere decirse que no habíamos entendido los discursos previos de Suárez sobre asociaciones y esas pijadas, en los que temblaba ya, entre la fronda de las palabras, el acero mortal sobre el pecho condecorado del Movimiento.

El nombramiento había caído mal en la derecha y en la izquierda, pues que la Falange no era querida por nadie, ni querida ni creída por muchos falangistas, como lo prueba la facilidad con que Fernández Miranda les jubiló de la Historia, mientras los consejeros nacionales se aplaudían a sí mismos, sin saber lo que aplaudían. Los que iban a morir saludaron al futuro, que en realidad era ya un presente.

Pero en cuanto Suárez empezó a hacer cosas por su cuenta, independizado ya de sus hadas madrinas de la recia Falange, hubo un retroceso de estupefacción en la gente. ¿Quién era ese hombre? Sabíamos de dónde venía, pero no sabíamos adónde iba, o nos costaba saberlo o creerlo, de tan bizarro. Así, el día que legalizó el Partido Comunista, cenaba yo en Liria con Cayetana Alba, todavía sin jesuita al fondo, y me preguntó al costado del fuego, con su fingida ingenuidad tan sabia:

—¿Quieres decir, Paco, que en España vuelven a mandar los comunistas?

—No han mandado nunca, Cayetana. Lo que pasa es que Carrillo ha presentado un papel en una ventanilla, con una póliza, y se lo han aceptado.

El pretense Areilza nunca hubiera legalizado al pecé, y sin eso no había más que una democracia convencional sin credibilidad en el mundo. El pecé era la marca democrática y, por otra parte, los comunistas españoles, que parecían muchos y luego eran menos, tenían perfecto derecho a funcionar con su partido.

Años más tarde, Areilza quiso meterme en la Academia y se ha muerto sin lograrlo. Ya decía la Perona, o sea Evita, que el gallego no era para tanto, y le hacía esperar. Suárez sabía que la legalización de la peluca le costaría muchos disgustos, aunque no sabía cuáles. Luego lo supo: amenaza de fusilamiento, cese y 23-F como fin de fiesta a cargo de los coros y danzas de la Guardia Civil con sus tricornios, que en la televisión sueca llamaban monteras. Suárez, presidente progresista, bajaba al bar de las Cortes a tomarse un café rápido, aquel bar *art-decó* que se llevaría por delante el horterismo de los nuevos políticos. Suárez me invitaba a un café en la barra y hablaba mirando a los ojos; entre su mirada y la mía, sonó su voz cordial, brillaba la ironía y el recuerdo de un artículo cruel que le hice en *El País*, recién elegido. No había olvidado el artículo, pero yo ya le seguía en su peligrosa aventura (más que un programa tenía una aventura), y nos mirábamos sonrientes, observándonos, retándonos, mintiéndonos y admirándonos, yo a él, como si nos dijéramos: ¡jay!, qué putas somos, Umbral.

Se puso de moda la palabra «traidor». El rey había traicionado a su padre, Fernández Miranda había traicionado a Franco, Suárez había traicionado a la Falange. Pero nadie decía que Franco había traicionado a la bandera que juró, la de la República.

Creo que, por otra parte, un elogio de la traición no hay que hacerlo entendiendo ésta como la respuesta a una traición anterior. Diría más bien que la traición es a veces el motor de la Historia, que una traición puede ser el salto cualitativo que haga progresar las cosas. Existe la traición fecunda desde Bruto. A los reyes de Francia los pasa por la guillotina la traición de la burguesía, y gracias a eso Francia tiene la República más madura del mundo.

La traición política suena a Maquiavelo, pero lo cierto es que con frecuencia se hace necesaria para seguir adelante, y el puñal del traidor ha cortado muchos nudos

gordianos de la realeza o la tiranía. La traición es una jugada que está en el ajedrez político, y a veces hay que hacer esa jugada.

Aquellos gloriosos traidores de la transición hicieron posible la democracia actual, que es una de las más abiertas de Europa, sin pena de muerte, como la de Estados Unidos, y sin censura para la creación, como la que padece Hollywood. La censura la ejercen hoy los empresarios, los dueños de las cosas, los gerentes, pero ya no hay una oficina para censurar películas o novelas o periódicos con entidad de órgano legal del Estado. Del franquismo sólo se podía salir traicionando a Franco. Ya que nadie supo acortar su dictadura, al menos se le dio la vuelta al muerto y se ha conseguido su olvido, que en realidad vino solo, pues los españoles —hasta los más conservadores— han comprendido que se vive mejor en democracia. Franco no fue asesinado, pero sí rigurosamente traicionado, y eso nos compensa de muchas cosas y nos permite ser ciudadanos libres, con el socialismo y el capitalismo. No es ésta la democracia que desearía un señor de izquierdas como yo, pero estamos en vías. La ciencia y la técnica ayudan mucho cuando no hay enfrente un poder contrario e irracional que prohíba la píldora *anti-baby*, como pasaba con la dictadura.

Claro que la lista de traidores no se acaba con los que he citado al principio. Santiago Carrillo traicionó oportunamente a la URSS posestalinista, ya que en Europa sólo era posible un comunismo independiente de Moscú, y así es como Carrillo trajo a España a Berlinguer, con aquello del eurocomunismo, que me correspondió a mí presentar un espectáculo en las Ventas, con mucha marcha eurocomunista, y el italiano, el español y Pasionaria en la barrera.

Los comunismos europeos no tenían otra salida que la traición a la URSS y a la momia de Lenin. La acusación de «traidor» puede ser honrosa cuando la traición es revolucionaria. Aquí no fue revolucionaria, pero casi. Felipe González traicionó al socialismo histórico y gracias a eso diez millones de españoles se produjeron como socialistas. El desconocido Llopis no hubiera conseguido tal cosa de los nuevos españoles.

La reina Sofía ha confesado alguna vez que Juan Carlos no pensó nunca seguir las consignas de Franco, a la muerte de éste. Era un *traidor* de efecto retardado. Insisto en el carácter de la traición política, en ocasiones, como salto cualitativo hacia el porvenir. Los tiranos y los absolutistas están incubando traidores sin saberlo. Pero es el tiempo nuevo el que les traiciona. La traición a la inversa, la traición reaccionaria, como la de Milans del Bosch sacando los tanques a pasear por Valencia, suele quedarse en una farsa y un fracaso. La traición sólo se justifica como apuesta por el porvenir.

Estaba en la Moncloa sin que se sepa por qué ni para qué, por su propio talento político y personalidad. La melena de un rubio duro, los ojos de un azul helado, inteligentes y graves, la belleza adolescente de su cuerpo de treinta años, pero un cuerpo que no acababa de atraer porque aquella mujer no era más que un cerebro político, una pasión política, y dicen que ella fue la que llevó a Suárez a legalizar el Partido Comunista.

¿Hija del FL (Fascista Latino), amante de Suárez? Y yo qué sé. Tuve con ella una amistad íntima, pero siempre nos frenaba esa cosa de niña bien de izquierdas que ella tenía, aristócrata por su madre, fascista por su padre atribuido, muchacha roja a cuya sombra aprendí muchas cosas de la política, todas las que ella se negaba a aprender en mí del amor. Se opuso violentamente al proyecto de Suárez de fundar un partido y presentarse a las elecciones.

Suárez era presidente por designación del rey y por su propio talento y personalidad, y lo estaba haciendo muy bien, o sea francamente progresista, aunque la izquierda oficial le criticaba mucho porque veían que les quitaba espacio. Suárez necesitaba legitimar su puesto, no temía enfrentarse a la opinión de un pueblo que al fin le había reconocido y juglarizaba su misión. Pero Carmen se oponía como una madre, como una novia, como una amante.

Quizá le quería sólo para sí. Quizá su clariver de ojos azules le despejaba el cielo. Un partido hecho con residuos del franquismo no podía durar frente al brioso socialismo de Felipe González. Por no hablar de la sorpresa comunista, que se esperaba de un día para otro.

Con Carmen tuve mucha relación en aquellos años. Cuando a Adolfo le cesaron, ella me lo pedía, sentada en la alfombra de mi casa:

—Por favor, Paco, no te metas mucho ahora con Adolfo.

—No pensaba meterme. ¿Por qué?

—Ya ves que lo está pasando muy mal.

—Yo a Adolfo le quiero tanto como tú y además no es lo mío meterme con los caídos.

Carmen, qué gran cabeza política. Por no sé qué respuestas atávicas, ella era muy de izquierdas. Necesitaba serlo por razones personales, familiares e intelectuales o generacionales. Lo hubiera hecho mejor que cualquiera de ellos, pero el cáncer empezaba a comerla por los bajos. Ahora, mientras escribo estas memorias, Carmen agoniza entre Madrid, Barcelona y Menorca:

—Quiero que me lleven a la orilla del mar, Paco. No puedo andar, pero puedo nadar, y nadaré hasta el horizonte, hasta que el agua me devore a mí.

El ovario que se dejó vivo antaño, «por seguir siendo mujer», como le decía su amiga Cayetana Alba, aquel ovario también había enfermado y la tenía invadida. Le cortaron el pecho izquierdo. Y qué. Espero que cuando salga este libro todavía pueda leerlo. Ahora le están haciendo en Barcelona los mismos experimentos que a las ratas. Es la rata rubia más lista del mundo. Yo le compraba literatura en los puestos de viejo, por Neptuno y todo eso, pero lo leía de prisa y seguía hablándome de política. Uno no tiene otro puente con las personas que la literatura.

Y ese puente fallaba entre Carmen y yo.

—¿Por qué no me quieres un poco, Carmen?

—Por no sufrir.

Siempre lacónica y enigmática. Formábamos trilateral con el padre Llanos, el jesuita comunista, un gran ingenuo que se obstinaba en creer en los hombres y en el bien. En su chabola de Vallecas ponía un altarcito sobre su máquina de escribir y se decía misa a sí mismo con un disco de Bach. Luego, en la maquinilla, que sonaba a lata como la mía, escribía sus artículos, que ya no le publicaba casi nadie. Se había pasado el marxismo de los curas y estábamos en el marxismo de los marxistas. Llanos, a los picados, les daba nescafé con galletas, y dinero.

—Un día le matan y se lo llevan todo —me decía Diez Alegría, el jesuita hermano del general. Del general esperábamos que fuese el Spínola español, pero prefirió ser de la Academia, donde le quitó el puesto a mi gran amigo y maestro Miguel Mihura:

—¿Y qué hace un general en la Academia, Umbral?

—Les explica a los académicos el lenguaje militar.

—Ah, ya, les enseña a los académicos a decir ¡pum!

Con otra generación de humoristas, la de *Hermano Lobo*, estuve en Portugal, en la revolución de los claveles: Haro Tecglen, Perich, Vázquez Montalbán, Summers, Chumy, etc. Mientras escribo, Carmen puede llamarme de un momento a otro. Más que hacer literatura estoy haciendo tiempo. Tiene que contarme su experimento con los ratones, pues en realidad son ratones y no ratas. El ratón es un bicho simpático y gracioso. La rata no. La gente los confunde, pero no tienen nada que ver. A Llanos le trajo Pasionaria de Moscú un reloj de pulsera, que era feo, gordo y pesado. Pero Llanos, que estaba viviendo un soviétismo ingenuo, infantil, confuso, con la imagen del Che en su boina de cura, usaba el reloj más como fetiche que como instrumento horario. Algunas tardes, Dolores le invitaba a merendar.

—Vamos a ver si les casamos —me decía Carmen en uno de sus raros momentos de humor.

Carmen, de padre disputado, se ha pasado la vida buscando padres políticos (o hijos, como Suárez): Carrillo, Llanos, Tierno, y al fin Felipe González, que, como la vieja muchacha sabía idiomas, la mandó a Europa de ecologista. Y es que el socialismo de Carmen iba mucho más allá de Moncloa, y Felipe, que no es tonto, lo vio en seguida.

Un millón de personas asistieron a la primera fiesta comunista en la Casa de Campo. El pueblo extendía a lo ancho un vasto tapiz de Goya bajo un cielo loco de azules, en un sol que exaltaba las botellas de gaseosa. Los niños cabalgaban al cuello de sus padres y saludaban a la multitud con su pequeña gorra roja y comunista. La llamada intelectualidad del PCE, Ana Belén, Juan Antonio Bardem y todo eso, hacían grupo o alternaban con la gente. Era una mañana de familias en camiseta y campamentos por barriadas, con las botas de vino barroquizando la franquista Feria del Campo y los porrones estallando de sol por encima de las cabezas. A la puerta del Pabellón de los Hexágonos había una rueda de hierro, inventiva y misteriosa como el volante de la revolución. Era una escultura de Alberto Sánchez, el panadero toledano y comunista que escapó a Rusia para toda la vida. Fue feliz en Moscú haciendo decorados para los grandes espectáculos teatrales, y conocí a su mujer, hija del dibujante Sancha, cuando volvió a España con la democracia, dejando a Alberto enterrado para siempre bajo una lápida de hielo eterno y memorable. Alberto fue una especie de Picasso artesanal. Escribía muy bien; unas prosas minerales, tectónicas, prosa de artista plástico, eso que no consigue nunca el escritor que quiere ser pictórico. Dentro del pabellón tomaban vermús todos los de la nomenclatura española: Dolores, Alberti, Carrillo, Bardem, etc.

La mañana se ilustraba con estampidos de luz. A Alberti lo conocía yo de Roma y a Carrillo lo conocí entonces. Tenía algo de señorito madrileño de clase media, pulcro y planchado, feo y gentil, fumando cigarrillos largos con unas manos finas, bebiendo el whisky muy despacio, comunicacional, simpático y con un fondo hermético que enlucía sus gafas de oro. Luego fuimos bastante amigos. Un millón de comunistas en la Casa de Campo. El comunismo estaba reventón. España otra vez comunista, si es que lo había sido alguna vez. Habían tomado aquellos campos, que fueran recreo de la aristocracia —Azaña se los devolvió al pueblo—, e igual podían tomar Madrid, armados sólo con sus tenedores, sus botellas y su alegría. Pero vinieron las elecciones y el pecé obtuvo el mismo millón de la Casa de Campo. Eran un millón de hombres de la guerra y sus familias que iban a todo, estaban en todas partes, creando la ilusión de que no había otra cosa. Por eso las elecciones fueron el final o el principio del fin. ¿Dónde los estudiantes y los obreros de la diaria lucha antifranquista? La UCD de Suárez, que Carmen no quería, y el PSOE de Felipe González, se igualaban en los cinco millones. De modo que en la Casa de Campo vivíamos un sueño colectivo de fondo histórico.

Al atardecer, Ana Belén era como la Manolita Malasaña o la Mañanita Pineda de un nuevo romanticismo popular y revolucionario, ojerosa ya de fama y multitud. Todos nos reuníamos en un teatro natural/artificial con graderío de roca y cierta geometría azteca. Mientras venía la noche morada y lentísima, el grito agudo de Pasionaria, la voz resonante de Santiago, como si siguiera en la oquedad del exilio, el rito y la rueda de las palabras del campo contra la ciudad. Algunos grupos me conocían y me brindaban la bota de vino. Melibé me dijo:

—Tú eres el mito erótico del partido.

—Ni soy un mito erótico ni soy del partido.

Allí empezó mi amistad con Melibé, que pasa urgente e inolvidable por este libro. El vino áspero me quebraba la garganta y la conciencia. ¿Era yo un revolucionario o sólo un señor de izquierdas? Después de la atención y la emoción de los primeros mítines, nos íbamos dispersando en grupos por las veredas de la Casa de Campo, reunidos otra vez en un cartón de Goya, mientras las voces de los profetas comunistas, cada vez más imperativas y lejanas, se confundían con la noche de las hogueras, en la ordalía ingenua, en la romería laica de un millón de revolucionarios con mucho amor y

poco porvenir.

Con Dolores Ibárruri, Pasionaria, habíamos llegado al máximo del imaginario comunista. Hubo una canción que sonaba a *La vida en rosa* y cuyo estribillo decía «Dolores a Madrid». Me parece que la cantaba Rosa León. Dolores vino a Madrid y le hicimos una película que dirigió Linares y codirigió o filmó García Sánchez. El estudio era un chalet de la Guindalera o por ahí, por donde vive Ana Belén.

Dolores, que en público era una esfinge maragata, una anciana alta, bella y erguida, de nariz solemne y moño blanco, luego, en la intimidad del estudio, se comportaba como una niña:

—Uy, pero qué vergüenza, verme ahí en la pantalla, hablando tanto, cuidado que hablo, prefiero no verlo.

Y tenía, sí, una risa de niña asustada y contenta. Luego volvía a su elegancia en negro, a su verdadera residencia, que era lo imaginario. Ya he contado en estas memorias su amistad con Llanos y con Carmen.

Dolores paseaba por la nieve de los parques de Moscú y yo le puse prosa y verso a aquella anciana adolescente de la nevada primavera moscovita. Manolo Vázquez Montalbán me dijo que los versos eran muy buenos. Su voz aguda y electrizante en todas las guerras del mundo, con un pañuelo a la cabeza. Su risa de sonajas infantiles, ya en la vejez. Una mujer del pueblo español que una Semana Santa eligió el comunismo como forma de vida. De ahí Pasionaria, su primer seudónimo literario: flor de Pasión, Pasión de Cristo. Hasta ahí llegan los rojos españoles. Corpus Barga, otro rojo, se había puesto Corpus porque nació un día del Corpus. Pero lo de Pasionaria lo aprovechó la derecha para hacer chistes fáciles.

Claro que las jóvenes comunistas ya no eran como Dolores, sino como Melibé, que tenía una mansarda por ahí por Arturo Soria. Melibé era un desnudo del Greco y salía en bragas, pisando descalza las tejas del tejado, a arreglar la antena de la televisión. Su amor era urgente, su sexo era convulso y se dejaba la vida en el agit/prop comunista, con la energía de su adolescencia esbelta y morena, rostro de judía agitanada y enamoradiza. Melibé o las progres.

Las progres eran unas chicas comunistas, apuntadas o no, con carnet o sin él, que iban de teresianas de Marx, mal vestidas y muy zurradas por la entonces intensa actividad del partido. La progre no era de clase obrera, ni tampoco de la alta burguesía, claro. La progre era de clase media universitaria, intelectual, socialista como mucho, y estaba viviendo su épica de revolución y sexo. Quizá más sexo que revolución. Las obreras estaban en la fábrica y no escribían poemas a Lenin.

Las progres estaban descubriendo al proletariado al mismo tiempo que lo redimían. Estaban descubriendo la miseria al mismo tiempo que las fascinaba, como a Picasso. Todas habían ido a mejores colegios que yo. El cuerpo desnudo y esbulto de Melibé temblaba por los tejados de Arturo Soria como un desnudo del Greco, ya digo.

En cuanto a los chicos, los progres, de peor voluntad siempre que las mujeres, dejaron pronto la querrela anticomunista y se hicieron del PSOE. A los comunistas nos miraban de lejos, con desprecio, como si fuéramos otro fascismo. Hoy es el día en que le siguen saludando a uno leve y despectivamente. Lo que pasa es que tienen mala conciencia de haber abandonado la izquierda dura por un socialismo liberal, en el que están muy a gusto, como ciudadanos y como intelectuales, y les molesta que sobreviva este hombre de Orce con corbata que es el intelectual marxista. Somos para ellos una acusación, sin proponérselo para nada. No nos soportan porque quieren vernos como una aberración de la izquierda, aunque su izquierda les haya salido tan fallona, faltona y auñona. Detrás de la Obra, de la que no están muy seguros, tienen una ideología que ya es sólo nominal, pero todavía comfortable. Los progres tienen los mismos premios que uno, pero en ellos quedan más justos, como más serios, siendo como son la nueva burguesía liberal, el eslabón perdido de un socialismo que fue. Se burlan de Haro

Tecglen, republicano de izquierdas, pues ellos son monárquicos socialistas, socialmonárquicos, lo cual que no son nada. Ellas, ya digo, siempre de mejor fe que el hombre, también han renunciado a ser las ánimas de la revolución, y ahora sí que sólo les quedan los cuerpos, como cuando Melibé se desnudaba en el tejado para arreglar la parabólica.

Los cuerpos, ay, sus hermosos cuerpos que uno ha visto envejecer tenuemente, dulcemente, a medida que a ellas les nacían hijos homosexuales. Dolores, ya digo. Dolores ya no era un susto ni una noticia para la gente. Andaba por Madrid como una señora de medio pelo, pero con clase. Murió, le hicimos homenajes, versos, cosas, el último en el palacio de los Deportes, en Jorge Juan, pero éramos los de siempre y las de siempre. Todavía firmé algunos autógrafos a las de cuando entonces y volví a ver de cerca a Ana Belén. José Carlos Plaza dirigió la cosa, pero yo sabía que estábamos concelebrando los últimos funerales por la vieja guapa, novia política del cura Llanos, que también había muerto.

Al hilo de estas líneas me llama Carmen Diez de Rivera, voz agonizante, palabras un poco incoherentes, entre la muerte y la memoria.

—He tenido una reacción muy fuerte, Paco, no paro de vomitar, me han traído a un hospital, me acuerdo mucho de nuestros tiempos, sólo quiero un poco de belleza, una flor, algo, que alguien me coja una mano, que alguien me abrace y que no me digan más locuras los médicos, ¿qué significa esta necesidad de belleza, Paco? Aquí estamos como de cámping, veo ramas, me gustaría vivir, te llamo porque eres mi amigo y te quiero...

Hay una voz, la voz de la agonía, que la llevamos dentro toda la vida, entre el registro de nuestras voces, hay una voz que sólo aclara la muerte, como un catarro del alma que produce dulce afonía. Es la voz de Carmen en estos momentos, cuando yo la estaba invocando literariamente. Carmen, Carmen.

Luego compruebo, mediante otras llamadas, que no está en un hospital sino en casa, pero no quiere que vaya a verla. Como los animales más inteligentes, se esconde para morir. La muerte sutiliza mucho a las personas. Las últimas horas de una vida son las más lúcidas o las más inteligentes. Aunque, dadas sus sucesivas agonías, espero que Carmen no vaya a morir ahora. Le digo que ese sueño de belleza es su identificación con la vida:

—Todavía te identificas con la vida, todavía estás viva, al muerto le es indiferente la flor, aunque le llenemos de flores.

Carmen añora la ternura que siempre alejó de sí. Se siente sola en una soledad que es su heredad, que ella misma ha cultivado.

—Que alguien me coja una mano, Paco.

La ternura. Muchas veces le cogí una mano y la solté. Hasta que opté por cogerle los pies, y eso iba mejor. Pero no voy a recordárselo ahora. ¿Los médicos dicen locuras? Ella, autoritaria de izquierdas, como papá lo fue de derechas, no soporta el magisterio blanco de los médicos, que a mí tanto bien me hace. Ni el magisterio de nadie. Entre los errores de este proceso puede que cuenten los errores de ella. Nunca me habían hecho una declaración de amor tan tardía. Carmen vivió embebida en un puritanismo de izquierdas, tan semejante al de derechas, que era el de su familia, y no tanto un puritanismo del cuerpo como de la mente. No es lícito marear la cabeza con amores y amoríos cuando hay que tenerla clara para la política. Cuán lúcidamente se equivocaba.

Habrà llamado a otros muchos, a otras muchas (la mujer es un animal telefónico hasta el fin), pero, de todos modos, busca en mí lo que le negó la vida, lo que se negó a sí misma: la ternura de los cuerpos, cuando son ya como almas. No puedo hacer nada por ti, Carmen, sino meterte en estas memorias donde entras tan a tiempo. Lo que no quisiera es que me quedase como último recuerdo esa voz agónica, que no te había

oído nunca, ni en los peores momentos, la voz de *otra*, esa otra que es la muerte. Pero no dejo de pensar que todos llevamos esa voz dentro, esa octava que no sabíamos, y que es la voz falsa y teatral —los cementerios son teatro— con que nos despediremos del mundo.

Tú necesitas vivir, y a mí, Carmen, me bastaría con escuchar tu verdadera voz, aquella que sonaba a agua ligera y tiempo azul.

Primero fue aquella Roma de calcomanía, cromática y mentida, pero realísima, cuando yo me lavaba los pies en la fuente de la plaza de España, entre nuestra embajada y las hermosas escalinatas por donde un día había bajado Lucía Bosé (que me odia desde hace siglos, como me odiaba Luis Miguel, porque creían que yo veía a su hijo como homosexual, pero qué antiguos). Primero fue aquel Pincio donde los pinos desmelenaban su sol al atardecer, aquellas noches de Vía Véneto, con las yanquis de estopa y oro violando vivos a los macarras de torso desnudo, con joyas de Pasolini enredadas en el vello. Primero fueron las fiestas con una madama roja y vieja, con unos hombres perezosos, cultos, borrachos y demasiado cercanos, siempre demasiado, adiós, tíos, y así es como diera con Rafael Alberti, a quien iba buscando a Italia, en su pueblo de la campiña, con los tacones torcidos y María Teresa ya un poco loca, con las bolsas de la compra, como un burgués en fin de semana, y las sentadas que hacíamos para que él cogiese bofe y me contase lo del Barroco, estoy pasando de Góngora a Quevedo, Umbral, el Barroco es la profundidad hacia afuera, nunca he oído mejor definición del Barroco, no sé si era suya, pero me parece que había esperado un poco tarde para descubrir que una poesía y una prosa vivas, humanadas, pecadoras, atroces, se encuentran en Quevedo y no en el frígido Góngora, genio de las simetrías y analogías, pero que, necesariamente, siglos más tarde daría como discípulo a Mallarmé, que también sacrificó la sangre a la geometría y la vida al símbolo. Todas estas chácharas paseando por Anticoli, su pueblecito de verano, su estudio, que olía a pis de gato, y entonces él echaba spray encima y era peor.

En el Trastévere una humanidad en camiseta, que era la de Alberti, muchos comunistas, y luego Alberti, su melena de estatua, pasando por todas las fuentes de Roma, Alberti entre abanicos y biombos, todo lo pintaba por ganarse la vida, tenía una novia en algún sitio, María Teresa loqueaba, ni en Madrid ni en Moscú entendió nunca nada de política, era un comunista visceral porque a su familia la habían arruinado los grandes apellidos del sur y del vino, era un comunista por revancha de los Domecq y los Osborne, o quizá fueran otros, era un comunista porque María Teresa le explicó en la cama cuatro cosas del marxismo, Alberti sólo acierta cuando rima, pero eso da unos versos vacíos, él, que era listo, comprendió que el contenido que le faltaba a su obra podía dárselo el comunismo, de Marx no creo que leyera nunca nada, de modo que la herida personal coincidía en él con la herida social, de modo que Alberti tenía que ser comunista de base, y cuando la democracia le hicieron diputado por Cádiz y se aburría y le dejó el puesto a un obrero gaditano, el segundo de la lista, y una carpetilla que le habían dado y que él jamás abrió, aunque quizá la utilizase como soporte para hacer poemas, luego acabaría siendo diputada por Cádiz (PSOE) Carmen Romero, la esposa de González, que allí dijo eso de «jóvenes y jóvenes» en un éxtasis de feminismo semiológico que a mí me recordaba al falangista Álvaro de la Iglesia, que iniciaba así sus conferencias: «Camaradas y camarados.»

Hotel Príncipe Pío, Cuesta de San Vicente, estación del Norte, un hotel grande y sombrío donde yo visitaba a Rafael. Y María Teresa:

—Rafael, me gusta mucho esta casa, qué espaciosa, debiéramos comprárnosla.

Había un jardín interior, rico y bello, pero como grisáceo de la carbonilla de los trenes, que se posaba en las hojas y las flores.

Y Rafael: «Éste no es mi Madrid, Umbral, esto no lo soporto, yo me vuelvo a Roma.»

Aquel Madrid, aquella España que no le gustaba a Alberti era la España de OPS, un

humorista nuevo, joven, que veía a los toreros vestidos de antiguo, con mostacho a lo Machaquito y cuyo capote de paseo era la bandera de Estados Unidos. OPS venía del surrealismo sombrío, con una compacta calidad de pintor y dibujante. Luego se firmó El Roto.

Efectivamente, España iba a dar la vuelta al ruedo de Europa y del mundo vestida de luces, como una señorita torera, y con el capotillo craquelado de barras y estrellas. Porque Estados Unidos no querían otra dictadura militar en España, país aliado, y por eso volaron a Carrero Blanco. La CIA comprendió que las pavesas del dictador ya no eran un peligro para nadie, y le puso directamente el artefacto artesano y brutal de ETA al almirante. Carrero era la piedra que cerraba el túnel. Carrero dejaba un hijo marino, asimismo, pero las dictaduras no suelen ser hereditarias, aunque a veces lo intentan. No era éste el caso, afortunadamente, del hijo de Carrero, aquel joven marino a quien saludé alguna vez, casado con una buena amiga mía, luego duquesa de Carrero Blanco, mujer inteligente, irónica, de piernas espectaculares y fina sensibilidad artística, que al fin abriría una galena de arte, y ahí es donde más la he tratado, juntamente con Solía Morales, escritora y pintora de la Falange, Sección Femenina, de la que tengo dos bodegones muy delicados y puros en mi casa. Con la bomba de la CIA y el torero de las barras y estrellas, toda la España fascista se hizo de la *gauche divine* y se refugiaron en la estética como coartada, que la sensibilidad no es de derechas ni de izquierdas, y ése es el peligro de la sensibilidad y sus excesos.

Así pudiera definirse la España de la Santa Transición, como genialmente lo hizo OPS: un torero cuyos alamares son las barras y estrellas. Ese torero fue finalmente Felipe González. El sueldo, al de la escuela sevillana, se lo pagaban en marcos, y tuvo un apoderado socialdemócrata, llamado Billy Brandt, que le llevaba por el buen camino, pero murió antes de tiempo, por esas cosas que pasan.

OPS/El Roto vivía casado con una señorita mona y menuda y eran como dos estudiantes felices, mayormente ella, con su aspecto de becaria. Estuvimos juntos cenando con Felipe González y Carmen, en Moncloa, y por ahí por las hemerotecas anda la foto. Felipe es y era el hombre-orquesta de la dialéctica, tanto como Fraga pero con más amenidad sevillí y más puesto al día. Cuando escribo esta página a Felipe González le persigue judicialmente Garzón como jefe del GAL, cuando ya creíamos que el expediente del GAL estaba enterrado en cal viva.

González ha dicho que «esto es el viejo resentimiento de la derecha». Imagino que al final volverá a no pasar nada, pues Glez. se ha convertido en una superstición nacional de la que participamos todos, a izquierda y derecha: un intocable.

OPS, hoy El Roto, es cada vez mejor artista y hombre más crítico. Prometió hacer humor mudo mientras no se pudieran decir claras las cosas y lo cumplió. Hoy, con o sin viñetas, sigue haciendo mucho humor mudo y negro, de modo que además de una promesa aquello era una tendencia.

OPS ha ido más lejos que su maestro evidente, Chumy Chúmez (más algún francés) en el acercamiento del surrealismo al periódico por vía política, y sus dibujos, sobre todo los primeros en *Hermano Lobo*, tenían y tienen una densidad lunar, un mutismo submarino que nos hace recordar a un Magritte cabreado e intenso, cosa que nunca fue el genial Magritte, aquel burgués belga (doblemente burgués) que era todo inteligencia, ironía y sosiego.

Pero si OPS llevase lo suyo hasta las últimas consecuencias (y esto pasa con cualquier humorista de talento), veríamos que lo suyo no es discrepancia de un sistema, sino discrepancia del Universo. Si no tuviese que ganarse la vida en los periódicos, haría nihilismo absoluto, pero un nihilismo tan oscuramente bello que el Universo volvería a empezar en él. Tuve una gran alegría cuando el director de *Hermano Lobo*, Angel García Pintado, me llamó para escribir en la revista.

Antes de las primeras elecciones, con la gran movida de los partidos que herborizaron



como hongos, las claves nunca dichas de la vida española estaban en dos hombres cruciales: Santiago Carrillo y Felipe González. España iba hacia la izquierda, pero ¿hasta dónde?

Carrillo era la izquierda histórica, la guerra civil y el señorito de Chamberí. González era el socialismo renovado, la generación del rey y el hombre de Europa. Carrillo tenía el prestigio de haber gobernado durante muchos años la clandestinidad desde Madrid, París y Moscú. González se iluminaba con los prestigios de lo nuevo, la revelación de Suresnes y la melena yeyé de los Beatles. Hasta los carteles del partido tenían un aire a los carteles de los Beatles y recordaban el grafismo del submarino amarillo.

Cuando, después de las elecciones, vi a mi amigo Carrillo por primera vez en las Cortes, denunciando un allanamiento político de morada por «efracción», palabra francesa poco o nada conocida por nosotros, comprendí que aquel señor que me invitaba a mariscos había perdido el reloj o la hora y parecía un extranjero entre los parlamentarios españoles.

Asimismo, cuando Carrillo hablaba de la NATO, verdaderas siglas inglesas de la OTAN, el público sencillo de la tele tampoco sabía de qué estaba hablando aquel hombre de la guerra. Felipe González, por el contrario, había hecho el bachillerato de España, sabía que este pueblo necesitaba liberación sexual, liberación religiosa, liberación matrimonial, un pisito, una tele y un coche pequeño. Eso y olvidarse de Franco. Tampoco había que hacer mucho socialismo, porque los españoles no sabían lo que era eso, sino un poco de justicia social con un lenguaje nuevo y, mayormente, poner el énfasis en la integración europea, que era un proyecto vago e ilusionante, lejano y útil como coartada para otras cosas.

Las estadísticas de las primeras elecciones democráticas, las que no quería Carmen Diez de Rivera para la UCD de Suárez, dejaron las cosas claras y sencillas hasta el límite de la obviedad: PSOE y UCD casi empatados a cinco millones de votos, con ligera mayoría ucedista, como siempre saca el partido del Gobierno. PCE, poco más de un millón de votos. ¿Y las huelgas generales que nunca llegaron a cuajar, y la España comunista? Aquel millón no era más que un residuo de la guerra y un esnobismo intelectual, la prueba es que cada vez ha ido a menos. El mismo millón festival de la Casa de Campo.

El comunismo, el gran susto de Franco y del Ejército, no eran más que un millón de personas entre casi cuarenta. En cuanto al eurocomunismo, no había calado en la gente. Toda la pedrea de los pequeños y numerosos partidos: cifras humillantes. Conclusión. Que España no quería extrema izquierda ni extrema derecha. Que España tendía al bipartidismo, como versión pacífica del dramático esquema de las dos Españas. Que la pequeña victoria de UCD, artificial en cuanto gubernamental, sería arrollada en las próximas elecciones por aquellos socialistas tan simpáticos, que todos se tiraban un aire al submarino amarillo.

Suárez había acertado al legalizar/desactivar a los comunistas, pero se había equivocado al formar un partido y forzar una victoria, como le dijera Carmen, que ya presagiaba el advenimiento del PSOE germano-yanqui. Suárez, por falta de personal, no por falta de capacidades, había acumulado un partido de aluvión con franquistas reciclados, católicos improvisados y demócratas de la Conferencia Episcopal. Aquel partido no hubo que derrotarlo. Se fue degradando a sí mismo en un suicidio histórico, en unas luchas de tribus internas que atormentaron al jefe, en unas ambiciones secretamente franquistas. No era un partido, sino las astillas reunidas de la dictadura para hacer un barco, y el barco se hundió solo. Suárez aguantaría un poco más. Pero Carmen, que nunca le cita y que agoniza en estos momentos, tenía razón.

Ah, la cabeza política de papá.

He hablado, a propósito, de la duquesa de Carrero Blanco, de la sensibilidad como coartada, porque la sensibilidad no es de derechas ni de izquierdas. De modo que la

jet, los esnobs, los ricos por su casa, los modernos y las que están en todo se hicieron del partido de la sensibilidad, que no era ninguno, pero permitía gozar de Picasso sin ser comunista, gozar de Visconti sin ser homosexual, gozar de Foxá sin ser fascista.

La sensibilidad es un punto más que el buen gusto, y yo tengo amigas que a Pina Bausch la siguen encontrando de buen gusto, sin comprender que eso es negativo, corto y ridículo para una artista de las profundidades. De modo que, con la Santa Transición, todos nos hicimos muy sensibles, y así podían alternar, en un minicine o una copa, el de derechas y el de izquierdas. En los estrenos políticos de Buero ya no había antifranquismo: todo era sensibilidad, y entonces vino Gala, el rey de la sensibilidad.

Uno es un memorialista sospechoso de decir siempre la verdad, de modo que me atengo a los hechos. Los diputados y los periódicos empezaron a hablar de «sensibilidades políticas». Ya habíamos dejado atrás las familias políticas, qué horrerada, y las asociaciones, qué peligro, y el café para todos y las diferencias ideológicas. Algún genio del lenguaje, si es que los había, quiso explicar a los españoles que en España Una había distintas sensibilidades políticas.

A mí el principio no me parece malo. Mejor que juzgar a un hombre por su ideología, juzgarle por su sensibilidad. Quienes habían descubierto su sensibilidad política, de la noche a la mañana, es como si se hubieran descubierto homosexuales: qué estremecimiento, qué porvenir, qué hombres, qué placeres, qué brutalidad, qué gozada. Los propios homosexuales dejaron de ser homosexuales para pasar a ser *gais* (y no gays, como escriben quienes ignoran el inglés).

La Santa Transición, digo, fue una época de mucha sensibilidad, y por sensibilidad murieron Pedro Toledo y Herrero Tejedor. Porque el exceso de sensibilidad lleva al suicidio o a que te suiciden. Todavía disfruto alguna tarde, en el museo de los Thyssen, la sensibilidad de la duquesa de Carrero Blanco. Lo cual que para sensibilidad la de Tita Thyssen, que se enamoró del barón a través del arte y ante un Mantegna unieron sus sensibilidades para siempre, con hijo y todo, que me lo presenta Tita y es más alto que yo, cosa que difícilmente perdono a un español.

La sensibilidad fue la gran hipocresía de los setenta, una hipocresía que nos sirvió para entendernos todos con todas y hacer una transición modélica, trenzada de adulterios, hasta la foto de Marta Chávarri, que, sin ninguna sensibilidad para con sus hombres, se dejó hacer una foto sin bragas como portada de *Interviú*.

Ahí se nos cayó a todos la venda y empezó el fornicio con las amigas de Ramoncín en la Castellana, la ronda del camello Douglas Fairbanks por las casas bien, con la coca, que nos frotábamos en las encías para llegar antes a la sangre, el pelotazo de Solchaga, las manitas de Mariano Rubio con Carmen Posadas bajo un bellísimo Barjola, y mi tertulia en Boccaccio con Damián Rabal, María Asquerino, una dama sin anillos, Victoria Vera, Omar, Valladares, etc., tertulia en la que irrumpía algún borracho anónimo para ponerme de cornudo ante mis mejores amigos, que le echaban a hostias y me lo contaban al día siguiente. ¿Y qué le importan los cuernos al que vive encandelabrado de amores?

La sensibilidad, la pura sensibilidad. No ofrecimos violencia al mundo, de la dictadura a la democracia socialista, gracias a la fórmula de la sensibilidad. Yo sigo cultivándola.

Muy pronto empezaría Felipe González a ser una superstición dentro del partido, y luego una superstición nacional. ¿Por qué le cedió Nicolás Redondo la secretaría general, ganada por votos? Sin duda, porque Glez. empezaba ya a ser una cosa supersticial entre la masa socialista, en Suresnes.

Otro atacado fuertemente de la superstición felipista, o que contribuyó involuntariamente a crearla, es Alfonso Guerra, que ya en Sevilla había sacado a Felipe de Acción Católica para meterlo en su célula socialista y su librería para los cultos locales e ilustrados, entre los cuales, por cierto, no estaba González.

De modo que Felipe como superstición principia a serlo de uno en uno, y con las primeras elecciones la superstición se hace masiva. En sus últimos tiempos de Gobierno, y todavía hoy —hoy más que nunca—, Felipe ha dejado de ser un político, un intelectual de la política, un hombre de gobierno, un protagonista, para hacerse soluble en el pueblo como superstición. Ahora que no tiene cargos, tiene «poderes». Esto es más difícil y más importante.

Un monarca nunca puede ser una superstición porque ya su origen y el de su familia es supersticioso, legendario, mágico. Las dictaduras también quedan muy lejos del poder supersticioso, pues sus poderes son demasiado evidentes y elementales. Paradójicamente, son las democracias, el sistema más específicamente racional, las que suelen acabar en punta de superstición. Roosevelt, Churchill, Mitterrand, Kennedy, etc., han llegado en este nuevo siglo de la razón a convertirse en supersticiones humanas.

¿Cómo lo ha conseguido Felipe González? Partiendo de un encanto personal, naturalmente, ayudado por una situación histórica a la que él pegó el vuelco definitivo —y relativo—, servido por el oficio pronto eril de sus gentes más cercanas, acuñado y drapeado por periódicos y periodistas, intelectuales y poetas que creían y querían haber encontrado en el PSOE la salvación para su mala conciencia franquista, y, cuando vieron que no era así, siguieron en la línea, porque un hombre ha de adaptar la realidad a lo que vive, y más aún a lo que escribe.

No se puede vivir en dicotomía, y como la realidad es testaruda y el pensamiento maleable, no queda sino adaptar/adoptar éste según las imposiciones de aquélla. Felipe era la realidad en los años que vengo glosando, incluso antes de ganar las elecciones. Tan fuerte núcleo de realidad que nadie quiso ver la apropiación de Rumasa como tal, los primeros síntomas de Filesa o la sangre de Lasa y Zabala.

Era más coherente hacer todo esto soluble en un juego ideológico que empezar a servir a otro señor que también se pudiera morir. Por no hablar de la roldanesca y la derrota de Felipe a manos de un novato/novicio.

Salvo los beatos del socialismo histórico, Gómez Llorente, el propio Redondo, Múgica, Tierno, etc., que se salvaron por lúcida honradez de la superstición felipista. Hoy, que Felipe es un parado político, ya digo que no tiene cargos pero «tiene poderes», como decía el pueblo, y acaba de conjurar al Tribunal Supremo.

Criatura excepcional, quedará en la Historia como un gran político y gran hombre de Estado que se equivocó consigo mismo y equivocó a los demás. Luego está la tribu de los fanáticos a ciegas, que son los ultrasur de un partido al que ni siquiera pertenecen. Es malo que un partido político se convierta en una superstición (URSS), pero es grave y fatal que la superstición encarne en un individuo (Stalin). Esto quiere decir que la médula democrática de tal partido se ha secado y que pertenecemos a un partido invertebrado, a derecha o izquierda, y el jefe está a punto de convertirse, asimismo, en un primate invertebrado, lo cual ya es cosa rara en las ciencias naturales, pero muy frecuente en política. ¿La vuelta de González? Las supersticiones no vuelven sino que se momifican, permanecen para ser invocadas, como algunas serpientes egipcias.

Los exiliados de la guerra iban volviendo poco a poco a la querencia de unas libertades en las que no creían. Digamos que su visita era turística y altiva. Luego, unos se quedaban y otros se iban. Los exiliados, en cualquier caso, se convirtieron en un venero periodístico para los reporteros de entonces, que es lo que yo era.

Al primero que entrevisté fue a Eduardo Zamacois, un porno muy famoso en España y Buenos Aires, a quien los argentinos, tan franceses ellos, llamaban Zamacuá.

Encontré en Zamacois un anciano de pelo blanco, pulcro y dandi, que estaba siempre haciendo biografía y decía frases:

—Ah la fascinación de la acera de enfrente.

Llevaba al lado una esposa vieja que parecía una mosca. Era una mosca de la calle

Corrientes, sin duda, pero murió antes él y siguió ella dándome el coñazo. Yo a Zamacois nunca le había podido leer, por su prosa mazorril, y sólo me interesaba el personaje —un mito popular de los veinte-treinta— por su valor periodístico y conmemorativo. Pero un crítico tuvo la avilantez de decir que yo era un discípulo de Zamacois. Afortunadamente, el crítico ya se ha muerto o, cuando menos, es un cadáver exquisito.

Zamacois me pidió que le llevase al Rastro.

—Pero éste no es mi Rastro. No tiene mierda.

—No pensaría usted, Eduardo, que íbamos a estar soplando la mierda cincuenta años para que usted la encontrase fresca.

También me enseñó, en la plaza de Santo Domingo, la casa donde ocurría su novela *Punto Negro* y lo decía como si fuese *Fortunata y Jacinta*. No creo que ni un solo español recordase *Punto Negro*, que yo mismo jamás he tenido en mis manos.

Asimismo vinieron Francisco Ayala, Ernestina de Champourcin, viuda de Domenchina y mejor poeta que él, Claudio de la Torre, con quien me hubiera gustado hablar de las vanguardias, en el Gijón, pero estaba completamente sordo, tenía «el pecho de piedra», como Juan Ramón dijo de sí mismo, Corpus Barga (al que más traté), Rosa Chacel, etc. Rosa me dijo, la muy vallisoletana, que sólo el mal gusto franquista podía haber puesto Malasaña a su hermoso barrio de Maravillas. No me atreví a explicarle que Manolita Malasaña había sido una heroína del Dos de Mayo, algo así como la Mañanita Pineda de Lorca. Aquella gente había olvidado la Historia de España, si es que alguna vez la supieron.

De todos ellos hablaré más despacio o más de prisa en estas verídicas memorias, pero adelantaré que casi todos me decepcionaron con sus relojes oxidados y su nostalgia de un Madrid aldeano que había crecido en rascacielos, sin su permiso. Habían perdido la vida en México y Buenos Aires, sin ser nadie, por culpa de Franco, pero nosotros, los jóvenes, no éramos los herederos del franquismo ni teníamos por qué aguantar lágrimas y quejumbres, como ya he contado de Alberti, que añoraba Roma porque allí tenía una novia gorda y con rizos, en el Trastévere.

Después del tema político, en seguida recaían en la literatura, que era lo suyo y lo mío, con gran ignorancia de todo lo que se había hecho en España después de la guerra. No querían saber nada. Como Zamacois en el Rastro, querían un Madrid/albañal para roborarse en su recuerdo, criticar a Franco y hundirse en las aceñas sucias de la nostalgia. Años antes había yo conocido a Negrín hijo en Nueva York y quise tener una conversación larga sobre su padre, pero él sólo quería hablar de una casa que tenía su familia en Serrano y que se habían apropiado los falangistas.

—Usted me promete que a su vuelta a España me gestiona la casa. Usted tiene poder para eso.

—Yo no tengo poder, yo no soy un fascista y a mí no me interesa su casa, sino su padre.

Era médico y tan alto como yo. Allí le dejé, entre marchitas banderas republicanas. El exilio fue lamentable pero los exiliados eran unos bordes, unos pedantes y unos desgraciados que, como decía Garciasol, les habíamos limpiado la casa mientras ellos cobraban en dólares sus clases americanas.

Un militar de montera pegaba tiros al techo isabelino. Un civil, Adolfo Suárez, godo gótico-judío de noble leyenda, se encorpachaba contra los sayones de la Guardia Civil, en defensa de un anciano pujante y lúcido, Gutiérrez Mellado. Natanael andaba por los veinte años y lo veía todo desde la cama, fumando desnuda:

—Me alegro, que esta noche no te puedes ir a casa.

Yo estaba en calcetines, esos calcetines humillantes que son las alas de los pies en que se dispone a huir del amor. El televisor de Natanael era pequeño, de alquiler, en blanco y negro. Lo de las Cortes, en aquel cinesín, quedaba sucio, humillante, como de

un Solana malo y borracho. Felipe González y otros diputados, tirados bajo los escaños. Sólo Carrillo fumaba sentado en el suyo. «Si venían a por mí, Umbral, me iban a cazar igual. ¿De qué valía una formica? Al menos, morir fumando.»

En España se venía hablando de golpe militar desde hacía meses. A mí me habían hablado en Chicote de un golpe militar de los aviadores de la guerra.<sup>[1]</sup> La gloria negra del 18 de julio despertaba en los corazones viejos y en los blancos corazones adolescentes. Y al fin había estallado el golpe, pero en su forma más innoble, rudimental, castiza, valleinclanesca y sucia. Los soldados agredían a un anciano ejemplar como Gutiérrez Mellado, otros disparaban contra las molduras isabelonas del techo, que debían parecerles cosa masónica. Suárez y Mellado se tuvieron en pie, la autoridad militar —¿Armada?— no llegó nunca, Fraga pidió de desayunar y Natanael se quitaba y se ponía ropa en la cama, rubia y blanquísima, hija del Ateneo y del FRAP, mujer de orgasmo fácil, de gran respuesta sexual, estudiante de algo físico, alta y modélica, amor.

José María García, el Butanito del Gijón, radiaba aquello como un partido de fútbol, el rey salió por la mañana en la tele, con la guerrera de monarca sobre el pijama (esta versión ya me la han desmentido, sin gran autoridad, pero insisto en ella porque es la más literaria). La Monarquía y España optaban por la libertad y la democracia. Tejero se paseaba por el hemicycle como el vigilante cabreado de unas obras. Sólo Milans del Bosch, en Valencia, había dado la nota con sus tanques por la calle, muy 18 de julio. El rey le mandó retirarlos.

Felipe González decía «qué mierda de país». La mañana tenía sus primeras claritas pacíficas, políticas, porveniristas. Natanael se deslizó por el lecho y tuve una última vegada, con calcetines y todo, sobre aquel cuerpo blanco y fino con una pelvis como el ancla de un barco, y todo en esas proporciones.

Creo que, en puridad, aquella noche fue un duelo entre Tejero y Suárez. Suárez era la España joven, posfranquista, democrática, castellana y cidiana. Tejero era la burocracia armada del viejo Estado, la herencia perdida del marqués de Ahumada, a cuyos gentiles descendientes he conocido, el terror de los furtivos, de los obreros y de los huelguistas, siempre al servicio del terrateniente (en algunas grandes fincas tienen casita aparte para que la pareja de guardia cene y duerma a gusto), Suárez era la mirada al mundo, la mirada del mundo, y Tejero era pura Regencia, sin saberlo, una España posromántica y pregolpista, envenenada de tópicos y tabaco negro. Hasta se llevaron con ellos, a las Cortes, a un joven guardia que no estaba en la pomada y sólo había bajado a por tabaco. Natanael era rubia y se tiraba un aire a Françoise Hardy, en mejor. Como que tenía raza francesa. Natanael (nombre que le robó a André Gide) era sutilísima en el amor y eficaz matando grises con una metralleta que guardaba en el estuche de un violín. El violín lo había vendido en el Rastro para comer.

Al día siguiente fue la manifestación monstruo contra los militares, un millón de madrileños en la calle, pasando el escaletric de Atocha, que era un puente de hormigón y franquismo levantado por Arias Navarro a mayor gloria de las multinacionales del coche. Suárez había ganado el duelo negro del 23-F, pero ya no era presidente. Carmen Diez de Rivera me lo dijo con lágrimas en los ojos. «No escribas ahora nada muy duro contra Adolfo.» Creo haber hablado ya aquí de Carmen, sus políticas, sus bellezas y sus enfermedades. La última —un año de cánceres y operaciones— la llevó dulcemente a la tierra el domingo. El tanatorio de la M-30 va pareciendo ya una estación de autobuses. Le compro a Carmen cuatro varas de crisantemos amarillos que me ponen amarillas las manos. Los de la manifestación gritaban —¿recuerdas, Carmen?— «Se va a acabá, se va a acabá la dictadura militá...». Buero Vallejo y Aurora Bautista, Ana Belén y Rosa León. Las infantas inéditas de la República. Porque también cantaban eso el millón de madrileños:

*España,*

*mañana,  
será republicana...*

Suárez había legalizado a los comunistas con la complacencia de Carmen. El almirante de Cartagena le dijo a Jaime Campmany:

—Si eso es verdad, mañana me levanto con mis barcos y mis cañones.

Antes o después, la Marina invitaba a Suárez a la dimisión, el fusilamiento o el suicidio. A pesar de la dimisión, o por culpa de ella, hubo un 23-F y un gentío que se reiteraba:

*España,  
mañana,  
será republicana...*

España nunca fue republicana, Carmen, y tú te has muerto luchando por la ecología, que es la república de las cosas. Paca Sauquillo me recuerda nuestra última conversación, porque estaba presente:

—Necesito una flor, Paco, necesito ver una flor y que alguien me coja una mano y que alguien me apriete con ternura, ¿por qué crees tú que necesito una flor?

Era el delirio lúcido de una agónica, de una moribunda que me hablaba ya con esa voz que no es la de la persona. Quizá sea la de la muerte que habla dentro del muerto vivo.

Un millón de voces, España, mañana, será republicana. Yo ahora tengo las manos amarillas de crisantemo, pero España nunca fue republicana. Coronas de Almunia y del PSOE. Felipe González nunca quiso aprovechar a fondo a esta gran mujer, a esta Pasionaria de ojos azules y melenita rubia, que pasó por la vida en vaqueros. Cabezas como la de Carmen, imaginativas y claras, molestan menos en Bruselas.

Rosa Conde, Marcelino Oreja. La rama elegante de los Icaza. Toda la política de Carmen se explica como respuesta a una política negra que había vivido desde dentro, muy cerca del caudillismo y sus mentores. Hace veinte años ganamos la batalla en la calle a los golpistas, los dictadores, los guardias, los almirantes de Cartagena, que bogaban hacia Madrid, y hoy escribo estas memorias con manos amarillas que amarillean el papel y la memoria, España, mañana, será republicana, pero nadie planteó en serio el tema de la República, porque había una guerra de por medio, es curioso que los comunistas, los socialistas, los propios republicanos, cautamente, marginaron el tema y se centraron en el asunto de gabinete de la legitimidad o ilegitimidad del rey Juan Carlos.

Nadie quería hacer la ruptura de Carmen. Tarancón echó el Discurso de la Corona, un discurso valiente para un cura trabucaire e intelectual, una cosa prometedora que dejó muy satisfechos a los ginecólogos, hasta que Tarancón se fue muriendo de contradicciones y tabaco negro, que tenía de secretario a Martín Descalzo, un cura poeta muy amigo mío —éste murió joven, le hice un artículo y gané el Mariano de Cavia, empezaban a darnos premios a los rojos. No era la hora de los viejos. Tarradellas estaba en el exilio y Baltasar Porcel le llevaba jamón y noticias. Luego llegó a Barcelona, como el De Gaulle de la Generalitat, pero a los políticos se les pasa la hora como a los toreros. Tarradellas sólo nos servía para hacer chistes en *Hermano Lobo*.

Hermosa y fugaz revista que tenía un rojo, Haro Tecglen, y muchos ácratas, como el malogrado Summers, que se inventó un paleta que entraba en una librería y pedía *El parné* de Carlos Marx. En la cúpula de la revista sentó muy mal el chiste, no respetáis nada, sois unos señoritos ácratas y unos futuros fascistas, la revista la hacíamos en Picardías, un restaurante casta de la calle de la Cruz, calle de buenas paellas y buenas putas, a Picardías iba yo también, a veces, con Carmen y el cura Llanos, Carmen gustaba de un cierto casticismo madrileño de abanico, que tenía colección de abanicos, la herencia delicada y elocuente de las grandes familias, y hacía el abanico compatible con los vaqueros dándose aire en sus furros revolucionarios, Tierno Galván nos llevaba a los toros, a su palco de alcalde, y Carmen movía el abanico mirando por

encima de él las hombrías del torero de turno, lo que me llenaba de unos celos raros, fomentados e inútiles. Tierno miraba aquella España eterna, imposible y circular, y yo me volvía de espaldas a la plaza y calmaba mi encelamiento con un bocadillo y una gaseosa. Tierno murió, otro millón de españoles, quizá los mismos, los de la Casa de Campo, los de Carrillo, un millón de españoles en el entierro, España, mañana, será republicana, pero hoy hemos enterrado a la última gran mujer republicana española, en medallón gemelo de Pasionaria, y yo soy un viejo que recuerda y se mira las manos amarillas sin saber por qué.

El imaginario de aquella España desatada y bien desatada era Europa. Por fin íbamos a ser europeos, como si hasta entonces hubiéramos sido mujiks o kabileños. Las derechas vendían Europa como *stock-options* para sus democristianías y sus monarquías, y las izquierdas también nos vendían Europa, como el espacio ideal de la socialdemocracia, ese socialismo de Balenciaga mediante el cual íbamos a bañarnos todos los días en Derechos del Hombre, Revolución francesa y Montesquieu, hasta que Alfonso Guerra dijo que Montesquieu estaba enterrado.

El caso más sutil de aquel gran sombrero europeo fue la revalorización de la Monarquía. Aquí pensábamos que después de Franco la República, bien que fuera burguesa y al gusto de Gil Robles. La Monarquía ya la habían pisoteado bastante, en sus coronas de cartón, los chicos de la Falange que el 20-N iban a almorzar con Franco al Valle de los Caídos. La Monarquía sonaba en todos los hogares como un capricho inestable del Abuelo y como un reloj oxidado con la maquinaria al aire, vieja, esos relojes que, en el Palacio del Congreso, todavía marcan la hora feliz y parada de la Regencia. Mas he aquí que lo posmoderno, lo europeo, era la monarquía democrática y república coronada, que es a lo que iba Adolfo Suárez cuando se le cruzó Tejero, y a lo que iba Felipe González después de la goleada.

Europa, si bien se mira, sigue siendo una filigrana de temblorosas monarquías que en Suecia dan, por contraste, la medida de la democracia, y en España y otros sitios sirven para mantener en los generales una ilusión de cuadro de las lanzas, de Estado con verja de picas, de servir al rey y no a ningún civil masónico.

De modo que Franco también había acertado con esa solución anacrónica. Teníamos un rey rubio y europeo que era nuestro fetiche intercambiable con los reyes de Inglaterra y países nórdicos. Nuestro mejor aval democrático era monárquico. La cosa suena un poco disparatada, pero fue así y así sigue siendo, más o menos. Lo que más nos avalaba de republicanos era la corona. Eramos de pronto unos holandeses de muchos ánades, más demócratas que nadie porque teníamos un rey impuesto por un dictador. Una III República improvisada hubiese sido un pan como unas hostias en aquella España de los setenta, dado el movidón de los partidos, las regiones, los países y los paisitos que herborizaron en España. Todavía hoy nuestra garantía democrática ante el mundo sigue siendo un rey.

La democracia republicanizante que sostiene una monarquía secular sin que le tiemble el pulso jacobino es un modelo de país europeo, es un estado irónico, fundamentalmente irónico, y en esa ironía de Voltaire y los enciclopedistas e ilustrados se cifra hoy la legitimidad de España y, más que eso, el apresto volteriano, entre De Maistre y Montesquieu, de nuestra política. No reconocer esto es no hacerle justicia al rey Juan Carlos, que quizá sabe las mismas cosas de otra forma.

Las viejas realezas del continente han pasado a ser la otra cara de la democracia. Un rey lo es por la gracia de Dios y un presidente republicano por la gracia de la guillotina. Entre medias queda la república coronada. No he visto que muchos tratadistas hayan examinado este carácter del estado irónico, que es el estado europeo de nuestro tiempo, pues quedan pocas casas reales en ejercicio, pero son las más significativas por arriba —Inglaterra— y por abajo, a nivel de mesocracia o *middle-middle class*: Holanda, Suecia, Bélgica. Franco, sin saberlo, estaba aportando el naipe definitivo para

la consolidación jacobina —que detestaba— en su amada España.

Gracias a esta ironía el rey sonrío tanto, y en Europa nos quemaron el lino o nos pisotearon las fresas y el fresón. Somos europeos de hecho los españoles, pero nadie tan europeo entre repúblicas como nuestro rey Juan Carlos, a quien vengo tratando desde el origen irónico del Estado, primero en la Zarzuela, luego en el Palacio de Oriente y ahora en la figura sucesoria de su hijo. Ambos me han dado algunos premios y Juan Carlos su simpatía, sin dejar de borbomearme en nuestra amistad, como cuando me dijo en una recepción:

—Te he visto toda la tarde apoyado en la pared.

—Estaba sosteniendo el palacio, majestad.

—El palacio no se cae.

(Y se le borró la sonrisa.)

—Por mí, el palacio no se cae, majestad, pero por los agujeros que le está haciendo el alcalde puede caerse.

Tardó un rato en recuperarse de esta última broma municipal. Se puso a hablar con otro. El resol de la tarde, entrando desde unas lejanías quizá azules, le doraba la cabeza rubia y borbónica, le aclaraba los ojos y le hacía ajeno, distante, mítico, desconocido. Los Borbones tienen el don del humor —lo tenían el abuelo y la bisabuela—, pero tienen asimismo el fanatismo del trono. No sin fanatismo se sostiene una Casa Real, por muy republicana que sea la raíz del pueblo, que tampoco lo es tanto, pues nadie les ha educado en eso. Pero el Ejército es monárquico y el rey es el primer militar. Tardes de oro en las recepciones reales. La reina Sofía pregunta, escucha y observa. Todas las familias reales europeas son primas entre sí. Tienen el instinto familiar de la supervivencia. En un rayo de sol fugaz, entre académicos, temblaba aquel día la perduración misteriosa de un estado irónico y borbónico.

Donde más clara y evidente se vio la democracia fue en eso que pudiéramos llamar «deshielo del dinero», y que luego acabó llamándose «pelotazo», con muy mal gusto. Porque el dinero franquista había sido una cosa sólida, quieta, misteriosa, invisible, por lo que se refiere al Estado, y una calderilla sucia por lo que se refería a nosotros, los peatonales. Cada uno vivía resignado, acostumbrado con su jornal, sin más esperanza que los puntos por paternidad o la paga del 18 o el quinquenio. Los millonarios, por su parte, hacían un uso muy moderado de sus caudales y se les veía el confort, eso sí, pero no el lujo. La cosa terminaba en el coche charolado del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, pero no era fácil que su hijo mayor tuviese una moto campeona y su niña un mini.

El dinero, durante el franquismo, fue un concepto estático, mineral, que parecía referirse a la solidez del oro, a ese sol interior de las cámaras bancadas.

Con el socialismo de Felipe González las cosas empezaron a cambiar, el dinero empezó a fluidificarse y corría por todas partes. Los bancos pagaban a Filesa, Mario Conde se compraba el Banesto, sin ser banquero ni nada, unos cuantos se repartían Rumasa, que eran dos enormes torres de millones, Mariano Rubio se montó una máquina de coser billetes, algo así como una singer doméstica, para beneficiar a los amigos, y Javier de la Rosa hacía negocios internacionales desde Barcelona.

En cuanto a los particulares, también hubo humildes ferreteros que trocaron su hojalata en pasta negra, sucia y suiza, y cualquier amigo te proponía un pelletazo. Hoy lo hubieran llamado *stock-option*, pero entonces aún no sabíamos tanto inglés. Aquí se hacía el tocomocho en lengua romance y el francés en la lengua de toda la vida.

El señor Prado y Colón de Carvajal salió con bien de algunas calumnias, pero otros señores de apellido menos colombino o colombófilo están en la cárcel. La fluidificación del dinero es siempre consecuencia de la democracia, ya que estamos hablando de democracias capitalistas y liberales, como la del socialista Felipe González, y la consigna la dio el ministro Solchaga aconsejando a la gente reunir pasta de prisa



porque no iba a haber para todos. La libertad de comercio es lo que hace que todo el mundo se meta en negocios, la libertad de mercado es la libertad de robar, siempre que se robe honradamente.

La hemofilia financiera es una enfermedad natural del liberalismo, que aquí nos cogió cuando nadie había leído a Adam Smith, lo cual que empezamos a vivir peligrosamente. O te lo llevabas puesto o ibas al trullo. Todos teníamos un primo en la cárcel como antes lo habíamos tenido en la Legión.

Luego, sometido ajuicio Barrionuevo, y mandando ya la derecha, empezaron las corrupciones de los hombres de Aznar, consecuencia inmediata de la privatización de las grandes empresas. Es como si el Estado se pusiese a sí mismo los muebles en la calle para vendérselos al primero que pasa. El Estado desahuciándose a sí mismo, eso es la alegría liberal, hasta tener el mínimo de Estado posible, que es como tener el mínimo de bomberos posible en una ciudad donde los incendios forestales se dan en cuanto alguien enciende un cigarrillo en el baño, que es ya el único sitio donde se puede fumar.

Los señores Aznar y Rato no habían comprendido todavía que las empresas estatales son servicios y no negocios, que no están para ganar sino para atender, desde Iberia a la Renfe o la enseñanza pública. El deshielo del dinero es ya hoy imparable, pero a nosotros nos fascinó aquella época de los amenes franquistas, cuando veíamos correr el oro por la Gran Vía y por Azca, abolida para siempre la ley seca del dinero que había mantenido Franco casi medio siglo.

Uno de los motores de la ruptura era el divorcio, y las libertades sexuales en general. Como eso no cuesta dinero, el Gobierno socialista concedió en seguida el divorcio a los españoles en alguna de sus varias formas, o casi en todas. Pero hay que decir que, entre las clases altas, se divorciaron los de siempre, los que llevaban toda la vida divorciándose, y entre las clases bajas no se divorciaba casi nadie. El proletariado, que iba a ser confaloniero de la Historia, es en realidad una clase conservadora de lo poco que tiene, y hace bien, pues el rey de las langostas puede regalarle una langosta incluso al juez divorciante, pero el cocidito madrileño, repicando en la buhardilla, según el inolvidable y olvidado Pepe Blanco, no hay manera de partirlo a la mitad. Todo junto da para un familión, pero repartido en porciones se queda en nada.

Y aquí una de las primeras paradojas socialistas: imparten leyes justas y liberales a un pueblo que no está en condiciones de disfrutarlas. Aparte, como hemos dicho, de un raro y callado espíritu conservador que sin duda le viene a nuestro obreraje de su remoto o inmediato origen campesino.

La ciudad da democracia y el agro da siempre la tribu, una y otra vez.

Así las cosas, la divorciada por antonomasia fue la filipina Isabel Preysler, que pasa por cantantes, aristócratas, políticos, etc. Se divorcia don Miguel Boyer, que es pura clase media, de una mujer lista y hermosa como la Arnedo, hija de la novelista Elena Soriano. Pero se divorcia Boyer arrastrado por el tifón filipino de la Preysler y ella le va arrastrando a un anonimato de amor y lujo, con lo que se acaba la biografía de un hombre opinado como presidente del Gobierno para sustituir a González.

Se divorcia Marta Chávarri, se divorcian los Albertos y las Koplowitz, sin mayor quiebra sentimental. Esta ley socialista ha venido a favorecer a los millonarios, porque la Historia es paradójica y qué le vamos a hacer. El pueblo se entera de estos divorcios por el couché y la tele, pero la España de Puerto Hurraco, como diría certeramente Javier Pradera, tiene sus liturgias de divorcio milenarias, que consisten en pasar a la santa esposa por la aserradora, en posición longitudinal, o en clavarle al marido la azuela en los riñones cuando está doblado escardando los cebollinos. Cuando estoy escribiendo estas líneas la cosa no se ha resuelto, desde los primeros crímenes familiares, sino que se ha vuelto multitudine bajo la especie de «maltrato femenino». Ocurre que la España popular y socialista, o afín, prefiere la ley de la azuela a todas las

leyes de Madrid, y el gentío tiene procedimientos muy ingeniosos para divorciarse por lo criminal. Nuestras clases privilegiadas demuestran una vez más su buen estilo, que los media difunden, divorciándose con gentileza y sin sangre, pero Felipe González, con la mejor voluntad, había regalado una ley evolucionada, madura, civilizada, racional, a un país que está mucho más familiarizado con el azadón que con el derecho napoleónico. Así, el matrimonio sigue matando gente por todo el glorioso agro nacional, y los aristócratas del detergente siguen separándose por el ¡*Hola!*

Habíamos salido de la censura oficial y nos censurábamos a nosotros mismos, porque el terror crea inercia. Un libro mío estuvo en censura, 1970, un año entero, y cuando el editor, José Manuel Lara, lo sacó autorizado, me dijo:

—En un año le han quitado una sola palabra.

—¿Qué palabra?

—Culo.

Un trust de cerebros que era capaz (o incapaz) de pasarse un año dándole vueltas conceptuales a un culo desde luego no era un organismo eficiente. Así funcionaban todas las formidables y espantosas máquinas burocráticas e intelectuales de la dictadura. Alguien ha dicho que con censura se escribía mejor, y no en un alarde de cinismo, sino porque es verdad. En principio, la censura obligaba a sutilezas políticas, eróticas, etc., que eran como una criba por donde pasaban los más dotados. El que sólo sabía escribir de una manera frontal, llamándole a la dictadura «dictadura», ése se quedaba en la alambrada. Por otra parte, la censura en sí misma era un tema para escribir. Los grandes pensadores de aquello nunca se dieron cuenta de que la censura, antes que una inquisición burocrática, era un motivo para escribir todos los días contra ella, y que cada una de sus actuaciones represivas —teatro, cine, etc.— despertaba un eco en los medios y en la calle mucho más inconveniente para el sistema que las pequeñas insidias de cualquier autor de izquierdas.

Pero estas insidias de cierta finura intelectual, que nos permitían pasar la censura, son las que desde nuestro propio campo político se criticaban como «posibilismo», de modo que nosotros éramos unos posibilistas, o sea una especie de putas de prosa y sedalina que habíamos llegado a un acuerdo con el sistema para ir tirando, para ir viviendo, para estar en las dos orillas a la vez.

Este asunto del posibilismo fue muy debatido, y no sólo en España, sino también en el mundo. Autores como Sartre y otros debatían todos los días en sus publicaciones (que apenas nos llegaban) el sexo angelical de los posibilistas. Pero al posibilismo le dedicaremos otro capítulo, quizá el siguiente.

Hemos hablado aquí de inquisición a propósito de la censura. Evidentemente, la censura medieval del fuego era más eficaz que la censura burocrática del ministerio. Ambas censuras eran fácticas, aunque las hogueras de la Inquisición tenían carácter infame de tortura. La censura moderna se hace sobre un texto y la Inquisición era la censura sobre un hombre hasta exterminarle con llamas o agresiones. La censura del siglo XX es más sutil porque atenta contra el alma de la víctima —su libro—, mientras que la censura de los siglos bárbaros atenta contra el cuerpo (el alma la da por perdida). Al inquilino de la hoguera se le supone culpable desde antes de comenzar el proceso. En nuestro tiempo, en cambio, se parte o se partía de una supuesta imparcialidad, de una previa inocencia del peatón, a quien luego habían de probársele culpabilidades a partir precisamente de los datos que él había proporcionado: su texto. Un judío o una bruja o un luterano eran aprehendidos por tales y como tales, pero el judío de hoy es un ciudadano civil, un ente peatonal que va o iba voluntariamente a una oficina a entregar las pruebas de su culpa: su novela. Este carácter paradójico de la censura moderna, que todavía se da en otros países, supone un avance de la libertad en el mundo, aunque quizá parezca lo contrario.

La víctima de la Inquisición lo era de nacimiento, por raza, religión u oficio. La víctima

de la censura lo es por propia voluntad, a partir de una obra artística o intelectual que él mismo ha entregado a la censura. (Dejemos aparte los casos de persecución policiaca, porque no son de este tema.)

Cuando yo entregaba una novela o un ensayo en la oficina correspondiente, estaba planteando un pacto con el poder: o he sido correcto y mi obra será aceptada para su publicación, o bien he sido incorrecto y, en este caso, no sólo se me prohibirá la publicación del texto, sino que quedará fichado para siempre como autor de textos nocivos. El depósito de las propias ideas en un mostrador suponía por mi parte un gesto de buena voluntad, de entendimiento, de aceptación de ese poder, la censura.

Posibilismo.

La Inquisición era menos «democrática» porque tomaba la iniciativa e incluso se basaba solamente en signos externos. Los nazis quemaron libros, pero en la Europa civilizada ya no se quemaban hombres. La causa de la libertad sigue avanzando incluso en estos pequeños trámites que narro. Así lo veía yo, lo veíamos unos cuantos, y por eso presentábamos libros a la censura. Era un trato con el poder, sin duda, pero creo que ese trato estaba ayudando a avanzar las libertades dentro mismo de la dictadura.

El posibilismo, como vengo diciendo, era una actitud ambigua que no todo el mundo entendía o quería entender. El primer gran posibilista fue Cela con *Pascual Duarte*, novela que está inspirada en un pueblo extremeño donde él estuvo de soldado cuando la guerra. En general, la novela tuvo muchas dificultades con la censura y con los editores, hasta que salió en una modesta editorial de provincias, triunfando en seguida como el mayor susto literario de la posguerra.

Crítica y público quisieron ver en *Pascual Duarte* una metáfora de la guerra civil, y como tal se difundió el libro por el mundo, como una obra de denuncia cruel publicada en el seno del franquismo. Yo no estoy muy seguro de que Cela estuviera conforme con ese juicio, y, de hecho, cuando el director Franco llevó la obra al cine, politizándola al máximo, Cela dijo que aquello no tenía nada que ver con él.

Pero en su segunda novela, *La colmena*, también muy castigada por la censura y el exilio, Cela sigue haciendo posibilismo, sabiéndolo o sin saberlo: es decir, poniendo bombas antipersonas al sistema so capa de su gran lujo literario.

Otro importante posibilista es Antonio Buero Vallejo, que pasa de los adumbramientos de la cárcel a la gloria teatral, en poco tiempo, con una comedia y un premio. *Historia de una escalera* no sólo es un modelo de socialrealismo, sino que abre el camino a otros autores de la resistencia para convertir el teatro en un arma cargada de futuro (y de denuncia) con más difusión que la intensa pero restringida poesía.

A partir de aquella obra, y de los disgustos que le dio (con un solo valedor de derechas, Marqueríe), Buero inicia una carrera literaria abundante en títulos y propósitos, decantándose al fin por su mejor línea, la inicial: un realismo absoluto o una fantasía histórica, pero siempre con el drama político como ámbito de los dramas humanos de la escena.

En aquellos estrenos de Buero, los estudiantes gritaban: «¡Buero-Pueblo!», y la veta histórica fue su mejor recurso —Velázquez, Goya, Larra, algún rey— para no sacar siempre albañiles, con lo que el posibilista entra en una elipse de teatro lujoso, apto para la gran burguesía, que disfruta el espectáculo como una ópera y procura no enterarse mucho de la totalidad del discurso. Quienes sí se enteraban eran los estudiantes y el público de las localidades altas.

Frente al posibilismo de Buero, que demostró largamente cómo se podía estar dentro-fuera de la situación, minándola literariamente, se erige Alfonso Sastre, la gran esperanza de *Escuadra hacia la muerte*, que luego degenera en un teatro intelectual, más acre y perseguido que el de Buero, pero de menos onda expansiva o eficacia revolucionaria, digamos.

El duelo Buero-Sastre duró toda la posguerra, pero Buero tenía con él al gran público y

a la masa enorme y avisada de los posibilistas, que seguían el mismo camino y creían efectivamente haber encontrado una vía de penetración en las entrañas negras del sistema. Sastre negaba el posibilismo, lo denunciaba como entreguismo, mas por su parte no conseguiría eficacias semejantes, y sus obras mejores —una taberna, un torero— llegan a la verdadera perfección teatral, pero son, irónicamente, las menos cargadas de intención política.

He tratado mucho a Buero, que era un hombre grave por encima de su natural graveza, o sea un poco afectado, con cierta pedantería de maestro de izquierdas y un rostro de pasión y muerte hepáticas que le ha permitido vivir más de ochenta años, entre la pipa, el café, Victorita, los hijos muertos y el mus con un «azul», Vizcaíno Casas, vecino de verano en un pueblo de la sierra. Buero, tan triunfador, tenía una cara de perdedor que no se le quitó nunca y que ayudaba mucho a su filiación casi costumbrista de rojo oficial o «consentido». El posibilismo generó «compañeros de viaje» y «tontos útiles», según la jerga marxista de Europa, y de algunos de ellos me ocuparé en el capítulo siguiente.

Los diez millones de votos no supusieron tanto que España se hubiera levantado socialista como que Felipe González se convertía en el hombre-Estado. Luis XIV era el Estado porque lo dijo él. Franco fue el hombre-Estado por la fuerza de las armas. González lo fue por la fuerza de los votos, que es mucho más noble, pero tiene asimismo sus peligros.

De lo que no nos dimos cuenta entonces los españoles, en pura euforia, es que, creyendo pegar un salto hacia el progreso político, realmente recaíamos en el hombre-Estado, que nunca ha dado buenos resultados en la Historia, en ninguna de sus modalidades, ni siquiera en la napoleónica. O el Estado destruye al hombre o el hombre destruye al Estado. Felipe González es una víctima que lo anunció lúcidamente: «Voy a morir de éxito.»

Pero vengamos a los ejemplos. Ni Filesa ni tantas otras filesas habrían sido posibles sin el hombre-Estado, que supone en este caso una especie de superstición democrática y socialista que llevó a la burocracia de izquierdas a perder la noción o distinción entre lo bueno y lo malo.

Es lo que dijo Semprún a propósito de Pilar Miró y sus modestos y precoces «escándalos».

—Esta niña no distingue lo público de lo privado.

Efectivamente, no teníamos una educación democrática. Glez. tampoco. Glez. pensaba —y quién no, en su caso— que el hombre que ha recibido un asentimiento tan abrumador de las masas unánimes ya no se puede equivocar nunca, porque el solo hecho de que él haga las cosas las consagra.

Y así es como empieza a actuar, quizá sin darse cuenta, como hombre-Estado, o simplemente como Estado. El Estado es él y los ministros le fueron siempre tan serviles como a Franco, sólo que no por terror, claro, sino por convicción (y porque Glez. escucha poco, aunque oiga mucho).

Los intelectuales de la *bodeguía*, sus amigos del mundo de los negocios, como el citado Sarasola o Mariano Rubio, por el que pone la mano en el fuego (y se la quema), los consejos de ministros: todo esto configura una corte más que un estado. Yo escribí por entonces que Glez. tenía la corte y los cortesanos que no tenía el rey.

La tendencia liberal del mundo nos lleva a una restricción progresiva del Estado (preguntar a los ingleses), pero Glez. actuó en sentido contrario: su tendencia le llevaba a crear mucho Estado, a multiplicar poderes y contrapoderes, porque lo que estaba creciendo no era el Estado, sino él en figura de Estado.

El socialismo tiende a los estados grandes y fuertes, justificados en la utopía de la posterior abolición del Estado (Marx). Pero es que con Glez. no estaba creciendo un estado socialista sino un hombre-Estado que, según oidores y relatores, llegó a tener

mucha influencia en las decisiones y movimientos del rey, que quizá estaba satisfecho de gobernar con los socialistas, culminando así el origen irónico del Estado, que ya hemos estudiado aquí.

El caso inesperado del hombre-Estado explica casi todos los éxitos de Felipe González, más todas sus audacias, fortunas y fracasos posteriores. Hoy, Glez. no es un hombre que ha perdido un cargo, sino que ha perdido el Estado. Un estado errático, vacío, caído y fantasmal que va con él de acá para allá. Glez. puede ser culpable de algunas cosas y creador oportuno de otras, como las libertades civiles, que con él llegaron a ser las mayores de Europa, para bien y para mal, pero Glez. es sobre todo la víctima de un seísmo histórico: los diez millones de votos que le convierten en hombre-Estado y le llevan a comportarse como tal. Lo suyo fue un absolutismo no sólo aceptado, sino exigido por los españoles que hoy le olvidan.

En la década del 76-86 se puso de moda el leotardo. Me refiero a ese leotardo transparente que hacía de medias y de bragas, todo en una pieza, y que trajo consigo la supresión de la braga, prenda que suele dejar un delicioso releje en la carne de la mujer, y también en la ropa. Esa marca nos gusta mucho a los señores de izquierdas y siempre la hemos acechado, pero los modistos y las mujeres, que hacen lo que ellos les dicen, decidieron suprimir la braga en función del leotardo, dejando así el perfil de la cadera limpio y nuevo. Era un signo mínimo de la libertad en que había entrado nuestra vida, y los fotógrafos del tema se aplicaron a los cruces de piernas para pillar desbragadas, que se pagaban bien en las revistas, según la categoría social de la hembra o la mera categoría corporal.

Una noche, un fotógrafo de *Interviú* pilló a Marta Chávarri descruzándose en honor de alguien, o de sí misma, y la foto, o sea la zona erógena, fue portada de la popular revista, llegándose así al éxtasis del simbraguismo, que fue uno de los éxtasis diarios que vivíamos los españoles desmovilizados del Movimiento, democratizados, destejerizados, socializados y mejor alimentados sexualmente.

Claro que no tardó en llegar de Hollywood *Instinto básico*, con el descruce de Sharon Stone a leotardo quitado, para liberación y olvido de Marta Chávarri, que desde entonces se cotiza menos en el couché.

La cueva dorada de la noche donde más fácilmente podían cazarse estos murciélagos vaginales o pájaros de vida uterina fue Joy Eslava, que había sido el famoso teatro Eslava de Luis Escobar, donde el Jean Cocteau español de la posguerra se permitía hacer obras de vanguardia, porque era marqués, y hasta obras propias, como *El amor es un potro desbocado*. Ya al final de su carrera, Berlanga le descubre como lo que evidentemente fue siempre, sin que nadie se diese cuenta, ni él mismo: un gran actor de esos que se inventan su personaje, como Charlot o Woody Alien. Jean Louis Mathieu me dice que el Eslava le devuelve siempre el espíritu de Luis, que está allí, pero a mí no me devuelve espíritus sino cuerpos gloriosos, como el de la nieta de Franco, esa que fue joyera en París, la madurez monologante de Lita Trujillo, la hombría táurica de Jaime Ostos, esa doble de Marisol que es la Goyanes, Sisita Milans del Bosch, Beatriz Escudero, Marta Moriarty, la progre fina que casó con Huarte, toma ya, y la nieve sutilísima de las bodas de sangre entre cuatro alucinados y un camello que a lo mejor se llamaba Douglas Fairbanks.

También bailaba en Joy la Siruelita, a quien nunca me atreví a sacar a la pista porque uno es tímido y pedante, como Ortega decía que le habían hecho los jesuítas, pero yo sin pasar por los jesuítas, que tiene más mérito. Joy puede que sea de Trapote o de Lucio, que juntos juegan a las cartas en la Cava hasta que se va a la tumba el último cadáver exquisito del mesón. Aznar llevaría allí a Kohl y celebrarían con rioja el éxito de las derechas europeas, pero a la hora en que escribo ambos lo tienen malo en sus países respectivos, felices tiempos aquellos del desbrague, que no supimos cronificar a fondo, porque todos éramos cómplices con nuestro prorrateo de socialismo, y hasta las

políticas tenían un cupo, pero seguían con la braga de hierro colado, porque la vanguardia del pecado es siempre del partido del dinero y no de ningún otro, el dinero es un idioma antes que otra cosa y en las noches de Joy Eslava sólo se hablaba ese idioma, que fue la lengua de toda una década. Trapote tenía una gran finca en Aranjuez, no sé si propia o alquilada, donde recibía con su bella esposa, que luego desapareció por cáncer o algo, siendo sustituida por otra que en seguida le dio un niño, en aquella finca había caballos como láminas del XVIII y el trasunto de un Versailles doméstico, humanizado, democrático y con la madrugada pachanguera.

Todos hablábamos el idioma del dinero y las Koplowitz y las demás que hemos citado en este libro se casaban o divorciaban en el altar áureo de los dólares o los marcos de Billy Brandt, que Guido Brunner, embajador y tahúr, tradujo en seguida a convolutos, para luego dejarse morir con la elegancia de un gordo suicida, Nerón, Oscar Wilde, etc. Lo del desbrague no fue más que una moda, como la propia democracia, y todo queda lejos, deslumbrante y mediocre, como una democracia del Cono Sur, y ahora observo, cuando tengo ocasión, y anoto la historia de la braga, que fue de esparto en las primeras progres, de mangancia en el caso de Pilar Miró, inexistente en las reinas de la noche y las santas patrañas de Joy Eslava, y que ahora ha vuelto sin perder su encanto, pero como una prenda burguesa, delicada y amena que alegra la escasa intimidad que nos queda.

Pero en El Corte Inglés siguen vendiendo muchos y muy finos leotardos. El último que regalé a una amiga francesa resulta que era una talla menos y ahí empezó a fallar una amistad que prometía mucho. La década 76-86 fue quizá la más furiosa, sangrienta, alegre, colgada y suicida del felipismo.

José Luis L. Aranguren fue algo así como el chamán de la tribu progre desde que la democracia le devolvió la cátedra. Aranguren era alto, según su apellido vasco, un poco inclinado, con los miembros elegantes, la calva aristocrática, la melena sucia y el gesto amargo que le valió lo de «Amarguren».

Vivía en un chalet de Aravaca con su esposa, mujer asalmonada a lo Pardo Bazán, muy señora, y luego se le conocían admiradoras jóvenes y viejas por Madrid. Tenía un estudio en Fortuny. Una vez le dije:

—Lo que me gusta es que eres un filósofo sin jerga.

—Sí, ya sé que no tengo estilo.

O sea que no transigía con el halago fácil y envenenado. Su aristocratismo intelectual le impedía ver a quienes no eran de su origen. A mí todo aquello del cristianismo progre y la acracia de Dios me parecía una manera de jugar a tonto útil o compañero de viaje, pero sin perderse la misa de una.

Aranguren hizo en *Triunfo* (cuando *Triunfo* salía alguna vez) crítica y comentario de libros extranjeros, que él leía en directo, jugando siempre al juego de todo el que tiene una causa: añadir a su causa un nombre nuevo, aunque fuese a la fuerza, o repudiar lo insalvable, lo rebelde, lo que molesta.

De estas lecturas le quedó un *puenting* de pensamientos arriesgados para un cristiano (católico sólo entre paréntesis), de doctrinas modernas y de atrevimientos que escandalizaban a la Iglesia española, tan fácil de escandalizar.

Aranguren escribía en Aravaca, por las mañanas, y allí me invitó a alguna fiesta familiar. Por las tardes estaba en su estudio madrileño de Fortuny y por las noches era virgen nada necia junto al fanal de una copa de whisky, hasta las mil, más oyendo que largando. Era alto como Unamuno y feo como Sartre. Llegó a tenerme algún cariño, pero yo sé que mi escritura a veces barroca no acababa de gustarle ni de caerle a su prosa meramente redactada de vasco que parlaba mal el castellano. Pero siempre decía cosas.

Noches en un apartamento de la Torre de Madrid, la bohemia de oro de la intelectualidad socialista, la *people gold*, que éramos nosotros, más mi entrañable

Máximo, a quien una noche tiré el jersey a la calle, desde el piso catorce.

—Lo que siento no es el suéter —decía Máximo—, sino que a ver cómo le explico yo mañana a mi mujer dónde he perdido el suéter.

Y a poco subía un ángel rubio, yanqui y femenino, con el suéter de Máximo, que había caído sobre ella cuando estaba leyendo. ¿Leyendo en diciembre a aquellas alturas, a la intemperie? Inverosímil.

Nunca me visitó aquel ángel rubio y feminísimo, porque todos los ángeles son yanquis y los fabrican en el Pentágono o en la NASA. Aranguren era el santo bebedor, hacía la bohemia del católico que se ha liberado en cristiano, y escribía desordenadamente, aquí o allá, o publicaba un libro juntando ensayos dispersos, pero eso también lo hacía Ortega. A veces merendábamos juntos, con nuestras novias, en los espejos de Lhardy.

—A mí siempre me dejan finalista de todo, Umbral.

Valverde, Delibes y algún otro seguían aquella línea de cristianismo golfo, que hubiera sido sugestiva si detrás no estuviese, con espada de fuego, el ángel del Evangelio para poner las rosas en su sitio. He hablado aquí de los compañeros de viaje y los tontos útiles, según el vocabulario de la época. Pues bien, Aranguren fue el compañero de viaje más representativo y modélico, aunque nunca hizo de tonto útil ni inútil. Compañero de viaje de comunistas, anarquistas, curas rebeldes, curas con guitarra, socialdemócratas de *El País*, actores en paro y amigas peligrosas.

Aranguren fue sartriano en el sentido de que quiso instituirse en conciencia de aquella sociedad que transicionaba, o eso parecía o hacía creer él. En sus últimos tiempos, viudo, enfermo y solo, se refugió en un curso mío de verano, en El Escorial. Me pidió alojamiento porque no tenía a donde ir. Se dormía en las clases. Le dije que en mis dominios podía quedarse todo el verano. Me cogía del brazo para caminar, más por estática que por amistad. Le conté en un almuerzo lo de Lourdes, según Magris: los amores secretos, en una cueva, de una bella dama con el prefecto. La ven unas pastorcillas en camisa y van a contárselo al cura, que lo sabe todo:

—Lo que habéis visto es a la Santísima Virgen, que os ha dicho unas palabras maravillosas.

Le indignó, le exaltó la versión del historiador como si fuese mía.

—Eres el Anticristo, siempre me has parecido el Anticristo.

Desde entonces seguimos haciendo la misma vida de sanatorio cultural, pero olvidó mi nombre para siempre (un siempre bien corto). Decía «nuestro amigo» o «nuestro director», pero jamás volvió a decir Umbral. Me creía realmente el Anticristo, innombrable, pero comía y bebía de mi hospitalidad diabólica. Para final de curso le organicé un homenaje general con sabios, chicas y flores, Castilla del Pino y otros. Un sospecho filósofo catalán se negó a intervenir y Aranguren se fue hacia él y le pidió cuentas. El otro se encogía de hombros. Fueron los dos últimos tropiezos del santo bebedor. El tercero, ya fuera de mi jurisdicción cultural, lo cometió ese mismo verano justificando el GAL. Con tres anécdotas había arruinado su cuidada imagen de Sartre católico. Tuvo una respuesta nacional y acre que le mató antes de la puesta del sol, en aquel hermoso y eterno verano.

Retomo aquí el asunto de los compañeros de viaje y tontos útiles. En la cosa de la censura coincidía yo casi todos los miércoles con dos novelistas pacientes e insistentes como uno mismo: Alfonso Grosso y Armando López Salinas. López Salinas hacía realismo soviético, aunque aquí los críticos, poco avisados, creían que era el realismo de Galdós. Galdós o Moscú, uno se pregunta para qué vale, por ejemplo, la novela sobre la mina. Siempre es más novelesca la mina que la novela. Y en cuanto a información y denuncia, para eso ya estaba ahí el servicio técnico y económico del partido, con muy buenas estadísticas clandestinas.

Pero no quiero con esto desmerecer a López Salinas, hombre cordial y serio, todo un comunista triste, con una tristeza elegante. Solía verle en los actos del partido.

Luego, de Salinas no he vuelto a saber nada. Alfonso Grosso era un angelón grande, sevillano y rubio de ojos claros, esa limpia veta albina que recorre toda Andalucía. Grosso era hablador, persistente, profundamente bueno y de cabreos fugaces y bien llevados. Le devolvían una novela y allí mismo rompía los folios y los tiraba a la papelera de la oficina, como dejando una bomba en el ministerio de Fraga.

Pero luego, en el tren de vuelta a Sevilla, iba ya pensando otra novela. Era abundante de creación y un prosista barroco con algo de Salzillo rojo y poderoso. No se cabreaba mucho y los cabreos se los curaba con vino, hasta que se fue alcoholizando. Y empezaba otra novela, consciente de que se la iban a tachar íntegra y con la letanía piadosa de que escribía muy bien.

Eso es lo que me contaba. El vino le tocó la cabeza y acabaría muriendo en un hospital de locos de Sevilla. Es la víctima más directa de la censura franquista que yo he conocido. López Salinas era comunista de carnet. Grosso y yo éramos compañeros de viaje o tontos útiles.

Pero había una diferencia entre el tonto útil y el compañero de viaje. El tonto era efectivamente un tonto, pero resultaba útil para alguna misión especial, o precisamente por tonto, o porque se hacía el tonto. El tonto útil (a los comunistas) era la burla del sistema, pero no corría peligro.

El compañero de viaje marca una categoría intelectualmente superior. Se trata o trataba del intelectual o artista que, sin militar oficialmente en el partido ni en nada, prestaba su firma, su presencia o su obra a la causa. Yo fui tonto útil y compañero de viaje. La vez que me recuerdo más tonto útil fue en una manifestación comunista que iba de las Rondas a la plaza de Benavente. En cabeza, Santiago Carrillo, otros mandas y yo. A la altura de Atocha, Carrillo me dijo que se iba a coger el avión de Zaragoza para dar una conferencia.

Una vez que se hubo ido el jefe, los mandas se me fueron despidiendo como en un duelo, cada uno a su avión. Me encontré de cabeza única de la cosa con Marcelino Camacho, un hombre incapaz de tales traiciones.

En la plaza de Benavente subimos a un tabladillo y vi que la noche era tensa de público y maderos, con una violencia inmóvil en el aire, con una electricidad callada en los rostros. Cuando empecé a leer mi papela, los anarquistas gritaron «que lo lea un obrero». Marcelino me dijo:

—Lee y vámonos, que aquí hay mucho peligro.

Leí sin prisa y antes de terminar me cogieron en brazos cuatro hercúleos comunistas de base y me llevaron a la calle de Atocha, a una esquina (la de la tienda de Bobo y Pequeño), y me metieron en un coche mini-mini y viejo, donde raramente cupimos yo y mis protectores, más el chófer. Me llevaron a mi casa y me decían por el camino «las hemos pasado putas por nosotros y por ti».

Buena ocasión para presumir de luchador impasible, pero no me pareció digno. Guardé silencio y me dejé querer. Mi valor había sido en buena parte inconsciencia. Desde entonces decidí pasar a compañero de viaje, que es más elegante, más intelectual y más cómodo. Uno firma o escribe cuando quiere, va a donde no hay peligro y tiene un gran público. Cualquier compañero de viaje podría gritar lo mismo que Sartre cuando vendía *La Causa del Pueblo*, maoísta, en las calles de París: «Deténganme a mí, deténganme a mí.» Porque llega un momento en que la pasma te conoce y te respeta por si las *fiáis*.

Tiempo más tarde dejé de ser compañero de viaje —una cosa que tenía incluso rendimientos literarios, aparte la satisfacción de las propias ideas. Y dejé de ser compañero de viaje porque el comunismo, tren de cercanías, había rendido viaje en España y en el mundo.

El imaginario del PSOE lo constituían todos aquellos que habían sido marginados o se iban automarginando a medida que el partido iba dejando de ser socialista, o de ser



obrero o de ser español (dependencia de Alemania y Estados Unidos).

En el imaginario del PSOE, Gómez Llorente, Tierno Galván, Nicolás Redondo, no sé si Pablo Castellano, siempre un poco errático y golfo de bien, Fernando Morán, Fernández Ordóñez, etc. Todos estos hombres unidos podían haber hecho un partido socialista independiente del PSOE, pero eran demasiado intelectuales, demasiado utópicos, demasiado honrados. Felipe González, por otra parte, con su actuación de hombre-Estado, cerraba el paso a cualquiera que pensase más que él, o mejor o más a la izquierda. El imaginario del PSOE sigue siendo invocado mentalmente, cada vez más en silencio, como una mitología política que venía del institucionismo, del republicanismo, de la burguesía ilustrada y del proletariado marxista, como Nicolás Redondo.

Es una Vía Láctea que se ha quedado en el cielo de la memoria como ejemplo y lección de lo que pudo ser el nuevo socialismo español, en concordancia con el anterior, el de la Segunda República. Nuestro socialismo intelectual ha tenido siempre un apresto culto, una aureola salmeroniana que le convierte en el mejor socialismo de Europa, pero el PSOE renovado —ahora lo vemos— vino a hacer socialismo yeyé, socialdemocracia y negocios, en difíciles esponsales con la banca y la prensa, de modo que se contaron en España millones de españoles que eran socialistas sin saberlo ni saber lo que eran, porque, para ellos, el socialismo principiaba y terminaba en Felipe González. Ciertamente que Glez. tenía una fascinación que en parte no ha perdido, y quizá resultó más eficaz, en lo bueno y en lo malo, que aquella galería de orlas que debiera estar ya instalada en el Ateneo. Pero un socialismo democrático, por muy activo que sea, sólo se autentifica con un frontispicio de pensadores serios, históricos, porveniristas, todos ellos herencia del XIX, en cuanto que el XIX fue barroco y revolucionario. Sabemos que la Revolución francesa quiso imponer el trabajo en domingo, pero los bueyes se negaban a arar ese día, como si tuvieran un calendario encima del pesebre. Profunda lección del tiempo, la naturaleza y la costumbre.

Los intelectuales del socialismo español, como los bueyes franceses, se negaban a arar ciertas leyes, ciertas decisiones, ciertos arbitrios que la cúpula joven imponía. Eran bueyes viejos y sabios, partidarios de respetar las costumbres respetables, partidarios de no saltarse los días históricos ni las maneras históricas de la izquierda, partidarios de ensayar un azañismo progresista mejor que un felipismo aventurero. Y entonces se produjo la hecatombe (sacrificio de cien bueyes), y el PSOE puso vueltabajo a todos estos nombres que hemos citado y a otros, incluidos los héroes anónimos de la administración provincial, que cayeron sin pena y sin más gloria que la local, un recuadrillo en el periódico de su pueblo. La cúpula de Madrid iba herborizando a los más fieles —para lo bueno y para lo malo, insisto—, de modo que no cabía negarse a arar en domingo, y ahí tenemos a los que todavía aran, o sea que cumplen las consignas de Madrid en los tribunales, en las cátedras, en la policía, en la prensa, porque son yuntas felipistas, y así como entonces obedecían al hombre-Estado, hoy obedecen a una inercia que les llega a través de Almunia o de otro, y que consiste en aceptar como muy majos a Gil y Gil o a Pinochet.

Los otros, los bueyes que siguen sin arar en domingo, por costumbre o por convicción, son unos bueyes muy leídos que continúan con sus clásicos, aunque ahora ya los clásicos son ellos. Los legitimistas de un socialismo español que se frustra por undécima vez. Un sueño demasiado hermoso para españoles, pero no quedarán estos aparceros enriquecidos de domingo, sino que la Historia se ilustrará con los dignos bueyes del socialismo humano, los que se negaron a arar en domingo o uncirse a la yunta de Felipe González. Los que querían hacer la revolución respetando los sagrados bueyes del domingo.

Ya he hablado aquí de la censura literaria, pero mucho más intensa y extensa fue la censura cinematográfica, por el hecho obvio de que el cine tiene más clientela y más

diversificada. Los franceses, que siempre se han aprovechado de las miserias españolas para potenciar su *grandeur*, como en la apropiación de Picasso, los franceses, digo, montaron un gran negocio cinematográfico en Perpiñán para que los españoles —clase media alta y de ahí para arriba— acudieran en excursión, como antes a Lourdes, a ver el milagro de un cine sin censura, con mujeres desnudas y toda clase de licencias y variantes sexuales, variantes que tampoco son muchas, pero aquí las teníamos todas olvidadas, incluso las matrimoniales, que la censura eterna es una mala conciencia que vive en las alcobas.

Generalmente el cine de Perpiñán era malo (incluso cine español prohibido en España), pero la escena en puras liviandades y el número de circo y fieras, o sea la cama, no faltaban nunca.

La película antológica de Perpiñán (que debiera haber recibido el Coño de Oro o algo así, al estilo de San Sebastián) fue *El último tango en París*, por calidad y por audiencia. El italiano Bertolucci nos brindaba la coartada de la cultura, de la literatura, de los idiomas, de Marlon Brando.

De modo que vimos esta película cuatro veces, porque era cultura y no porno, porque estaba muy bien escrita, porque había que verla en francés o inglés y porque Brando es un gran actor. Finalmente, cuando el filme vino a España, volvimos a verlo para enterarnos de algo. Estábamos, como siempre, dando la nota en el mundo, entendiendo que el mundo es Francia y su capital Perpiñán.

Por cosas como ésta podía entenderse que el franquismo y el tardofranquismo se habían desajustado para siempre de los esquemas europeos. Aquello tenía que terminar, no porque Franco había muerto sino porque nos había vendido muchos coches a plazos y la gente tenía coche para acercarse al Perpiñán de la esquina. Son las famosas contradicciones internas del capitalismo.

La película de Bertolucci hizo más por la transición española que todos los políticos y todas las constituciones. Era una historia muy europea, muy actual, que nos concernía a todos de alguna forma. Cuando al fin vi la película en español me pareció literariamente artificiosa, folletinizada, lenta, palabrera y astutamente comercial.

Brando es un actor que hace siempre de sí mismo. Los grandes actores no interpretan papeles, sino que hacen siempre de sí mismos. Los malos actores también, sólo que el «sí mismo» de un mal actor no interesa a nadie. Todo era una sabia envoltura cultural en torno a la secuencia clave: la sodomización de la chica por Brando, utilizando mantequilla como lubricante (y ni así, porque la postura que eligen es bastante imposible, y más sobre un suelo desnudo y duro). Prometo que, cuando ya todos habíamos visto la peli, las tres o cuatro amigas que yo tenía me pidieron hacer la escena en su casa.

Una me lo dijo de manera culta, poniéndose boca abajo:

—Quiero que me brutalices.

(Pero le dolía.)

Otra, sencillamente, trajo de la cocina la mantequilla y me la puso en la mano. Cumplí. Y la tercera lo montó ella misma con gran naturalidad y soltura, pues estaba acostumbrada al trámite y desde muy joven había mantenido navegables sus canales posteriores y los otros, claro. Durante un año o así todas querían eso, hasta una catalana me lo pidió, alegando que tenía problemas de vagina. A mí me daba mucha vergüenza comprobar que, después de cuarenta años sin sexo, no teníamos otras iniciativas que aquellas que prestigiaba el cine.

La chica de Brando, luego repudiada por Buñuel y sustituida por Angela Molina, tenía esa fascinación fuerte del cuerpo esbelto barroquizado por unos grandes senos inexplicables en aquella anatomía. Ese contraste vicioso era lo que más me gustaba de todo, pero ninguna amiga, ni conocida ni vecina presentaba esa morfología, que el cine sólo nos había ofrecido antes en Rita Hayworth. *El último tango* es una película

pedante, esteticista y comercial, demasiado literaria, que es lo que no debe ser el cine. Algo parecido a lo que hace ahora Almodóvar en sus últimos filmes.

Considero que *El último tango* no fue en España una victoria de la libertad, sino el último éxtasis de la censura (mantequilla o margarina).

Dicen algunos cronistas de entonces e historiadores de hoy que Santiago Carrillo puso el partido al borde de la marginalidad. En todo caso, yo creo que los pobres resultados de las primeras elecciones nadie los hubiera mejorado y que Carrillo fue una víctima más del autoespejismo y protagonismo que el pecé se había concedido. El comunismo, el gran susto de España desde la guerra, eran unos cuantos estudiantes que se habían pasado la carrera peleándose con los guardias en la Universitaria. En cuanto vino el comunismo oficial, aquellas mocedades se hicieron ácratas y ni siquiera votaron.

Todo había sido un idilio juvenil y violento.

Donde no hay harina todo es mohína, dice el refrán (hombre refranero, maricón o pilonero: odio los refranes y sólo uso éste, el segundo, en lo que tengo de pilonero). Donde no hay votos, harina electoral, todo es mohína. No voy a justificar a Carrillo, el viejo amigo que me dejó tirado en las Rondas, en una tarde fatal, pero creo que su gestión, equivocada o atrasada, era consecuencia de un autoengaño, como cuando decía en el metro de París, en los cincuenta, «para el otoño estamos en Madrid».

La huelga general revolucionaria, o sea.

Nunca hubo HGR.

Ya he hablado aquí de aquel Carrillo afrancesado en las Cortes, pese a todo su casticismo, y como todo partido se justifica por la búsqueda y sacrificio de un culpable, le correspondió a Carrillo, cuya culpa era más de autoengaño, me parece, que de mala gestión.

En su lugar pusieron a Gerardo Iglesias, Gerardín, un minero asturiano de Comisiones que hoy tiene una silicosis, una pensión y dicen que un bar en su pueblo. ¿Pensó Carrillo gobernar a través de Gerardín? No lo sé, pero el chico, que daba bien como líder de pueblo en la mina, se perdía en el ajedrez madrileño, y a mí me dijo más de una vez, por ejemplo en El Pardo:

—Bueno, tú me irás presentando, porque es que yo no conozco a nadie.

Y le presenté a Ana Belén, a la que casualmente sí conocía, del cine, claro. Finalmente llegamos a la fórmula IU, donde milité con Camacho y Tamames, y al líder Julio Anguita, que me ha recordado siempre una sentencia de Eugenio d'Ors: «La belleza de las cosas sociales se llama justicia.»

Anguita, en el Parlamento, era de una belleza un poco anticuada y pedagógica, iluminada siempre por la justicia. Felipe González le llamó «mierda», le recordó anacrónicamente «el oro de Moscú» y, cuando no tenía respuesta para él, le decía que sin votos no se puede gobernar.

Anguita ha sido la víctima de esta democracia, el hombre empecinado en la verdad, el fanático de los antifanatismos, el riguroso del rigor, y ha preferido esta imagen a entrar en el juego parlamentario de las convenciones, los pactos y las trampas. En una palabra, no ha querido entender que la política no conoce la belleza de las cosas sociales, ni siquiera su nombre, Justicia, sino que al Congreso se va a luchar desde una batería de mentiras. Anguita, consciente o inconscientemente, ha hecho más por su imagen que por el partido. Quedará como la aparición de la Justicia, belleza masculina y árabe de lo social, del socialismo (D'Ors era sindicalista), pero fracasó con los diputados, que se volvían prostáticos en cuanto él empezaba a hablar, y, lo que es más grave, fracasó con un electorado que siempre estuvo más cerca de la eficacia de González que de la claridad del comunista. Anguita se iba volviendo evangélico en cada sesión, y más cuando le dio el primer infarto y era ya como un Sagrado Corazón de Jesús, siempre con la víscera fuera, a la vista.

Ahora, cuando navego hacia la página cien de estas memorias, Anguita ha sufrido una

recaída que le están remediando con un triple *by-pass*, lo cual tiene una secuela de tres meses de recuperación y un efecto político de ausencia en las elecciones de marzo. Ya le han sustituido por Frutos, un comunista sin belleza dorsiana, lo que significa que los votantes se irán en masa al PSOE, la única izquierda posible, y quizá esto sea bueno para el PSOE, si no lo malversa, pero es malo para Julio Anguita y su utopía de un comunismo democrático, justo y sincero. El rosetón de su mejilla en la tele, y personalmente, a mí, tísico de la infancia, me advierte siempre de que este hombre tiene fiebre o una vasculación forzada.

La belleza de las cosas sociales se llama justicia, Julio, y cuando salga este libro espero que tú, curado y perdedor, vuelvas al duelo de caballeros con menos belleza y más prudencia. En la Historia ya has entrado, pero la Historia no tiene por qué ser tu sanatorio. El capitalismo ha logrado crear el fantasma de que Marx nunca existió y los prostáticos no creen en ti. España no cree mucho en ningún bando de los que estuvieran en la guerra civil, y por eso la gran astucia del PSOE fue no participar demasiado como tal marca, aparte la actuación personal de hombres como Prieto y Largo Caballero. La guerra los dejó manchados a todos por una sangre indiscriminada. Con eso también hay que contar, Julio, pues la Historia tiene sus tópicos inamovibles. Tú eres la víctima de un tópico. Todos estamos jugando de mentira a la democracia y tu naipe consiste en hacer como que te creías que el juego era verdad.

Salud y república para tu corazón y para mi libro.

El socialrealismo, quizá llegado de Italia, fue la escritura de toda la larga posguerra, de modo que, cuando llegó la transición, la fórmula estaba ya agotada. Por eso los socialrealistas se acostaron tales una noche, y se levantaron venecianos o posmodernos a la mañana siguiente. Pero nuestra cultura y nuestros críticos se dieron demasiada prisa en olvidar —ni siquiera archivar— el socialrealismo.

Antes hemos hablado del realismo en la novela, caso de López Salinas (de quien he vuelto a saber, afortunadamente). Pero luego estaba el socialrealismo poético, el más fecundo y numeroso por varias razones: España siempre ha dado más poetas que otra cosa (Guillén decía que los jóvenes escriben versos porque una poesía se hace mucho más rápido que una novela).

Por otra parte se trataba de decir cosas difíciles, políticas, y eso se dice mejor en la intangible poesía que en la maciza prosa. Finalmente, la poesía se puede recitar y eso es de mucha eficacia emocional, política en este caso, que es lo que se buscaba.

Con la muerte de Franco murieron muchos valores auténticos y falsos cuya principal motivación estaba en hacer antifranquismo. Se les murió el enemigo y se les murió la musa. También hemos visto algo de esto en el teatro. Y habría que estudiarlo en el cine de Berlanga, Saura, etc.

Pero la poesía social —que no era otra cosa que comunismo, y la censura lo sabía— dio mucho juego no sólo entre los lectores recoletos, sino también en las fábricas y en los seminarios. El más grande poeta español era José Hierro —y lo es cuando escribo esto—, y se le podía calificar de social más por su biografía que por su obra. Quiero decir que su elipse superaba lo político, lo partidista, para abarcar la peripecia total y consabida del hombre todo. Descontado Hierro —seguramente con su complacencia—, el capitán era Blas de Otero, un bilbaíno duro, seco, hermético, inspirado, de verso fácil y barroco, que también hizo mucha y muy grácil poesía no política. El caso es que había empezado de poeta religioso, con unos sonetos a la manera de su paisano Unamuno, pero muy superiores a cualquier cosa del rector poeta. Unamuno pensaba en verso y Blas era verso todo él, que es una manera angélica de pensar o de no pensar.

Fuimos vecinos en Majadahonda y le visité alguna vez en su terracita, y fui de los primeros, claro, en llegar a su casa el día que murió, y allí estuve con Sabina, García Nieto, Meliano Peraile y los que fueron llegando. Luego le enterramos en el cementerio

civil, en una mañana con lluvia y un grupo de poetas sociales no de los mejores. Gabriel Celaya también tuvo mucho magisterio en esto de lo social, y hasta viajó a la China de Mao y volvió con una guerrera maoísta. Hombre muy culto e inteligente, Blas dijo de él alguna vez:

—Con Gabriel siempre tenemos un problema, y es que no es poeta.

Quería decir que Celaya era poeta «adrede», según el vocabulario de Gerardo Diego, y en esto tenía razón. Críticos y poetas se pasaron los años discutiendo sobre la legitimidad poética —o no— de la poesía social. Nadie dijo nunca lo más sencillo. Que si hay poeta vale todo, el compromiso y hasta el ripio mental. Si no hay poeta, tampoco se va a salvar por muy levantado que sea su tema. Pero la crítica prefiere juzgar géneros, escuelas, temas, estilos, modas, a juzgar hombres, individualidades, escritores. Quizá esto último es más difícil.

La poesía social, naturalmente, no hizo ningún daño al sistema. Pero tampoco no se la puede olvidar como manera, que es lo que se ha hecho. Fue un ismo más —el socialrealismo— y dio buenos nombres y buenos poemas sueltos. Lo de ser poeta social era una manera de cumplir el horario de rojo, una forma de estar en nómina, una astucia para salvarse en el conjunto. No sé si he escrito ya en este libro que el incapaz de salvación personal busca la salvación colectiva.

El fascismo intelectual, que sabía todo esto, dejó que los libros, revistas y poetas proliferasen, pues animaban un poco el paisaje y nadie creía que un soneto fuese un arma cargada de futuro. Los que han quedado, como Blas de Otero, quedan más por poetas que por sociales. Como siempre. La rauda desaparición de la escuela, incluso antes del tardofranquismo, prueba que estaba agotada y que siempre había sido un poco artificiosa. A mí, crítico de poesía social, por entonces me gustaban Leopoldo de Luis, Ramón de Garciasol, Angelina Gatell, Angel González y pocos más.

En mis pensiones de cuando entonces leía un libro de versos diario. Llegué a ser importante entre aquella entrañable gente que no importaba nada.

Primer y último alarde socialista fue la nacionalización de Rumasa, dos torres espectaculares, de un paralelismo ominoso, en el centro de Madrid. El señor Boyer, superministro de Economía y de la cosa fue el brazo de la nueva justicia proletaria. El corazón de España se quedó helado y Madrid guardó un silencio inmenso como abriendo espacio a una revolución venidera. Sin duda convenía hacer, de entrada, algún movimiento importante e impactante para que la gente se fuese enterando. Lo que no sabremos nunca es si la iniciativa fue de Felipe González o del propio Boyer, que nunca había sido ni sería socialista, y quizá por eso necesitaba gestos operísticos para justificar su ejecutoria. Boyer tomó Rumasa como se separó de su mujer, Elena Arnedo, en dos alardes nacionales y paralelos. Se estaba estrenando como rojo. Años más tarde devolvería el carnet que nunca le perteneció. Por nosotros como si se lo come.

Sea como fuere, hay que empezar diciendo que eligieron al más tonto, al menos profesional, al empresario aficionado, entre el Opus Dei y el circo Price.

Ruiz Mateos no era un profesional ni uno de la familia en la endogamia de los grandes empresarios, o en la aún más cerrada de los grandes apellidos andaluces del toro y el vino. En estas endogamias, el intruso audaz, el nuevo rico, el Luden de Rubempré, siempre perece, como Mario Conde entre la Banca española, una Banca familiar, regional, patrimonial, que Franco tenía limitada a siete, una aristocracia paleocapitalista del dinero. El capitalismo moderno no vino hasta después de la transición, porque quienes hacen la revolución en el 82 no son los proletarios sino los banqueros que se ponen al día. El socialismo español hizo una revolución obrera para servírsela a la Banca, y, como me decía Escámez:

—Mira, Umbral, yo antes no podía salir a Europa porque me llamaban fascista. Desde que ha muerto Franco tengo sucursales en toda Europa.

Por otra parte se jugaba, con lo de Rumasa, a escarmentar millonarios en cabeza ajena, pero la cabeza de Ruiz Mateos, aureolada de vírgenes, salió testaruda y deshizo el entuerto. La mejor prueba de lo mal que se realizó esta nacionalización es lo mal que se resolvió después, con reparto del dinero para unos cuantos, reprivatizaciones ruinosas y apresuradas, errores a capricho y devolución al jerezano de muchas cosas, casi todas, pero no de los intereses ni la honra. Aquello fue un alarde gratuito que no anunciaba nada ni promocionó políticamente a Boyer, el hombre que iniciaba una nueva vida entre el socialismo y la china.

No se hizo la revolución —ni siquiera la ruptura— porque era imposible en el contexto europeo, pero se representó la farsa y llegamos a un socialismo coronado que, a la larga, por cansancio del superdotado y ya cansino Felipe, devolvería España a la derecha en unas elecciones mediocres.

La estampida socialista no había sido más que un guateque para celebrar la muerte del Caudillo entubado. Al final todo ha tenido el mismo carácter provisional que tuvo la Segunda República. En este país, los señores de izquierdas no tenemos nada que hacer. A mí acaban de negarme el premio Cervantes por un voto para dárselo a un intelectual pinochetiano, que antes había sido antipino.

Le han hecho a uno muchas mamolas en la carrera literaria, pero nunca pensé que me podría quitar un premio el caudillo Pinochet, modelo austral de Franco. Del mismo modo que le devolvieron los bienes a Ruiz Mateos han devuelto España a sus grandes empresarios y sus terratenientes. Teníamos unos socialistas de temporada. Felipe González, la gran esperanza sevillana, anda hoy entre cortisonado y empapelado. Lo mismo que le venció el mediocre Aznar le ha vencido el mediocre Ruiz Mateos. Esto, en un talento político como el suyo, sólo se explica con su frase genial: «He muerto de éxito.»

Rumasa fue el primer timo de un socialismo transicional (la incautación, me refiero) y luego las cosas han seguido degenerando. Escribo cuando estamos a la vista de otras elecciones generales, el 12 de marzo o así. Aznar tuvo un verano glorioso con la tregua etarra, el saneamiento de la economía, la acogida de Europa y la larga ausencia de la oposición —PSOE—, pasmada ante una situación de derrota. Entonces tenía que haber anunciado elecciones el chico de la Moncloa, para el otoño, pero ha preferido completar la legislatura —es un funcionario—, y mientras ETA ha vuelto, hay una furgoneta-bomba debajo de cada estadio, los viejos y los jubilados se quejan, la Banca consume la obscenidad de todos sus matrimonios auríferos, en un éxtasis capitalista nunca visto, Villalonga pega el petardo de las *stock-options*, que es como la Filesa del PP, pero restringida a los millonarios, y los nacionalmadrileños bajan todos los días.

Si el poder volviese al PSOE —Almunia—, cosa que yo deseo, ya no podrían dar el segundo vuelco socialista a las cosas, caso de que lo intentasen. El viejo capital español ha echado raíces nuevas. Ana Patricia Botín me decía anoche, en una cena, que la cultura digital va a difundir mucho la información y hasta la literatura. A mí me parece que convierten la literatura en mercancía y hacen desaparecer ese objeto sencillo, rústico y único, el libro, que es mi razón de ser, de trabajar, de aprender a ser hombre y a ser viejo. En una fiesta navideña de estos días, tres o cuatro escritores, entre ellos Cela —muy recuperado—, nos hemos visto desfondados por una orgía de alféreces provisionales —y jóvenes— del liberalismo monetarista donde las ideas y los valores humanos ya no cuentan. Cambiamos de milenio y nos dejamos atrás la herencia del xx: es decir, el humanismo, la justicia, el socialismo y el pensamiento. Me lo decía un día, cínicamente, ese tonto eficaz que es Ruiz Mateos:

—Lo que pasa, Umbral, es que ahora mis torres crecen hacia abajo.

**SEGUNDA PARTE**  
**Felipe González o el socialismo yeyé**

Escribir es producir futuro.

SARTRE

Un hombre que se parecía a Orestes, según el bello título de Álvaro Cunqueiro (título y novela con que ganó el Nadal), es frase que he dedicado a veces a Adolfo Suárez, cuya aparición fue engeguedora, cuya gestión fue audaz, casi épica, como la de Orestes, cuya caída fue vertical, criminosa y como de calvario. Ya he recordado aquí sus grandes momentos, pero luego recogería el resentimiento de sus creadores, el odio de la Falange, la amenaza del Ejército (Marina), todo lo que he glosado hacia el principio con mi «Elogio de la traición». Un partido edificado con escombros, un cese brutal, una oposición nunca vista por parte del PSOE —«tahúr del Mississippi»—. Suárez no estaba previsto como presidente de una democracia franquista, sino que el mundo postulaba el socialismo doméstico del PSOE. Quiso luchar contra quienes hacen la Historia y volvió a empezar con los mítines por provincias.

Le acompañé en algunos viajes de su última campaña. La tortilla francesa y el café amargo. Lo demás lo ponía su entereza, su varonía. En Salamanca les dijo a las fans:

—Me tiráis besos pero luego no me dais votos.

En una ritualización romana, fue bajando uno a uno los peldaños de la grandeza, hasta perderse en el anonimato. Nunca más. Pero la singularidad de su figura, el dibujo de su hazaña, la coherencia dura de su política, su giro hacia la izquierda, su manera digna y estatuaría de quedar sin querer quedar, han hecho de él una de las láminas más limpias de nuestra historia contemporánea.

Uno, señor de izquierdas, no se cansaría nunca de cantar al hombre que trajo la democracia y la libertad, que descubrió la fascinación ilustrada de la izquierda estando ya en el poder, que caería en un valle de soledad, finalmente, a manos de quienes iban a perjurar su obra, a emputecer su España nueva desde la derecha y desde la izquierda. No quiero entrar en detalles, pero era algo así como el Doncel de Sigüenza que hubiese despertado de su sueño, de su libro, para inventar la democracia todos los días.

La cabeza ancha, en triángulo con la barbilla estrecha. Unas gafas de montura excesiva y una mirada que no sonrío cuando sonrío la boca y toda la cara. Es la mirada del militar, del hombre de autoridad, del que tiene un sentido grave de la vida. El bigote largo y canoso también sonrío, acompañando al labio como un lujo, como una confianza, bigote extenso, no aquellos apretados y cortos bigotes del franquismo, copo de autoridad y masculinidad en caras poco masculinas. Camisa de rayas, corbata de rayas. ¿Espía de Franco, espía de la República, espía doble, hombre doble? A mí me parece un señor corriente, serio, que no se esfuerza por ser simpático, pero cae simpático, y a quien uno no le ve los reojos del espía ni los guiños interiores del traidor (y aquí se ha hecho un elogio de la traición política). Gutiérrez Mellado o el señor de domingo que reparte amistad y propinas sin perder autoridad, una autoridad natural más que militar, señorial más que adquirida.

Pero en esa frente inmensa caben muchas cosas, mucha memoria, muchas ideas. Cuando lo de Tejero, Mellado estuvo bien. Se sabía los nudos de judo mejor que su vil agresor. Le vimos luchar con la espalda, así como en el cine se decía que Cary Grant actuaba también con la espalda. Luego era todo él, el general, un hombre hecho para la lucha, para el cuerpo a cuerpo de las ideas y de los nudos. Y entonces vimos en acción lo que era una vieja, perdida e ilustre tradición de España: el militar liberal, el que lucha por la paz, por la revolución, por ideales civiles, todo eso que dejamos atrás con el XIX, Prim, y luego los generales de la República, Rojo, a quien todavía conocí, de tertulia en un bar de Ríos Rosas.

Franco tuvo muy condenado a Rojo, pero luego sólo le llamaba, algunas tardes, para hablar tácticamente de la guerra, como dos jugadores de ajedrez. Hay una tradición hidalga en el coloso triste, el Ejército, hay un cervantinismo ilustrado y dandi que viene de Prim, ya digo, y llega a Gutiérrez Mellado.

Si a los niños se les enseñasen mejor esos nombres (sólo se les presenta como



traidores, o no se les presenta), nuestro pueblo entendería mejor al Ejército, amaría esa otra ala de luz que tienen las FAS, como dice hoy la prensa, en este siglo de siglas que ya es otro siglo. También hubo motines, pronunciamientos y asonadas de izquierdas, digamos, el liberalismo armado del XIX, lo que presidía y vagamente entendía Isabel II. Hombre isabelino, Gutiérrez Mellado, alguna vez estuve a verle en su casa, Castellana, orilla izquierda, y olía a tabaco y a mucha familia, y el general era un hombre delgadísimo y duro, con un humor serio, que me agradecía lo mucho o poco que yo había escrito de él.

Por las paredes de lo que parecía ser su estudio tenía las fotos del 23-F clavadas con chinchetas. Me entretuve en apretar algunas chinchetas flojas. No se puede negar, no se puede olvidar que hubo unos militares así, unos hombres así, dispuestos a dar de nuevo la asonada por la libertad de España. Nunca se debe olvidar que no todo fue pacto y reparto, sino que unos cuantos españoles se jugaron la vida por la democracia. Gutiérrez Mellado era un héroe nacional vestido de domingo, un rayo de la guerra justa avecindado en la orilla izquierda de la Castellana, barrio de Zurbarán. Era sonriente, era tranquilo, pero asustaba un poco. Iba siempre arreglado, muy arreglado.

Felipe sale y volverá a salir en estas memorias de un señor de izquierdas porque es un protagonista de la España moderna, actual, y porque para mí representa un nuevo dibujo político que se da mucho en Europa, con cierto resabio americano. Es la escuela de Palme, Brandt, Blair, Clinton y algún otro (Jospin es caso aparte y se sale del esquema, aunque para compensar está gobernando con la derecha). Todos estos nombres que he citado y más han creado en Europa y América una izquierda ligera, un socialismo de derechas, cuando menos centrista.

Son la izquierda welter, y eso es lo que ha venido tras la caída de los marxismos y la reaparición de un neoliberalismo monetarista que ya no se presenta adusto, sino muy repartido, como el gordo de la lotería. La izquierda welter, socialista o no, es una imitación capitalista del socialismo real, con amplios gestos de caridad (siempre que van a hacer justicia les sale caridad), que dejan el Tercer Mundo para el Papa, para Teresa de Calcuta, que en gloria esté, y para Rigoberta Menchú. Ellos sólo se ocupan del planeta enmoquetado, y he aquí que Glez., tan inteligente y avisado, en seguida encontró la postura y comprendió lo que se esperaba de él.

No el socialismo puro y duro que piden los tiempos en algunas áreas, sino un marxismo ligero y un socialismo welter con vicios de la derecha liberal y virtudes de la izquierda ilustrada. Felipe se aprendió en seguida la lección (que contrastaba un poco con la de Guerra, pero se llevó a Guerra a su sembrado). Y luego desempeñó el papel con plena brillantez. Era un socialista que le gustaba a Reagan, lo cual ya es preocupante (Guerra y Tierno no fueron a la cena/Reagan en el Palacio Real). Glez. se dio maña para meternos en la OTAN o para que nos metiese otro, y además con nuestro asentimiento. Y sobre todo con el suyo propio, hasta el punto de colocar a su delfín, Solana, como jefe de la cosa Atlántica. Diez millones de españoles habían votado socialismo democrático, pero lo que estaban consagrando era el socialismo welter.

Un socialismo welter acaba pareciéndose cada día más a la derecha, y de ahí que Aznar pudiese vencer al prodigioso Glez.: eran ya casi iguales, vendían lo mismo y el voto socialista empezó a renquear, mientras que las chicas fragantes del PP veían la posibilidad de una derecha modernizante, venial en las cosas sexuales, vestida con gusto y con un *touché* de progre que fue lo que crearía la chica/*Telva*.

Hemos vivido, pues, veinte años o más de socialismo welter, ligero, y su propia ligereza fue lo que perdió a Glez., ya que, casi desaparecidas las diferencias entre ambos partidos, sólo les diferenciaba la misa de una, y muchas españolas van todos los domingos a misa de una como a casarse.

Felipe anda jugando a la peonza con los chicos de las afueras y la España de hoy, almuniana o aznarista, es ante todo la España de la OTAN, del dinero, de las grandes

OPAS, de lo digital y lo europeizante. La derecha ha pasado a dar la limosna en euros. El PSOE hace esfuerzos por recobrar una identidad socialista que nunca tuvo y vivimos el éxtasis de la modernidad y la licencia, mientras Glez. va comprendiendo lentamente que desde un socialismo puro y duro habría durado más y mejor, sería ya una efigie pura en una montaña escarpada, como la de Jefferson.

Demasiado tarde, tron.

Voy a verle a sus casas, a cualquiera de sus casas, y me sirvo un whisky, más por afinidad con sus usos que porque me guste el whisky.

—No me abras otra botella de whisky, joder, Umbral, que tienes ahí una abierta.

Incluso a Haro Tecglen, su amigo de la infancia, he visto cómo le montaba el pollo por cualquier cosa.

La melena pelirroja se le ha vuelto blanca y queda más noble. La tenido épocas de escribir cosas entusiastas sobre mí —entusiasmo frío— y épocas de considerarme un gilipollas. En el Gijón de los sesenta no me saludaba. En cambio Buero se sentaba a darme charla, y yo era un piernas recién llegado y desconocido. En general, yendo hacia atrás en estas memorias, puedo decir que a partir de los cuarenta hubo una mesa ilustre a la que se sentaban Fernán Gómez, Haro, Cela, Buero y alguno más, que sería el apóstol traidor de la última cena de la izquierda exquisita en España. Todos han llegado a genios, como ustedes saben, pero proceden de la misma mesa matriz y eso se aguanta mal. Estos odios generacionales son los que han despoblado el Café. Yo hice un libro sobre el Café por antonomasia. No es el Pombo de Ramón pero ahí está y a la gente le gusta.

Fernando en un rincón antiguo e impersonal de una de sus casas. Aunque cuida mucho la elegancia y tiene sastrero propio, como el rey, luego se pone unas rebequitas marrones y, como tiene los hombros estrechos y caídos, queda por detrás como una viejecita con el pelo amarillo. Es, como Cela, un feo con carácter. Caracteres que les distancian mucho. Un genio tiene su eclipse y no soporta a otro genio vagabundeando dentro de la eclipse. Fernando es tierno con los artistas jóvenes, pero duro e indiferente con los de su generación. Lo que más une a las generaciones —98, 27— es lo mal que se llevan entre sí.

Fernando, como todos los feos, queda mejor de viejo. La edad dignifica las cosas y las personas. De aquella mesa del Gijón —la segunda, entrando a mano derecha, entre dos ventanales, con vistas a los espejos de enfrente— se herborizaría la izquierda intelectual madrileña que durante cuarenta años le dio disgustos al Caudillo. El más rojo era Buero —pena de muerte— y el menos rojo Cela, por entonces niño terrible. Hoy es un niño terrible de ochenta y tres años o más. El Gijón, como tantas cosas, decayó con la muerte de Franco, pues el Café no era más que un nido de rojos. Con la democracia, los rojos nos lanzamos a vivir la vida.

Fernando escribe, hace novelas, artículos, comedias, dirige películas y funciones, pero es un actor tan genial y personal, ante todo, que sus otras actividades quedan apagadas por la mitificación del genio a costa de otros talentos. Yo a Fernando le quiero y le admiro más de lo que digo, pero no es hombre que se deje querer. A veces pienso que todos estos hombres de la guerra o la posguerra son duros a izquierda y derecha, tienen la bizarría del superviviente y están de vuelta de la Historia.

Fernando está de vuelta de la Historia, de la vida, del teatro y hasta del público:

—A mí lo que más me molesta del teatro es el público. Y deja ya quieta esa botella, coño, joder, que tienes ahí otra abierta y mediada.

Es el verdadero filósofo de la posmodernidad española. Tiene la cabeza entre romana y catedrática, los ojos de un negro grave, el ademán afectuoso, cortés, distante. Era ya conocido entre particulares cuando se reveló con *Elogio y refutación del ingenio*, libro que a su vez está entre el ingenio y la genialidad, y que gallardea gracia, penetración, naturalidad, libertad de pensamiento y de estilo. Este libro repitió ediciones, cosa

insólita en el pensamiento español.

Por fin teníamos un pensador de la posmodernidad, cosa que después diremos lo que es. Luego, Marina ha hecho otros libros, a buen ritmo de producción, donde ya totaliza su pensamiento y lo enmarida con el pensamiento científico, de manera que para entender algunos capítulos hay que estudiar una carrera de algo. Lo característico de la filosofía tradicional era desentenderse de la ciencia (que no había), para centrarlo todo en la Idea. Marina, posmoderno en esto como en casi todo, no se atreve a dar un paso sin el aval científico correspondiente, para lo cual nos habla de los astros, los sabios raros y las coliflores de su huerto, no sé bien si Alcobendas o La Moraleja.

Asimismo, Marina nos remite al chino o al tailandés, en un cosmopolitismo que sólo habría superado Ezra Pound. Esto quiere decir que nuestro pensador aspira a la teoría planetaria, o cósmica, por la que, tras haber escardado unas cuantas verdades, retornará con la ignorancia ilustrada de todos los que han querido explicar la Creación (que no lo es, porque parece que nadie la creó).

De modo que Marina, en la mejor tradición posmoderna, se pasea por los mundos y los huertos, por los libros y las muchachas, para darnos finalmente un compendio —muy bien escrito— de todo lo que hoy se sabe sobre la ignorancia humana. Un libro suyo, ya digo, es como hacer una carrera.

Ortega se quedó en aquello de que el científico era un especialista limitado y a veces brutal. Pero si el especialista no viene a nosotros, vayamos nosotros al especialista, parece decir Marina. Vastos libros —y no sólo por su volumen— está produciendo el filósofo madrileño que se firma como profesor de Enseñanza Media. Por fin tenemos un nuevo filósofo sin melena. Y comprendemos que el pensamiento intuitivo y tradicional, kantiano, necesita, al menos como respaldo, un soporte científico.

Se acabaron los filósofos de café. Marina rompe con todo eso y hasta hace experimentos en su granja para corroborar lo que dice. O para tener más cosas que decir. Las verdaderas bodas entre filosofía y ciencia se dan en Marina.

Qué lejos el intuitivismo de Unamuno. Y no es que Marina no sea intuitivo, sino que quiere aunar el pensamiento científico con el tradicional, intelectual, cosa que tiene un peligro de positivismo y otro peligro de cientifismo que puede arrastrar a nuestro querido pensador a los pantanos silvestres de la mera especialización. Marina usa puños largos y planchados con gemelos de oro, pero se pone encima un suéter de manga larga. Quiero decir que sacrifica la elegancia a la eficacia. Yo le prefiero sin jerséis de punto, muy abrigadores pero más estudiantiles que dandies.

Piensa, José Antonio, que tu primer libro sobre el ingenio sigue siendo tu obra más vendida. Piensa que el gentío necesita de esas verdades espontáneas. Los hallazgos de la ciencia —tus hallazgos— son muy de agradecer, pero eso es lo que hoy más difunden los media, incluso la publicidad. De un modo o de otro, nos ha llegado a todos la teoría de la relatividad, el siglo pasado, pero eso de Kierkegaard, «la angustia es el vértigo de la libertad», sólo nos llegará si leemos a Kierkegaard, como cuando Rilke nos dice que el hombre no muere con los cinco sentidos a la vez, de golpe, sino de uno en uno, y que el último —mirada, tacto, lo que sea— es lo que recoge nuestro adiós a la vida.

Posmodernidad es un saber irónico sobre las cosas, y a ti la ironía no te falta, sino que ilumina tus libros. Posmodernidad es saberlo todo sin darle demasiada importancia a nada. Si con el tiempo no te conviertes en un predicador protestante, Marina —cosa improbable—, tendremos en ti —ya lo tenemos— al pensador más completo y organizado del 2000. Amo a todo filósofo siempre que no pretenda convencer de que tiene razón. Tu personalidad me fascina y me asusta.

¿Me querrás tú convencer de algo?

Marcel Duchamp dijo que no hay respuestas porque no hay preguntas. Y Gabriel Celaya:

«Mis preguntas son simples, son de niño, ¿por qué el cielo es azul y el pino pino?»  
Ésas son las únicas preguntas que hay que responder, maestro. Tú has escrito que nuestras ideas son opuestas. ¿Pero es que yo tengo ideas? Pese a lo cual te has ocupado mucho de mí, llegando a decir que soy un escritor de izquierdas y un periodista de derechas, porque mi crítica social y política la hago mediante el humor, tan mal visto por la izquierda. Lo mismo me dijo Jorge Guillén: «No se puede al mismo tiempo jugar y juzgar, Umbral.» «Pero eso es lo que usted está haciendo ahora mismo con esa aliteración, maestro», le dije. Tú juzgas y juegas, Marina, por eso eres posmoderno y eres griego. Los griegos también juzgan y juegan. Por eso son griegos. Tu pensamiento irónico me fascina, José Antonio. Siempre que la ironía no sea sólo de frase. Y es que a veces, en el fondo, le pones grave. ¿Tú crees que sesenta o setenta años de vida merecen graveza? Y si es que me vas a hablar de la trascendencia, me callo. No hay otra filosofía que la irónica. Por eso tu primer libro, lleno de genio e ingenio, sigue siendo tu confalonero.

Este montón de tiempo que ya somos toma a veces figura soleada, entre enero y diciembre, una urna griega, el relieve del sol entre las cosas, el mundo es viejo, sabio en el fingirnos que el presente ha llegado para siempre. Fiesta en el mundo, paz en cada silla, y mi propio silencio, panteónico, sonando en el espacio como un oro. Sólo quiero ser libre, hacer mi prosa, pero la vida entreabre sus novelas, y hay mentiras y llantos, meteoritos, o sea que digo nombres de mujer —Muriel, Muriel—, y acuden ya con su cintura fresca, con sus versalles de armoniosa cópula. Este montón de tiempo que ahora soy, este muñón al sol, esta mi muerte.

Algo he esbozado en estas memorias de mis mejores tiempos políticos, que nunca fueron de mucha actividad, o sea que no puedo llamarme activista. Hace tiempo que me retiré, empero, a la política escrita, al artículo o el libro de intención urgente, comprometida y dudo mucho que eficaz. La historia de la actual democracia española ha sido una historia de decepciones. A Gómez Llorente, Pablo Castellano, Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Alfonso Guerra, Nicolás Redondo y por ahí seguido, no los decepcionaron. La punta de los grandes decepcionados incluye mucha gente, y nunca sé si incluir o no a Enrique Múgica, por respeto a su estado interior, aunque pienso que después de que a su hermano lo mató ETA, Enrique se ha radicalizado. Y Enrique Tierno y tantos otros decepcionados, víctimas de los decepcionadores o decepcionistas, que lo hicieron muy bien desde el PSOE.

En su afán por decepcionar la vida española para hacer del partido la casa común, han llegado a decepcionarse ellos mismos. Las elecciones que perdió Felipe cogían ya a un PSOE decepcionado de sí mismo. Lo que menos importa es el corto trecho de votos por el cual el señor Aznar ganó aquellas elecciones. Lo desolador es recordar que la izquierda era ya un nudo de decepciones: Filesa, GAL, Rubio, Rumasa, todas las grandes trampas de un sistema que nació welter, como se ha escrito aquí, y además fue a menos. Se hizo socialismo fácil —divorcio, aborto, libertades en la calle—, pero nadie le metió mano al socialismo duro. Felipe González, como hombre-Estado, miraba más a Europa que a las chabolas de su tierra. La otra izquierda, la comunista, tuvo en Anguita a un hombre que creía que la verdad es un valor político. Ahora, mientras escribo, Anguita está cosido por tres *by-pass*. IU será absorbida por el PSOE o seguirá en la calle hasta el último voto. Después nada.

Los viejos comunistas escriben en la gran prensa de la derecha —que tampoco está tan distante de la otra—, y esto no es un reproche, por favor, sino un dato de esa temperatura liberal que respiramos todos, aunque lo denunciemos, y donde ya sólo se debaten o acometen cuestiones domésticas, pero ni los periodistas ni los políticos han vuelto a hablar de ideologías, porque la mercancía ha cerrado el paisaje, tal y como se propone el capitalismo.

Dentro de tal *season*, yo he venido haciendo una columna diaria en la prensa y ahora

comprendo que mi libertad de movimientos no es una victoria personal sino una consecuencia de la lasitud del ambiente. La libertad de expresión, sí, es una vasta realidad, pero se explica porque a nadie le inquieta nada que no sea tectónico, tangible, y en este reino de lo tectónico las palabras ya no significan nada (de ahí que se me alabe «la escritura»), Mientras va y viene la mercadería y el dinero en crudo, las *stock-options*, la distribución de la moneda en pirámide, algunos todavía escribimos de la vuelta de la izquierda, que a la juventud le suena a tertulia de viejos en la plaza Mayor. El yate para el rey, las fusiones de los bancos, que son como una difícil y circense cópula de elefantes, los caballos perdidos de Sarasola, el mercadeo de las autonomías. Entre tales demostraciones de fuerza da como risa o miedo hablar de unas venideras elecciones generales. ¿De qué sirve la democracia, el gobierno del pueblo, cuando ya no hay pueblo sino contingentes de consumo y fanáticos del 2000?

Por eso me pregunto, a veces, qué hago yo escribiendo todos los días desde la izquierda. ¿Qué izquierda? El problema es que no sé escribir desde la derecha. Mucha gente me lee, pero nadie me *asume*. Yo diría que no me asumen, sino que sólo me consumen. Mi columna es un producto más de degustación. No es que yo ahora escriba mejor, sino que mis aportaciones literarias se reseñan más, dejando en calderilla sobrante de ideas con orín mis modestas verdades políticas, ideológicas, sociales. Así es como un sistema, el gobierno de las cosas, llega a volver virtual a un hombre sumiéndole en un éxito de espectáculo, y cada noche me invitan a cenar en casa grande y estoy aterrizado porque nadie me lleva la contraria.

Por sus ministros los conoceréis. Cuando el señor Matutes salió ministro de Exteriores en el primer gabinete de Aznar, todos conocimos que el nivel intelectual del nuevo Gobierno iba a ir de ahí para abajo. Yo me fui al chalet de Paco Ordóñez, el inolvidable Paco, me abracé a su perro más querido y lloramos ambos, sobre el *green*, la ausencia del maestro, que la presencia de Matutes hacía clamorosa por contraste. Mejor que dedicarle un retrato de cuerpo entero a Aznar en estas memorias, sería o hubiera sido ir cortando por la línea de puntos, de ministro a ministra, hasta tener el dibujo completo, como en los tebeos, la silueta del presi.

Aquel gabinete era mediocre y sigue siendo el mismo, salvo el señorito Rodríguez, de profesión soltero, que hubo que cambiar por Piqué. Piqué para qué. Matutes usa camisa blanca con gemelos blancos. Es la blancura ibicenca que tanta luz, tanta musa y tanta puta ha dado al mundo. Hasta yo, que soy sobrio, me perdí una vez para el cielo en la discoteca nocturna del señor Matutes. El periodista Luis Cantero, la ya cumplida Pilar Narvión, la ya extinta princesa Smilja, la todavía garrida Lola Machado y el genial Polanski, que esculpe pollas con las servilletas de cretona dura de la casa, saben de eso. Entre la mozorra Lola y una periodista anoréxica y adorable de Barcelona, se me murió el deseo pensando que también se muere el mar.

Y todo bajo el magisterio nocturno y confalonero de Abel Matutes, el honor de la isla y la gracia del cielo. Se mueve mejor que las olas, salvo cuando el corazón le tartamudea y dice que se retira de la política. Señoritos católicos como Rodrigo Rato, con su nombre cidiano y su gran talento numérico, no se encuentran a gusto sentados junto al improvisado canciller. Rato ha echado la cuenta de la vieja mejor que nadie y de su feudocapitalismo familiar ha pasado al neocapitalismo simpático de Aznar, salvo la etapa Barea (que no sabía quién era su homónimo Arturo Barea), que no aguantaba en la oficina siniestra y le dio a Borrell una notica con el agujero negro de Sanidad, notica que sus propios camaradas apenas le dejaron leer. Y no digamos el tendido de sombra, que hacían la ola en su patache de la derecha, bajo el ritmo de Paco Cascos.

Ahí quedó claro que el aparato era más que las bases y que un candidato socialmoderno, progre, como Borrell, era un obstáculo para la estructura felipista. Qué tropa de políticos a derecha e izquierda. Pues ahí siguen. Sólo en un Gobierno tan ratonero podía ser canciller el señor Matutes, de apellido alarmante y conducta

ejemplar.

Sólo a los cormoranes de Doñana les vino bien el baño residual y letal de la reserva, porque había algunos cormoranes que escribían novela adormeciente en El Viso, pero Isabel Tocino, musa rubia, musa teñida del señor Fraga, tan garbancero como el gran Galdós, no ha dimitido todavía por el maremágnun, y ahora tiene un informe muy pacificador donde se dice que todo estaba previsto y la catástrofe se debió a un corrimiento no controlado. Un mes de octubre nos invitó a un fin de semana en el parque nacional, por carta que conservo, y preferí no contestar porque a veces la mala educación le es muy necesaria a un caballero, y yo soy un caballero.

Canciller discotequero, economista privatizador, musa teñida, vicepresidente gamberro. Joder qué tropa, don Álvaro. Así han llegado hasta el 1 de enero del 2000, mañana soleada en que escribo estas veraces memorias (veraces y a veces voraces). Aznar es un funcionario y los funcionarios españoles tienden a creer que ellos son el Estado. Felipe fue el hombre-Estado, ya lo hemos dicho, pero Aznar tiene un canciller isleño que le arruina la imagen. El Estado sigue siendo el rey, que pasa estas vacaciones en Lanzarote, para no romperse más meniscos con la nieve y por huir de la corte errante que le sigue a todos los puntos de descanso y relajó. Este rey nunca quiso cortesanos, pero los *rovellons* le nacen bajo los pies en cuanto se está quieto en la nieve o la arena de la playa, reposando un poco. Quieren casar a la nena con el príncipe Felipe, o al menos que la garlope un poco, para que ella pueda contarlo, y uno aquí haciendo memoria, y eso que Marichalar, el dandi de la familia, me ha prometido una conversación en privado sobre trapos, que nos hace mucha ilu a los dos. Me gusta cómo se viste el infante, aunque él me dice que no es tal, y no me disgusta cómo se viste la infanta Elena, desde que va a París, pechito alto, culito remangado, como su bisabuela, alma isabelona de fea madriles y gracia para ganarse al gentío mesocrático y sociata.

Aznar, el funcionario, no llegó a presidente, sino a primer funcionario del Reyno, y así es como está llegando a unas elecciones envenenadas, que luego se dirá en qué pararon, cuando se celebren. Aznar, como buen funcionario, se hizo un equipo mediocre. ¿Por falta de vista, por ignorancia, por qué? Uno cree que por miedo a los hombres brillantes, a lo Felipe González, que siempre han sacado las oposiciones más fácil y más majo que él.

¿Eficaz y opaco? Rodrigo Rato. Aznar sólo tolera la eficacia si es opaca. ¿Eficaz y sin prestigios? Abel Matutes, que tiene nombre de víctima y apellido fronterizo. Aznar necesita eficacia a su alrededor, naturalmente, pero también se cuida de que esa eficacia sea esmerilada. De ahí Rato, Matutes y Cascos. Del buen Cascos me ocuparé en otro punto de estas honradas memorias, que el garzón da para mucho, aunque haya dado poco. La clave de Aznar es rodearse de hombres que le hacen las cosas a su gusto, pero no van luego a venderlas a la tele. El único que las vende es él, mediante fichas. Ya ven ustedes cómo, siguiendo la línea de puntos, sale el recortable y tenemos dos por el precio de uno, o varios.

Con Aznar ha vuelto la España de los funcionarios, el hombre que cumple a nombre de los plenos poderes, que vende barato a los ricos y hace justicia a los pobres fijándose por el PSOE, que tampoco se pasaron.

La España de los funcionarios —Restauración, Regencia, Dictadura de Primo, dictadura de Franco, Alfonso XIII de por medio— es la que ha hecho este país quietista, iluminista, beato, ineficaz, mediocre y españolísimo.

Somos una autocracia que va llevando las cosas goethianamente, sin prisa pero sin pausa, «de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas», como le aconsejaba Alfonso XII a su señora, en las horas agónicas y lúcidas. Aznar, aunque nunca se acostó con Alfonso XII, también quiere incorporarnos a un sagastacanovismo PSOE-PP, pero la OTAN le flipa, el euro le gusta y a sus ministros no los encuentra. Se han

ido casi todos, con los dos orejones a la cabeza, Mayor y Marcelino, a ganar el Xacobeo, que Fraga son votos y el Apóstol son limosnas. Un gabinete peregrino y un funcionario que persiste, insiste y se viste, como la luna dorsiana. Eso es lo que tenemos cuando promedio estas memorias. Cuando las termine a lo mejor son otros, o sea los mismos. Aquí no cambian ni los collares, por ahorrar en perros.

San Camilo cae el 18 de julio y por eso dio título a una novela de CJC sobre la guerra. Camilo lo celebró en su finca de Guadalajara con el todo Madrid invitado y trescientos mil gaiteros galaicos, como Fraga. El recuerdo que iba de camisa de rayas anchas y pantalón blanco. Era el año en que a mí me habían dado el Príncipe de Asturias de las Letras y el MP no paraba de decir:

—A Camilo le has jodido el fiestorro, aquí el homenajeadado eres tú.

Recién triunfante la derecha, estaba medio Gobierno bajo la inmensa carpa que Camilo había puesto para la cosa. Cascos, vicepresidente, vino a darme la enhorabuena, pese a lo mucho que yo le había sacado en mis columnas haciendo la ola y el gamberro en el Congreso. Un tipo sencillo y simpático. Yo no quería profiteroles y conseguí que Marina me diese croquetas de nada y tortilla de patata.

A los postres echaron música, no de gaita, sino de baile, y he aquí que Inés Oriol me sacó a bailar, que yo no sé, pero me dejaba llevar por las piernas catalanas y fuertes, piernas de bailarina, de Inés.

Meses más tarde, Cascos se rompía las piernas en la nieve y yo un pie en el teatro. Vino a mí con dos muletas y me ofreció una. Se lo agradecí y eché a andar hacia mi coche, pero pensando que la derecha siempre se limita a hacer caridad pudiendo hacer justicia. San Martín partió su capa y le dio la mitad al mendigo desnudo. Eso es caridad, justicia habría sido darle toda la capa, puesto que él tenía un caballo. Cascos pudo haberme dado sus dos muletas, pues que a él le trajeron en seguida otro par de su coche de vicepresidente. Aquello era un tema con anécdota para una columna, pero dejé la metafísica y me fui con el pie roto y con Máximo a cenar a Casa Lucio. A la vuelta me metí en la clínica a que me diagnosticasen, enyesasen y curasen lo que ya sabía. O suponía. Uno puede estar discutiendo de política o de lo que sea con Máximo, en Casa Lucio, mientras el pie le gime por la rotura.

Luego vino lo de Asturias y hasta Aznar comprendió que Cascos era algo así como un chico del SEU con buenas intenciones. Pero sólo le cambió virtualmente. Cascos y Rodríguez fueron sustituidos por uno solo, Piqué. Piqué para qué. La izquierda le ha pegado fuerte a Piqué y ya tiene su convuluto listo para sentencia, que al final no será nada.

Escribo en enero, de cara a las generales. El *smog* de Madrid apesta a bandera española. Cascos pinta muy poco en estas elecciones. Gema, su bella esposa, se vistió un luto elegante en el entierro de doña María de las Mercedes, que tenía nombre de romance antiguo.

Aznar, el funcionario, ha tenido el acierto de ir depurando su Gobierno de amiguetes, cambiándolos por políticos, aunque no sean tan íntimos. Y en esa greguería ha caído Cascos, me temo que para siempre, pobre Paco que me dio su muleta, san Martín de una noche de lujo y lluvia, de políticos y zarzuela. La historia de Cascos ha sido corta, pero él tiene una vida larga. Lo suyo es que le metan en un banco a forrarse las pelotas. Pero parece que ni eso. Aznar, como el Caudillo, cuando renueva parece que castiga. Justamente porque cuando castiga parece que renueva.

Rodríguez Ibarra, presidente de Extremadura, no es más que el emperador de las cabras. Extremadura sólo podía ser socialista, claro, y lo viene siendo desde las primeras elecciones. RI es uno de los virreyes rojos más significativos de España, como que lleva una región donde la geografía del hambre sólo se ilustra de cabras hidalgas. Digo ahora Cáceres, que es como una ciudad bella y abandonada, delgada y silenciosa, donde duerme la bella durmiente de la Historia y ningún príncipe ha pasado

jamás a despertarla. Digo Malpartida de Cáceres, donde un escultor alemán estrellaba automóviles contra las rocas —quizá se llamaba Vosstel—, y no sé si ese paisaje de catástrofe estética sigue allí.

La joven amiga que me acompañaba en la excursión, o más bien compañera de trabajo, mientras yo hablaba e improvisaba sobre el alemán, se obstinó en beneficiarse al guardia civil jovencito que estaba de servicio. Le pidió agua, le pidió café, le pidió de todo hasta que él se enteró de lo que le pedía. Rodríguez Ibarra ha sido áspero y exigente en su política regionalista, y con más razón que nadie, de modo que, descabalgado el PSOE en el 96, él ha seguido siendo el hombre de Extremadura, pero, visto el socialismo de Madrid, Ibarra tendría que haber levantado bandera revolucionaria de verdad. Su virreinato no le pide la política ocasionalista que hace, sino mucho más: una revolución regional, ya digo, como las que ha apuntado Andalucía, pero en más, hasta convertir a Extremadura en el resumen caliente y enemigo de una democracia nominal que pocas cosas ha cambiado en aquella tierra sin pan.

A Extremadura fui una vez con un fascista crítico de arte, de labio leporino, que mataba gamos y ciervos en la carretera, con su coche, y decía que él en eso era el mejor.

—Yo, en esto de cazar ciervos a motor soy el mejor de España.

Como no podía soportar tanto holocausto, que se iba a intensificar por la noche con el resplandor de los faros, me fui a la parte de atrás del auto a tratar de dormir, pero el gemido de un gamo o de un ángel me despertaba con sangre en el alma de vez en cuando. Con esta gente cómo se iba a redimir Extremadura. Por allí conocería yo, en cambio, a Pepe Extremadura, un cantautor local novio de una bilbaína, a quien le hice una letra hurdana y social para cantarla ante los reyes, pero él mismo se autocensura. Extremadura debiera ser una hoguera en un bidón viejo y vacío, una llama que quemase hasta el cielo, pero Ibarra ha hecho una oposición virtual, o no ha podido hacer otra, sus amigos de Madrid le han engañado y Extremadura se ha quedado en «la fantasía heroica» de los escritores, «Cuando los dioses nacían en Extremadura» y todo eso.

La democracia no ha pasado por estas tierras, por más que Ibarra presente el aspecto hispido del español cabreado. Desde Extremadura sólo se puede iniciar la revolución o la mística. Ibarra parece dudar entre ambas cosas. Los coches de Vosstel, escrismados contra las rocas, eran la metáfora innecesaria e inmediata de una tierra sin pan, buñueliana y maldita. El fascista de las cacerías murió joven, afortunadamente. En Extremadura mueren menos ciervos, pero sí más niños. Ese paisaje dramático está pidiendo siempre una víctima. Aunque voten a Ibarra, por allí no ha pasado nunca el socialismo.

Mi colega, que era salidilla, no sé si encontraría más guardias civiles por el camino. Persegua a los guardias como el otro a los ciervos.

Juan Ramón Lodares publica en Taurus su ensayo *El paraíso políglota*, donde trata con visión saludable la aventura y el negocio de las lenguas peninsulares. Lodares ve el nacionalismo lingüístico ligado a un paisaje, a una tierra o terrina, a una sentimentalidad familiar que, al volverse belicosa, llega al fascismo.

Al fascismo o, lo que es casi igual o peor, al cinismo de convertir la lengua de uso en lengua de cambio, que es lo que están haciendo los catalanes y los vascos. La mercancía cultural que empezaron exhibiendo como señal de identidad, ha pasado por tantas operaciones financieras, por tanta compraventa, se han cambiado palabras por otras cosas tan diversas —poder, votos, amistad, dinero, transferencias—, que ni los propios hablantes y hablistas de esta o la otra lengua peninsular se identifican ya con una guerra de ideas/palabras que en realidad controlan los políticos según su conveniencia personal, y a veces identificándose ellos mismos con toda una lengua y una literatura.



Pero el mal se extiende y a León lo quieren llamar Lleón, con lo que imagino a mis ancestros «lleoneses» mudando de espanto en su olvido/recuerdo, perdiendo hasta la memoria cementerial de quiénes fueron en vida. Estos conservadores de momias idiomáticas son más bien profanadores de tumbas.

Hemos pasado ya de la guerra de los idiomas a la guerra de los dialectos, y pronto estaremos en la movida de los casticismos. Lodaes dice que algunas lenguas son albergue para analfabetos —también el castellano, en ciertos casos—, ya que muchos vascos y catalanes no conocen el idioma por el que luchan, y que han convertido apresuradamente en confalonero de reivindicaciones forales o crudamente peseteras.

En cuanto al caso de Cataluña, el más tratado en el libro por su entidad, el autor nos recuerda que, en la posguerra, no pocos catalanes de prestigio intelectual o político participaron gustosos en la represión del catalán en Barcelona, explicitando por otra parte el favoritismo de la alta burguesía hacia el castellano, que era para ellos «la lengua de los negocios», y además la lengua ganadora. Era y es. En los años cuarenta se llegó al fanatismo inverso de castellanizar el latín, en un viaje de vuelta, hasta que el Papa correspondiente mandó decir la misa en castellano a los curas y a los niños misarios o monaguillos, como lo fui yo. Hasta el latín fue sospechoso entonces, pues la represión franquista no era sólo fanática, sino que detrás de cada lengua veía el poder una conjura antiespañola.

Hoy, las lenguas periféricas no son ya signo ni secta ni estandarte: el lenguaje se ha quedado en mercancía, chalaneo, compraventa y riqueza averiada que los políticos pedáneos utilizan contra el centralismo de Castilla, que por otra parte tampoco existe. Y ahí están los quioscos de las Ramblas o Neguri, primavera impresa, eterna floración en castellano.

Entre las imágenes enlutadas del entierro de doña María hemos visto al rey llorando. El rey lloró al casar a su hija en Barcelona y el rey llora al enterrar a su madre en El Escorial. Este rey Juan Carlos, que tanto ha enseñado a reír a los ásperos españoles, es un hombre que llora cuando le pasan cosas. A la gente le gusta saber eso.

Un rey que llora es un palacio que tiritá con el viento, un monte que se aprieta bajo la helada, un mar que gotea en una palangana. El rey se desrealiza al llorar, pero se vuelve mucho más real como hombre, más verdadero. En el *Romancero*, aquellos hombres de hierro y batista también lloraban. Lo más democrático que puede hacer un rey es votar y llorar. Acercamiento al común de los vivos y acercamiento al común de los muertos. El rey, al llorar, abdica de todos sus poderes y panoplias. Es como si colgase su corona en un perchero de boinas. La espada se le deshace en llanto, la espada gotea lágrimas.

Pero observemos la imagen. El rey llora sólo con un ojo, que es al que acude el pañuelo. El rey/liebre duerme y llora siempre con un ojo. El otro lo tiene puesto en nosotros, en el país, en el color del día. Todo rey vigilante y halconero debe ser así, debe reservar un ojo para su mirada interior, para su llanto, y el otro ojo para el paso de la Historia, que no cesa de pasar. Y como decimos el rey diríamos cualquier otro hombre de poder o de inteligencia.

Tenemos un rey que no quiso hacer de nuevo Franco para hacer de presidente de Gobierno, a veces. Sólo vuelve a su dimensión de rey cuando hay que llorar o cuando hay que avizorar.

Llorar es abdicar de todo. El hombre que llora con un ojo puesto en la circunstancia, en el peligro, en la calle, en el tiempo, es, ya digo, un hombre/liebre a quien no van a cazar fácilmente el socialista ni el funcionario. Quizá con el ojo seco puesto en las próximas elecciones, el rey llora por su madre. Los reyes vienen de dos madres: la dinastía y la madre de la carne. El ojo dinástico es el que nos mira al borde del pañuelo. El ojo de la carne, que es espíritu, es el que llora. Este rey no se queda huérfano absoluto, como se ha dicho, sino que será por siempre hijo de una dinastía. Hijo y padre. Pero no

hablamos aquí de monarquismo ni de republicanismo. Hacemos una columna, que apenas quiere ser sentimental, sobre un guerrero que llora de paisano, sobre una reina muerta. Dijo Borges que la lluvia es una cosa que siempre sucede en el pasado. Diríamos ahora que el llanto es una cosa que sólo sucede en el futuro o hacia el futuro, porque Juan Carlos va a llorar a la madre inolvidable para siempre, que es la mujer que más lloramos los hombres.

No le gusta a uno la politización, la malversación, la lección política que unos y otros quieren obtener de la muerte natural de una reina madre. Al pueblo de las colas le conmueve, le llega más la humanización de lo vivo lejano. El rey llora con un ojo pero me mira con el otro. Quiere decirme que sigue siendo mi rey. O mi siervo.

El movimiento sindical clandestino fue lo más efectivo e inteligente que se hizo en España durante el tardofranquismo. Nicolás Sartorius, un aristócrata, fue el hombre que ideó Comisiones Obreras, trenando el invento con aquel sindicalismo indígena y cachondo de José Solís y Emilio Romero, que se llamaba Sindicato Vertical y tenía su fortaleza de ladrillo germánico en el paseo del Prado, frente al museo, como réplica blasfema y fascista al Renacimiento. Allí estaba agaritado Marcelino Camacho, con su melena de viruta de acero, el sindicalista fáctico de Sartorius. Un día me lo dijo Nico Sartorius, en el café de Oriente:

—La obra de mi vida ha sido Comisiones, Umbral. Ahora prefiero seguir en la sombra. En la otra sombra, en la sombra ominosa de Carabanchel, estaba Camacho, y las chicas del FRAP, a quienes ya he citado aquí, me llevaban a casa de Marcelino a ver a Josefina:

—Aquí estoy tejiéndole unos jerséis a Marcelino, que se me muere de frío en la cárcel, y encima no me dejan llevarle los frascos para el corazón, yo creo que quieren matarle. Comisiones, sindicato comunista, supo encontrar el enganche con la UGT socialista de Nicolás Redondo, Josefina era una Penélope carabanchelera y Nico era un Napoleón del proletariado. Fueron los primeros tiempos del PSOE, cuando le montaron a Glez. una huelga general, o dos, que nos hizo ver al poder obrero en la calle, creer en la realidad de la lucha de clases (que el neocapitalismo ha abolido), y asistir a la hermosa paradoja de unos sindicatos de izquierdas dándole la respuesta callejera a un gobierno socialista. Entonces parecía que iba a haber justicia social. Aquello fue el éxtasis de un Estado socialista que nunca fraguaría en España.

A Camacho le sustituyeron por Antonio Gutiérrez, un joven inteligente y difuso que siempre duda entre pasarse a la política o irse a la vida privada. El político se le nota mucho. A Redondo se le montó un escándalo de viviendas proletarias donde todos habían robado menos él y los compradores. El Gobierno dejó madurar el *affaire*, del que Nico no sabía nada (culpable por omisión), pero salió manchado para siempre y así es como el PSOE se deshizo de su propio sindicato. La verdad de la vida es que a los comunistas como a los socialistas les molestaba el radicalismo de unos sindicatos históricos y nervudos, de modo que no han parado hasta convertirlos en burocracia. El PCE se moría y el PSOE era ya un proyecto liberal. Los sindicatos estorbaban, pero sus siglas engrandecían a todo el mundo. Es cuando la prensa empezó a decir, a derecha/izquierda, que las huelgas eran molestas para la calle, para la vida, y se habló de un «manifestódromo» donde las huelgas no molestasen ni nadie se enterase de ellas. Todo esto supone un desconocimiento malvado del sentido de la huelga por parte de la prensa y de los políticos. Pues claro que la huelga molesta. Se hace precisamente para molestar. Pues claro que interrumpe. Se hace precisamente para interrumpir la marcha bonancible y egoísta del tiempo burgués.

La huelga es la epifanía del proletariado en mitad de una sociedad burguesa. La huelga manifiesta el poder del trabajo y el desastre de su ausencia. La huelga no se hace sólo para pedir más jornal o menos horas —las famosas 35—, sino que se hace, y ésa es su virtud y beneficio, para que el pentecostés y la epifanía de una clase llenen la calle

parando los autos pequeñoburgueses y la actividad febril del dinero.

La prensa, toda la prensa, empezó por impopularizar la huelga, por incómoda —bello eufemismo—, y luego las autoridades trataron de alejarla del centro de las ciudades, o sea de su objetivo. Hubo tractores en la Castellana y miles de obreros en Alcalá, pero incluso la burguesía progresista se sentía incómoda con aquello, como si fuese una algarada de estudiantes o un ensayo para la revolución.

Lo desolador para un comentarista como yo era comprobar que ni siquiera esa burguesía de izquierdas conocía las motivaciones últimas o primeras de la huelga: epifanía y pentecostés, ya lo he dicho, del trabajo ante el capital. De poder a poder. Pero leían periódicos muy serios que presentaban la huelga como una romería.

Ya no hay huelgas ni siquiera en Madrid. Pero esto no es un logro nefasto de Aznar, ese funcionario. Quien acabó con las huelgas fue, irónicamente, el socialismo, haciendo a los líderes solubles en el descrédito o el anacronismo. La derecha no ha tenido que luchar contra los huelguistas que previamente le desalojó el socialismo. Ahora, los sindicatos se ocupan de atender a los inmigrantes y de proteger los derechos del que tiene un sueldo. Pero su gran labor natural estaría entre los parados. De eso nada. Son sindicatos para afiliados, y el afiliado ya tiene trabajo y no necesita el sindicato. El paro es un problema para los ministros del ramo. Los sindicatos, sencillamente, se han burocratizado. Yo tuve mucha movida sindical cuando entonces. Comprendía que el sindicalismo es la ideología en acto. Y esto me emocionaba. Pero ya no está uno para emociones fuertes.

¿Quién se acuerda de las huelgas? No hay huelgas ni nadie las echa de menos. Motivos no faltan para montar una movida obrera en el centro de Madrid, por lo menos una al mes. Los impuestos, la naturaleza espuria de los contratos, el reparto del dinero por arriba, etc.

El nacionalliberalismo de la derecha, con un socialismo aplaciente, ha suprimido la huelga y con ella el problema que la originaba. Estamos en el socialismo de derechas sin sindicatos. El laborismo sindical se ha quedado para los de las pateras. Eso es un montaje del que cobramos y pagamos todos. Recuerdo a Sartorius y la obra de su vida: —Comisiones, Umbral, es...

Sí, querido Nico, la obra de tu vida. Pero la has visto hundirse en silencio. Es como si a Herrera le hubieran hundido El Escorial ante sus ojos.

Los exiliados de la guerra civil habían empezado a venir a España antes de la muerte de Franco, pero luego lo hicieron en mogollón. Francisco Ayala, Ramón J. Sender, Ernestina de Champourcin, Rosa Chacel, María Zambrano, Max Aub, Corpus Barga, Casona, etc.

De algunos ya he hablado aquí separadamente. Ahora me gustaría considerar en conjunto el fenómeno social y político de este retorno. Lo primero que hay que ver es que cuando se habla del ya mítico «exilio» se considera mayormente el exilio literario y a veces cinematográfico, Buñuel, porque el pueblo llano y confuso se quedó por allá, enterrado en La Chacarita o ganando mucha plata en Buenos Aires o México. Nunca como entonces tuvieron tanto protagonismo los escritores. España se había partido en dos porque la mayoría de los literatos y poetas eran o se creían de izquierdas, y tuvieron que irse. En total suman unas docenas cortas, pero esto se consideró el hundimiento intelectual de España. Yo creo que la aparición de Cela, Buero, Bardem, Fernán Gómez y otros compensaba un poco la ausencia de Alejandro Casona, pero incluso los tres hombres/revelación que acabo de citar mantenían el mito de la España ausente.

Uno cree que la capacidad creadora de una raza tan vieja y sabia como la española no se parte ni se agota por orden de la política, la historia o la milicia. Qué más quisieran los generales que saber lo que es literatura para darle el mandoble. Pero siempre dan el mandoble equivocado.

La eterna queja por aquel elitismo intelectual supone, en principio, un olvido escandaloso de los rojos de a pie que se fueron a México a vender vino español o se fueron a Buenos Aires para poner una zapatería aprovechando la coincidencia de gustos (italianos) entre españoles y argentinos. Media España murió, media España venció y media España se exilió. Pero lo hemos centrado todo en los escritores porque tienen carisma y leyenda, porque escriben sus etopeyas, cosa que no le es dada al zapatero ni al vinatero.

Redactados estos párrafos justicieros, pasemos a los escritores que, efectivamente, son los que yo también eché de menos con más afán. Empecemos por decir que hubo exiliados voluntarios y anteriores, como Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna. A Juan Ramón le darían luego el Nobel como cariátide del exilio, pero él no había querido nunca ser cariátide de nada, sino el barco o el edificio entero.

El tercer y más importante bloque del éxodo es, naturalmente, el de los políticos. A un hijo de Negrín lo traté en Nueva York y sólo quería que yo le devolviese un piso que su familia tenía en la madrileña calle de Serrano. Prieto era fino y tosco a la vez, y no paraba de escribir, aunque a mí me cuesta mucho leerlo. Álvarez del Vayo era lamentable como español, como exiliado, como político y como hombre.

Habían fundado una república española, entre todos, con cargos y tratamiento, que era algo así como la Casa de Cuenca en Manhattan. Allí me encontré al periodista español Hermida.

De Francisco Ayala había leído yo solamente una novela corta y anodina. Luego, leído más ampliamente, se me distancia a cada página. O eso no es literatura o no es *mi* literatura. A Sender lo llevábamos a la televisión y procuraba tocar el culo a las azafatas. A Cela, que le tuvo alojado en su casa de Palma, acabó llamándole fascista. La *Crónica del alba* es la clásica autobiografía de todos los que querían meter una guerra por dentro. Y aunque uno sea la víctima de esa guerra, tal cosa no justifica la calidad o falta de calidad de la novela. En cuanto al feo estilo de Sender, de un prosaísmo así como zaragozano, culmina en *El bandido adolescente*, cuando dice que Billy el Niño era «bueno, bonito y barato».

Sender era un escritor para becarias americanas poco exigentes. A Ernestina de Champourcin, a quien había leído de muy joven, con placer, la conocí en el Gijón, a su vuelta, cuando ya era una anciana afilada, miope, con gafas de fina montura de oro. Viuda de un poeta que había sido secretario de Azaña, Juan José Domenchina, yo creo que era superior a él. Murió con más años que Alberti.

Rosa Chacel era una vieja bruja de Valladolid que malogró Ortega metiéndola en eso de la novela intelectual y la *Revista de Occidente*, una suerte de proustianismo aburrido (Proust jamás es aburrido), con Jarnés y otros desastres literarios que querían estar entre la vanguardia y el orteguismo. Ortega lo hubiera hecho mejor que ellos. Chacel tiene unas novelas enlagunadas e ilegibles, y además nunca encontró su público, y eso que el esnobismo se lo traga todo. Hablé del lesbianismo de Rosa con toda naturalidad, en mis columnas, y esto le pareció muy mal al gentío. Tiempo más tarde, Rosa, enferma grave, estuvo sumida en el sopor de las anestésicas y los fármacos. Luego contaría en *ABC* un delicioso sueño lésbico donde bellísimas muchachas de blanco, las enfermeras, le introducían cosas por la vagina, dulcísima penetración. Pero el sueño era realidad porque, en efecto, le metieron gomas para extraerle la orina, y ella se enamoró de alguna chica o de todas. Fue su testamento oral y lésbico, pues al poco tiempo moría. Una vez que la invitaron a hablar de Gómez de la Serna, con gran expectación, dijo:

—Bueno, yo a Ramón lo traté muy poco en Buenos Aires y no lo he leído nada. Además, hoy es mi santo y tengo que ir a casa de unas amigas a celebrarlo. Adiós.

El acto había terminado. Rosa era una Mary Poppins en maligno. Su barrio madrileño de siempre era Chamberí/Maravillas. Pero también estaba el metro y la plaza de

Malasaña. Rosa había escrito: «Hace falta todo el mal gusto siniestro del franquismo para ponerle Malasaña a una plaza.» Ignoraba a Manolita Malasaña, heroína del Dos de Mayo, ignoraba su propio barrio, quizá nunca había tenido que coger el metro de Malasaña ni ninguno. Su última novela se la becó la Fundación March y con ese dinero la publicó Seix Barral. Jamás tuvo un lector. Algunas poetisas sáficas todavía la cantan con dejes de la isla de las vaginas.

María Zambrano había pastoreado tertulias feministas y filosóficas antes de la guerra. El suyo es un pensamiento lírico que, Sócrates femenino, repartió entre aquellas raras mujeres que la rodeaban siempre. Su vuelta no interesó a nadie. Ni siquiera sabíamos de dónde venía. Sólo Cela la había tratado algo antes de la guerra, cuando era un inquieto jovencito que leía versos en las veladas del Bloomsbury madrileño. Poetisa entre los pensadores y pensadora entre los poetas. Me gusta leerla despacio, pero no es Virginia Woolf.

Max Aub era un señorucu como japonés, aunque en realidad suizo, que se obstinó en ejercer de español toda la vida. Le conocí en la librería Cult-Art, de Ruiz-Giménez, donde firmó libros sin levantar la cabeza ni saludar a nadie. Aquella librería progre y nutrida tuvo que cerrar porque todo el mundo robaba los libros. Pusieron allí una *boutique* vaquera donde me compré muchos pantalones. Haro Tecglen me contó que también buscó allí un par de pantalones, pero la dependienta le dijo:

—A tu amigo Umbral le sientan porque no tiene caderas, pero adónde vas tú con ese caderamen.

Ahora no sé qué es el sitio, la tienda, eso. Max Aub se murió pronto, no sé si como chino, como suizo, como exiliado o como español. Pero antes de morir nos leyó una comedia realista y de guerra en el saloncillo del María Guerrero. No había luz —accidente sospechoso— y Nuria Espert sostenía en alto una lámpara como la del *Guernica* para que el viejo pudiera leer. Toda la progresía en torno disimulaba el aburrimiento con porros. Se esperaba a los grises casi con ansiedad para terminar con aquel mal rollo, pero no hubo suerte. Aub, que había tenido tan variadas personalidades, yo creo que debió de morir como un santón chino, en silencio, ignorancia y olvido. Eso a los chinos les gusta, pero a los escritores no tanto. Corpus Barga me había escrito mucho desde Lima, donde llevaba la Universidad de San Carlos, la facultad de periodismo o algo así. Su prosa de periodista era tan buena que hasta le había publicado Juan Ramón en sus exigentes revistitas.

Yo le había leído en *Revista de Occidente*, asombrado por la calidad recamada que había conseguido para su prosa periodística. Era tío de Ramón Gómez de la Serna, o sea viejísimo, y se llamaba Andrés García de la Barga. Se puso Corpus de seudónimo porque había nacido en un día del Corpus. Estos rojos españoles es que eran muy raros y algo beatos.

Las cartas de Corpus eran de letra menuda y tinta roja, aljamiadas como su prosa y muy ponderativas para mí (me leía en *La Estafeta Literaria*). Sus monumentales memorias están llenas de eso, de memoria, más una prosa literaria riquísima. Cuando vino a Madrid me llamó y paseábamos algunas tardes por su barrio de Salamanca. Era un viejo de chapiri, enfisema, zapatillas y bastón. Nos sentábamos a tomar algún café. Tengo muchas fotos con él. Era todo un prosista.

—Atención a las mujeres que pasan, Umbral. Las españolas están guapísimas. El deseo por la mujer nunca se pierde.

Él andaba por los cien años. Luego debieron de decirle que *La Estafeta* era oficial y yo un fascista espantoso, de modo que, cuando le hice famoso, ya no me citaba nunca entre los nuevos valores españoles. Se lo dije a Javier Pradera:

—No digo que la vejez sea una cabronada, pero los viejos son unos cabrones.

Alejandro Casona se apellidaba Rodríguez y se había colocado ese aumentativo asturiano, «casona», como homenaje a su tierra. Los del teatro ponían obras suyas

firmándolas Rodríguez y pasaban la censura, de modo que engañaban con la verdad. Casona, maestro de pueblo, estaba en la línea de Giraudoux y Supervielle, o sea la derecha de la vanguardia, pero en más cursi.

Vino Casona con sus pantalones arrugados, su cara triste, su congoja asturiana en los ojos.

—El médico me tiene que meter un dedo en el corazón, Umbral. Le he pedido al médico que me enseñase el dedo.

El atroz y prohibido Casona se quedó en un nuevo Benavente simbolista para señoras burguesas y sus obras duraban mucho en cartel, pero el público político, intelectual o revolucionario, ni pisar. Aquello era una vanguardia vieja que, dado el retraso histórico del público, venía a coincidir exactamente con los gustos de éste. Operado y mejorado, intentó una obra nueva —él no era viejo— sobre Quevedo, *El caballero de las espuelas de oro*. Le pasó con Quevedo lo que a Buero con Larra, que el personaje pudo más que ellos y abrumó la función. Un fracaso, pese a los encantos de la pequeña Goyanes.

Le propuse a Casona hacer unas fotos durante la representación, pero se me negó escandalizado:

—Eso sería como pegar cuatro tiros en mitad de la obra.

Todavía Casona confundía un disparo con un inocente flash.

Decididamente, era un señor antiguo. En cuanto murió, tras un largo lío familiar, su teatro dejó de ponerse. La burguesía de media tarde había estado entregada al fruir del rojo que además era poeta. Iban a verle saludar, por ver a un rojo de verdad, patinado de exilio. Luego se han ido aún más atrás, a Benavente.

Con este resumen de la inmigración intelectual llegamos a una conclusión o corolario: del exilio, los buenos eran los de siempre, los que ya sabíamos: Juan Ramón y el 27, Ramón y pocos más. El resto fue creación de la distancia y la nostalgia, referencia erudita, nada. Franco fue criminal con ellos, pero se murieron con el corazón oxidado, como quizá habían vivido desde que tuvieron que huir de España. En un país republicano, democrático y europeo, en una España tranquila y moderna, habrían sido mediocridades. La Historia les hizo un favor irónico al darles una dimensión simbólica que luego no sostenían. En un verso de Aleixandre, que se quedó, hay más grandeza, actualidad, telurismo, creación y lenguaje que en todo el exilio «oficial». Esto es cruel de decir, pero ya está dicho.

Con su cara de gato viejo, con su énfasis de general de la Regencia, José Antonio Sáenz de Santamaría mandó en tiempos de UCD sobre la Guardia Civil y sobre la policía, y es cuando acuñó una frase de mármol histórico, escuela de cinismo político y de realismo inmediato:

—En la lucha contraterrorista hay cosas que no se deben hacer. Si se hacen, no se deben decir. Y si se dicen, hay que negarlas.

Ahí está todo. El Estado no puede manejar la misma navaja que ETA. El Estado no puede emplear armas aún calientes de la mano enemiga que las empuñó. «Hay cosas que no se *deben* hacer.» El general dice *deben*, no dice pueden. El general era cínico como todos los gatazos sabios. Estaba dejando constancia de su ética y de las trampas que requiere toda ética para salir adelante. No hay sistema que no requiera una trampa para funcionar. Lo perfecto se caracteriza por inútil. Ya entonces los españoles vivíamos de las trampas a la Constitución.

Las teorías científicas, los ordenadores y los casinos con ruleta tienen un tic, un chip, un algo que los hace posibles. Para que un amor dure años hay que traicionarle una tarde. Los cursis lo llaman el salto cualitativo. «Si se hacen, no se deben decir.»

O sea que la necesidad de hacer algo inconfesable está en proporción al silencio beneficioso que la arrope. Hecha la cosa, la responsabilidad se traslada a otro punto. La ética ya no está en hacer sino en callar. Lo que se calla no ha ocurrido. El pecado<sup>10</sup>

es hacer, sino decir. La Iglesia lo llama pecado de escándalo. Supongo que el general, además de un buen militar, era un buen cristiano. Lo que condena ya no es el acto, sino el escándalo. El escándalo atenta contra el Estado. El Estado es un callar.

Todo es más eficaz en silencio, la Constitución se mantiene virgen. Y llegamos a la última premisa. Si las cosas se dicen, hay que negarlas. Estamos ya en un plano meramente dialéctico en el que no importa la verdad sino la *veracidad*, que es todo lo contrario, o casi. El general era un hombre veraz. Tenía credibilidad, capacidad de negar lo dicho por él o por otros. No importa que uno tenga razón, sino que le crean a uno. El razonable sin crédito no interesa. ¿Cinismo, maquiavelismo? Todo lo justifica la causa, el enemigo que hay que combatir pulcramente. Santamaría era un general pulcro. ¿Hacía, decía, negaba? En cuanto a eficacia, sus sucesores lo hicieron mucho peor.

No se aplicaron la frase marmórea del general. Los gales hirieron y dijeron o dejaron decir, y luego mintieron, que no es lo mismo que negar. La adúltera mente, el asesino niega. Nuestro hombre, cuando niega lo que ya se dice, está negando palabras, hechos. Los hechos fueron en el tiempo. Las palabras, actuales, pueden desmentirse. Volvemos a la veracidad.

Aquel general era más veraz que el general Galindo. El terrorismo es el asalto de la ignorancia a la razón. Y con la razón habría que combatirlo, pero alguien opta por otro terrorismo. Santamaría quizá fue un mentiroso veraz. Más veraz que Galindo, por movernos entre generales. ¿Y de dónde viene la veracidad de un mentiroso? De la fe profunda que tiene en lo que ha hecho. Esta fe les ha faltado luego a los sucesivos protagonistas. No creían en lo que estaban haciendo y eso es lo que expresa la fuga del dinero. Cuando se roba a la propia causa, es que la causa ha quedado muy atrás. Sáenz de Santamaría, el gatazo viejo, parece que todavía creyó en su causa. No es veraz el que dice la verdad tanto como el que cree en la mentira que está diciendo.

Loyola era más sencilla cuando iba de ministra. Vestía el cargo con naturalidad y no se tomaba esto tan en serio. En el clan de los Oriol y los Milans del Bosch conseguimos que se acortase un poco la falda y se diera un brochazo de carmín en la cara de teresiana. Es cuando Antonio López se enamoró de ella. A mí me traía frascas de vino que nos bebíamos en el madrileño patio de los Oriol, calle de Campomanes, entre el llanto de los niños y la copla de las criadas.

Luego, cuando el ministerio la derrotaba, Aznar la salvó por arriba haciéndola de la cosa europea, donde ha dado buenas batallas, pero ya sin la épica del ministerio. Ahora cuando escribo, la tengo como perdida de vista. Loyola está entre teresiana y niña de Serrano, con una preparación muy compleja para la cosa política y un encanto natural de colegiala que cree en todo.

En Loyola hay, sin duda, un enigma sexual. ¿Una sexualidad dormida, un sexo inverso, una profunda vocación religiosa? Yo, realista en estas cosas, lo que veo es una niña que de cintura para abajo es un poco monstruosa, con ese andar plano de las que nacieron monjas, y quizá el pudor de quedarse desnuda ante un marido, digamos, es lo que la ha arrinconado en el celibato.

Tiene algo de la mujer sirena, a quien nunca le veremos la cola, y parece estar siempre disimulando eso. Pero no diríamos que su naturaleza *paradoxal*, como expresó Linneo, le produzca tristeza, sino que es sencillamente alegre y amiga. En la sociedad española hay unos cuantos seres, pocos, de naturaleza indefinible, y Loyola es uno de ellos. Tiene algo dulcemente monstruoso. Y unas maravillosas manos grandes y perfectas, femeninas, de mujer que puede valerse por sí misma y que no ha perdido la juventud bordando.

Metida en la batalla de vender el aceite español al mundo, demuestra una obstinación tranquila que es lo que le da mayores victorias. Recordaré siempre un verano en que la frecuentamos mucho y creo que me hubiera gustado tener entre las mías las manos

puras de la sirena.

Carmen Diez de Rivera, cuando murió, no me habló de ella para nada, pero al fin eran dos niñas bien de la misma casta, haciendo políticas muy parecidas, por la homogeneización de los partidos y de la economía. Sé que Loyola viene de vez en cuando a Madrid, pero nunca me llama. Tampoco me gustaría tener en ella una repetición de Carmen. La vida, cuando se repite, me da miedo o asco. Tristeza.

Si el PP gana las próximas elecciones, Loyola puede que vuelva de ministra de algo. Aznar la quiere. Y si pierden, a Loyola se le habrá terminado la hermosa aventura exterior y volverá a quedarse sola, secreta, con su enigma de eterna sirena adolescente, encantadora y hermética. La política, entre otras cosas, es una eficaz manera de evitar el Yo. La literatura, por el contrario, supone una continua sumersión en el Yo.

Lástima no haber nacido político.

Cabeza de rizado antiguo, berruguetiano, sonrisa de anuncio de página par y corbata de frondosa vulgaridad. De este señor Serra dicen que ha sido ministro de todo, pluriministro, y nadie se lo explica, pero yo sí. Serra es el hombre neutro, inexistente, el funcionario —ahora se llevan mucho los funcionarios— que lo mismo puede llevar el ejército de la derecha que la contabilidad de la izquierda.

Este multiministro, Eduardo Serra, me invitó una vez a almorzar, y fui sin saber de qué era ministro por entonces, hasta que vi por los pasillos mucha movida de generales y almirantes. Comprendí que estábamos en Defensa.

Iba yo con una gripe total, era invierno, y a un general que se me cruzó, le paré y le dije:

—Tío, ¿tienes desenfriol?

—Precisamente. Yo también estoy con el trancazo. ¿Y cómo tú por aquí, Umbral?

Almorcé con el multiministro, con el general del desenfriol y con un almirante de marina que también era una bellísima persona. Hablamos de la Armada Invencible y le sugerí que la mejor armada invencible se conseguía con viagra.

Recuerdo aquel almuerzo como muy civilizado, muy culto y un poco libertino. Una secretaria mona entraba y salía por coger algo picantillo de la conversación entre hombres solos. Así es como aprenden malicias las secretarías.

No sé lo que es el señor Serra actualmente, pero en aquella comida comprendí que un hombre capaz de organizar una reunión a tan alto nivel y sin perder el compás es un político o un funcionario nato, que vive en la grisalla pero vale para todo.

¿Qué ministerio le espera? Supongo que Medio Ambiente, porque el que pone de acuerdo a los generales y los almirantes y los periodistas, sin estrellato personal, también puede poner de acuerdo a los cormoranes, los bucardos, los rebecos y los patos azulones. Ahora que vamos hacia los gobiernos de funcionarios, o sea hombres que son una mera prolongación de su ordenador, sin ideas, el señor Serra tiene mucho porvenir a todos los niveles.

El desenfriol de aquel general todavía me dura. Gracias, jefe.

La música y la lluvia, la noche y sus mitologías, un espesor de público como un bosque reciente, los ejércitos de la edad contra los ejércitos de la velocidad. Los Rolling Stones vinieron por primera vez a Madrid en el verano del 82, como corroborando con su anarquía de globos la libertad urgente que traía el socialismo.

Allí estaba yo, entre aquella multitud, con mi novia roquera, toda una humanidad cambiándose la sudadera con las tetas al aire y el porro en un oído.

Mick Jagger, con pantalón de rayas anchas, ponía su provocación de macho sexual en los dominios del semental que era, y un aroma de mujer cachonda copulaba en el cielo con el oro de la música, el incienso del *hash* y la mirra del sexo. Mi novia seguía cambiándose la sudadera y mostrando los pechos que no tenía, y las axilas negras, como dos coños supernumerarios, que nunca se afeitaba. Era el estadio Calderón, bajo



el beneficio cenital de la luna, una velocidad que pasaba entre nuestras manos como el culebrón festivo de la noche y el *tryp*.

Era, ya digo, al filo del amanecer socialista de España, los Rolling parecían corroborar con su máquina de lluvia y esferas anarquista una cosa tan poco anarquista como el socialismo.

Había allí un equívoco que nunca nos paramos a deslindar. ¿Qué socialismo era aquel que estábamos inaugurando al son de la acracia, qué acracia era aquella que venía a consagrar con su juventud y su droga un socialismo burocrático disciplinado y gubernamental?

No nos lo preguntamos nosotros, los chicos y las chicas de aquella tarde/noche de inglés y fornicación. Pero tampoco se lo preguntó ningún periódico, ningún filósofo, ningún socialista de verdad, ningún anarquista meditativo desde la cuerda de su suicidio. Había un equívoco, sí, y aquella noche empezó todo. ¿Por qué una cosa subrayaba la otra, si no tenían nada que ver entre sí? Sin embargo, el concierto de los Rolling, aquel concierto denso de música, ronco de urgencia, fue la consagración definitiva del PSOE, como si Mick Jagger tuviera algo que ver con el socialismo ni con nada que no fuera juventud, sexo, dinero y droga. La lluvia le consagró como sumo sacerdote de un socialismo que llegaba a España en los roncros clarines del rock. Ni siquiera los socialistas estuvieron allí, por supuesto. El hecho de que los Rolling actuasen en España ya era una garantía de que algo había cambiado, y con eso nos dimos por satisfechos.

El PSOE todavía no podía ofrendarnos nada más que palabras y una cierta posesión pacífica de la calle. Las bodas de sangre entre acracia y socialismo se consumaron, incoherentes, en un Madrid que dejaba escapar el verdadero sentido de los hechos, el curso demasiado rápido de la Historia.

La liturgia era perfecta, convincente (a condición de no pensar demasiado), González y Guerra vestían pantalones campanos como la juventud roquera, y llevaban las melenas un poco anteriores de los Beatles, ya hemos hablado aquí del tramo Submarino Amarillo. Mezclamos las épocas, confundimos las liturgias, porque en el Estado estaba naciendo una gestión democrática, pero en nuestro pecho nacía una respiración universal y libre. ¿Algún día llegarían ambas cosas a ser la misma? Estábamos seguros, o casi. La verdad es que no lo pensábamos. Un día, los Rolling se fueron con su silencio a otra parte y nos dejaron la burocracia.

Mi novia se cambiaba la sudadera e hicimos el amor allí mismo, de espaldas a otros que lo hacían, entre gritos alegres y cuerpos que nos eran parientes. Ardíamos en nuestra propia juventud. Sólo eso.

Descubrí el barrio de La Celsa en el tardofranquismo, *off/off* Vallecas, y hablé de aquella miseria en artículos y reportajes. Al fotógrafo querían matármelo para robarle la cámara, que eso se vende bien. Murió el Caudillo, dejó un caballo perdido, pasó el rey, pasó Suárez, pasó el socialismo, pasó la derecha y La Celsa sigue ahí, agravada por el narco, el trato, el caballo, los niños camellos y los gitanos canasteros que llevan el polvo blanco en canastas.

Hasta hice mi novela de La Celsa, *Madrid 650*, que los críticos y el público descubrirán cuando me haya muerto, un director de cine dijo que tenía demasiados argumentos para una peli. Otras veces se quejan de que hay poco argumento. La hostia. Hoy, La Celsa es una puebla que revienta de vacíos, un suelo de adoquines y de tierra, un niño que duerme encima como arrojado al sueño por el hastío y el desprecio de la ciudad, un zoco de la droga y un sol purísimo que nace allí mismo, en el este.

Pasaron los alcaldes y los tenientes de alcalde, los sumilleres y los cancilleres, pasó *la política*, como una cabalgata de paisano, y La Celsa sigue siendo el sitio donde asesinan al cartero para robarle los giros, donde desentierran a la muerta de por la tarde para violarla y robarla todavía calentita, si es joven. La Celsa es fronteriza de la

muerte y hasta tuvo caleras, espartales, atochas.

Poli Díaz, el Potro de Vallecas, empezó en los rings de Madrid, bajo el beneficio de Sarasola, entre tías de visón y virtuosos del pelotazo. Era la resaca de un *felipismo* que iba hacia el thriller y el western. Poli Díaz, el Potro de Vallecas, acabó en La Celsa, picado y picado, abandonado de sus palaciegos, que chupaban coca. Madrid hace sus hombres y los pica. Han redimido a los jubilatas, a los tarretes, a las mujeres (que son capaces de tener un niño a los sesenta y cinco, esas salidas). Han mejorado la tercera edad, que no era sino la tercera juventud de Aristóteles, sólo que éstos son más horteras que Aristóteles. Han hecho casas baratas y pueblos caros (Majadahonda) pero nadie ha tocado el milagro espurio, la flor de miseria de La Celsa, sino que La Celsa se ha agravado con el zoco de la heroína, la clave gitana y la violencia del pico. Las autoridades municipales y regionales quieren poner remedio, pero no se estiran con un pastón para residencias y otro para viviendas. Para saber cómo va España, o sea Madrid, nada como una pasada nocturna o diurna por La Celsa, que cuando Franco tenía poliomielitis y ahora tiene sida.

¿Qué rayos de socialismo es éste que aún no ha sabido ni querido resolver un problema barato? ¿Qué rayos de capitalismo es éste que no se alarga con unos euros para La Celsa? La Celsa es el test de todas las políticas españolas. Descubrí el barrio en el tardofranquismo, etc.

Aznar no necesita ir a Teruel para que le acusen de ignorar España. En media hora se pone en La Celsa y comprueba que su política mundial se ha quedado aquí mismo, en Vallecas.

Asturianos con sus cascos, labriegos con sus tractores, peregrinos a pie de la honda España. De vez en cuando se produce una afluencia de trabajadores a la capital, que vienen en huelga, manifestación o algo, generalmente pidiendo trabajo, dinero, siempre pidiendo justicia.

*Van hacia la canción y van al beso  
y van dejando por el aire impreso  
un olor de herramientas y de manos.*

Son los de Miguel Hernández, sí, y huelen a campo y a viaje, a flor cortada y a la temperatura de los kilómetros, la fuerza de los paisajes, la canción de los ríos. Huelen a España diversa, a falta de sueño, a pie quebrado, huelen a desesperación y neumático, a corazón sudado y a viento con orina, esa orina loca que se lleva el viento, como la bandera úrica de un hombre.

Pero Madrid ha perdido el olfato. Ellos creían, en su ingenuidad de las alturas o de las profundidades, nunca al nivel de la verdad, que iban a impresionar en Madrid, que iban a cortar el paso y el hipo. Pero en Madrid no impresionan ya ni las ovejas que se meten por la Puerta de Alcalá, mírala, mírala, tan Carolina y Ana Belén.

Recorren media España a pie y se encuentran con que Madrid está reunido, el ministro está de vacaciones y el ujier es un antiguo labrantín que por eso mismo les desprecia más, pues él ha hecho carrera en Madrid y lleva galones subalternos, pero galones como el rey.

En Madrid hay muchos niños que nunca han visto un caballo. Toda ciudad es una grandiosa acumulación de incultura. Madrid no sabe para qué sirve el campo y sólo se espera que el ministro del ramo inaugure un día un regadío para irse con él a comer jamón fresco y no envenenado.

Estas romerías, estas caminatas, esta navegación de España en alpargata suele terminar en la decepción, el cansancio de la espera (tanto descanso es lo que más cansa), una nota oficiosa de un subdirector general y otra vez a casa. Ni siquiera la prensa se ocupa de ellos, salvo la cosa pintoresca de alguna foto bebiendo en porrón con una moza encima de un tractor.

Madrid está muy alto, Madrid está más alto que la Torre de Madrid, todo el mundo tiene

mucha prisa, siempre es la hora punta y la lámina agropecuaria en relieve, los campesinos y los mineros, eso nadie lo ve, nadie lo mira, todo el mundo supone lo que es, lo que pasa es que el madrileño no tiene un tractor para presentarse en las Cortes con un papel pidiendo más sobre. Eso sí que lo sacaría la prensa.

Los viajeros vuelven a su tierra con el cansancio de la ida acumulado al cansancio de la vuelta, y pensando que Madrid no existe, que sólo hay una avenida de rascacielos vacíos. Ni un ministro, ni un oficinista, ni un enterado, ni un ingeniero. Sólo un ordenanza leyendo el *Marca*, sentado a la puerta de la casa de 25 pisos, y que cuando termine el *Marca* se preguntará asimismo qué hace él allí.

Y además de verdad.

No son los del capítulo anterior, los de saco y alpargata, sino los miserables de Victor Hugo, gran novela investida como teatro, e incluso como musical, con el patrocinio de la banca. Los bancos sólo hacen revoluciones musicales. En el Nuevo Teatro Apolo de Madrid se puso un día —muchos días— una de aquellas revoluciones francesas que luego sólo servían para eso (o para eso estaban hechas): para que un novelista o un actor tuvieran materia de trabajo. Bueno, hubo una Revolución, la mayúscula, que trajo los Derechos del Hombre y puso en libertad al marqués de Sade. Ya con eso basta.

Pero la Revolución francesa nunca tuvo en Madrid, en España, otros ecos que los de este musical que digo, y que yo vi en el estreno, junto al banquero patrocinador que sonreía ante los aplausos como si él fuera Victor Hugo, un Hugo sin melena y con dientes y molares de oro.

A partir de aquella revolución en una plaza madrileña, que por algo se llamó del Progreso (fue vecino Valle-Inclán), empezó la segunda década socialista, 1992, década que sólo duraría cuatro años.

Ahora, con el sombrero socialista arruinado y confuso, recordamos la novela de Hugo como un González con bandera roja, unos incoherentes catalanes con barretina en Francia/Madrid, unas barricadas de muebles y un coro que tenía algo de la Federación Socialista Madrileña en sesión plenaria. Algo así.

Madrid, tribu urbana, no hizo la revolución social ni la revolución industrial. Aquí hemos tenido pensadores avanzados y políticos reaccionarios. Estos políticos son quienes han convencido a la gente, según Ignacio de Loyola, de que en tiempo de perturbación no hay que hacer mudanza. Y como todo tiempo es de perturbación (nunca hemos pasado de ahí a la revolución), nunca se hace la mudanza. Después de un político reaccionario y conservador, como Cánovas, viene un pensador avanzado, como Ortega, y hace la revolución ideológica entre quienes nunca hicieron la revolución fáctica. Esto produce una considerable cantidad de libros buenos y malos, y entonces se nos va el tiempo en leerlos todos, con lo que perdemos el tren de la revolución industrial. Dice el citado Ortega: «Me interesa todo lo que escribió Cajal. No me interesa nada de lo que escribió Menéndez Pelayo.» Cajal estaba haciendo ciencia española y universal. Don Marcelino estaba expurgando heterodoxos y repartiendo martillos para Trento. Mató tantos herejes que nos dejó sin bacilos.

Aquí hemos tenido que contentarnos siempre con ver las revoluciones y los adulterios en el teatro. En España no pasan esas cosas. Aquí somos otra gente. La ira nacional se desfoga en las corridas de toros, tan necesarias. La tauromaquia europea es la revolución de las cabezas que piensan y las cabezas que van al cesto (a veces las mismas).

Alemania se pasa siglos odiando a Francia porque Francia es distinguida, pensadora, elegante, inventora, avanzada. Admiran tanto a Francia que han intentado arrasarla dos veces en un siglo. España, por su parte, envidia a Francia sin maldad, sin cabreo, sin demasiado complejo, de modo que se contenta con imitarla. No intenta invadirla. Si la actitud de Alemania trae la guerra, la actitud de España trae el sopor, la pereza, el vivir de prestado, el escribir malos versos en francés (malos los versos y malo el

francés).

Alemania, con su odio beligerante al vecino de abajo, llega a desquitarse y dar un Goethe. Para qué más. Goethe es Europa. España, con su odio pasivo y complaciente, admirativo, al vecino de arriba, sólo consigue que los franceses nos colonicen entrando a caballo en nuestras iglesias y en la alcoba de algunas marquesas. Todavía estamos esperando nuestro Goethe, el hombre/continente que nos venga de Francia. Lo más aproximado que aquí se ha dado a Goethe es Eugenio d'Ors. Una caricatura. Escribo entrado y bien entrado el 2000 y no veo tampoco al Víctor Hugo español, que desde luego no es Galdós. ¿Cómo hacer un gran musical con Galdós? Saldría una zarzuela. Los miserables. Aquí tenemos miserables para llenar varias novelas como la de Hugo. Y para hacer varias revoluciones. Pero en este momento suena una explosión en mi prosa. ETA ha matado a otro militar. En España, o como se llame esto, seguimos haciendo la contrarrevolución.

En 1979, Felipe González y Alfonso Guerra eran dos provincianos que creían que para venir a Madrid había que vestirse de yeyés, con el pelo de los Beatles, o sea un retraso provinciano, sevillano. Tres años más tarde se hacían los dueños del país democráticamente, abrumadoramente.

Todos los que hemos venido a la conquista de Madrid, aunque no tanto, tuvimos nuestra época de ocio y paro en que nos refugiábamos en el Retiro, por entonces sólo habitado de reyes godos y amas secas, para hacer el crucigrama del ABC, remediar nuestro punzante paro o ligar señoritas de niños. Los más imaginativos, como Felipe y Guerra, o los más viejos y afrancesados, jugaban a la petanca. Lo que no sabe la gente es que la petanca —aquí «jugar a los bolos»— fue el relajo de Glez. y Guerra mientras llegaba el momento de lanzarse a las barricadas democráticas y ganar un espacio político, el supremo, que les había dejado previamente servido, mediante el trámite Calvo Sotelo, un hombre de grande y resignado clariver, como Adolfo Suárez. Adolfo, que se negaba a concederme las cosas «a tenazón» (qué expresión tan castellana, tan abulense), legalizó a Carrillo «a tenazón» de Carmen, de la que ya he hablado en estas memorias madrileñas.

Estuve esta mañana —hoy es domingo— en el funeral/manifestación por el último militar que ha matado ETA. Le dedicaré un capítulo aparte. Allí estaba Adolfo, el hombre que se propuso ganar la partida —tahúr al fin— a ETA con las armas de la paz. Mientras la Historia discurre lenta por el Manzanares, estos dos gamberros geniales, Glez. y Guerra, juegan a la petanca en el Retiro, por disimular su ocio y ponerse en forma. Luego llegó el momento de la traición inversa, de arriba abajo, y Guerra se quedó en la calle, como un paria que estaba de más en Madrid y no se iba. O se iba a su escaño de las Cortes a leer un libro gordo, despreciando todo lo que allí se hacía y decía. Pero la petanca, cuando entonces, fue la metáfora de una amistad, de una complicidad, de una consigna. Cuando llegó la hora de jugarle a la petanca a Suárez o Fraga, los dos amigos se pasaban la bola de maravilla. Sólo ha reflexionado profundamente sobre Madrid, para conquistarlo, aquel que ha tenido su época de paro y petanca, viendo los rascacielos de la ciudad, donde no había sitio para uno, por encima de los grandes árboles y de los grandes reyes sin nombre ni nariz.

Se han escrito muchos libros sobre Glez., pero ninguno conoce aquellos tiempos de la petanca en que Guerra se dejaba ganar, pues ya tenía conciencia de que iba a ser el segundo. Madrid, tribu urbana, tiene estas cosas.

Se iba uno al Retiro a pasar la mañana, con una cartera vacía, por fingir en la pensión que tenía un trabajo e iba a pagar a fin de mes. Pero luego había que cambiar de pensión y seguir jugando a la petanca o haciendo crucigramas. Miles, millones de españoles no pasaron de ahí. Glez. y Guerra venían más preparados. Luego, la Historia y un funcionario les echaron abajo.

Tengo que pasarme por el Retiro una mañana, hombre, a ver si ahora que están

cesantes han vuelto a la petanca. Y, lo que es más importante, a la amistad.

La Santa Alianza o Alianza Popular de Fraga triunfaba por aquel mismo año 1979 en que Felipe y Guerra perdían el tiempo en el Retiro jugando a la petanca. Tenían tertulia en las Cortes y consideraban que España era un inmueble de su propiedad del que sólo faltaba echar a los okupas, como hubiéramos dicho hoy. Arespacochaga fue el último o penúltimo alcalde del tardofranquismo, que regalaba puros a los guardias de tráfico y regía la Villa según indicaciones de una Santísima Virgen que tenía en su despacho. En verano vestía trajes claritos, abarquillados, y siempre lució el último bigote falangista, en rubio, que se paseaba por Madrid. Algo así como el Marlboro de los bigotes. Era autoritario y simpático como la derecha eterna.

Robles Piquer, cuñado de Fraga, solía ir de gris y era inteligente y culto, pero le sobraba temperamento, como a su cuñado. Llegó a ser casi ministro. A Nuria Espert, que quería poner una comedia de Sartre, muy floja, *La puta respetuosa*, le dijo en una entrevista:

—Yo soy una locomotora y voy a pasar por encima de usted.

La misma retórica del cuñado/jefe, retórica que estropeaba lastimosamente el buen lenguaje, el buen tono y la buena cultura de aquel intelectual metido a censor de Sartre. De todos modos hay que decir que al final la comedia se puso. Y seguía siendo mala, como todo el teatro de Sartre, con aquella puta respetuosa que era mucho más burguesa que sus explotadores. Luego, Robles se emboscó en Europa y debe de andar prestando servicios por la cosa europea.

Herrero de Miñón era más inteligente y más culto que Fraga. Herrero era el gran hombre de la derecha, pero Fraga lo encontró excesivamente avanzado. Siempre encontramos excesivamente avanzado al que es más inteligente que nosotros y nos lo demuestra. De modo que Herrero acabó retirándose a su casa de la calle Mayor, frente a la Casa de la Villa, un amplio hogar acogedor de esteras, ilustrado de incunables, perfumado de cordialidad y animado siempre por la palabra viva, sabia, fluyente y suave de Herrero. Demasiado hombre para aquella derecha garbancera que quería enfrentar Fraga a las izquierdas europeas. Herrero acabaría siendo un exiliado interior de la derecha enciclopédica, como Tierno, Gómez Llorente, Nicorredondo, Pablo Castellano, etc., lo fueron de la izquierda demagógica y otánica. Quiere decirse que la batalla se iba a librar a un nivel pragmático y achatado, sin ningún espacio para los intelectuales y pensadores de cualquier partido.

A Santiago Carrillo le pasó lo mismo en su PCE, que era el partido con más intelectuales y artistas de España. Pero la política es sólo esa cosa burda que hacen los políticos. Los intelectuales deben esperar porque son alquilonos y ya les llamarán si hace falta. El intelectual es la puta más cara del político, pero también la más manejable.

Fraga Iribarne era el jefe de la oposición y Suárez, a su izquierda, tuvo momentos gloriosos. Con los socialistas, Fraga no pasó del precio de los garbanzos. Toda la economía —o su libreto— que González llevaba en la cabeza suponía una política nueva, más estadística que retórica, inédita y desconcertante para aquellos oradores pomporé que venían de Cánovas. A mí me invitó Fraga a algunos almuerzos de los Siete Magníficos, siempre en marisquerías frías que me daban gripe en agosto, y ya lo he contado otras veces. Cuando Fraga vio que yo de cada reunión sacaba una crónica negativa, comprendió que estaba jugando con él y no volvió a invitarme ni casi a saludarme. Mi faringitis lo agradeció mucho.

Fraga, que me había querido quitar el carnet de prensa que yo no tenía, durante la dictadura, esperaba ahora ganarse mis servicios a cambio de una nécora fría como Greta Garbo. Aquellos hombres habían vivido dentro de la burbuja franquista y en realidad no conocían el país. Ficharon a gente como Arias Navarro, ya repudiado por el rey y por Suárez. Pensaban que la España eterna de los veinticinco años de paz

—invento de Fraga— estaba con ellos.

Cometieron no un error, sino diez millones de errores (cinco primero, contra Suárez y el PSOE, que suman diez), y luego los otros diez millones juntos contra Glez.

Esto, aparte el repetido escándalo electoral, quizá les despertó del sopor garbancero de la olla del castellano viejo, y comprendieron que prohibiendo a la respetuosa y decentísima puta de Sartre no iban a ganarse al pueblo. El entradón es tan abundante que sólo se explica —aparte la eficacia de los chicos de la petanca— por la ignorancia que digo, ignorancia absoluta de lo que era y quería el pueblo español. Si no eran del todo tontos, comprenderían que España estaba ya muy lejos de ellos y lo que representaban, que el 20-N sólo se había muerto un cadáver, que habían fraguado una renovación franquista para un país que estaba en las libertades europeas, las democracias americanas y el olvido liberatorio de la guerra civil y sus viejos tótems.

Pero no se plantearon nada de eso, no vieron la realidad (la realidad es lo más difícil de ver, mejor adivinarla, y el que no la adivine ni es político ni es ná), hasta el punto de que salvo Herrero, que se fue al exilio interior en un alarde de lucidez, aparte ambiciones personales, los demás siguieron planteándole el precio de los garbanzos a un González que lo que quería era traer el divorcio y desacreditar a Suárez.

Glez., pues, lo tuvo todo a su favor: un Suárez cazaprimado por los almirantes, un Fraga obsesionado por el precio de los garbanzos y un PCE que quitaría a Carrillo para acabar poniendo a Gerardín. Los de la Santa Alianza dejaron de reunirse en la marisquería galaica y frígida de la Gran Vía para meditar cada uno en su casa y llegar a comprender que lo que había muerto no era un individuo, Franco, sino una era, el franquismo.

Ellos eran hijos y padres de esa era y el tiempo ha sido crudo con ellos. Incluso meteorológicamente. Lo digo porque Fraga tiene la artrosis de rodilla de la humedad compostelana. De pronto se les había aparecido el pueblo español, epifanía y Pentecostés del presente.

Aznar se debate por no ser la continuación de aquellos frankenstein perdidos en un museo de cera con salida al museo de los horrores. Aznar es joven, pero eso se cura con la política.

Exhaustivicemos este año 79 en que la amistad de Adolfo Suárez con Rodríguez Sahagún era una cosa sólida y poco vista en política. Sahagún me invitó un día a comer en Alberto Alcocer para proponerme hacer una revista intelectual y política, pero se estaba preparando una muy parecida, cosa que él no sabía. Le informé y le desilusioné. Las revistas, en Madrid, crecen como las acacias, que diría Azaña de los rumores.

Sahagún, después de Tierno, trató de ser también un alcalde ilustrado, democrático, popular, pero no tenía físico, ni voz ni gracia para continuar al maestro. Murió pronto.

Lo que perpetuará siempre a Sahagún es su fidelidad a Suárez. Es tan importante ser un gran hombre como saber ver al gran hombre cuando aún no lo es. Sahagún tenía cultura estética y política. Se movía en el mundo del galerismo, era el intelectual de Adolfo.

Suárez se sabía condenado por las urnas y por las armas. Aguantó la sonrisa como un conde de Montecristo. No en vano luego le harían conde. Pero el rey Juan Carlos se equivocó permitiendo que su gran goleador se perdiera en el adumbramiento. Él tenía muchos recursos para conservarlo en el poder, para darle poder. Incluso la monarquía hubiera sido otra cosa con Suárez. No quiero ponerme fanático ni morganático, pero Suárez era el que le había hecho al rey la democracia y el rey permitió que se lo quitasen de las manos, que lo enviasen a las ergástulas morales de Ávila. Luego no ha encontrado otro igual, claro.

1980. Felipe González vivía en un piso hortera de Pez Volador, calle donde vive Chumy, que es un genio, y que también había hecho lo que pudo por la caída del

sistema, en sus chistes del *Madrid*. Pero lo que cayó fue el *Madrid*, mediante voladura controlada de Sánchez Bella, entonces ministro de la cosa.

—Que esta mañana han volado el *Madrid*.

—¿Pero con la redacción dentro? —pregunté yo.

No. La redacción humana, no. Bah. Eso era hazaña de un maestro de obras, no de un caudillo. Glez. vivía rodeado de máscaras exóticas, que es la colección original menos original que emprende todo el que quiere hacerse una personalidad rara. Algunas máscaras parecían reyes godos y otras peponas de feria. Todo el mundo (ustedes ya me entienden) pasó por ese piso. Todo el mundo y hasta yo, que había nacido rojo verité en Cabestreros, un poco tarde para la defensa del *Madrid*, y un poco pronto para apuntarme al felipismo.

Porque el felipismo comenzó con aquellas máscaras exóticas, que todas se parecían a algún socialista de Suresnes, mayormente había una que era Nicorredondo clavado. Bueno, estaba entre Nicorredondo y rey godo. Luego, cuando le hicieron presidente, le bastó con llevarse las máscaras, cada una a su escaño. No está Alfonso Guerra porque los prehistóricos no usaban gafas.

Felipe sonreía con su mellita entre los dos dientes, se había repelado la melena yeyé y se había puesto corbata con cazadora, que es la cosa más hortera del mundo, un quiero y no puedo. Le faltaban dos años para el éxtasis.

La oposición que le hicieron a Suárez fue demagógica, insoportable, más retórica que política. Pero ellos estaban allí, y no pasando hambre entre máscaras, gracias a Suárez. Fueron cruentos con un hombre que se parecía a Orestes. Luego lo han pagado todos, uno por uno.

Felipe, de cara orientaloide, pasó de las máscaras a los bonsáis, ya en la Moncloa. Pero el valor de una colección no depende de la colección, sino de la gracia con que se lleve. La colección —porcelanas Ming o cedros del Líbano— no es sino una disculpa para hacer ingenio y poesía. Glez. prefiere explicarte el tendido de una red ferroviaria. Las colecciones no le salen.

En 1996 abandonó los bonsáis como antes había abandonado las máscaras y luego abandonaría a sus fanáticos. Ahora hace colección de trenes que pasan y harapos que vuelan, de moquetas infranqueables y multitudes que se cruzan en otra dirección. Son las colecciones visuales que hacen los parados. El tiempo que gasta en preparar su vuelta le distancia de esa vuelta. El tiempo come de los hombres como el mar de los mitos.

Glez., entre hombre y mito, se está pasando.

Después del golpe de Tejero, el golpe de los coroneles, el mismo día de las elecciones, pero al fin el socialismo daba su golpe democrático y España era la que quería el rey, la que querían los generales, los demócratas, los socialistas, el pueblo, y la que había querido Manolo Escobar. El rey se ha puesto guantes blancos porque ya no le hacen falta los guantes de boxear. Alfonso Guerra iba vestido correctamente, como corresponde a un rojo que ha entrado en el juego. El señor Serra es un funcionario del terror y se le nota. Los generales estuvieron muy facundos y hay actos históricos que uno no olvidará nunca. Con aquello empezó el socialismo democrático en España. El rey Juan Carlos, por lo que le oí, parecía encantado de gobernar con la izquierda. Al fin.

Pero allí estaba toda la España que iba a durar, como un conglomerado incoherente y bien avenido. Ejército, socialistas, funcionariado franquista y monarquía. A veces estos vertederos políticos duran más que las cosas bien hechas. Nunca se sabe.

Felipe se había trabajado la campaña en autocar, recibiendo calderos de agua para el sudor, esa España que siempre tiene un caldero para el sediento.

Carmen todavía estaba enamorada de él —a lo mejor sigue— y reía las gracias eficaces de su marido. Él parecía decirle: «¿Ves?, así se hace una campaña.»

Ya había pasado la labor de Felipe, las chaquetas arrugadas, las calderadas, el cansancio dulce de Carmen, el sopor de los autocares, la calentura de los pueblos, y la victoria parecía una cosa limpia, serena, cortesana. Ahora sí que España se acostó franquista y se levantó republicana, o al menos socialista.

¿Por qué se malogró todo aquello? Sería demasiado pesimista decir que nació malogrado, viciado, pero así es. España se manifestó realmente, pero el juego tenía algunas trampas. Ni siquiera el socialismo acaba de ser completamente social cuando viene dado como una fórmula elegante del capitalismo internacional. Pudimos querer tanto a Felipe...

Pudimos.

Vuelvo donde solía. Aquella Santa Alianza de Fraga, que había quedado en primera línea de la oposición. Se reunían en tertulia en el Congreso de los Diputados. La derrota, aunque ancha, no les había arrugado. Ellos representaban allí la España eterna, con pocos votos, pero es que las eternidades no se miden por votos.

Fraga tenía la derrota en el rostro, así le vi en mis paseatas por el Congreso, pero en cuanto se ponía en pie de guerra, o en pie de irse a casa, volvía a ser ese profesor de energía que ha sido siempre. Así mantuvo a los suyos.

Verstrynge era el delfín, pero cada día nadaba menos. Acabó en el PSOE, donde tampoco le hacen mucho caso. Verstrynge es un chico bueno con galgo. Le falta crueldad para la política, que es como si a Rimbaud le faltase crueldad para la poesía. El galgo es animal pacífico, musical y adorable, pero lo tiene todo menos la crueldad. Y uno acaba pareciéndose al animal que le acompaña (aunque sea un animal humano). Yo le aconsejaría que se comprase uno de esos perros de ahora, que matan directamente. A veces ha venido a casa a traerme algún libro dedicado, y se va en seguida.

No quiere molestar o tiene miedo a mis preguntas. La amistad, pero de lejos. Es un político/*Telva* que no pinta nada en el PSOE.

Miguel Herrero solía sentarse en las escaleras, con las rodillas juntas y los pies muy separados, la barbilla en el puño, que es cosa de firmeza. Firmeza gestual o auténtica. Digo los que recuerdo. Eran más o menos, según. Eso de las rodillas juntas es un resto de feminidad masculina que quiere esconder el coño. En un hombre queda más bien frailuno. Herrero siempre llevaba papeles y pensaba en otra cosa. Ya he descrito su casa en este libro. ¿En qué pensaba? En el gran negocio de los nacionalismos, que le iba a dar tarea y dinero para mucho tiempo, una vez que Fraga le hubo postergado por escandaloso miedo al primero de la clase.

Herrero dice que hace eso de los nacionalismos «desde fuera», o por convicción del origen de España, pero es como un gran abogado defendiendo a su asesino. Una de las mejores voces de la política española defendiendo en los juzgados la causa confusa de los nacionalismos (de derechas, supongo).

Un franquista, un yeyé y un portavoz llenos de astucias, retóricas y peligros. Una vez, Almunia le rechazó a Miguel unas cuentas, rizando la sonrisa suburbial como la riza Almunia:

—Tú eres de Letras, Miguel, y no sabes de eso.

Pero Herrero siguió echando cuentas hasta abrumar a Almunia con sus precisiones sobre el propio ministerio del socialista, que quedó en silencio. Y Herrero, como despedida:

—Y eso siendo de letras.

¿Y qué hacían aquellos tres tristes tigres de zoo sentados en los escalones? Esperaban al Niño/Dios (como el de Juan Ramón), que no tardaría en bajar de su cielo de provincias. Aznar.

El príncipe de Asturias jura la Constitución en las Cortes. Esta Constitución que tenemos no es buena ni mala. Ninguna Constitución, ninguna papela es buena ni mala.



Depende del uso que se haga de ella. Hasta aquellos papeles de Franco, tan añosos, sirvieron para, hábilmente desarrollados, traer una democracia. Nuestra Constitución se queda corta, pero es susceptible de muchas mejoras. Nos producen cierta ternura esos políticos y analistas que le dan vueltas a la Constitución, para bien o para mal, tratando de ser fieles a ella hasta la última tilde. Lo que hay que hacer con las constituciones es traicionarlas a favor, o sea mejorarlas con el uso o el desuso. Quien ha fallado en estos años no es la Constitución, que es un papel, sino los políticos de derecha/izquierda que no han sabido o no han querido ir más allá de la Constitución.

Aparte lo que la Constitución dice, vale por lo que es: un fetiche de la religión política, el liberalismo, que hemos adoptado. La Constitución casi vale más como fetiche que como texto. Es nuestra señal de identidad, nuestro papel sagrado, el acta de nuestro nacimiento, el papel que todos oficialmente respetamos. Y esto vale para todas las constituciones.

Los Estados Unidos nacieron constitucionalmente y por eso debiéramos aprender de ellos a respetar la Constitución como texto y como fetiche, como programa y como objeto mágico, como ley y como milagro.

Lo malo no es que la Constitución no vaya demasiado lejos como dogma. Lo malo es que los españoles no hemos sabido despegar de la Constitución, desarrollarla, dejarla atrás si es preciso, obligarla a ponerse al día. Nuestra Constitución ha funcionado poco como texto, pero ha funcionado menos como fetiche.

Una Constitución es un legado de los Padres Procesales y aquí no hemos tenido Padres Procesales. Estamos huérfanos de eso. El día de la Constitución pasa todos los años sin que nadie sepa muy bien lo que es la Constitución, ese papel fundante, ese texto primero.

El príncipe de Asturias juró la Constitución y la ha cumplido, pero la Constitución tampoco le ha dado muchos problemas, porque hay miles de españoles que no saben usarla. Hoy, la Constitución admite reformas —muy probables—, en cuanto al texto, o sea que sigue vigente, pero ha perdido mucho como fetiche, no equivale a los Derechos Humanos de Francia ni a la Constitución americana, que ya hemos citado. La Constitución ha sido profanada por cada asesinato de ETA, por cada perjurio de los especuladores y los corruptos. «Para ustedes las leyes y a mí déjenme los reglamentos», decía aquel cínico simpático que era Romanones.

Aquí se ha gobernado más con los febles reglamentos que con la sólida Constitución. Adolfo Suárez es un hijo de la Constitución. Roldán es una consecuencia espuria de los reglamentos.

Hacia finales de los ochenta, la Tocino, Isabel Tocino, era libélula habitué en el Congreso, con sus blusas ligeras, sus pantalones imposibles, su melena de la calle de Alcalá, sus ojos claros, sin misterio y su nariz de Cyrano femenino.

Fraga andaba por entonces queriendo renovar su partido, por presentar alguna resistencia joven al jovencísimo PSOE. A punto estuvo de fichar a esta rubia de los hermanos Blanco. Pero, al mismo tiempo, Fraga abejeaba con unos cuantos jóvenes de la derecha cortefiel: el ya citado aquí, Jorge Verstrynge, Hernández Mancha, que era como un maniquí de Maxcali talla bajitos (Fraga daba la talla gordos), José María Aznar, etc. Fracasaron todos y sólo aguantó el funcionario Aznar, con lo que Isabel perdió toda esperanza de enjambrarse en el banco azul.

Pero ella seguía repartiendo polen o eso que reparten las abejas. Así ha llegado a ministra de Medio Ambiente:

—¿Cómo una ministra de Medio Ambiente puede llevar abrigo de visión?

—Y por qué no. La que no lo lleve es una reprimida.

O una pobre. Pero ya no me escuchaba. Ella ha hecho su carrerón, ya de madura, y todo el vertedero de Doñana le asoma a veces entre las grietas del maquillaje.

Se ha investido culpable de azulones ahogados y cormoranes de petróleo, pero Aznar

no puede quitarla porque es la sobrina natural de Fraga, el señor feudal de Galicia y presidente honorario del partido.

Uno cree que la ecología principia por dimitir, pero la Tocino no tiene muy claro lo que es ecología. No sabe que hay una ecología natural —pájaros, mineros, fuentes, etc.— y una ecología moral, que es la que nos impide hacer ciertas cosas al prójimo, firmar ciertas leyes contra la naturaleza y, sobre todo, destruir el ecosistema social de España, en este caso fabricando un parking en Ordesa y otras brutales originalidades.

Yo no digo que la Tocino sea mal político ni que no se merezca una cartera, pero a ser posible un cabás. Isabel podría dar mucho juego en otros ministerios, pero ha demostrado que no tiene sensibilidad para el canto de las aves, para la gracia de los flamencos, para la bizarría del oso y el bucardo, para la leyenda de los bosques asturianos o para la vida de las aves de caza. El ministro que suprima en España la caza y los toros debe ascender inmediatamente a presidente del Gobierno. Pero nadie lo hace porque es «impopular».

En España se gobierna mucho de acuerdo con lo popular y lo impopular. Más que las leyes, los ministros y los concejales tienen en cuenta la popularidad/impopularidad de un tema:

—¿Por qué no prohíbe usted que tiren la cabra?

—No sería popular...

Y con esto creen cumplir con una democracia natural que no es sino demagogia. Los ministros de Carlos III que quisieron ir contra lo popular —el chambergo, Esquilache— se jugaron el cargo y la vida.

El caso de la Tocino es bifronte. Gobierna contra la ley y contra la popularidad. En el capítulo anterior, hablando de la Constitución, hemos dejado claro, quizá sin decirlo, que ese papel no es popular. Pero está rebotante de ley y de leyes.

La Tocino es más que la Constitución. Una especie de Constitución con bragas. Y con abrigo de visón. Se permite gobernar ignorando las leyes —el no aplicarlas es igual que ignorarlas— y despreciando la popularidad y la impopularidad, como en el caso citado de los abrigos de piel. Cuando se pasea por Doñana como si estuviera en el Ritz, se expone a que la cace un furtivo.

Eso era la democracia, lo que vi un día en una alta fiesta: un poderoso guardia civil saludando militarmente a Felipe González. El paisano nunca debe hacer el saludo castrense a un militar. Felipe sabía eso y se atusó el smoking. Los dos lo llevaron muy bien. Aquello era democracia. Las fuerzas armadas rindiéndose ante las fuerzas civiles. No en otra cosa consiste un sistema democrático: en que los cuerpos armados comprenden que las armas no son para alarmar a los políticos. Hacia el 90, con ocho años de socialismo, los picoletos aprendieron a saludar a los paisas. La guerra estaba ganada. Felipe tenía consigo incluso a la Guardia Civil. Luego, por esas cosas que pasan, hemos ido fallando y fallando.

Pero hay como una última gracia del XVIII en eso de que el hombre de la pistola se rinda ante el hombre sin más arma que la sonrisa.

Sabino Fernández Campo es hombre de cuidado en la tribu urbana de Madrid. Sabino no es de la banda de los violentos ni de la banda de los sonrientes ni de la banda de los blandos. Sabino ha sido durante muchos años el Valido del rey Juan Carlos, y siempre mostró en todo la cortesía del cortesano y la energía del preceptor, digamos.

El valido o Valido, con mayúscula, ha sido siempre figura peculiar y valiosa en las casas reales españolas. Antonio Pérez fue valido de Felipe II y degolló a Escobedo, sin que todavía se haya sabido quién. Como lo de más atrás: «... y el impulso soberano». Y no es que el puñal sea oficio de valido, sino que ha habido validos a cuchilladas, que hoy son sonrisas mortales en el *ABC*. Quevedo fue valido de Felipe IV, con el nombre de secretario. Olivares, cuando valido, acabó con Quevedo.

Fernández Campo es asturiano y los asturianos son blandos, pero Sabino es duro,

duro como una cabeza de Rodin, que aquí se quedaría en menos, Pablo Serrano, un suponer. Una cosa que se le pasó a Freud, hombre, fue diagnosticar el complejo de valido. Al valido se le elige por su fidelidad al rey, pero acaba exhibiendo una gran fidelidad a sí mismo. Lo malo de servir a un rey es que acabas creyéndote el rey. Yo, cuando almuerzo con mi banquero, acabo creyéndome el banquero. Estas cosas pasan.

Yo le veía a Sabino, día a día, el complejo de valido, que es el complejo de rey interior que manda al rey fetiche a hacer una revisión de armas o una cosa de la Cruz Roja.

El que se queda en palacio, pensando, es él. Así es como caen los validos. Sabino había llegado a tener un poder superior al del monarca. Él pensaba y el monarca tomaba aviones. Entre el intelectual y el hombre de poder acaba habiendo un conflicto. Y no un conflicto de poder, precisamente. Lo que pasa es que el valido llega a sentirse imprescindible. No comprende que no es más que un canónigo de la catedral y que las catedrales duran mucho. Sabino creyó que era más importante pensar que mandar. Pero no. Para un rey es más importante mandar que pensar.

Lo dijo William Blake: «Si el sol dudase un momento, se apagaría.» El monarca no puede dudar un momento. Con frecuencia tiene que mandar sin pensar. El pensamiento mata la acción. Los validos entienden esto difícilmente.

Vilallonga le propuso al rey un libro de memorias íntimas. Vilallonga andaba con cinco duros y las llaves en los bolsillos, como siempre, las llaves de una casa vacía, claro. Como Vilallonga le había prestado otros favores a Juan Carlos, el libro fue aceptado en su totalidad —libro/diálogo— por la alteza. Sabino pensó que tal libro destruía la monarquía, la catedral dinástica, la totalidad. Sabino cometió una vez más el gran error de los validos: creer que ellos, sochantres de catedral, son toda la catedral. De modo que el libro salió. Sabino se fue a su casa, o le mandaron, y la catedral sigue en pie, desafiando a la Almudena, que es una parida. Ya lo he contado aquí. El rey se me cabreó cuando le dije que el palacio se hundía municipalmente por las muchas obras del alcalde, Manzano. Creía que yo hablaba de un hundimiento político y se abrazó a Jesús Hermida, a quien tenía quizá por intelectual de más calado.

Sabino, en su casa, oye cómo el teléfono está dormido. Bergman, gran autor americano de novela negra, cuando el teléfono suena mucho dice que «se aburre». La novela negra es lo mejor de la literatura americana. Bergman llama a la cerveza de al lado «su fiel cerveza». Sabino, si hiciese greguerías, como Bergman, sabría que su teléfono no está aburrido (y por eso no suena) sino muerto.

## **TERCERA PARTE**

### **Señores de la niebla o la monarquía desvanecida**

Lo principal en la biografía es representar al hombre en las circunstancias de su época.

GOETHE

Se advierte que estas piedras han tocado perennidades. La precisión de la Historia queda imprecisa en la mañana intemporal. Son la reina y el príncipe, pero podrían ser sus antepasados o sus descendientes. Las monarquías tienen que saber avanzar contra la niebla shakesperiana de la Historia o contra la niebla municipal y tempranera del Manzanares.

Una esbelta mujer de negro y un bizarro príncipe adolescente. Toda monarquía vive de repetirse a sí misma. Más que tradición, la monarquía es repetición, porque la repetición borra el tiempo y todo ocurre ya en un nebuloso presente. En cuanto las monarquías empiezan a dibujarse nítidamente democráticas, o populosamente republicanas, han perdido su insoportable levedad, su magia, la leyenda en que consisten. La monarquía tiene que ser verdad, pero sólo relativamente. Ya hemos hablado en este libro de la monarquía como Estado irónico: Inglaterra, una poderosa república sostenida por la filigrana de una monarquía. Yo he estado en esas madrugadas tuberculosas y pictóricas de Madrid, con niebla y soberanos. Y nunca me ha parecido más real la monarquía que en la irrealidad de la niebla.

El gran argumento de las monarquías es el tiempo, el tiempo pasado y venidero. Son verdad hacia adelante porque fueron verdad hacia atrás. Y una institución sin otras argumentaciones que el tiempo es una institución lírica. Uno no sabe bien si esto de España es una república que se permite mantener una monarquía o una monarquía que se permite mantener una república. En ese delicado equilibrio está el gran secreto de la duración.

*No le toques ya más,  
que así es la rosa.*

Antonio López le muestra sus cuadros a la reina, retrata a los reyes. Toda monarquía engendra un Velázquez y toda revolución un Goya. La gran pintura la han hecho, entre nosotros, la monarquía y la Iglesia. 1995, boda en Sevilla. Una boda real y castiza, la infanta y el señorito. La infanta Elena ponía el populismo y el señorito particular, mi amigo Marichalar, ponía el dandismo. Siempre un afrancesado entre los costumbristas borbones. He ahí un chico, un particular que ha europeizado la Casa Real. Pilar Miró hizo la boda como su mejor película, con todo lo que había aprendido de Mario Camus, y cuando le dieron la segunda boda, la segunda infanta, en Barcelona, cumplió y se murió. Perdurable.

La monarquía llega al pueblo a través de sus domesticidades, bodas y bautizos, la muerte de doña María. Más emociones que lucubraciones. Esto quiere decir que la monarquía, para los últimos nietos de Donoso Cortés, es un «poder entrañable», una sucesión de emotividades, un contacto casi físico de la realeza con lo popular. Todo esto tiene algo de irracionalismo, pero un irracionalismo que viene de los reyes godos ya ha tenido tiempo de racionalizarse.

Insisto. Una dulce y adusta reina de largo luto, un príncipe ya bizarro y todavía como adolescente. Dos apariciones en la mañana irreal y popular de Madrid, que mira a través de la verja, como yo. La niebla es la respiración de los reyes muertos. Cuando más lograda estaba la estampa, tocan a elecciones generales. Marzo del 2000. De nuevo los comunistas y de nuevo el capitalismo salvaje de un hombre de Atapuerca con más pelo que sienes. La niebla se ha retirado como una actriz enredada en sus velos. Todo vuelve a ser violentamente real.

No es verdad. España no estaba resuelta.

Fernando Fernán Gómez, Miguel Delibes, amigos y amigos, amigos por parejas, si vamos repasando, que en estos días duermen cada noche con la muerte para amanecer a la vida blanca y viuda de los hospitales.

¿Qué ha pasado aquí, qué guadaña alacre sobrevuela toda una generación? No ha pasado nada sino que a nuestros queridos amigos y maestros les ha llegado el primer aviso, eso que Delibes llama «la hoja roja». Todos vivimos pendientes ya de la hoja

roja, avisadora, aunque tratemos de disimular con corbatas inesperadas y libros desesperadamente inmortales que morirán en seguida en Moyano. Sigo pensando que no tenemos más que el presente, y el pasado para hacer literatura. Ya es bastante. El presente son hoy unas elecciones generales de las que ya he hablado aquí, y me parece que Aznar las ha fijado para el 12 de marzo.

Lo bueno de la política es que le pone argumento a la vida, que no la tiene, y por eso la pasión política es masculina, pues las mujeres, como pasión y argumento de su vida, ya tienen el amor, aunque ahora digan otra cosa. Metidos en política, ocurre que unas elecciones que iban a resultar sosas y consabidas, se han complicado con el protagonismo del comunista Paco Frutos, una revelación de quince días, cuando escribo, y el mordisco del capital al capital.

Quiero decir que Villalonga ha anunciado, con toda la pornografía financiera, que tiene tres mil millones en *stock-options*, y este pelotazo deja en ridículo todos los escándalos que nos conmovían en el felipismo, con el agravante de que entonces había mi punto de delito a esclarecer y castigar, mientras que ahora el capitalismo se porta como lo que es, ya que nuestras leyes no dicen nada concreto contra el capitalismo. Así que ni siquiera nos queda el derecho al escándalo.

Esto perjudica gravemente a Aznar, ya he dicho que le muerde la mano electoral, así que las generales se complican por todas partes, y menos mal que los nacionalistas se repliegan un poco, ante la movida nazi de Austria, y nadie quiere que le identifiquen con aquello, aunque tengo una amiga que dice que nos queda muy lejos, porque cae por Australia.

No es fácil que gane la izquierda, eso sólo lo conseguía Felipe González, pero ambas fuerzas van a quedar muy igualadas y tengamos en cuenta que IU pondrá siempre el énfasis en lo social, mucho más que el burocratizado PSOE de hoy.

Febrero comienza soleado y dominical, dan ganas de olvidarlo todo e irse a pasear por el campo. A veces lo hago y luego vuelvo a base de dedo, aunque el otro día me cogió un joven neonazi (presunto) que en seguida dijo que me había tomado «por ser yo una persona mayor». No dio muestras de conocerme, lo cual ya es sospechoso. O sea que paras un coche al azar, en mitad de la carretera, y seguro que te toca un fascista. El dedo es un buen test para saber quién va a ganar.

De todos modos le agradezco al pulcro muchacho que me llevase a Madrid. Huyendo de los hombres, de las mujeres, de todo, me refugio en la escritura, y sigo analizando la tribu urbana madrileña, que de nuevo enciende sus hogueras televisivas para unas elecciones importantes. Aunque éste es un libro sobre Madrid y no sobre mí, necesito decir que me siento muy solo, golpeadamente solo, tan solo como nunca, y que esta soledad no es buena, pacificante, sino cruel, como una conspiración de la vida contra mí. No digo que peor están mis amigos enfermos, porque eso sería pueril. La enfermedad es la soledad previa a la muerte. Lo mío es una soledad populosa de gente que no me acompaña ni me entiende. Me agarro a este libro con ademanes de náufrago, pero pronto se acabará y estaré aún más solo. En estos días sale mi novela *El socialista sentimental*, con muy buenos augurios de la prensa y de los cuatro amigos que la han leído, entre ellos el editor y la editora.

Sacar un libro era antes un gesto romántico, displicente, Ahora es una operación comercial en que el trabajo sucio tiene que hacerlo el autor, encima de haber escrito la novela. Había almuerzo en Lhardy, palabras de Múgica, mi amigo, pamelas y coloquios. Pero la verdad del éxito o del fracaso no se sabrá hasta después. Los éxitos editoriales de presentación ya no quieren decir nada. Los periódicos, en su guerra política y financiera, nos han condenado a los escritores a militar, y cada uno se ocupa de los suyos. Si yo no escribiera a diario en la prensa se ocuparían todos de mí, y muy bien. Pero siendo un escritor tan periodístico, hay que marcar distancias, aunque saques un libro de *Sonetos a Orfeo*, como Rilke.

No es que sea la censura franquista. Es peor.

Febrero ha sido pródigo en novedades. Ha dado nada menos que dos líderes. Villalonga en la economía y Frutos en el socialismo de izquierdas. Comunismo. Juan Villalonga ha conseguido ese milagro de agrupar en el BBVA a toda la banca, o casi, y todo el dinero de España. Y esto, moviéndose contra el poder de su amigo Aznar (o eso simula). Frutos ha sucedido a Anguita en IU y ha resultado un negociador fino, ágil, imaginativo, que ha encerrado a Almunia en su propia trampa, que consistía sólo en quedarse con los votos del PCE, sin dar nada a cambio.

Pero también Almunia ha afinado sus recursos y ha hecho posible un pacto que es como el árbol del bien y del mal. Lo malo de los árboles es que crecen y luego son más altos que nosotros. Pero la única manera de que un árbol dé fruto es plantarlo, no hay otra. Usted planta el árbol y luego ya se verá si da melones o peras en dulce.

Lo cual que he dicho «la única manera... es plantarlo». Cualquiera otro colega, incluso los que pasan por clásicos, habría escrito «es plantándolo». Se confunden universalmente las formas del verbo. He escrito en algún sitio que elecciones para qué. Estamos en febrero y son para el 12 de marzo. Me la suda. El Gobierno se constituyó ayer, cuando una serie de hombres nacionales y multinacionales chocaron sus manos de oro. ¿Elecciones para qué?

En España gobierna el dinero, como en casi todo el mundo, y los partidos irán al hilo de lo que pague la banca. La misión de los partidos, hoy, es tener distraído al personal con sus discursos y querellas. La banca quiere vivir tranquila y hacer sus negocios infartados de dinero. Hay un Gobierno anterior y convencional, que es el que sale por la tele, y hay un Gobierno posterior y real, en la sombra, que es el que vive en la satisfactoria refrigeración del oro. ¿Y las ideologías? Las ideologías, como las bicicletas de Fernán Gómez, que estos días anda malo, son para el verano. En invierno no acuñe usted ideología mientras otros acuñan dinero. Las ideologías se han quedado en una pasión primaria de las masas primarias. La gente que ha ido a buenos colegios se dedica directamente a la pasta, aunque se opine de izquierdas. Felipe González es un hombre listo que vio el truco e intentó llevarlo mitad y mitad, pero era nuevo en la Bolsa y se ha quedado en los jardines de la plaza de la Lealtad, con los porteros de casa bien, jugando al mus, mientras una llama perenne, como el ala única del satanás del dinero, arde en un pebetero delante de la Bolsa.

Éste es el paisaje a domingo 13 de febrero, un mes justo para las elecciones. El monetarismo simpático de Aznar ha acabado entregando armas y bagajes de oro a la gran banca y sus jóvenes bucaneros. Saco mi novela *El socialista sentimental*, con buenos augurios desde el principio por parte de Sanz Villanueva, García-Posada, Carmen Rigalt, Manuel Hidalgo y otros generosos colegas, como la bella Paula Izquierdo, Teresa Campos, Hilario Pino, de Canal Plus, y todo eso. Hubo un cocido dialéctico en Lhardy, que presentó Enrique Múgica, con su solidez de siempre. Plus/Pino acusa en el libro un lanzazo al PSOE, pero nunca dicen que ese lanzazo está dado desde la izquierda real, IU, y sobre todo desde la autoridad de Frutos, que ha surgido mucho después de escrito el libro, verano del 99.

En Lhardy, Santiago Carrillo, que quizá me va a presentar el libro en Winterthur, Vicente Verdú, Máximo, García-Posada, Miguel e Inés Oriol. Miquelo, abandonando sus chales, va de dandi matutino, con chaleco blanco, pero acaban de rechazarle un montón de proyectos urbanísticos y arquitectónicos en el Ayuntamiento, donde yo creí que tenía amigos. Manu Llorente me elogia mucho la novela, pero es curioso que cada uno por una cosa: unos por la política, otros por el estilo, otros por el realismo... Lo que prueba que, como hemos sostenido siempre los teóricos de esto y los propios escritores, cada persona lee *su* libro, ve *su* cuadro, oye *su* música.

Si reunimos en un salón a todos los entusiastas de una obra de arte, no se pondrán de acuerdo nunca en por qué son entusiastas. Llegarían a las manos. Afortunadamente,

no hay que reunidos, sino conseguir que cada uno compre el libro por una cosa, a lo mejor por la portada.

No tenemos otra cosa que nuestra subjetividad, en esto como en la política, y tienen razón los banqueros olvidando las ideas e intercambiando bloques de oro. Carta de Muriel desde México. En verano pasará por Madrid. Es el último ángel femenino y joven que ha pasado por mi ya cansada vida, pero la veo con ganas de amorosa pelea. Inicio una historia imposible con una imposible criatura, cuya piel me llena de deslizamientos, cuyo esqueleto he admirado toda la temporada y cuyos glúteos son así como de diseño. No sé lo que durará esto, pero ha empezado muy fuerte. Esta pequeña cabeza, todavía adolescente, hoy me ha gustado mucho. Es como andaluza o así. Inés, muy bella y proustiana, como siempre, en Lhardy, pero apenas tuve tiempo de saludarla. Luego me ha llamado a casa y hemos charlado largamente de la vida y de nuestras vidas. Quedamos para ir a Arco —acojonante acumulación de arte malo, todos los años, ahora italiano— porque la vanguardia ha muerto y a la juventud le falta oficio para hacerlo como Velázquez. Es lo mismo que nos pasa en la literatura: los jóvenes no tienen imaginación para hacer vanguardia o no tienen oficio para hacer realismo, siquiera sea realismo poético, que siempre se agradece.

No hablo más de mis cosas en este libro porque me propuse hacer unas memorias o una crónica política. Escribir todo lo que no puedo escribir en el periódico, no por censura, claro, sino por autocensura: uno conoce los límites que deslindan la literatura del periodismo. Y hay cosas que sólo se pueden decir literariamente.

Almorzando con Carlos Revés, mi actual director literario, le cuento que ya tengo el título definitivo para este libro, mejor que los anteriores: *Madrid, tribu urbana*. Por aquí han pasado todas las tribus madrileñas, desde la monárquica a la futbolística. Revés me aconseja que piense en un subtítulo más orientador. En seguida se me ocurre: «Del socialismo a don Froilán.» Es lo que abarca el libro.

Efectivamente, Madrid es un compuesto de tribus urbanas —lo viene siendo desde los moros y los árabes— y eso hace a Madrid gran ciudad y enriquece su morfología, haciendo a una ciudad inagotable, no sólo por extensión, claro, sino por sucesión. Cada día o cada noche somos habitantes de una tribu, desde las putas a los ministros. Hablando de don Froilán, ese bebé regio. Su padre, Jaime de Marichalar, con quien a veces coincidí en el Club 31, me invita a un almuerzo y, para otro día, a una fiesta de presentación de mi libro en Winterthur, que es cosa suya. No sé si le va a Winterthur este libro de rojos, pero yo me callo, porque hay que atraparlo todo. Es domingo, ha vuelto la grisalla europea, que no española, y he escrito todo esto, y más cosas, cumpliendo primero con la tos que me dice el calendario y curándome luego la tos con whisky y coca-cola, que es lo mejor (el sabor del whisky solo ya no me gusta). Luego no vuelvo a beber en todo el día.

Pero no quisiera repetir aquí mi *Diario político y sentimental*, entre otras cosas porque acaba de reeditarse en el Círculo de Lectores, en muy bello formato. Me dice Manuel Hidalgo, en generoso artículo, que cuando ya debiera estar de vuelta de todo, sigo estando de ida, y me pone como ejemplo de algo. Pero esto es sólo la huida hacia adelante, querido Manuel.

Y ese culo de seda y simetría que se ha cruzado en mi vida. Dolor, se llama ella.

Solana fue un capricho de Felipe González. Nunca ha tenido un rasgo que justifique su permanente vuelo por las alturas. El Solana de la última guerra fue una especie de Forrest Gump a quien encima le salían las cosas mal.

Recién nombrado ministro de Cultura, me invitó a comer en Platerías, plaza de Santa Ana, para preguntarme qué ideas se me ocurrían por mejorar la cultura nacional.

—Lo primero una ley del libro y un control de tiradas. Con eso pasas a la Historia.

—Es que yo no quiero pasar a la Historia.

Y ahí se acabó la comida.



Así le ha ido. En el PSOE fue el eterno delfín y en la OTAN fue el eterno recluta con niño. El niño se le moría todos los días de un efecto colateral. Yo creo que Felipe metió a Solana en la OTAN para incumplir su palabra de nombrarle sucesor. Es el ministro/abrazo y nada más. Su mujer, Cuca Solana, acudía a una tertulia semanal de Amalia Avia, la mujer de Lucio Muñoz, que ya murió.

A la tertulia femenina y feminista me solían invitar. Siempre estaba mi vieja María Antonia Dans, también difunta. Era la conspiración de las bragas. Olía a coño desde la escalera. Yo iba por ver las piernas de Cuca Solana (a lo mejor me confundo de hermana o de cuñada, pero no me voy a levantar ahora a mirarlo). La Solana llevaba aquellas hermosas y poderosas piernas enfundadas en medias negras, lo que les daba más morbo, no sé por qué. Lo negro nunca se sabe dónde termina.

Una noche me llegó un lírico marica de Zaragoza, tierra tan brava, que estaba enamorado de mí y me traía una gardenia o algo así. No sabiendo qué hacer con él, lo llevé a la tertulia y dije que yo me bajaba a por bebidas. No volví nunca más ni nunca más me escribió el lírico aragonés. Más vale. No debía de ser muy bueno, porque no lo veo nada citado. La Solana, piernas inaccesibles, tampoco era una meta, de modo que dejé la tertulia, ya digo, y ellas se murieron, que era lo suyo.

Javier ha hecho mucha carrera política, y eso que no quiere pasar a la Historia. Pasará como el asesino de miles de tercermundistas europeos, aunque siempre por daños colaterales. Yo creo que era un cínico blandorro. En 1988 o así se sentaba en el Ministerio de Cultura, aunque yo creo que él era de ciencias, y Campmany cuenta muy bien eso del premio Mayte, cuando dijo *catorceavo* por decimocuarto.

Madrid, tribu urbana, capital del dolor, da tipos así, amiguetes de los amiguetes, porque en Madrid el amiguismo es una profesión como la de agente comercial o perito en lunas. Ahora Solana anda por Europa con algún cargo gaseoso e importante. La política también abunda en estos personajes que suenan en todo sin estar en nada.

Solana nunca hizo más que bajarle por café a Felipe. Pero es un *histórico*. Esta categoría de *histórico* también ha funcionado mucho en nuestra amena democracia. Más importante que ser ministro o jefe de algo es ser *histórico*. Ser *histórico* no quiere decir ser antiguo, porque antiguos hay muchos militantes de base que no hacen carrera.

Ser *histórico* es tener en sí el don de adular las esencias de un partido y las gracias de un amigo que ha llegado lejos. Entonces eres *histórico*. Solana pasó por el César Carlos, donde me tiré algunas mozas, y llegó a mandar una guerra en la OTAN, con Clinton al lado, sin saber siquiera quién era Clinton, y todo esto con el leve trámite de comer conmigo en Platerías.

El *histórico* va siendo cada vez más *histórico*, pero ahora ya porque pasará a la Historia, donde nunca ha pintado nada. No sé si las piernas de Cuca, o quien sea, se reúnen solas en Mayor, 1, con el bigote de Amalia Avia.

Solana ha sido uno de los grandes blufs de la política española. Le metemos aquí porque esto es un libro de historia, una crónica de las tribus urbanas de Madrid y las memorias de un señor de izquierdas. Solana se ha hecho soluble en Europa como el propio Felipe. Franco les mandaba a un consejo de administración. Aznar los manda a Europa, esa nebulosa.

Dolor y yo desnudos dentro de su automóvil, en la luna desenfocada de febrero. El campo celebra una suave tormenta de soledad y silencio. Salgo del coche desnudo y el viento es como otro cuerpo, que se pega a los nuestros. La noche no es larga ni corta, sino eterna, en el amor automovilístico, mientras muerdo un cuello, unos pezones, y acaricio ese culo de seda y diseño que tanto amo. Al fondo de nuestro trabajado orgasmo hay un dolor de hierro frío, alguna palanca, el esqueleto del automóvil, tan ajeno a nuestros crepitantes esqueletos. Dolor llena la noche de gemidos que son como la angustia gozosa de la carne, y a ratos habla mucho, incongruente y folladora,

como dormida, en un silabario sexual que no logro recoger.

Me paso el día hojeando periódicos, escuchando radios de taxis, viendo a los políticos por la tele. Hay momentos en que España ya parece de izquierdas y momentos en que uno pierde toda esperanza. Juan Villalonga y Frutos siguen siendo la máxima expresión de los dos polos españoles, como ya creo haber dicho aquí, con otras palabras.

Villalonga es el éxtasis del capitalismo y Frutos es el momento maduro de la vieja manzana comunista. La gente no se da cuenta —la prensa tampoco— de que hemos llegado, sin saber cómo, al enfrentamiento de las dos esquinas de España, a la guerra civil pacífica de los ricos y los pobres, una vez más.

Menos mal que estos ricos no hablan de vírgenes y no tienen el cinismo de disfrazar sus intereses con una bandera, una ideología o el barullo de una procesión. Frutos, por su parte, tampoco idealiza el comunismo, sino que trata de negociar desde sus posiciones legítimas. Más peligro tiene de perderse en las procelas del PSOE que en el desafío aznarista. Pero Frutos parece que está a todo y en todo. He aquí un líder que no han fabricado los media ni las campañas del partido, un hombre que se ha ido imponiendo a fuerza de sensatez y sutileza.

Frutos rompe el esquema del líder a la americana, populista y galán a la vez. Es sólo un hombre del mundo del trabajo que ha atraído la atención de Almunia, del PSOE y de las masas, y todo esto con una cara impersonal y sin fabricar titulares para los periódicos. Sencillamente negociando. Se clausura así el sistema yanqui del felipismo y de la derecha que les imitaba. El momento es importante, pero tengo que atender a las presentaciones de mi novela *El socialista sentimental*. Después de Lhardy, Winterthur, el Gijón, Aravaca, no sé qué más.

Es una novela política muy al hilo de lo que ha pasado hasta ahora. «Hasta ahora», digo, porque el bipartidismo se ha roto y el poder misterioso de los «aparatos» también. Lo mío es autocrítica del PSOE. ¿Es que un socialista de conciencia no puede hacer autocrítica desde su casa?

Miran de reojo el libro porque es una autocrítica, ya que yo no soy sospechoso de nada. Está claro que el PSOE del 82 prohibió cerradamente la autocrítica, lo cual convertía a González en el hombre-Estado, como ya se ha dicho en estas memorias. Ellos nunca se hicieron autocrítica y les parece mal que la haga cualquiera, incluso yo, un escritor independiente, de izquierdas y sin militancia. Es a quien más debieran escucharnos, porque no tratamos de ganar ni perder nada. El público ha acogido la novela mucho mejor, como tal novela, que los políticos o sus locutores. El libro tiene desde el primer día una misteriosa ligereza que hace que marche.

Casi todos los días hago columna sobre la candencia política. Pedro J. Ramírez me felicita por alguna columna, y es lo que yo le digo:

—Da gusto que pasen cosas, porque así se puede escribir.

Sólo se puede hacer buen periodismo contra el Estado, contra el Gobierno o contra el cinismo de los acontecimientos, tan inspirados por el hombre.

Está siendo éste un febrero glorioso de luz y de sorpresas. El oro de Telefónica, Dolor, Frutos, las izquierdas que vuelven, y esta frase no tendría sentido sin el plural, o sería otra. Madrid está encendido de sol y noticias. Inés me dice que ella ya tiene almendros en flor. Yo aún no he visto en mis ciruelos la flor temprana, tan parecida a la del almendro, y tan madruguera, sólo diferenciada por una gotita de sangre pálida. Dolor está más guapa y casi todos los amigos viejos andan con cáncer. Llega una edad, la mía, en que tener salud es una bravuconada. Escribo a media tarde del medio mes y la luz vuelve a los cielos como un campamento bíblico que se retira con sus rebaños.

El oro se ha arrancado su piel de dinero —el dinero no es más que la piel del oro—, el oro ha dejado atrás su camisa de serpiente —todo el dinero del mundo tiene color de serpiente— y se pasea desnudo por las calles de Madrid.

El oro es una manada de tigres que vienen de los calabozos del oro y traen una primavera de sangre y zarpazo. Eso es lo que ha hecho Juan Villalonga. Sacar el oro a la calle, bajo la luz clarísima de febrero. Villalonga no ataca con la política ni con el dinero ni con el poder ni con la imagen. Villalonga, en un ejercicio obscuro, en una sucesión de desnudamientos, ha echado a la calle los perros del oro, que son tigres, como una hueste andrógina y cruel que va a acabar con los viejos periodistas y los viejos banqueros, con las artrósicas dinastías del dinero, porque nuestros ricos sólo tienen dinero y Villalonga tiene oro.

En los sombríos restaurantes litúrgicos de los ex ministros, en los parques ingenuos y preestivales que rodean a la gran banca, en la periferia industrial y los anuncios de autopista, lo que veo es el tigre del oro, un oro aleonado que ha tomado la ciudad en vísperas de unas elecciones. El capitalismo, acosado, arroja su látigo de papel y desnuda sus leopardos.

Nos van a humillar, nos van a obligar a vivir unas elecciones al costado eléctrico del dinero, que nos tira sus lentos bocados de leopardo, saciados ya de sangre política y papel de periódico.

Juan Villalonga, Ybarra, Botín, todo el batallón de las heráldicas del dinero sacan sus tigres a pasear en una exhibición de fuerza y gracia selvática que remite a ese fondo de manigua podrida que tiene el billete viejo y guardado.

Con la calle tomada por los galgos hambrientos y rubios del dinero, ¿qué farsa de elecciones vamos a hacer aquí, de qué sirve la disciplina de Aznar (que trajo los perros y no se ha enterado), la astucia de Almunia, la buena voluntad de Frutos? La izquierda ha sacado de la panoplia el espadín comunista y, ante eso, la gran derecha no se para en los billetes, en las influencias ni en las banderas, sino que ha alegrado Madrid con el rugido dulce, enclavado y mortal del oro.

Voy haciendo aquí la crónica de unas elecciones generales con las que quizá cerraré estas memorias políticas y parciales del Madrid posfranquista, de la tribu urbana, del socialismo a don Froilán. Pero se le cansa a uno la pluma de escribir, y el corazón de viajar, cuando Villalonga dice «éstos son mis poderes» y Cisneros bendice desde la nunciatura las bestias hermosas del dinero.

¿Qué validez tienen unas elecciones en estas circunstancias, cuando todos los alféreces del capitalismo gastan espadín de oro puro con voluntad de crimen? Ha dimitido Pimentel, un joven ministro hastiado de sangre, que es lo que desayunaba todas las mañanas. Aznar nunca fue capaz de sujetar los perros del hortelano y ahora son tigres que le muerden la mano de saludar arriba España. Gane o pierda, el dinero le ha cogido en su trampa dorada. ¿Pues qué creía él que era el capitalismo?

Tigres de sol y domingo se pasean por mi jardín. Mis palomas suben al cielo, perseguidas de un blando zarpazo.

Pimentel, el ministro de Trabajo, dimite de su cargo a quince días de las elecciones generales. Pimentel es un niño alto, soso y honrado, del Opus Dei, que ha venido demostrando su valía como funcionario, más que como político, durante los últimos años, hasta llegar a ministro. Se ha descubierto que uno de sus colaboradores y amigos, Aycart, tiene una empresa que lleva su esposa y de la que han sacado ya más de dos mil millones a cuenta del Estado y con destino personal e incógnito.

Veníamos hablando aquí de los mastines del oro cuando el oro revienta por otra vía. Pimentel estaba incómodo como ministro y había muchas cosas en el Gobierno que no le gustaban. Digamos que es un Opus progresista. A lo mejor son una nueva especie. Así, el trato que se ha dado a los inmigrantes de El Ejido le tenía muy descontento personalmente y como ministro de Trabajo. A Pimentel, garzón y duro, se le había ido creando un raro ambiente en el ministerio, lo que nos hace suponer que, cuando un hombre se enfrenta a la consabida atmósfera de conjura turbia y burocrática, el organismo ministerial le va expulsando como un cuerpo extraño. Pimentel es o era

como un ángel imberbe en el infierno de los negociados. Llamó al presidente Aznar para presentarle su dimisión, pero Aznar no se puso al teléfono. Entonces reunió a la prensa y lo contó, pidiendo perdón por las molestias, cosa insólita. Luego Aznar se ha quejado del procedimiento de Pimentel, como si su estocada telefónica fuese tolerable. No lo es para un hombre dispuesto a dejarlo todo.

Tanto dinero flotante en la temperatura de Madrid huele a corrupción. La fontanería se ha roto al costado de Pimentel, pero sabemos que pueden salir más tesoros en cualquier momento, barroquizando unas elecciones que en un principio se creyeron serenas. Pimentel no es sólo un caso ni sólo un hombre. Pimentel es un síntoma más de que la especulación ha llegado a este Gobierno como a los de Felipe González. Le afean al joven ejecutivo que abandone en este momento el cargo, en un clima de elecciones, y le recuerdan que podía haber esperado a después de los comicios.

—No es mi estilo —ha dicho.

Y esta frase tópica de serial televisivo viene a explicar la ingenuidad y la seguridad del chico. ¿Cómo puede él aguantar quince días sentado entre almohadones de mierda drapeada y además haciendo una campaña ética? La derecha, sí, le llama tonto o irresponsable. Es la derecha del cinismo ilustrado. Los más socorridos nos recuerdan que en el PSOE también había corrupción y la gente aguantaba comiéndose un pañuelo o masticando el hilo del teléfono. Mientras se vende ética al por mayor, aparece un hombre ético y lo menos que le llaman es inoportuno.

Aznar le ha sustituido en un par de horas. ¿Y por qué no encarcelan a Aycart? Demasiada coreografía para una víspera de elecciones. La situación ya tiene incluso su Mario Conde en Villalonga. Más que una campaña electoral vamos a vivir unas guerras púnicas. Inés me llama a última hora de la tarde para comentarme el caso. Dice que está todo podrido. Aznar se ha mantenido dignamente cuatro años y el sombrero se le viene al suelo en quince días. El oro viejo, ahora por la noche, huele a tigre.

Se está celebrando, aunque poco, el centenario de Luis Buñuel, aquel gamberro aragonés de la Residencia de Estudiantes que llamaba a Lorca maricón y se iba de putas con Dalí.

La figura de Buñuel no ha llegado nunca a encandilarme del todo. Tiene algo de mañico en alpargatas que deja las pisadas en el surrealismo y en el cine. En Europa gustaba porque le encontraban como goyesco, pero Coya era un genio baturro y Buñuel un señor de talento. Buñuel practica sistemáticamente la blasfemia católica, heredada en realidad de Baudelaire y los simbolistas, pero los franceses no se enteran y creen que es la versión negra del cristianismo español.

Basta con eso para triunfar.

El éxito de los españoles en el extranjero se mueve siempre por razones políticas. El *Pascual Duarte* de mi amigo Cela es una novela que se hizo universal porque la entendieron como una metáfora de la guerra civil (quizá lo es) y porque se había escrito bizarramente —lo cual es verdad— en las mazmorras burocráticas de Franco.

En Europa les encanta que seamos tan atrasados políticamente y festejan al que escapa de ese atraso. Así se han universalizado Goya, Buñuel, Cela, Picasso y por ahí. No interesa nuestro primor —para eso ya está París— sino nuestro caso. El creador español, por definición, ha de ser un maldito del sistema siempre reaccionario de España: monarquía absolutista, dictadura militar, fascismo, etc. Se supone que España no ha pasado del sacratísimo bisonte de Altamira y que genial, en España, es el que caza el bisonte, el que mata a la bestia, siquiera sea literariamente. Todas las universalidades españolas son como la de Buñuel, con el matiz sutil de que los verdaderos cazadores de bisontes —Quevedo, Villarreal, Larra, Valle-Inclán— se quedan para el consumo interior. Los traductores son pocos, vagos y mal pagados. Los hispanistas (cada español lleva un hispanista pegado al culo) no se enteran de nada y lo esqueletizan todo en números y fechas, pero se les escapa siempre la España

cavernícola de Ramón, que es una, y la España exquisita de Eugenio d'Ors, que es otra y también la ignoran. La metáfora del ojo cortado, del *Perro andaluz*, es facilona, y el resto no se entiende en una lectura surrealista ni en una lectura normal. El mejor de los surrealistas, reconocido al principio por Bretón, fue Salvador Dalí, imaginación mucho más fina y cultura mucho más rica que la del alpargatero Buñuel. Pero Dalí es catalán y tiene muy poco del berrido español.

Así las cosas, es tan difícil ser español como no serlo, para un escritor o artista nacional. Noche con Dolor en hotel de lujo. Compruebo que le va mejor la intemperie, la luna salvaje, y recuerdo la noche del automóvil, que ya he contado aquí. Pero ella está encantada:

—En ese cuarto de baño hay de todo.

Es la progresía más rebelde rindiéndose al primer halago de la perfumería capitalista. Es el aragonismo de Buñuel rindiéndose al cine francés y pasando como sueños, humildemente, sus mejores ocurrencias surrealistas, que así pierden todo valor. Eso fue el Buñuel final. Dolor yo creo que no sabe si está enamorada de mí o del cuarto de baño fastuoso. Europa no sabe si está enamorada del talento de Buñuel o de la huella de sus alpargatas rupestres sobre las alfombras intelectuales de Francia.

Recién llegado yo a Madrid, primeros sesenta, Buñuel vivía en la Torre de Madrid escribiendo el guión de *Tristana*, una novela de Galdós. Intenté verle periodísticamente —reportaje muy importante para mí—, pero Buñuel sólo recibía a sus amigos, no había tomado contacto con la nueva juventud, con la España real, que era yo. Creía que la España/España era Paco Rabal.

Luego vi la película, *Tristana*. Galdós, en la novela, al empezar a describir a Tristana, dice que «tenía una boquirrita». Ahí dejé el libro. A mí no me interesa nada lo que le pueda pasar a una joven que tiene boquirrita. Entre la boquirrita y el hermetismo del viejo en su almena capitalista de la Torre de Madrid, nunca hice el reportaje. Lo hago ahora aquí. Buñuel pega un salto atrás del surrealismo a Galdós, y claro, le sale mal. Se parte la madre. Galdós es incorregible hasta para Buñuel. Éste, por otra parte, hace de joven provinciana a Catherine Deneuve, una estilista parisina. No funciona, pero eso asegura la taquilla. Buñuel, como todo el que se mete en el cine, vive de la taquilla. ¿Buñuel volvía a salvar España, a galvanizar España o a explotar España? Dolor sale desnuda y esbelta de su baño de claridades en el gran hotel. La cuestión social es una cuestión de jabón de olor. Creo que estoy corrompiendo a esta chica, pero corrompiéndole para bien, para rica.

Almuerzo en El Bodegón con Jaime de Marichalar, duque de Lugo, esposo de la infanta Elena. A El Bodegón venía yo con Pedro de Lorenzo y Alfaro, un poeta falangista que ya murió. De él escribí que no servía ni para fusilarlo (mal poeta), y me miraba siempre como un mendigo, pidiéndome una limosna de vida y de gloria. Afortunadamente, murió pronto.

Pedro de Lorenzo, que sobrevive, me decía, garantizando de vanidad su fracaso:

—Yo, Umbral, en el *ABC* estoy de reina madre.

O sea que no pintaba nada. Pero eso ya lo sabía yo. El duque de Lugo viene de camisa de rayas horizontales, azules, y corbata negra y brillante, quizá un último luto por la reina María. Por estos restaurantes ha pasado la historia de España y yo pido un tomate, un zumo de tomate preparado. Jaime, el duque, es un chico que tiene algo del pequeño lord y algo de neodandi. Se le nota la admiración lejana por Alfonso XIII. Miguel Oriol quiere levantar un Alfonso XIII peatonal, así como camino de la plaza de Oriente. Yo lo veo peligroso en cuanto a la gente y chistoso en cuanto a la historia.

Jaime de Marichalar es un chico que vive de un banco, como todos hoy, y no de una infanta, aunque Elena se enamore de él. Se ha casado con una Borbón y el Borbón parece él, pero de un borbonismo afrancesado que tiene poco que ver con el descamisamiento de donjuán y la corrección gris marengo de Juan Carlos.

Me interesa este personaje —don Jaime— no sólo por la sastrería, sino porque el dandismo siempre es irónico y ya vemos en su boda de Sevilla que a él todo aquello le daba un poco de vergüenza o le producía un poco de risa. Cuando la infanta Elena cantaba la Salve popular, incardinada en el gentío, yo me preguntaba qué podía estar pensando este pequeño lord de clase media española, mucho más europeo que sus europeísimos suegros.

En Jaime he encontrado un amigo antes de lo que esperaba y me siento a gusto con él, respetando todos los protocolos, que en él son mínimos. Mientras almorzamos, ETA ha vuelto a matar. En este caso, el militar Buesa. Le explico a don Jaime que el nacionalismo fanático y religioso viene de Juliano el Apóstata, que es una forma de religión, y por eso contrasta con el pretense marxismo de los etarras, que dentro de ETA hay un cisma, los negociadores y los milis, como ellos se llaman a sí mismos, y que ese cisma acabará devorándolos, como ha devorado otros nacionalismos.

Jaime me mira con sus ojos negros, grandes, cercanos, que me dicen sin ironía: «Pues que sea pronto.» Miquel Oriol presumía hace poco de abuelos carlistas. Los etarras son unos carlistas sin Dios, pero con un sentido religioso de la piedra y el tiempo que viene a ser lo mismo.

El duque y yo tenemos proyectos culturales en común.

—Me encantan tus mangas sueltas, a la italiana...

—Gracias, Jaime. Es una improvisación.

El más borbón de los borbones, el borbón de pega, les ha venido de fuera. Precisamente se le nota en que es demasié borbonazo. Los carlistas de izquierdas siguen matando por una tierra que es suya. El pueblo no ha entendido muy bien a este joven dandi (entienden mejor al baloncestista o lo que sea), pero ya digo que a los afrancesados y los intelectuales nos interesa bastante. Me dice que su mito erótico de juventud fue aquella primera Sofía Loren de las grandes tetas y las grandes caderas. Uno está más bien por las anoréxicas de pasarela, pero Jaime ha sabido vestir a una infanta mandilona que iba como una hospiciara.

Eso que le deben. El pechito beligerante y el culito alto de Elena, como una Isabelona desbastada por París, ahora nos gusta a todos. Tanto Aznar como Almunia han estado muy correctos en lo del País Vasco, nada apandadores.

El duque se va a sus cosas. Yo paseo por un Madrid de sol y febrero. Compro flores amarillas, no sé para quién, pero me gusta el amarillo, como a Juan Ramón. A uno le rigen toda la vida, como los dioses de la tribu, los primeros poetas y los primeros coños. De ahí no salimos.

Dolor desnuda en la noche. Su cuerpo es un fanal blanco en el viento casi marceño, grato y claro. Ráfagas de automóvil alumbran nuestro amor. No me canso de su pubis suavísimo, de sus leves pechos indefensos, de su cabeza niña, de sus muslos largos y delgados. Las estrellas son rudas y dispersas como diamantes sin tallar. Todo es un poco salvaje en nuestras noches campestres, en esta primavera anticipada que febrero trae para nosotros, como un ramo que es todo el campo.

Clima de elecciones en Madrid, la vasta vulgaridad de los políticos, el gris marengo ideológico de los periódicos, donde procuro poner un tañido de luz, de literatura, de pensamiento, de ironía. Manifiestos comunistas en estos periódicos. Pero los periódicos son de los grandes empresarios, a quienes se hace así portavoces del comunismo, y encima pagando. Por esta razón me niego a firmar manifiestos. Ya firmo todos los días un manifiesto personal en mi columna. Y no tan personal, claro, porque entonces no tendría valor, sino general como el canto nerudiano. El capitalismo tiene la paz y la palabra, como diría Blas de Otero. ¿Y cómo hablar de paz o de guerra si no hay otra palabra difundida que la del dinero?

Un día he almorzado con Miguel Oriol. Otro día con el duque de Lugo. Muchas entrevistas, mucha movida periodística con mi novela. Televisiones extranjeras.

Mañana se presenta el libro en Winterthur, con Stampa y Preciado, más un cóctel monstruo. Mis columnas se radicalizan a medida que se radicaliza la campaña electoral. Toda España ha pronunciado contra ETA un castellanísimo «Basta ya». Según mi querido Eugenio d'Ors, estos nacionalistas salvajes vendrían de Juliano el Apóstata. Hay que saber un poco de historia para entender los fenómenos, pero aquí de eso nada. Juan Villalonga sigue adelante con su reparto de oro. Frutos denuncia a las 125 familias que son dueñas de España desde hace doscientos años.

Yo creo que son menos de cien y que llevan mucho más de doscientos años. Josefina Aldecoa ve el momento como «cuatro años grises». Frutos, como doscientos años negros. Paseo algunas tardes por el Madrid extenso del sol y el clamor. Hay que ir acostumbrándose a pasear mucho y pensar poco, para la vejez inmediata. Es lo mejor para el corazón.

Aznar anuncia: «Luego me retiraré para no caer en el endiosamiento ni en la melancolía.» Es una clara alusión a González. Los mandatos largos dejan endiosamiento y melancolía.

Aquí lo sorprendente es que un hombre menos inteligente que González haya visto clara la trampa que Felipe no vio. Uno cree que esto va en caracteres. Felipe venía ya endiosado y la política le somete al castigo de la derrota por un supuesto mediocre. Hoy sólo le queda la melancolía, que es la carcoma del alma. Aznar, o vive un endiosamiento interior que se ve poco o rechaza visceralmente esa postura del alma. Para la melancolía le falta anchura humana, de modo que él puede ser feliz como un alto ejecutivo. La nostalgia de la grandeza sólo se da en los grandes.

Pero ¿quién le escribe de pronto estas frases impecables al funcionario de las fichas? Las masas, que no tienen nostalgia, se están olvidando de González, y él disimula esto diciendo que ahora que se ha ido le quieren más. Está viviendo un endiosamiento degradado. Había nacido para gran hombre, pero topó con la Historia como Quijote con la Iglesia.

Endiosamiento y melancolía. He aquí las dos enfermedades crónicas y hereditarias del político. Del gran político. La democracia pretende corregir el endiosamiento mediante el cambio de turnos, pero, en Estados Unidos, el presidente que cesa —vivo— es el más endiosado de los hombres. Los Kennedy, a falta del jefe. Eisenhower, Roosevelt, incluso Reagan. En USA, como en Egipto, el gran hombre vive dentro de una pirámide —de cristal— desde que cesa o muere. Ésta es la dimensión religiosa de la más racional democracia, y eso no lo va a evitar el ingenuo Aznar por muy pronto que se vaya. Hay muchos escolares para quienes la democracia empezó en González. La derecha se viene deificando a sí misma por los siglos de los siglos.

En cuanto a la nostalgia, eso va en caracteres. Felipe es un árabe nostálgico. Aznar es un castellano realista. Pero me ha interesado la frase de Aznar, suya o de otro, por cuanto es la única de la campaña que se vuelve sobre el interior humano del político y parece tenerlo en cuenta.

Dolor, desnuda en la noche de alta hierba, con sus senos de adolescente y su pubis sutil, rafagueada de automóviles, la lejana autopista, etc.

El candidato Aznar, hoy presidente del Gobierno, está llevando una campaña, pues eso, de presidente. No dice cosas demasiado fuertes ni demasiado brillantes. Tiene todo él algo paternalista invitando a los españoles a que se peleen, pero sólo en broma, del mismo modo que él se peleará con Almunia en el primer cruce de trenes que les reúna.

Aznar es el único que tiene mucho que perder y procura estarse quieto para que no le quiten el sitio. Los demás se juegan el paro, pero él se juega la presidencia. Esta mañana me llama Frutos para darme las gracias por una columna e informarme un poco de cómo van las cosas. Frutos tiene un tono de voz normal, inalterable, solamente reteñido de peculiaridad por el inesperado tono catalán. Pero un catalán que se apellida

Frutos y se llama Paco no puede decirse que dé mucho miedo.

El lunes presenté en Winterthur *El socialista sentimental*, novela que me está dando más trabajo de éxito que de escribirla. El duque de Lugo me explica que no se pronuncia la *W* como *u*, cual en inglés, sino como *be* o *uve*.

—¿Pero de qué nacionalidad es tu compañía?

—Suiza.

—¿Y de qué cantón?

Ahí hace un gesto vago, infinito, como si le hubiese preguntado por la Atlántida. Lo cierto es que en mi presentación estaban Pablo Castellano, Haro Tecglen y otros rojos, además de intelectuales, amigos, marquesas, Inés, Sisita, Lita Trujillo, los Ostos y mi sobrina Olga, que está guapísima y delgada. Ah el tirón eterno de la lolita. Olga es esbelta y maleducada como a mí me gustan estas criaturas. Stampa me presenta el libro con demora, minucia y una soltura dialéctica de abogado que asombra al personal. No recuerdan que él hace un ejercicio de oratoria todas las mañanas, y no para salvar un libro sino para salvar a un criminal, que Pepe es penalista. Piluca, guapa, cordial e íntima. Carmen Tamames contando los sueños eróticos que le he contado que tengo con ella. Llevamos entre los dos una colección de cactus y le debo como una docena. Se nota mucho cuando un libro desborda de verdad y cuando todo se queda en cumplido. Lleva uno siglos sacando libros. Éste ha pegado. Televisiones con Sotillos, Concha García Campoy y Más Plus. No paro. Esta noche una cena entrevista.

Lo que más me apetecería es dejar las entrevistas, los artículos, y hacer un poema a los pies de Dolor, que he viajado dedo por dedo, y son un marfil niño y purísimo, una perfección sencilla, sin mucho dibujo pero con mucha gracia. Aznar, ya digo, está salvando bien la campaña, consciente de sus limitaciones, por un lado, y de que, como decíamos, él es el único que se juega algo, por otro. No sé si esta campaña tibia y prudente llegará a los electores.

Cuevas confiesa hoy que a los empresarios les ha ido mejor con Aznar que con el socialismo. Cuevas empieza a decir obviedades. Habrá que retirarle. Pero antes ha tenido un cuerpo a cuerpo con Almunia, en una trinchera de flores y ensaladillas. Se han cogido de las solapas, pero sólo para olerse los respectivos perfumes. González dice que Cuevas jamás ha dirigido una empresa. Pero allí estaban los empresarios de verdad, Oriol y otros. Puede que Aznar acierte llevando la campaña por abajo, con templanza y despacio, lo cual acabaría en el éxito de la mediocridad, que no deja de ser una forma de éxito.

Los de por arriba están desmadrados.

En la fiesta de Winterthur vi a Emilio Romero, un fantasma con gafas negras que emerge de no sé qué tinieblas. Siguen las complicaciones sentimentales, familiares, políticas, periodísticas y literarias, pero en mi jardín ha reaparecido la ardilla, como una invención de la primavera, y la miro mucho rato. La gata la persigue. Algunos miserables han rondado mi vida, pero mi venganza ha sido irónica, erótica y creo que inteligente. Así da gusto.

No parece, en todo caso, que la derecha vaya a ganar por mucha ventaja, si gana. Nadie encuentra la explicación a esta dificultad de Aznar para remontar su techo, tras cuatro años de gestión convencionalmente limpia. Uno tiene su teoría al respecto, y es que la derecha española no vota, no cree en la democracia. Ahora creen en Aznar, pero no en eso de la papeleta. Lo dijo J. A. Primo de Rivera: «El destino de las urnas es romperlas.» Ni siquiera Aznar se lo explica. Yo se lo diré: tú tienes un electorado, tío, que se expresa mediante besos, abrazos, banderas, cristos y vírgenes, que te abruman, pero, sencillamente, no se les ocurre ir a votar.

Pinochet vuelve a Chile cargado de oprobio y con sesenta causas pendientes. Aparte el contexto europeo, Aznar ha conseguido evitar que pase por España el viejo asesino,



que tiene aquí muchos partidarios así como neofranquistas. Habría sido un problema electoral para Aznar que se le atravesase un juicio internacional en mitad de las elecciones, con tanta implicación en la derecha. Algo así como cuando un desfile se cruza con una procesión.

El centro-derecha explica que a Pinochet le espera en su país una justicia rigurosa, un tratamiento de oprobio, como hemos dicho, y un montón de causas pendientes. Es una manera de atenuar el cinismo con que Aznar ha dejado que pase de él este cáliz. Almunia culpa directamente a nuestro Gobierno de la liberación del glorioso general. Algo habrá habido.

Garzón, el hombre que cazó a Pinochet, está ahora dedicado a pillar etarras. Es como un detective de película, por la eficacia incansable, pero entre los españoles empieza a caer mal, como todo el que hace algo efectivo, salvo meter goles. La campaña electoral, por lo que se refiere a Madrid, ha tenido su éxtasis en la Arganzuela, o mejor dos éxtasis, el de Aznar y el de Frutos. A uno y a otro acto han ido los actores, en algún caso los mismos, y a Aznar le han dado la mano comunistas de toda la vida, como Tina Sainz.

Lo de Frutos, esta mañana, estuvo un poco más clarificado, pero yo he preferido no aparecer, después de haber firmado diversos manifiestos, porque muchos van a por la foto, otros a por el mero saludo y los más a por el puro empleo para el día después de las elecciones. Uno prefiere trabajar de tonto útil, como ya creo haber contado en este libro, mejor que aparecer de oportunista entre Norma Duval y una vieja amiga de Pasionaria.

Pero lo más nutrido ha sido la cola del Cristo de Medinaceli, que de rebote viene a mejorar asimismo las votaciones de Aznar, muy reforzadas de besapié y oraciones. El Ayuntamiento de Manzano, en una callada y evidente politización del Cristo, ha convocado devotos de toda España (más bien devotas), proporcionándoles alojamiento y estancia. Ya sabía Gil Robles lo que se hacía cuando concedió el voto a la mujer, monja o puta.

Pero esta manipulación de Medinaceli —es decir, de una devoción vieja y repetida— no tiene precedentes entre los recursos electoralistas de la derecha. La gente que viva el éxtasis de Medinaceli no puede luego, de vuelta a su pueblo, sino votar al partido católico y tradicional. Aunque Aznar no quiera, su apellido le persigue. En la mama derecha de Dolor, por sobre el pezón, la muesca sutil de cuando le extirparon un quiste «benigno», aunque yo dudo de que un quiste pueda ser nunca benigno. Lo único benigno es no tener quistes. Ella me había hablado de eso hace tiempo, pero lo tenía olvidado y ahora lo recuperan las yemas de mis dedos en un tacto delgadísimo, como un anagrama de carne en la carne, como una levísima palabra indescifrable. Son millones las mujeres que hoy desnudan esa marca en su pecho, y han llegado a hacerlo con naturalidad y olvido, como dentro de lo que pudiéramos llamar la cultura del cáncer.

Esta noche, cena en el Club 31, que va siendo como mi casa últimamente, con Cela, Marina, Raúl del Pozo (supongo), Pablo Sebastián, su bella chica y más gente. Dentro de poco, Cela presenta en Lhardy una obra de teatro que no pudo estrenar en el 98, y que ahora da como libro. Me lo había dejado leer y lo encontré más literario que teatral, una larga y populosa meditación sobre España. Supongo que esta cena es un anticipo de lo de Lhardy, en la órbita del lanzamiento del libro. Pero yo estoy muy dedicado al mío, la novela del socialista sentimental, que va por la segunda edición en diez días. Salen cosas de Vargas Llosa y de otros. El mercado del libro se está sobresaturando. No es más que otra manifestación de la locura del consumo. La gente compra lo que sea. Carmen Rigalt saca su segunda novela.

El zurcido casi bello, invisible sobre el pezón derecho de Dolor, es lo único verdadero, sentido, noble, valiente, íntimo, conmovedor, que he vivido en todo el día de hoy. A ella

no le he dicho nada, aunque sé que le hubiera dado igual.

Por eso no le he dicho nada.

Cena en el 31 con Cela, como anuncié aquí. Camilo me cuenta que esta mañana le han diagnosticado falta de riego cerebral. Marina, siempre al tema, contrarresta: «No le hagas caso. Lo que le han dicho que tiene es ultrariego.» En cualquier caso, él presenta buen aspecto, parece animado, hablador, despierto. Aparte el *Homenaje al Bosco* que saca dentro de unos días en Lhardy, y que ya conozco, me dice que va a escribir una novela, y hasta me da el título, que ahora no recuerdo.

En la cena, asimismo, Pablo Sebastián, nosotros y las chicas. Raúl del Pozo está en Andalucía haciendo la campaña de Aznar. «Raúl es muy aznarista», dice Pablo. Comprometida frase que nadie comentamos. Pablo, en sus noticias sobre la campaña electoral, tanto oficiales como oficiosas (lleva un periódico/Internet), da por supuesta la victoria de los populares. Cela calla, pero yo sé que estas noticias le gustan más que otras. «Yo renuncié a un doctorado honoris causa en Chile por incompatibilidad con Pinochet, pero ahora nadie recuerda eso», me dice. «No sé cómo con una pluma como la tuya te dedicas tanto a los políticos», me ha dicho alguna vez. «Son todos unos mediocres.» Le hubiera contestado que yo no tengo un premio Nobel ni una gran fortuna, pero de viejo he aprendido a callar.

La joven esposa de Pablo es una rubia fina, clara, silente, que Pablo conquistó a costa de renunciar a otra rubia fina, clara, silente (debe ser su línea). Marina me cuenta que se va a Costa Rica. No entiendo nunca que nadie se vaya a ningún sitio, pero lo de Costa Rica me parece ya de un esnobismo inverso y como pasado de rueda, y opto asimismo por callar, cada día estoy más viejo o más sabio. Pablo, después de la información sobre las elecciones, nos cuenta todo el tema de Internet, con sus derivaciones y futuribles. A ninguno de nosotros nos interesa demasiado, porque no lo entendemos, y yo les digo que también el teléfono, la radio y la televisión nos tuvieron en un sobresalto, porque iban a cambiar el mundo, pero hoy nadie se queda en casa para oír el teléfono, la radio, para ver la tele, que es sólo un ruido o un tapiz de fondo. Lo más apasionante para el ser humano sigue siendo el ser humano, de modo que dejamos toda esa fontanería en casa para encontrarnos en un club con los demás. El teléfono, la radio, la tele, son ya pura y mera soledad, angustiosa soledad que finge otra cosa.

He visto una película biográfica sobre Chaplin, donde el genio dice que a él le matará el sonoro. Y así fue. Se impuso una industria a costa de matar a su único genio. Lo mismo pasará con esta lata de Internet.

Sólo creo en los inventos científicos que alargan la vida. Los inventos técnicos acaban todos en ferralla, como hoy mismo el automóvil, que a su vez ha matado las ciudades. El hombre, Chaplin, Cela, es lo único que a mí me interesa para vivir y para escribir (y por supuesto para leer).

Después de la cena nos trae el maître unos churros recientes, como los aldabones de la madrugada. Todo el mundo prueba. Camilo pide muy serio un sobre, como si fuera a escribir una carta, y mete en él media docena de churros redondos.

—Ya tienes para desayunar mañana.

—Éstos no llegan a casa.

—Pásate por San Ginés y que te los mojen en chocolate.

—No, que me los quitan.

Sigue dominando la réplica rápida. No le veo yo mucho eso de la falta de riego cerebral. Lo que tiene mal son las rodillas, y el otro día se le sentó el rey encima de las rodillas. Está bien el gesto, pero no es el momento. «Ahora dicen mis paisanos, refiriéndose a Saramago, que por fin tienen un Nobel; como si yo no lo fuera.»

Escribo todo esto en el atardecer del domingo, solo y triste, sin noticias de Dolor. Ni de Inés ni de Mónica ni de Sisita ni de ninguna amiga. Esta mañana he hecho dos

artículos y he paseado por el jardín. Buen tiempo, pero mucha humedad para mi garganta entre tantos jardines recién regados. Ahora voy a releer a mis clásicos, casi todos románticos o barrocos. No hay novedades que me interesen. Uno no sabe ya si es que la gente escribe peor o que uno se va convirtiendo en mal lector. Azorín definió la vejez como la falta de curiosidad. Pero entonces fue y descubrió el cine. Yo tendría que descubrir Internet.

Mejor Villarroel.

Comprar el voto de los viejos, ése es el objetivo de esta campaña, por fin lo he visto claro. El joven ni siquiera vota, el maduro ya tiene su voto fijo, porque hay una edad en que el hombre ya no cambia de ideas, de periódico, de convicciones, y no diré sólo de mujer: ni siquiera de postura.

Entonces nos quedan los viejos. Los viejos votan porque se aburren y les gusta que se cuente con ellos para algo. Pero los viejos han perdido memoria de la ideología que tuvieron, que sólo subsiste, en todo caso, como rencor, y en cambio están avizores al dinero que devengan. Aznar les sube la pensión desde el Gobierno y confiesa que se la podría haber subido hace mucho. Entonces Almunia le llama mezquino por no haberlo hecho antes. Según el viejo patrón, la izquierda pide justicia y la derecha ofrece caridad.

Uno está con la justicia, claro, y esta caridad de la derecho-11a nos irrita bastante. Sólo que, de un modo o de otro, lo que hacen todos es comprar el voto de los viejos, el único que está en venta, ya lo hemos explicado.

Esto le da a las elecciones un tono de hospicio o de tráfico de ancianos. Los políticos se han quedado sólo con los viejos porque la juventud no cree en ellos y la madurez ya tomó partido de una vez para siempre, en el 82 o en el 96. Bajo a Madrid, al Eurobuilding, después de dejar escritos dos artículos, para lavarme la cabeza y hacer que me peinen a mi modo. Uno, ay, sigue queriendo hacerse una cabeza, como los románticos del XIX, que es de donde yo vengo. Pedro Romero, mi peluquero de muchísimos años, me dice que ha cerrado la sucursal de Doctor Fleming, adonde yo iba a diario en otros tiempos no sé si más felices, pero más violentos. Pedro quiere dejar el negocio y le digo que no lo deje. También uno dejaría el negocio, algunos días. ¿Y luego qué? Un hombre es lo que hace y el que no hace nada acaba en una silla de ruedas, esperando que vengan Almunia o Aznar a comprarle el voto. Me meto en un banco cualquiera a sacar dinero y luego, en el Gijón, hago tertulia de aperitivo con Pepe Díaz, mi fiel, Alcaraz y otros pintores, más el doctor Caldas, médico intelectual de toda la vida, al que quiero mucho y no he consultado nunca, no por falta de fe sino de esperanza. Desde el Gijón llamo a Dolor y quedamos para comer. Saludo a Rodríguez Lafuente y otros ejecutivos de la cultura de esos que a Dolor la ponen histérica, y que resume en la palabra «fachas», un poco vieja para mí.

—Quiero que sepas que a mí Umbral no me interesa nada. A mí me interesa Paco.

¿Y cómo explicarle que somos la misma cosa? Prefiero darle la razón. Pienso en su pecho herido y me conmueve. Todas las mujeres que he tratado íntimamente odian a Umbral y aman, o casi, a Francisco, a Paco. Creo que está en el feminismo ínsito de la mujer este odio al triunfador. El triunfador no es sino un macho corroborado, y uno se obstina en salir con feministas, o ellas con uno. Pero no han inventado nada. Ya las antiguas odiaban el trabajo de sus honrados maridos, sin tener en cuenta que era el sustento de la fastuosa vida que llevaban. La mujer de antes nos odiaba por sencillos celos hacia la fama que le alejaba a uno de ella y la hacía compatible. Las feministas de hoy (generación/Dolor) odian la fama del escritor o del artista en lo que tiene de corroboración de un macho (así lo entienden ellas: nunca se irritan con el éxito de una hembra, hoy tan frecuente). Una doctora de la cosa cerebral, vieja y sabia, me ha dicho el otro día que el epiléptico, siendo varón, era Napoleón o Alejandro, pero a la epiléptica, sencillamente, se la quemaba. Toda la argumentación es pueril y yo mismo

la habría defendido mejor que ella, pero me callé. Napoleón y Alejandro eran tales y como tales los ha consagrado la Historia, no como epilépticos. No se puede perder el tiempo rebatiendo ese infantilismo de que la epilepsia es gloriosa en el macho y combustible en la hembra. Pero Dolor hubiese estado encantada de oír a esta doctora. Trabajo mucho en casa, ordenando el propio trabajo, que en seguida te desborda. Esta noche iré a una radio. Bebo un poco de whisky con coca-cola. A veces le añado un optalidón. Mortal, dicen, pero a mí me va.

Al final, de cualquier forma, te vas a convertir en un viejo de tapia o silla de ruedas que espera la llegada del político municipal, nacional, lo que sea, cualquiera que quiera comprarle el voto, como a tu abuelo se lo compraba Romanones pero con más decoro y cinismo. Esta campaña se ha convertido en la caza del viejo. Me alegro por los viejos. Cena con Sara Montiel a la sombra milenarista del Bernabéu. Recuerdo que estuvimos en el setenta cumpleaños de Sara, en el Real, yo con muleta, y ahora, delgado y vagamente melancólico, me reúno con mi vieja amiga, la Antonia, para principiar las celebraciones de su setenta y dos cumpleaños.

Hay periodistas, fotógrafos, músicos y chicas. Esto es lo que la gente del corazón llama intimidad. La Antonia me viene de pelo de llama, liso y con raya al medio, que es como la enseñó Anthony Mann a peinarse. Lo que más le va. «Gary Cooper, Paco, medía dos diez, y luego le persiguieron en Hollywood por comunista.» El maccarthismo, del que creo haber hablado aquí hace unos días con ocasión de una biografía de Chaplin. La Antonia me viene, asimismo, de uñas verdes, de escayola, que convierten sus manos en dos tortugas, al costado de un hombre que puede ser su camionero, su amante o un amigo.

Cuando Antonia interviene en la tertulia, la encuentro más reposada, más sabia, más razonable que nunca, con esa paz que dan la edad y los cigarros puros. Yo sé que la Antonia me quiere y siento no haber correspondido suficientemente a ese cariño. Lo que pasa es que a nivel artístico nos desencontramos, como me pasa con Raphael, y a nivel humano nos entendemos muy bien. Sara me pasa discretamente una tarjeta, como un privilegio, para una gran cena de hotel, celebrando en plan desparrame sus setenta y dos. Fernando Jáuregui, gran periodista político con quien trabajé en Tele 5 (hasta que nos echaron a los dos), me habla de *El socialista sentimental* con verdadero entusiasmo, devoción y cariño, y eso que él acaba de sacar la biografía de un socialista real, víctima de los históricos de Llopis y de los renovados de Felipe. Está claro que mi novela ha llegado a todos los públicos y que he acertado por la vía de una aparente sencillez. Pero algunos periódicos siguen guardándome silencio. Es la natural avilantez del oficio. En la cena-tertulia hay un músico que se apellida Argenta y, naturalmente, acabo preguntándole por Ataúlfo Argenta, aquel gran director de orquesta, tísico e inspirado, que fue una de las figuras más sugestivas de los felices cuarenta, todos marcados por algo así como lo que uno llamaría el estigma/Manolete. Ataúlfo murió soltero, dentro de un coche, y el coche dentro de un garaje, en compañía de una dama, intoxicado por esa cosa letal que sueltan los autos. Entonces ¿de quién rayos es hijo este señor que tengo ante mí? Pero no me atrevo a llegar a mayores precisiones. Cada uno tiene el padre que puede.

Abandono la mesa unos minutos para llamar a Dolor, pero Dolor no está y vuelvo a la cordial tertulia haciendo un esfuerzo para sonreír, para lograr un gesto que parezca una sonrisa. Luego llama ella, Dolor, y todas las flores de la noche se abren, como dondiegos, y en mi alma hay un dondiego que se esponja con la voz de Dolor, corta y cálida, en mi oído, a través del audífono que me han puesto (el sentimiento traspasa las digitalias). Ahora que he hablado con Dolor, quisiera que Sara fuese más joven, más bella, más amiga, para poder decírselo de verdad. Qué razón tienes, Antonia, que pusiste tu corazón al amor, para siempre, como un naipe obstinado y esbelto.

Hay un periodista que insiste en llamar a mi novela «El socialista romántico». No se ha

enterado y espero a que le rectifiquen otros. ¿Es Asís un romántico? Pues quizá, pero el título necesita esa última sílaba aguda y clara, resonante, en «al...». Esto lo sabemos los escritores, no los periodistas. Pero uno no va a las cenas a vender sus libros, y tengo la discreción de cambiar de tema y de aguja, de chip, que dicen ahora los gilipollas de la metáfora técnica. Tras la breve conversación con Dolor, todo es fácil, grato, ameno, inteligente y cordial. El amor no sirve para mucho, como tal amor, pero engrasa o lubrica los mecanismos del vivir. Ahora soy mucho más inteligente, ingenioso, burlón y simpático. No hay whisky que haga tal milagro. Y encima el amor no va al hígado.

La soledad de Sara Montiel. Tiene setenta y dos años y este hombre-camionero que hay a su lado puede que sea mucho más que un sexo, puede que sea un sentimiento o el sitio donde depositar un sentimiento, para luego encontrarlo. He sorprendido a Sara arañando suavemente con su mano, cangrejo verde, anillado y basto, la mano de ese hombre. Ella ha retirado la mano como una niña pecadora. Todavía. Efectivamente, eso sólo quiere decir que sigue siendo una niña pecadora. ¿Es que no se acaba nunca, en el facistol de nuestro corazón, la novela rosa del amor?

Un taxi me devuelve a casa de madrugada. El Bernabéu es una fantasía de ciencia ficción mal alumbrada por la luna. Las chicas de la cena no me gustan hoy o no me han gustado nunca. Un taxi que me esperaba —¿quién lo ha pagado?— me devuelve a mi dacha, que está extendida, húmeda de luz y verde de riego, en la madrugada. La pensé como el refugio de mi vejez, pero el halago y la infamia han entrado hasta el fondo de la casa. Procuero no enterarme y disfrutar mi huerto, como Voltaire, a quien he leído toda la tarde: «No somos sino unos judíos con prepucio.»

Es el cumpleaños de Cuqui Fierro de Torrónategui y asisto a su chocolatada monumental, barroca, en su palacio de la plaza del Marqués de Salamanca. Cuqui cumplió hace dos o tres días, pero ha esperado a ver qué pasaba en las elecciones para dar una fiesta de mayor o menor envergadura. Cuqui es mujer social y no se le escapa una. Como ha ganado la derecha por entradón, la fiesta pertenece directamente al Proust tardío, al Proust de *El tiempo recobrado*, donde todos van ya disfrazados de viejos, sólo que el disfraz es cierto. En la novela y aquí. La Siruelita, que me gusta tanto y a la que nunca me atrevo a decirle nada. Mingote, que me da conversación. Y Torrónategui, el marido de Cuqui, recién operado, pero en muy buenas condiciones. El dinero no es la felicidad pero es la seguridad, cosa quizá más importante.

Y tanta gente que saluda o me saluda. ¿Pero no era yo un rojo que levanta diariamente su bandera? A lo mejor no es uno tan rojo como cree. O esta gente, todos de buena crianza, quedan estilizados por el éxito y me saludan con cordialidad y olvido. Olvido, ésta es la palabra. Hemos venido aquí a olvidar, a ser amigos, fuera ideologías.

Cuqui me muestra fotos de su hija muerta, que están encima del piano. Hermosa y rubia criatura.

—Cada vez que la miro se me parte el alma.

Pero la tiene en el centro de un salón. Sigue llegando gente, aristocracia financiera, y esto va irremisiblemente hacia *El tiempo recobrado*. Los únicos pobres somos Mingote y yo. A él le quieren y respetan por su ingenio. A mí no sé por qué.

Pero éstos son los que han ganado el domingo más de diez millones de votos. El PSOE le ha devuelto España a la derecha tontamente. O quizá sea, lo digo en disculpa del PSOE, que España es naturalmente de derechas y aquí los períodos republicanos o de izquierdas son sólo un paréntesis. Los socialistas, aparte sus pecados —que todo partido los tiene—, iban ceguerones con el poder y se dejaron engañar por la apariencia vulgar del nuevo delfín. Aznar, que no sabía hablar en el Congreso.

Nunca vieron que detrás de ese chico torpe de provincias había un aparato económico, una venganza financiera y un cuchillo mediático que empezaba a funcionar. González,

llo de una rabia adolescente, abandonó la secretaría general cuando más necesario era. Pero tampoco aprovechó esos cuatro años sabáticos para estudiar al nuevo líder e idear otras estrategias. González había hecho ya todo lo que sabía: liquidar el viejo socialismo, liquidar a Adolfo Suárez, prometer justicia social por diez millones de votos. Pero se le murió el padrino, Willy Brandt, y se quedó sin iniciativas. Ha hecho novillos en el Parlamento durante cuatro años, quiero decir que no iba, ha apadrinado delincuentes de la guerra sucia, seguro de su intangibilidad, y ha asomado por todas las esquinas de España diciendo en cada momento lo más inoportuno.

O en el extranjero.

Felipe es un gran hombre para el triunfo. No sabe llevar los fracasos. Napoleón tampoco sabía. Tuvo que preguntarle a un soldado, en Waterloo, si habían ganado o perdido. Ahora los barones socialistas se reúnen para decidir quiénes son esos barones, de donde a su vez saldrán otros barones y otro congreso, y así sucesivamente pueden perder otros cuatro años. Aznar, mientras tanto, ha dicho una cosa inteligente: «Estos millones de votos son prestados, cuidado y a ver qué hacemos con ellos.»

Aznar, con su autoritarismo sospechoso, no tiene problema de barones ni de sucesión. Pero el PSOE quiere ser democrático hasta el último día, y eso me enorgullece por ellos. Salimos de casa de Cuqui como del mundo de Guermantes. Proust tampoco era de derechas, y la prueba es que vuela ese mundo, el suyo, con ayuda de la Grande Guerre. Todos maricones y lesbianas.

Acudo a una conferencia de Paco Frutos, ayer mismo, todavía con el resabor de la chocolatada de Cuqui, de un barroco churrigueresco, o sea muy madrileño, y entro en el mundo de la sobriedad, el ascetismo y la suprema elegancia de los derrotados con apostura. Somos los de siempre.

En casa de Cuqui conocí al primer dueño de la Volvo, que vendió en 8000 millones. Ahora me invita a su yate, donde se aburre mucho. Aquí en lo de Paco hay obreros de la Volvo. Paco Frutos es la pasión razonada, el romanticismo ilustrado, y tiene cerca a su compañera, la bellísima Esperanza Alonso, gran actriz. Paco nos dice en la conferencia un axioma fundamental de Marx analizando el capitalismo: «Privatizan los beneficios y socializan las pérdidas.» Volvemos a la España de las cien familias. En la conferencia, Sánchez Montero, López Salinas, Linares, la citada Esperanza, Marcos Ana y muchos viejos colegas del comunismo transicional. Me saluda Julio Anguita. «Coño, Julio, qué bien te sientan las derrotas, estás guapísimo.»

España vuelve a ser de la derecha, de esas 125 familias que dice Paco. En cuanto han perdido el miedo se ha producido el alud de votos. Igual se podían haber echado al monte. Entre el chocolate de Cuqui y el discurso de Frutos, toda la España mártir. No espera uno ya grandes cosas del socialismo, y no por el socialismo, sino por mí, que me canso no de vivir sino de sobrevivir. Noche en el cuerpo de Dolor. Después de la urgencia sexual, el arte y ensayo, donde penetro y admiro su cuerpo efébo, su cabeza quimérica, sus hombros de fino dibujo, sus pechos adolescentes de pezones vivísimos, la oferta de su vientre, el triángulo de seda de su pubis, la dimensión olímpica de sus finos muslos, piso 13 de un rascacielos madrileño, la entrega desesperada de su cuerpo.

Ayer cumplí años y no dije nada a nadie, pero se encargaron de decirlo los periódicos. Contra lo que parezca, tenemos una prensa más sentimental que racional. Hablan más de mí si cumplo años que si saco un buen libro. Teléfonos, faxes, móviles, ordenadores, correo, más prensa, flores, trapos, cosas. De Buero Vallejo, recién desaparecido, hemos escrito más que en los últimos veinticinco años. Un aniversario en vida es sólo una muerte pequeña, pero el lector se nutre de muertes y de muertos, y el periódico le da todo eso, y la televisión y la internet o como se diga. Esta alegría de cementerio no me ha alegrado nada la vida.

El periodista Lacalle, asesinado por el terrorismo, también es noticia de estos días. Un hombre que se dedicaba al periodismo por afición o por política, pero que no escribía como un profesional. Y asimismo le hemos panteonizado y convertido en un gran columnista. La cultura de la muerte es la cultura cristiana, claro, y este país, que casi ha dejado de ser católico, nunca dejará de ser cristiano, pues el tótem y el tabú han sido sustituidos por la cibernética, que también hace milagros, pero la beatería interior hacia uno mismo —el alma— sólo la vehicula una religión, en este caso la cristiana.

Somos cristianos, sin saberlo, porque seguimos siendo fanáticos del yo. Tenemos alma porque queremos tenerla. Nuestra alma no es sino la voluntad heredada —o la nostalgia heredada— de un alma. Libros y flores. Es la fiesta universal de mí mismo.

El otro día me homenajearon en el Casino como madrileño. Ahora me homenajean por haber nacido. Las fiestas sociales ya sólo le sirven a uno para ver en los espejos el espectro del presente. Un alcalde muy de derechas, Álvarez, un antiguo comunista que ha pasado de Marx a Keynes, una guapa que me rondó un día por famoso y que hoy tiene esa fama ruidosa y cacerojera de la radio. Y así, un aristócrata que se cree gran cocinero, o más bien un cocinero que se cree aristócrata. Los cocineros andan muy mezclados en la genealogía de las grandes familias. Una dama a la que regalo cactus, por ser lo más fálico que tengo a mano. Y un gran abogado y amigo, José María Stampa, con más talento que los que escribieron las leyes. Esto lo he observado en algunos grandes profesionales: salen con más genialidad que el código a que se someten académicamente, y esto les lastra y castra para toda la vida. Por eso no crece España, la de los espejos, porque da más imperativo a la ley que al talento. La España de hoy y de siempre. Comunistas que ahora no lo niegan, como Haro Tecglen, y gauchistes que siguen siéndolo desde dentro del sistema, como Rodríguez Lafuente. Eso que llamamos una derecha inteligente es siempre una izquierda vestida de novia.

Salvo el terrorismo y cosas como lo de Lacalle, España va bien, como gusta de decir Aznar, pero este tenue henchimiento de abundancias es el que da siempre el capitalismo, tapando con una sonrisa cínica lo que no va tan bien. Más aún que las escaseces subalternas y la pobreza alegre del sur, le duele a uno la cortedad ideológica de lo que han votado los españoles. Un ámbito lleno de comida y sin nada para leer no es más que una despensa. Aznar ha abastecido la despensa de los españoles, al paso que se consagran valores mediocres o la mediocridad como valor. El talento también es un objeto de consumo y la gente compra talento, en libro o vídeo, por el mero placer financiero y confortable de tenerlo todo en casa. No quieren que se les escape nada en este momento en que todo se puede comprar, según la balanza de pagos. Flores violentas en el Retiro y un 2% en el IPC.

La mitad de mayo me coge empezando un libro, como siempre, mirando a las muchachas que pasan y pactando con el viejo que ahora soy o me siento. Hay días de cuerpo joven y alma de viejo. Hay días de cuerpo viejo y alma de joven, que es cuando se emprenden los grandes libros, los grandes amores y los grandes errores. El sol extiende sus campamentos mes adentro. Soy feliz en verde y niño triste en lo gris. Escribo para salvarme de mí mismo. Hay jóvenes aguerridos que hacen tesis sobre mí, cuando debieran estar jugando al fútbol.

Sí. La juventud. Luis Alberto de Cuenca, sabio y lírico, a quien dimos Claudio Rodríguez y yo su primer premio literario, deja la dirección de la Biblioteca Nacional para convertirse en el nuevo manda de la cultura oficial y no sé si de la otra. A la Biblioteca va Jon Juaristi. Alguien dirá que el Gobierno no ha tardado en pagarle su libro, *El bucle melancólico*, que resuelve magistralmente, en teoría, el problema vasco. Pero Jon lo tiene todo, incluso una adusta barba, para ser el bibliotecario mayor de las Españas. Aznar da un almuerzo en la Moncloa para intelectuales y artistas, adonde por supuesto no me invita. Uno, aparte del prestigio inverso de ser un «rojo», ya no es un joven, y Aznar se ha propuesto rejuvenecer la vida nacional, propósito que me parece

un acierto.

Leo a Esther Giménez, que con veintiún años ha ganado el premio Hyperión de poesía. Esther tiene una dulce cara de cumpleaños, todo el bachillerato en los ojos y una gracia poética que parte de los clásicos recién aprendidos para actualizarlos con una ironía muy fina, entre una falsa mística quedona y una monja mala y pecadora. Es delicioso este juego que se traen las jóvenes poetisas con sus amados clásicos y su jerga de ahora mismo, adolescente, todo muy bien jugado. Esther rima Marte con «follarte» porque le da la gana. Delicadísimo libro el suyo y actualísimo propósito de enredar con los siglos áureos mediante la urgencia de una inspiración lozana.

El año pasado ganó este premio Carmen Jodra, de la que Esther parece clónica. Es inevitable que después de un premio que pega fuerte persista una veta de lo mismo en el mismo premio.

No sé si es mimetismo o que viene toda una escuela poética por ahí, pero ésas son las escritoras de hoy: adolescentes, irónicas, cultas, frágiles, marginales, nada dramáticas, antirománticas y quedoncillas. Jóvenes políticos, jóvenes intelectuales, jóvenes poetas. Después de mi baño de juventud me queda mi *bucle melancólico*: una nueva generación, con la que ya no tengo nada que ver, está tomando posesión de la vida, de la escritura, de las ideas. Uno, haya triunfado mucho o poco, ya sólo tiene porvenir como clásico ignorado, vanguardista arcaico, dios de un día, mito de otro tiempo o perfecto desconocido. Mi espada no está todavía «de la edad cansada», pero me temo que ya nadie va a querer batirse conmigo. No valgo la pena.

Mi guerra ha terminado y éstos ya están en otra. Sólo se aprende la vida viviendo. Yo aprendo ahora que no nos jubila una fecha, sino la indiferencia de los más jóvenes. Y qué pereza contarme a mí mismo las batallas ganadas, cuando la guerra final la tengo perdida. ¿Qué te habías creído, Umbral, majo, que esto iba a durar siempre, que el castellano iba a morir contigo?

Día entero en casa del doctor Portera, en la finca, bajo un cedro bellissimo y amigo que alguien talará pronto. Decididamente, ha llegado eso que Lorca llamó «la última fiesta de los taladros». Yo creo que hasta a Lorca le han dado la jubilación. Entre los invitados, Antonio López, más ahilado y perfilado que nunca, atenido a su alma más que a su cuerpo. Le veo al sol un perfil noble y judío. Hablamos mucho de arte. Está haciendo una escultura de los reyes, donjuán Carlos y doña Sofía. Antoñito es divertido cuando ríe y penetrante cuando teoriza, con una cultura pictórica e histórica que va mucho más allá de lo exigido en un pintor. Le veo más fijo en su Velázquez que nunca, como referencia de modelo humano universal. Si yo tuviera que elegir mi modelo en medio de toda la humanidad, probablemente sería Baudelaire. Y en España Quevedo. Pero no creo haber llegado nunca a la fijación de Antonio con Velázquez, en quien empieza y termina para él la humanidad, la realidad, el realismo, la estética y la ética. Antonio es algo mayor que yo y no sé si entiendo una religión tan apasionada y excluyente. Uno es más voluble en sus preferencias, más libre. Los maestros me mueren y renacen por épocas. Pero Antoñito es nuestro pintor universal desde hace muchos años, a mí me gusta mucho su realismo velazqueño y siempre es bueno cambiar ideas con este genio singular y maniático. El sol ha caído y la noche de mayo hace nido en el cedro. Tengo frío y me despido.

Cioran cifra el futuro en la rebelión de los pueblos sin historia. Referido esto al País Vasco, resulta que los separatistas creen estar reivindicando su pasado, el pasado que no tuvieron, cuando en realidad reivindican su futuro, que todavía no ha llegado. Las utopías están tan compuestas de pasado como de futuro.

«Los pueblos sin historia», dice Cioran. Algunos están haciendo historia en forma de crimen. Matar es una manera de hacerse presentes. ¿Por qué hay en los desmontes de Europa una serie de países como huevos podridos que pusiera el gran pájaro exótico del Oriente? Los Balcanes han quedado siempre al margen del tiempo. Nuestro



País Vasco también, y en buena medida el galaico. Factores externos o factores endógenos han determinado esto. Ahora que los grandes países han agotado su periplo imperial, y parecen incapaces de agruparse como continente, los pequeños países sin historia se levantan contra nosotros, contra una Europa protagonista, imperialista, que por fin había decidido vivir en paz y abundancia.

Todavía nos quedan años, teóricamente, para asistir a esta nueva invasión de los bárbaros, que no será «vertical», como la de Ortega, sino periférica y asistemática.

Todo el bienestar que he glosado en páginas anteriores vive amenazado por esas pequeñas guerras, mucho peores que una grande, porque la dispersión es siempre agotadora y no se trata de imponer una paz sino muchas pequeñas paces.

No veo que nadie escriba algo de esto sobre el País Vasco. Ni ellos lo saben, como he dicho. Están matando en nombre de una leyenda y creen matar en nombre de la realidad y del Universo. Podemos decir, casi, que carecen de pasado, que eso es carecer de memoria, como carecer de memoria es carecer de lengua (la suya es paupérrima). Habría que ayudarles a construir la historia futura para la que han nacido, si se dejasen. Tarea mucho más apasionante que matar en nombre de un bucle melancólico.

Pero los políticos de Madrid tampoco lo tienen claro, como se dice ahora. O no se atreven a decírselo claro a los vascos. Si algo tiene ese país es futuro, por su propia energía como pueblo, pero están dejando pasar el futuro por consumir unos odios anacrónicos: he aquí la palabra, anacronismo. El pueblo o el hombre que no vive su presente vive su anacronismo. El terrorismo dicen que es un mal de nuestro tiempo, pero sus causas son anacrónicas. Y sus efectos también. Ya no se mata así.

El otro lado de la cuestión consiste en que los grandes países que tejieron la historia de Europa, a costa de los pobres y los pequeños, van a pagar ahora, en su vejez de banqueros, la culpa de la indiferencia, el egoísmo o la explotación.

La Historia no se ha hecho aunando gente sino excluyendo gente. La historia de un gran pueblo acaba siendo la historia de un hombre, César o Hitler. Las grandes épicas tienen un final mediocre y doméstico. Era la intimidad de Napoleón o de Carlos V lo único que estaba en juego. Y la historia me pone un telegrama: Cayetana Alba que me felicita por un premio.

Almuerzo con Oriana en un restaurante con jardín. Mediados de mayo y 35 grados en Madrid. Oriana está bella con el pelo recogido, que le hace una cara saludable y popular, muy distinta de su rostro afilado de las fiestas nocturnas, cuando una sombra le cae sobre los ojos y su medio perfil es una instantánea parisina. Delgada, frontal, amiga, Oriana puede ser muchas mujeres, o varias, a lo largo del día. Nos unimos a una mujer, sin saberlo, por tener toda la colección, ya que ellas cambian continuamente de identidad.

Lo femenino es precisamente eso: labilidad. Un misógino diría que la mujer se desdobra en tantas porque no es ninguna. Yo creo más bien que lo que hay en la mujer es una rara capacidad para expresar sus variantes, para exteriorizarlas, ya que los hombres también cambiamos mucho, por dentro, a lo largo del día, pero no por eso mudamos de corbata ni de zapatos. Me decía hace poco Almodóvar que prefiere hacer cine con mujeres porque son más flexibles, más manejables, más dúctiles y maleables. Ya el esqueleto femenino tiene una facilidad de curvatura que contrasta con la rigidez del macho. Quien puede inventar más variantes en el amor, por eso mismo, es la mujer: quien las ha inventado, de hecho. La mujer es comunicación y el hombre es incomunicación. Sólo se expresa el artista, el poeta, el músico. El resto de los hombres no expresan ni una mínima parte de lo que les pasa por dentro, o lo hacen sólo bruscamente. Somos un mundo de reconcentrados violentos y bailarinas sonrientes.

Oriana parece que va a ser muy literaria, pero luego no lo es ni quiere serlo. La musa de un poema no tiene por qué entender el poema. Hemos poetizado a la mujer desde

el principio de todas las culturas, pero la mujer es un pedazo inteligente de naturaleza y está «instalada» en su ser. Mucho más instalada que nosotros en el nuestro. Así es Oriana y así hay que disfrutar de su amistad, como una silla que nos gusta o un vino lento. Compararlas con el crepúsculo es ya empezar a no entenderlas, disparatar las cosas. Un almuerzo con Oriana parece que va a ser una orgía lírica, pero luego se queda en una sucesión tranquila de evidencias, de verdades, de seguridades. Si yo digo que hace calor, ella me da la temperatura exacta en estas cinco de la tarde. Soy feliz con una mujer cuando la tomo por lo que es: un pedazo de realidad, de naturaleza inteligente, dotada del cuerpo del amor (Norman Brown, Marcuse) más que de nuestro cuerpo de trabajo.

Después de este almuerzo voy a Bellas Artes a visitar a Belén. Belén es joven, frutal, hermética, bella, una manzana intelectual que al atardecer tiene cara de mística, incluso de mártir cristiana y llorosa, en extraño contraste con la plenitud de su cuerpo. Pero Belén habla solamente, como Oriana, para decir cosas concretas, y un solo adjetivo suyo explica más cosas que todas mis imágenes. Otra frustración en un solo día, en mi intento de comunicarme con las amigas. Belén es joven y silenciosa, y, como dijo Rubén, tiene en ella «lo sagrado de la frecuencia del altar». No sé si Belén frecuenta altares, pero a veces me ha respondido con alguna frase del Evangelio. Se pinta la boca de morado y esta boca sensual, casi erótica, dice el Evangelio como pecando en cada palabra.

¿Sabe ella que peca?

Otra forma de producir futuro es la política. Este libro trata en buena medida del capitalismo de rostro humano. También eso produce futuro, un futuro que ha solido resolverse en guerra mundial. Las dos del siglo xx son guerras capitalistas, la revolución industrial contra la revolución socialista. Una dio el fascismo y la otra el estalinismo.

El capitalismo, de rostro humano o divino, ha ganado la partida, de momento, en más de medio mundo, y por lo tanto en España. La actual crisis de nuestro socialismo no es una crisis de valores —que también— sino una victoria de la derecha que ha cogido al PSOE inerme. El partido trata de reorganizarse, pero, aparte ambiciones personales y partidarias, se trata de elegir entre el legitimismo y la renovación, entre la tradición como fuerza o la novedad como pacto.

Bono, por ejemplo, es un renovador claro, más que otros barones. Frecuento a Bono en casa de Inés Oriol, en Toledo. Frente a eso está el guerrismo. Ayer hablé con Guerra por teléfono (está en Sevilla), pero no hablamos de política sino del pie que se está curando. En Guerra creen gentes como el pintor Antonio López, y eso es importante, o yo mismo.

Lo necesario es no confundir a Guerra con el guerrismo, pues el hombre y la cosa no coinciden forzosamente en todo. Pienso que Guerra no querría romper con González, más por el bien del partido que por González. Pero aunque llegasen todos a un acuerdo, en vez de insultarse diariamente en la prensa, se encontrarían en seguida con el capitalismo triunfante, con la derecha social, por decirlo así, que ha vuelto del revés este país. Nuestro socialismo ha perdido la confianza del pueblo como en otro tiempo la perdiera el comunismo.

Estas derivas son complejas y nunca se deben a una sola causa, sino al viento de los tiempos, que todo lo explica, aunque parezca un tópico. Y mientras tanto, Aznar produciendo futuro todos los días. El PSOE no tiene su problema dentro sino fuera, en el PP y el Gobierno.

El PSOE se resiste a ser una oposición doméstica y quisieran un gran caso, un gran escándalo, para arruinar a la derecha en dos semanas. Pero lo que hace falta es una labor paciente y a ellos la paciencia se les vuelve entreguismo y derrota. Felipe González no recupera su autoridad moral, Chaves es antipático, Rosa Díez es una

improvisada, Ibarra es el príncipe de las cabras extremeñas, pero nada más. A Múgica quiere Aznar hacerle defensor del pueblo, y eso está bien pensado, pero supone poner a mi querido Enrique en la diana de ETA. Los socialistas llaman a esa elección falso centrismo.

La izquierda y la derecha están otra vez, pues, en guerra civil, sólo que ahora no es más que una guerra de ideas y estrategias. O una guerra de votos. Uno, que sigue sintiendo a ratos como socialista, cuando no como ácrata, mira los muros de la patria suya —Ferraz— y se pregunta por tanto lujo e invención como trujeron, para seguir con los clásicos. Un manchego me dice que a Bono, en La Mancha, se le considera blando. Aquí no hay más que Mayor Oreja, que es el duro de la película, pero por otra parte presenta libros del humorista Ussía.

¿Hay alguien ahora mismo en España que esté produciendo futuro? Yo creo que ni en la literatura ni en la política, salvo Aznar, sólo que uno no está impuesto en la filosofía capitalista y no acaba de enterarse. La Historia siempre es irónica y estamos viviendo ese momento irónico en que la reforma progresista, digamos, la está volviendo a hacer la derecha, como con Cánovas. Aznar se siente Cánovas, pero Cánovas era una gran mentira que entre todos están haciendo realidad. El pueblo, para quien Cánovas sólo es una calle, parece contento con todo. (La reforma del XXXV Congreso será sólo generacional.)

Sartre, del que he utilizado una frase en páginas anteriores, es ahora recordado, tras un profundo olvido, al cumplirse veinte años de su muerte. Amo y leo a Sartre a veces, porque fue el último filósofo literario de Occidente, el último pensador en imágenes y no en abstracciones. La cosa fue así. Después de los griegos vino la abstracción y la jerga: Kant, Hegel, etc. Cada pensador se fabricaba su jerga agresiva/defensiva en la que se hacía fuerte y procuraba encerrar al contrario, o sea el lector, sometiendo el mundo a jerga para que encajase en sus postulados.

Con Montaigne, Voltaire y los pensadores del siglo xx, de André Gide a Sartre, Malraux, etc., se conquista el pensamiento literario, o se reconquista. La literatura es la forma más profunda de conocimiento que posee el hombre, es decir, el lenguaje humano reflexionando sobre el lenguaje de las cosas, el pensamiento en imágenes, como los primitivos, mejor que el pensamiento abstracto o la jerga angosta en la que se hace entrar todo deformándolo. Pero vinieron los estructuralistas, Derrida y su deconstrucción, Lacan y su psicoanálisis, etc., y se impuso un pensamiento pretendidamente científico que es una triste parodia de la ciencia y una manera de indefinición que informa al lector, pero le desideologiza, que es en definitiva de lo que se trata: pensamiento débil defendido por unas estructuras idiomáticas para pocos. Que la gente no lea ni piense. Esta forma tecnicista de filosofar se ha extendido por Europa en veinte años, desde la muerte y el olvido de Sartre, olvido al que contribuye su condición de moralista y sermoneador, dos actitudes que hoy las nuevas generaciones apolíticas y a todo no toleran. Pero uno se siente hijo de aquel pensamiento literario, socrático, platónico, volteriano, gideano, sartriano, orteguiano, que es con el que me he defendido toda la vida, y hoy rindo memoria a aquel hombre bajito subido en un bidón para decir su verdad en mitad de la calle, como un griego mal hecho.

Perdida la filosofía, de la que la política es un subproducto, los políticos son cada día más rudimentales, y ahora José Bono, el hombre de Castilla-La Mancha, ha reunido en el Ritz más de mil empresarios, bajo la sombra espesa de Felipe González, para lanzar una propuesta moderada y nacionalista.

Cuando esperábamos unas primarias, con la emergencia fragante de las bases, los barones nos ofrecen unos juegos florales para empresarios. Después de mucho pensarlo, lo único que se les ha ocurrido es imitar al presidente Aznar, dirigirse directamente al capital con unas propuestas amorosas y españolistas. Pero el PSOE

no va a ganar al PP en su mismo terreno, de modo que nuestro socialismo se va a disipar como se disipó nuestro comunismo. Carrillo se quedó en un peatonal y González va a quedarse de reina regente presidiendo una oposición que no tiene papeles, preparación ni números para desmontarle los negocios multilaterales al señor Rato.

Almuerzo con Dolor en el 31. Dolor tiene en mi vida un pasado de playas salvajes y adulterios provincianos. Dolor es la memoria de aquella adolescente estilizada que fue, más la cicatriz de un quiste sobre el pezón derecho. Erguida, feminista, dura, enamorada, mujer de sexo urgente y cosas aprendidas a medias, no encuentra enemigo en mí, el enemigo que necesita toda feminista para acostarse con él a gusto, para «realizarse», de modo que lo llevamos por otros caminos, que todos llevan al pecado.

Viene a casa a hacerme una entrevista María. Yo la llamo Renault porque trabaja en una revista automovilística de esa casa. María es una morena tostada, frágil, nerviosa, de belleza interior e intensa. Creo que haremos buena amistad. Todavía estas criaturas se descolocan en presencia de uno, la primera vez, ante el mito pueril, periodístico y social que yo por lo visto soy. Pero ya ni siquiera me molesto en prolongar el equívoco para traerlas definitivamente a mi mundo. Cada una se va o se queda, según. Me gustaría conocer más a Renault para escribir aquí algo de fundamento sobre ella, algo penetrante, elucidante, pues uno, si fuera un cursi, diría que le gusta coleccionar almas de mujer con más afán entomológico que otra cosa. Todas las mujeres me inquietan porque todas son diferentes, pero lo idéntico femenino late en ellas como una llama o un insecto, y ahí quisiera yo llegar.

En un cóctel de media tarde, el duque de Lugo, mi querido amigo, el esposo de la infanta Elena y el único dandy de la familia, más Borbón que todos los Borbones. Va a tener un segundo hijo con la infanta y le felicito por ello. En un momento de conversación colectiva y tediosa me dice:

—Todo esto a ti te aburre mucho, ¿verdad?

Y es cierto, de modo que está atento, casi como el rey, a la cara de todo el mundo, y especialmente de los amigos. Luego me elogia con ironía mi costumbre de llevar la mano derecha dentro de la chaqueta, a la altura del estómago, como mi maestro Tierno y como Napoleón. Es una actitud que evita muchos manoteos en sociedad. A todos los hombres nos sobra una mano, si somos prudentes en las formas. No así a las exclamativas mujeres, que precisarían de otras cuatro o cinco manos para apiñar las uñas y decir que aquello estaba así. Siente uno verdadero afecto por este duque reciente que es como de toda la vida, que ha llevado su protocolar monarquismo hacia una suerte de dandismo simpático, a base de conjuntos claros y conversaciones ligeras, divertidas y actuales. Me parece que admira en mí una versión más sobria de ese supuesto dandismo, como corresponde a la edad que nos separa. Queda en llamarme para almorzar juntos.

Sábado y mayo. Después de unos días abiertos de par en par a la luz del año, hoy el sol está pasado por la lluvia y la gata duda, como yo mismo, entre salir o entrar. Esta gata se me va haciendo adulta. Es lo que más amo en mi vida, el ser vivo que más me conmueve. También me conmueve el tigre vagabundo recogido por la BMW en Titulcia, cerca de Madrid. En las fotos es muy hermoso y muy tigre. Come siete kilos diarios de carne y bebe mucha leche. Se ha emparejado con una hembra ciega y ya la tiene empareñada, como mi querido duque de Lugo a la infanta Elena.

Cuando la tigresa haya parido iré a ver a los tigrecillos y al padre. Mi pasión por los felinos me hace caer en la ilusión de que yo quizá tenga algo de férido, cosa que me gustaría mucho por el sigilo, la elegancia, la línea, la indiferencia, la dignidad y la gracia para herir, desgarrar, morder. Es la única especie que no descompone nunca la figura. Puesto a buscar un modelo humano, me quedo mejor con el modelo animal y me

halaga que Fernán Gómez y otros amigos reparen en mi estilo «lento», como el de algunos toreros. Marichalar parece que también ha reparado. La prisa es hortera hasta en la cama. Sobre todo en la cama. Los tigres son lentos incluso dentro de su velocidad eléctrica.

Llama un estudiante que está haciendo una tesis —otra— sobre mí. Vive en este mismo pueblo y es ya un buen amigo para la conversación literaria: a veces muy rápido y a veces infantil. El sol parece que va estableciendo cabezas de puente a lo extenso del día.

Me he organizado un sábado sin artículos, sólo voy a trabajar un poco la memoria en estas Memorias. Estoy solo escribiendo, que es siempre el destino final de todas mis situaciones. Siempre consigo, al fin, quedarme solo con un tema pendiente, trabajando en lo mío. Recuerdo a aquella «abuela Singer», que era una anciana de cartón, tamaño natural, que había en Montera, anunciando las máquinas de coser. El artefacto de cartón se movía y se movía. Yo, como la abuela Singer, llevo toda la vida cosiendo para fuera. Es mi oficio, mi vocación o mi destino, aunque en el destino sólo creo como biología o como temperamento. Y no me quejo. Escribir me centra, me reorganiza, no sólo me da un tema sino que me convierte en «tema» a mí mismo. Todo esto es saludable y ayuda a vivir. Anson anunciaba el otro día en una conferencia: «Umbral es el mejor de todos nosotros.» Me bastaría con ser uno más, contante pero no muy sonante. Escribo algo mareado. He tomado valium, que es otro viejo compañero de toda la vida. Con la gata y un valium soy hombre completo.

Rosas rojas, amarillas, sobre la mesa. El barroquismo de la rosa dio todo nuestro barroquismo laico, e incluso el barroco místico o jesuíta. País de muchas rosas, España es barroca por naturaleza y la rosa no es sino la expresión más urgente de nuestro temperamento. Me gusta la rosa en el puño socialista, pero ahora la están dejando deshojarse. Un soneto de Quevedo está hecho a imagen y semejanza de la rosa. Quevedo es ese tío de las ferias antiguas que nos vendía rosas de papel hechas allí, a la vista, delante de nosotros.

Pero la Historia también transcurre en el fin de semana y ahora el asunto es el desfile de las Fuerzas Armadas por Barcelona. Parece que Madrid se ha equivocado con esa decisión. Pero los catalanes exageran su victimismo, ya que Madrid fue tan masacrado como Barcelona, o más, por los ejércitos de Franco. No se trata ahora de una parodia de Madrid invadiendo Barcelona sino de una celebración con más signos que fusiles. Esto no voy a escribirlo en el periódico porque nunca he hecho artículos militaristas, pero lo dejo dicho aquí. Trillo, ese hombre recortado y prudente, me parece que se ha equivocado esta vez.

Y se ha equivocado en una cuestión baladí y protocolaria, que son las más peligrosas. El hombre de cabeza serena no puede equivocarse en lo descomunal, naturalmente. Sólo se pierde cuando se equivoca en lo nimio, que es donde está el peligro.

Mi amigo Trillo, a quien tanto he frecuentado en las Cortes y en las cenas privadas, ha dado su primer mal paso al frente del Ejército, como ministro de Defensa. Y todo por un juego de niños. Ya cuando Aznar nombró a Trillo para ese ministerio, escribí que me parecía un error. Trillo es culto, enérgico, opusdeísta, moderno, liberal, resolutivo, parece un político americano, sólo que ha leído a Shakespeare en inglés, cosa que los anglohablantes no. Trillo es un todoterreno, como dicen los periodistas, pero siempre que haya terreno. Ahora está pisando en el vacío, con el viejo topo Pujol.

Se lo dije un día, cuando hizo su gran libro sobre Shakespeare:

—¿Cómo habiendo leído en Shakespeare todas las trampas y maldades del poder puedes dedicarte a la política?

—Pues claro. Gracias a Shakespeare he visto lo que no se puede o no se debe hacer.

Trillo es indesmayable. Su enorme seguridad en sí es su único peligro. Lo nimio y lo íntimo pierden al hombre de acción. Le deseo suerte a este hombre de la derecha

moderna, costalero de las cofradías de Semana Santa, pero la suerte se la tiene que desear él a sí mismo, porque lo de los soldados en Barcelona sólo tiene una salida penosa. El Ejército es incómodo para todo el mundo. A Javier Solana le sentó la OTAN como un electroshock. Ya nadie habla de él para ningún destino en España.

Lo que nunca he entendido es si las Fuerzas Armadas legitiman al rey o el rey legitima a las Fuerzas Armadas. Ése es el nudo más delicado de la constitucionalidad española. Esta tarde vuelve Opel<sup>2</sup> con sus entrevistas. Quiere fotos más. Tengo una moderada impaciencia por volver a ver a esta criatura. Tampoco en el amor se sabe nunca si se está fabricando futuro o se está fabricando el desastre o no se está fabricando nada sino la vaga decepción, el desinterés o el equívoco. Hay más sol que cuando comencé a escribir. A lo mejor la mecanografía también influye. El mareo me lo quito con valium, luminal y whisky. También conviene un poco de sol por dentro de la cabeza.

Viene Opel a buscarme con un deportivo de los años veinte, negro y plata, que tiene algo de Henry James y algo de insecto. ¿Por qué nos fascina el mundo de nuestros abuelos: automóviles, modas, libros? Se tiende inconscientemente a considerar que ellos eran gente «atrasada», y por tanto nos sorprenden siempre sus hallazgos de modernidad. Por otra parte, hay en los antiguos objetos de lujo —un automóvil o un mueble— el trasunto de una época feliz, «bella», como se la llamó, y aquella felicidad o belleza se alzan de pronto ante nosotros como si no hubieran muerto, con toda su fe en la vida, que es la que nosotros tenemos ahora. Es emocionante el fervor de los muertos alegres: su alegría ha durado más que ellos.

M. viene de blanco, con el ombligo al aire, bellísima y, sobre todo, con una malicia expresiva, feminísima, que le mete a uno en su juego. Paseamos un poco el coche por estos pueblos y luego nos sentamos en una terraza rústica a beber algo. Así como el chico de la tesis es la juventud que viene en rebaño a beber en los regatos de cultura que uno pueda ofrecer, M. está en un mundo deportivo y acelerado, en una bohemia sin historia ni futuro. Ninguno de los amigos que me presenta da muestras de reconocermelo: entre esto y las cabezas rapadas, el diagnóstico es fácil: fascistas. Jóvenes fascistas blancos que me hacen la merced de ignorarme.

Ni siquiera podría tener con ellos una conversación política. Son fascistas de hecho o fascistas por inhibición. Ignoran el pasado que profesan, la causa que sirven o estarían dispuestos a servir. De una juventud como esta que ha traído el macrocapitalismo se nutrieron, sin duda, las falanges de la Falange.

Todo esto, claro, me aleja interiormente de ella: la tengo ya entomologizada al menos en lo social: lo otro sería más lento. El sexo y el amor también necesitan su cepellón para crecer, como el cedro que voy a plantar en el jardín. Me siento un árbol desarraigado en el mundo de Opel. Ya veremos. O no veremos absolutamente nada.

Almuerzo en el Club 31 con Stampa, que ha venido en ser mi amigo más íntimo, confidencial, inteligente y divertido. José María es un vallisoletano rubiasco, Braun de segundo, que sin duda tiene algo de extranjero bien avenido en segunda o tercera generación. Es uno de los abogados más inteligentes y más cultos de España. Confuso de mirada y saberes, de pronto se produce con una solemnidad y una penetración de artista del derecho. Yo he visto a jueces ya no jóvenes levantarse a felicitarle y llamarle maestro después de una intervención. A su indudable hombría de gran clase añade una cierta chulería vallisoletana que me gusta mucho. Stampa quiere arrastrarme a Marbella para dar una conferencia a unas señoras bien de esas que han descubierto tardíamente la literatura, como otras descubren el crochet.

—Y yo te presento.

Stampa, como el neurólogo Portera, como tantos otros amigos, también ha descubierto tarde que la literatura da más brillo social que el derecho o la medicina. Esta sociedad, en efecto, lee poco y paga mal al escritor, pero le mima mucho. Por otra parte, la propia realización humana se cumple en la literatura y el pensamiento más que en ninguna

otra ciencia, como ellos descubren —ay— tardíamente. Esa ventaja les llevamos quienes nunca hemos hecho otra cosa que escribir. Y, por fin, está el misterio de una segunda vocación, frecuente en el hombre muy cultivado, que ha laborado mucho en su huerto interior, lo que me hace pensar en ese hombre de tres cerebros que describen algunos científicos. Stampa y yo, a la salida del 31, paseamos despacio por Serrano, en una tarde de mayo hospitalaria de sol.

Más tarde he quedado con Opel en una cervecería, y se presenta puntual, vestida de negro, un negro ligero y veraniego. Vuelve a impresionarme esta muchacha con su esbeltez que no es tanto estatura como estilización, más la gracia agresiva de su estilo y la ironía de sus ojos oscuros, inteligentes, quizá cansados de whisky o falta de sueño. Hablamos mucho, bebemos algo y nos dedicamos a profundizar una amistad que nace temblorosa, insegura, llena de vacilaciones y peligros. Hacía mucho tiempo que no me descolocaba tanto una mujer.

Por la noche, bajo los broncos luceros, el cielo claro y la luna que no se ve, el cuerpo desnudo y blanco de Dolor, cuya pasión va creciendo. Una vez nos cogió la Guardia Civil. Anoche no. En España ya no se persigue el amor, pero se vigila tanto que no hay manera de hilar una noche erótica seguida.

Esta mañana me entero por el periódico de que Cela postula ahora, para la Academia, a Jaime Campmany, sin olvidarse de decir que hay otros dos que la merecen. Ante estas amenidades académicas, yo (que soy uno de los citados/no citados) procuro guardar silencio y olvido, sigo a mi vida, mi escritura y mis huidas de la realidad. La verdad es que me siento un hombre libre, un escritor silvano, conocido y perfectamente prescindible, salvo para mí mismo.

A media mañana llama Inés, cariñosa y fuerte como siempre. Nos veremos pronto. Escribo una columna sobre la globalización, que no es sino la versión liberal del totalitarismo fascista o comunista. La democracia capitalista ha caído en la tentación del orden supremo —policía cósmica de unos sobre otros—, y las nuevas tecnologías, que me son tan indiferentes, han hecho posible un totalitarismo entrañable o de rostro humano. ¿Somos libres? Sólo somos libres cuando compramos cosas. El hecho de comprar lo innecesario es libertad en acto.

Felipe González construye y deconstruye su partido, el PSOE, porque no le gusta lo que aportan los demás y él tampoco tiene claro su proyecto, tras cuatro años de fracaso o derrota errática. Este parón del socialismo deja a Aznar en placentera libertad de extender su fórmula liberal, capitalista y globalizadora. El capitalismo, sí, se resuelve, a nivel mundial, en un fascismo blanco. Pero en España ha vuelto a amanecer, como decían los falangistas (cita muy del caso).

Dejo el trabajo a media tarde sin otro proyecto vital que leer hasta la noche: Wilde, Cioran, jóvenes poetisas que me mandan sus libros. Nunca he podido terminar un día sin leer algo de alguien.

Viaje a Marbella. Me hastían los aviones, los turistas, los aeropuertos, los hoteles, me hastía conocer más gente y comprobar que la gente es igual a la gente en todas partes. Setenta millones de turistas vienen este verano a España. Sobre las once están en la piscina del hotel. Son matrimonios que empiezan a embarnecerse, aburridos y asexuados con niños tardíos, porque nadie ha querido perder su juventud como rehén de un niño. Somos la utopía hortera de Europa y de eso vivimos, más que de las privatizaciones de Aznar.

Stampa, encantador, cosmopolita, miope y sabio. Almorzamos a la sombra del mar hablando de literatura. Luego, solo en mi habitación, miro el mar largamente. Un mar lleno de la pululación de lo increado. El mar es lo increado, la mitad de sombra que le falta a la tierra, como a la luna le suele faltar una mitad de sol. El mar ya no me emociona como en la juventud, sino que me devuelve a aquella juventud o a los poetas del caso. Es mucho más lo que uno ha leído del mar que lo vivido en el mar. El mar lo

disfruto más en la literatura. Este gran mar verde y pardo, mediterráneo, sólo me aporta la nostalgia del Ulises quinceañero que fui en sus playas.

La rebelión de las masas que temía Ortega la ha parado el capitalismo jubilando a la gente a los cuarenta y cinco años. Setenta millones de europeos se desplazan unánimes con una carta de embarque en la mano. Eso ha bastado para detener todas las rebeliones y revoluciones. Pero las noticias vuelan al cielo y en los periódicos del avión encuentro que Felipe González ha blasfemado contra Adolfo Suárez, limpia lámina de la historia de España:

—Si por él hubiera sido, no se habría hecho la Constitución.

Como dice mi periódico, «sencillamente brutal». Estoy deseando volver a Madrid para escribir una columna contra ese loco magno y errático en que se ha convertido González. Es ya como un rey despojado y vagabundo de Shakespeare, pero con peor literatura y ninguna lógica. Olvida que lo que no se entiende, al menos ha de sonar bien. Él ni suena ni explica.

Quiere decirse que nuestro partido socialdemócrata sigue siendo un caos. Sólo veo un hombre válido pero usado: Alfonso Guerra, que ha llamado a Adolfo para desmarcarse de la barbaridad filipina. Felipe nunca fue socialista sino socialdemócrata. Sus orígenes son alemanes, como sabemos. La socialdemocracia, como me decía el pobre Fernández Ordóñez, es un pacto entre el capital y el trabajo. O sea, un delicado equilibrio. A González le falló el capital cuando Mariano Rubio y otros empezaron a robar, y le falló el trabajo cuando Nicolás Redondo le montó la primera huelga general.

¿De dónde viene, entonces, la abundancia que coquetea con nosotros? Me ha alegrado mi viaje a la utopía del turismo, porque ahí está la vieja explicación. La fórmula la encontró Fraga en los sesenta con una foto de la plaza mayor de Chinchón, que es la verdadera plaza mayor de España. La foto detiene el corazón. Y un eslogan: «*Spain is different.*» Foto y eslogan geniales que encargó el de Villalba. España sólo podía sobrevivir en Europa como utopía del ocio eterno y el mar dormido.

Tenían razón los falangistas con su democracia de sol y vino.

Lo que me explicaba Pepe Solís, la sonrisa del régimen, a la sombra de un whisky. No hay noticias de España en la prensa del mundo. Somos las Barbados. La reserva de tiempo y luz para la posteridad calvinista, que está en la tierra. Pero el turismo también envejece y el sol ha agostado a estas mujeres que quizá amé hace treinta años o cuarenta. Viven la juventud vegetal de su sol y su agua. Se herborizan en España. Y con su moneda fuerte hace milagros cualquiera: Felipe, Aznar, el que venga. Ese dinero fabrica futuro. Los demócratas nos venden una prosperidad que era la misma de Fraga: España, país hotelero, ah el gran hotel del sol, tan hospitalario. Luego por la televisión hablan de prosperidad, economía, negocios, internacionalismo, etc., pero nuestra única realidad económica fuerte es el turismo, que este año se me ha aparecido en los aeropuertos y las playas.

Pero la idea de España como país/utopía no se me agota en lo económico. Pienso que en ocho o diez siglos hemos fabricado una utopía más que una nacionalidad o un imperio. Galicia es leyenda y miseria, el País Vasco es la utopía dentro de la utopía. Todo el Cantábrico es «musa del septentrión, melancolía», según Amos de Escalante. Cataluña es otra pequeña utopía concéntrica. España/España sólo es Castilla y Andalucía.

Castilla o la utopía de la guerra. Andalucía o la utopía del amor. Castilla vive de la memoria histórica y Andalucía del sentimiento nocturno y árabe. Ni Castilla ni Andalucía existen ni han existido nunca. Castilla es un puñado de godos y Andalucía un puñado de árabes. Esta calidad de utopía y de leyenda nosotros no la captamos bien, pero los extranjeros, tan entrometidos y burlados, del hispanista al *tour operator*, sienten y viven que aquí se beben los vientos o se enciende la música todas las noches, ella sola. Europa nos vive como utopía.



Un extranjero me ha dicho que los Comuneros de Castilla eran la banda de Luis Candelas. Certera ignorancia. En esa certera ignorancia vivimos nosotros.

Felipe González, repito, ha dicho que Adolfo Suárez nunca quiso hacer una Constitución. La falsía es tamaña que todo el espectro político se ha levantado contra él. Veo en esta fuerte declaración dos claves o dos lecturas, como se dice ahora. Por una parte, González tiene envidia histórica de Suárez, que es ya una limpia lámina en la historia de España. Por otra, González quiere arrastrar mucha gente en su caída, y en lugar de aportarle soluciones al socialismo —el PSOE nunca fue sino una socialdemocracia—, está tratando de resolver su problema personal mediante un tremendismo palabron que no conduce a nada, pero le mantiene en la actualidad.

Felipe siempre ha sabido crear titulares para esta sociedad de la información, pero la frase de un triunfador no suena igual que la de un vencido, aunque sea la misma frase. Y todo lo que a González se le habría celebrado y traducido cuando era el hombre-Estado, hoy suena a blasfemia de marginal voluntario, de monologante errático que tiene algo de rey loco de Shakespeare, pero sin la belleza verbal shakesperiana. Y lo que no se entiende —ay—, al menos debe sonar bien.

Afirmaciones como ésta las he hecho ya a lo largo de estas memorias. Pero conviene repetirse, reiterarse, como lo hace González, que la reiteración también es convincente cuando suena a verdad o a música, y menos convincente cuando suena a resentimiento y cabreo. Felipe González siempre se creyó el más listo de España, y a veces lo era, pero nos vendió una socialdemocracia con nombre de socialismo, y hay cosas que puede permitirse un socialdemócrata, como cómplice que es del capital, y no puede permitírselas un socialista puro y duro.

De ahí que el gentío y los grupos empezasen a inquietarse con Felipe y su presidencialismo, hasta que Nicolás Redondo le montó una huelga general, toda España en la calle, y ahí empezó a verse que no había tal socialismo y que los únicos capitales perjudicados fueron los de Torcuato Luca de Tena o don Gonzalo de Borbón, que se exiliaron con su poco o mucho dinero, confundiendo a González con el estalinismo, en un alarde de ignorancia cómica. Torcuato ya murió, de vuelta, pero encontrándose con el puesto ocupado. De mí decía que nunca entraría en la Academia porque «escribiendo pone muchos tacos». Torcuato era un novelista de mucho éxito femenino entre el público de clase media y alta. También consiguió llevar ese éxito al teatro con comedias muy visitadas. Dentro de unos días tengo que ir al *ABC* a la cena de los Cavia. Recuerdo el año que me dieron a mí ese prestigioso premio periodístico. Me emborraché un poco durante la cena y, cuando me correspondió hablar, lo hice largamente, de manera complacida y arborescente, aunque llevaba escrito en el bolsillo un sobrio folio. Camilo José Cela llamó a lo mío un chaparrón de palabras, y tenía razón. La verdad es que los premios emborrachan mucho. Yo creo que lo que tenía en el cuerpo, más que whisky, era un leve ventarrón de gloria que tampoco era para tanto. Los del *ABC* son unos liberales que siguen viviendo de smoking, aunque ha cambiado el equipo y ahora el manda es Fernández Cuesta, de la mejor genealogía del régimen anterior y con el pecado periodístico en el cuerpo, pues la familia regentó el prestigioso *Marca* durante cuarenta años. Se decía que era un periódico de Franco para embrutecer al personal, pero hoy mismo *Marca*, de un grupo capitalista, se vende mucho más que entonces, porque a la gente le gusta el fútbol, qué le vamos a hacer, y el maquiavelismo cuartelero de Franco no daba para tan geniales experimentos de psicología de masas.

A don Gonzalo de Borbón, primo del rey, lo traté mucho en los ochenta. No tenía cabeza borbónica por dentro ni por fuera. Fue un hombre triste con una tristeza concéntrica a su convencional alegría de príncipe de la vida, un metafísico del whisky que andaba siempre con una de sus esposas; recuerdo a la más vigente entonces, una rubia bella hecha de formas que pesan, sobria de palabra y casi hermética, con un

hermetismo que traslucía claramente su paciente impaciencia por el dinero y el apellido del marido, que dinero no tenía ninguno y el apellido se le iba desflecando en exclusivas.

Don Gonzalo procuraba especular con la imagen de su tío, donjuán de Borbón, pero no había nacido para los negocios, al menos para los negocios sucios. De todos modos sacó dinero hacia Suiza, o se lo sacaron, y ha muerto en estos días, de leucemia, en Lausana, paraíso previo de los grandes de la tierra, incluido Borges. El entierro de mi amigo don Gonzalo, aquel bohemio de oro, aburrido y bebedor, se ha hecho en Madrid con la presencia de los reyes y en lugar muy monárquico. A cualquiera le consta que las relaciones de Juan Carlos con su primo no eran buenas, o ni siquiera existían, pero el secreto de las dinastías y las grandes familias está en sacrificar los sentimientos personales al protocolo, en representar siempre ante los villanos el ballet de la armonía y el parentesco mítico. Una cosa que saben las familias reales, reinantes o no, es que el protocolo funciona y hay que aplicarlo siempre. La monarquía es protocolo y la Iglesia es protocolo. El poder civil, republicano, democrático, también es protocolo. La gente cree en las formas porque es lo que sólo tienen unos cuantos. Vivimos tan naturalmente como los primates, pero hay unas minorías de oro que son litúrgicas incluso para pedir un vaso de agua, enterrar a un muerto o declarar una guerra.

El protocolo es la expresión del poder, y cuando ya no hay poder, el protocolo no pierde su eficacia, su magia, su leyenda, mucho más misteriosa no habiendo nada detrás. La ambición de todo protocolo es unir la Iglesia y la Corona, el trono y el altar, para cerrar el círculo del poder con el broche del dinero que no se ve, porque los broches no deben verse, aunque todos vayan muy abrochados.

La justicia es protocolo, el derecho. La liturgia viene de la tribu, del hechicero/mago/dios/jefe. Luego las liturgias se han singularizado, pero todas tienden a unirse subterráneamente en la conjura solemne del poder. Pujol protesta en estos días por el desfile de las FAS en Barcelona. Ese desfile no es más que una liturgia, pero la protesta de Pujol también es litúrgica, hueca y brillante. Él sabe que no se trata de una invasión militar, pero es el sumo sacerdote de Cataluña y ha estado muy litúrgico apelando a una historia que le contradice. Mi viejo compañero de golfería, don Gonzalo de Borbón, ya está enterrado con los suyos, como un dije humano, como una perla de la corona, como una arqueología indestructible y bella. La ruina humana ha sido sobredorada. En estas memorias borbónicas no se propone uno, ni mucho menos, entrar en las intimidades de la familia, ni quizá en las exterioridades, pero me alegro de que el pobre don Gonzalo, que vivió sin un duro, muera recamado de oro. Era un pillo y ya es un número romano.

Cena en el Ritz con Opel. Me interesa mucho esta mujer, aunque no sé bien por qué ni para qué. M. es fina y fuerte, irónica y morena, lleva siempre una ropa ligera y elegante en juvenil, pues efectivamente es joven. Se me declara roja, parece que muy roja, y me cuenta intimidades de familia. M. se mueve entre deportistas, hombres de negocios y esa raza de los gerentes que es la que más temo y odio en el mundo. Pero ella no se toma nada en serio (hay frustraciones familiares, claro), y ha llegado a una especie de escepticismo entusiasta que la puede llevar como a un misticismo laico, pero la vida tira demasiado de ella: el viaje, la aventura, el whisky, el amor, la fiesta y la amistad, la sorpresa y el trabajo gustoso.

Lo que más me gusta de su cara es que tiene los ojos un poco demasiado separados y esto le da, no sé por qué, una expresión de inteligencia. Toda ella es expresión, mirada y sonrisa, como la obra de un impresionista. Es, sí, una belleza impresionista de barbilla en pico y cadera esbelta, un algo efébrica. Ya vamos estando todos un poco cansados del caderamen porno. Hacemos una cena abundante y desganada, hundidos en los mimbres blancos del Ritz, hablando mucho y de todo, pues María se deja llevar, con inquietante negligencia femenina, por todos los meandros de la conversación.

Parece que lo que más le interesa es vivir, y raramente resiste a una invitación. Me cuenta cómo a veces va al hipermercado, «en plan maruja», por oír a las manijas de verdad:

—A veces me mezclo con ellas y les sigo la corriente.

No hay elitismo en esta ironía de lo popular, sino un intelectualismo que no cesa, una crítica sonriente de la vida. Salimos tarde del Ritz, se cuelga dulcemente de mi brazo y paseamos por el Retiro hasta la madrugada. Estanques dormidos, alguna pareja, pasajes de sombra absoluta e inesperadas orgías de perfume.

Hablamos mucho y de todo. Es esa esgrima verbal que lleva a conocerse a una pareja, aunque no está nada claro que seamos una pareja. Ya no me interesa, como antaño, mantener una actitud ante las mujeres, lo más falsa posible, sino que me entrego a una naturalidad de la que nace mi mejor humor, si es que lo tengo. Me importa dejarle buena impresión a esta singular criatura que no se singulariza por nada, pero me siento sin ganas de interpretar un papel. Esta noche de conversación y Retiro, bajo un cielo recalentado, al costado de una brisa como llama inversa, cogiendo y dejando la mano de esta mujer, es suficiente para mí. No siento impaciencia por lo que venga, que no vendrá nada, pero la decepción tampoco va a ser demasiado dolorosa. Estás ya curado de dolores, chico, y siempre tendrás un recuerdo suave y ligero de M., como una sanguina que nos regalaron y ha ido envejeciendo por nuestra indiferencia o por el paso de los astros.

En otra época me habría enamorado líricamente de ella: la lírica es para mí el único dialecto del amor e incluso del sexo. Ahora no. Ahora juego a esto con interés creciente, curiosidad y un exceso de deseo en el que prefiero no pensar. La noche en el parque ha sido perfecta y ligera, cariñosa y viva, hasta que, ya con alguna luz de un nuevo día que no encuentra su camino, tomamos un taxi en Alfonso XII y nos vamos a casa. M. ha sido un baño de agua fresca y despierta. Espero que algún día sea una hoguera clara y violenta. Entonces habríamos caído en la zoología, en el sudor, en la mentira de los cuerpos (que se mienten mucho uno al otro) y en la novela corta que es todo amor. A esa novela esta noche le hemos puesto el prólogo.

Y no me importaría demasiado quedarme en el prólogo. Envejecer es vivir de prólogos y epílogos.

## **CUARTA PARTE**

### **Aznar o el capitalismo de niki**

Heidegger y Céline: el filósofo y el escritor que, después de Joyce, más se han ocupado de la lengua para modelarla, torturarla, hacerla hablar. Verdugos del lenguaje.

CIORAN

## MADRID, PUEBLA Y PLAZA

En la Puerta del Sol, a principios del siglo XX, había vendedores de perros con su racimo de animales sujeto de las correas en una mano. Los perros ladraban a quienes iban a la Puerta del Sol a eso, a ver ladrar los perros, o a oírles ladrar, porque los perros son una escuela de canto como el conservatorio, y el pueblo aprendía a ladrar en la ciudad como se ladra en la aldea, que es como había que ladrar a los reyes, los poetas llenos de odio y las meretrices que te llevan a acostarte con su enfermedad y su desesperación, sólo que aquellos perros se murieron de que no los compraba nadie, y hoy Sol es una plaza burocrática, formal, provinciana sin más vida que El Corte Inglés y las movidas de Ruiz Gallardón, que se mueve en Sol como un Médecis en aquellas plazas inclinadas de Italia. La gran ciudad va perdiendo plazas como el árbol pierde hojas, porque la plaza es la hoja siempre madura del árbol o mapa de la ciudad.

La plaza Mayor no quiere ser la Puerta del Sol, sino que se queda en segundo plano, más histórica que anecdótica, más callada que parlara. Son como dos hermanas o como la Fortunata y la Jacinta de las plazas. Sol es la que ha salido asomada a todas aquellas primeras fotos que hoy tienen calidad de daguerrotipo, con sus tranvías de mulas y sus anarquistas ciegos, Sol es una plaza ligona y quedona, mientras que Mayor es la infanzona de las plazas, seria y honesta con una virginidad de piedra.

La plaza Mayor lo más que enseña es el Arco de Villanueva, como si enseñase el paladar o la entropierna, pero su amor es de piedra y ladrillo, y tiene unas palomas que no pegan, porque a esta plaza más que las palomas le irían unas águilas reales que le sacasen los ojos a la gente con su pico de hierro, y especialmente a los japoneses, que vienen a verlo todo oblicuo y a sacar vídeos de los mesones, creyendo que de las Cuevas de Luis Candelas va a salir Luis Candelas en cualquier momento para bailarse el zapateado de Sarasate y matar a su madre todas las noches, de siete a nueve, que es un número incluido en el programa del viaje.

Así como los perros ladrones le sentaban muy bien a Sol, las palomas no le sientan a la plaza Mayor, que es un Escorial en vaciado, algo así como un hospicio que se creyera El Escorial. Madrid tiene muchas y muy divertidas plazas, pero lo más importante de una plaza no es la arquitectura y el personal, sino los animales que la pueblan. Dice Ricardo Cristóbal que las plazas son para estar y las calles para irse. Y en las plazas están los animales sedentarios, como los gatos de la plaza de Santa Ana, que son gatos que salen en todas las gatomaquias clásicas, y suelen acabar suicidándose por una paloma desde lo alto de esos patios interiores donde huele a domingos adunados y acecinados, más los cadáveres de gatos y palomas, que son la última matanza de la guerra civil. Lo malo de las guerras civiles es que estos patios salen a la calle y la ciudad se vuelve del revés, enseña sus forros de sangre y mierda mientras pasa una procesión que viene de fusilar milicianos.

Esta plaza de Santa Ana tiene un mendigo que se sabe *La vida es sueño* y te la recita por veinte duros, y luego se queda mirando la estatua de Calderón y preguntándose quién será ese señor. En los años sesenta vino a Santa Ana una tribu de pieles rojas que tocaban el banjo, hacían abstracto, metían serpientes en la pensión o vivían en las copas de los árboles. En Santa Ana podías casarte con una cherokee para toda la vida. Ricardo Cristóbal tiene una teoría de las plazas de Madrid, las ha pintado todas, y yo creo que ha descubierto en las plazas el secreto o el remanso de la vida, el moridero de los viudos, que son mucho más dramáticos que las viudas, pues la viuda lo es de profesión: existe la profesión de viuda y hay mujeres que hacen esa carrera toda la vida.

A las plazas van los viudos y los incurables a ver chocar los coches que pasan alrededor, y en la plaza de la Independencia sólo se ve la Puerta de Alcalá y luego el Redro, pero no hay bancos para sentarse en esta plaza entre Carolina y parisina, y de ahí su elegancia de salón de palacio hipotecado, plaza siempre recién barrida por

donde pasan fantasmales rebaños y pastores de ovejas en la madrugada, con su don Quijote cada rebaño, pues las ovejas son las únicas que creen en don Quijote, y algunas hasta han leído el libro.

La hermana desconocida de la Independencia es la plaza de la Lealtad, ambas con nombres de alegoría. Lo que tiene Lealtad es un hotel suizo, el Ritz, que da muy buen consomé, y una Bolsa que es como el casino o la ruleta de Madrid para los que quieren hacerse millonarios en un día. Esta plaza tiene un ala de fuego, que aletea siempre como el ave llameante y prisionera de la codicia de los hombres, ese cóndor avaricioso que late en la conciencia de los ricos.

Esta plaza tiene también un obelisco que nadie ha mirado nunca, pero debe de estar erigido a la memoria de los que ahorraron toda su vida para pagarse un buen entierro. Debajo del obelisco hay enterrada una dentadura postiza, pues el oro tiene un siniestro color de dentadura. Es la más hermosa plaza que se le ha levantado nunca al dinero y ninguna ciudad del mundo tiene una plaza tan fría y aguerridamente financiera. Es la única plaza capitalista de Madrid, cuando las plazas suelen y deben tener una condición familiar, humilde y cotidiana de clase media, de sitio usual, donde la vida se toma un respiro. Plaza con filo de espada, con columnas y escalinata de templo saduceo.

Yéndonos Alcalá arriba, Manuel Becerra más que una plaza es un patio de caballos donde asistimos al arrastre de los picadores muertos. Aquí se despedían los duelos de antaño y se daban la vuelta los tranvías, entre puestos de crisantemos y quioscos de periódicos que ya no se publican.

La gran trilogía de las plazas es Sol, plaza Mayor y Cibeles. En Cibeles está Nuestra Señora de las Comunicaciones, y la diosa Cibeles, que en realidad es el monumento a Isabel la Católica volviendo de las Américas, como la viera Ramón.

En Cibeles hay palacios militares por donde todavía muere a tiros la sanjurjada, palomas «hechas en Correos con las cartas sobrantes del día anterior», el Banco de España, que es un billete de mil, hoy de diez mil, en piedra y acuñaciones misteriosas, y el arranque del Prado, que fue un paseo romántico donde podías encontrarte a Larra y Eugenio d'Ors, ambos confundidos de siglo, Larra con el marqués de Molins hablando de adulterios y conspiraciones. Cristóbal ha pintado todas las plazas de Madrid, desde los Carabancheles a la Guindalera, y ahora yacemos ambos en la plaza de la Paja, que tiene la geometría de Chirico, con su inclinación surrealista, a la sombra del Viaducto, viendo caer suicidas en la noche como estrellas fugaces. De la plaza de la Morería viene un perfume moro que en realidad es judío y perfuma como el menstruo de la hermana de Cansinos-Assens. Don Pedrito de Répide, con tacón rojo, es el primer travestón del racionalismo madrileño, ligando chaperos en las Vistillas, plaza, mientras Ricardo y yo somos ciudadanos de plaza, y nos bebemos el whisky de los concejales y las verduleras, habiendo encontrado en Madrid la geometría apasionada y el santoral de los gatos, que vienen de madrugada a mordernos dulcemente una mano, mientras por la cuesta sube el primer autobús del día, lleno de vacío, y en la estación del Norte gimen su sirena unos trenes desguazados hace mucho.

Madrid tiene vocación aldeana de plaza y es más puebla que pueblo.

Casas de siete pisos, el modernismo galdosiano que ya se le escapa a Galdós de las manos. La guerra del 14, en la que España se limitó a vender mulas a los franceses, hizo ricos a unos cuantos muleros y a otros que no. El capitalismo siempre se nota en la construcción. El capitalismo tiene el tirón para arriba y levanta edificios como babelias, las modernas corralas de un vecindario burgués, esos pisos a los que había llegado el bidé antes que a París.

Por el centro/centro, águilas y cúpulas. El águila de hierro hace su nido en la cúpula de pizarra como la cigüeña en la torre de la iglesia. Era un cielo con guirnalda de oro que anunciaba el gran Madrid. La numerología de los balcones y una finanza nueva, la que

va a derrotar al paleocapitalismo familiar para democratizar la riqueza con el nombre de capitalismo popular (Inglaterra). Cuando yo llegué a la capital estaban terminando la Torre de Madrid, un rascacielos que ya se ha quedado viejo y como familiar. Luis Buñuel ocupaba una de las últimas plantas escribiendo el guión de *Tristana*. Los jóvenes reporteros queríamos entrevistarle, pero yo era un desconocido y a mí no me recibió. Uno ha vivido bastante esa torre, de Nicole Blanchery, tan hermosa, a la amante perdida del gran Rafael Álvarez Ortega, pasando por el whisky místico de Aranguren —whisky de consagrar— y los ángeles rubios, yanquis y femeninos, que discurren por el rascacielos toda la noche, hasta la familiaridad literaria de Fernando Díaz Plaja, o el parpadeo cosmopolita de Alitalia.

Madrid tiene balcones galdosianos que se barajan con la modernidad recordándonos el origen provinciano y menestral de la ciudad, a más de la farola de sainete que antes apagaban los golfos a pedradas, pero hoy los golfos se han redimido y están todos lejos, en una ONG.

En la baraja de póquer de la ciudad moderna salta a veces el naípe viejo de don Heraclio Fournier, como un susto, como un torero en mitad de Azca, como un toro travestido de matador. Alcalá viene cuesta arriba, haciendo un alto en la pulcritud decadente del casino, y allá al fondo vemos la Telefónica, primerísimo rascacielos de los años veinte, cuanto todavía Ramón no había acabado de rizar el rizo perfecto de la greguería. Nuestra Telefónica es algo así como el panteón de Graham Bell.

Y con Alcalá viene a coincidir la Gran Vía, que aquí arranca con igual ímpetu y es, en su raíz urbanística y vecinal, la que inmortalizó Antonio López yéndose todas las mañanas a la acera de enfrente, con el caballete a hombros, para pillar cinco minutos de luz pajaril. Todos los edificios tenían alto barandal, como pantorrillas de cemento, para asomarse siempre a la fiesta de la gran calle, cuando la verdad es que luego no se asoma nadie. Pero los arquitectos habían encontrado en eso de las barandillas una manera de rematar dignamente el inmueble y ponerle balcones al cielo. Como los necesita este pueblo mirón y parlero.

La chistera del portero del Palace ha ilustrado mucho nuestra vida, esa media chistera azul o gris ha enchisterado nuestras amistades y nuestros amores, dándoles dignidad, parisianismo y una nobleza que —ay— no tenía. Cuando Guerra y Felipe se asomaron a una ventana del Palace para celebrar su primera y gran victoria, se vio en seguida que la chistera persistía, que no se iba a hacer la revolución de las chisteras, como se hizo la de los chambergos cuando Carlos III.

El español ha puesto siempre mucho empeño en su tocado, chistera, chambergo o bombín, porque eso remata al hombre como nada y el madrileño tiene una sangre espumosa que necesita tapón para no perderse en divagaciones. La chistera del Palace es lo que le da más mundanismo a Madrid y, al mismo tiempo, lo que más gusta a los turistas, que han perdido las maneras y entran en la rotonda del Palace, circo de tigres de lujo y Salvadores Dalí, con sandalias y calcetines, como unos bañistas guarros. Menos mal que el hotel les educa en la cortesanía de España y aprenden a beber la cerveza sin morrear la botella. Una vez llevé a una choricilla al Palace y, cuando pedí un whisky, la moza dijo «Que sean dos». Sentí alipori y nunca me he sentido tan indigno del Palace como entonces.

Madrid es el sitio donde el balcón vecinal dialoga con el reloj de la torre y los madrileños llegan a la conclusión de que el mundo va adelantado, de que ya no hay costumbres y esto es la fin del mundo. Las chimeneas están en los tejados de Madrid como cuervos tranquilos del tiempo, esperando que se muera el señor del principal, que está muy malito el pobre, no para comérselo, sino para empezar a echar el humo del guiso, que en este caso es *fumatañera*.

El gótico de Madrid son los Jerónimos, un gótico nada floreado, sino más bien sobrio y casamentero, y todas las señoritas decentes se casan en los Jerónimos, que los frailes

han democratizado mucho sus bodas y la que se queda soltera es porque quiere. Los Jerónimos ponen el gótico, la Academia el neoclásico, el Prado pone el Prado y el Ritz pone el postre, más la plaza de la Lealtad, con las columnas de la Bolsa, tan graves (cuando la verdad es que tiemblan por nada, al primer cambio adverso de Tokio), y un obelisco con ala de fuego que sopla siempre, como paloma en llamas, anunciando el oro que hay debajo del monumento, ese optimista color de dentadura que tiene el oro.

Pero Madrid es también arqueología. Sólo se vive mucho cuando uno supera la propia arqueología. Y, para lograr esa superación, la ciudad tiene mujeres actualísimas, en plástico, que se articulan por los brazos y las piernas. Son las esclavas de metacrilato del modisto imaginativo, pero cuando cierra la tienda ellas se quitan la ropa y posan para Schommer como la del Espejo posó para Velázquez, en cueros vivos y purísimos. Hay juventud en esos desnudos articulados, hay un trasunto de la ingenuidad juvenil que llena la ciudad en toda época. Tienen temperatura adolescente los maniqués femeninos y todas se parecen a nuestra primera novia del Retiro. Madrid es joven.

Luego viene el desnudo virtual, castísimo, de la rubia que se ha dejado las medias, de la pantera negra, de las rubias totales, hasta el alma y el ombligo, y un toque de medias negras que lo llena todo de pecado. Porque Madrid es pecado. Pero la ciudad es sobre todo lugar de paseantes en Cortes, de mirones, y hay que darles algo nuevo para mirar, una chica, que llevan un siglo mirando el reloj del Sol y nada más.

Mientras, los edificios inteligentes piensan por nosotros y el edificio Europa, circular, del gran Miguel Oriol, nos devuelve a la gracia primera de la circunferencia. En la plaza de Oriente, las estudiantes rebeldes que hacen cola para la música: está la morenita de boca violenta y está la rubia de cabeza picassiana. Madrid, crisol de razas. Pero yo amo ese desnudo blanco del bar de Bellas Artes, o la luz solitaria del Retiro cuando el rayo de sol descifra la arboleda y todo es sobrio y bello como el Madrid de Larra.

José Antonio Marina me envía sus *Crónicas de la ultramodernidad*. Se trata de una recopilación de artículos y ensayos. Marina se justifica por este «falso» libro, pero yo pienso, muy al contrario, que el gran pensamiento ha sido fragmentario, de Platón a Nietzsche, de Cioran a Marina. Azorín y Ortega hicieron sus libros remendando artículos. Como hoy Baudrillard.

¿Corresponde esto a alguna suerte de economía literaria? No. El pensamiento, en realidad, se ha vuelto fragmentario, cotidiano, casi periodístico, adventicio. Cayeron los grandes sistemas de Kant y Hegel, tan falsos, y hoy el filósofo deviene en una especie de gacetillero intelectual que va dejando jirones de ideas en nuestro pensamiento. No hay grandes construcciones mentales y hay prisa por glosar lo cotidiano, que es lo único que en realidad tenemos. (A ese propósito responde también este libro, como otros míos.)

Marina, en sus crónicas, insiste mucho en la cuestión amorosa o sexual, pues sin duda es lo que más le solicita su público, como a mí la cuestión política. Marina nos llena de información selecta o ideas propias, personales, amplias y comprensivas, sobre el amor, el sexo, la pareja, etc. Yo lo explicaría con una sola palabra: sexo; pero las explicaciones sencillas y breves cabrean mucho a los pensadores —que me lo digan a mí—, porque así no se puede hacer un libro. Poco a poco hila el escritor el copo, como la vieja. Sacrificamos un árbol inocente para hacer un libro pedante.

Y enredamos el asunto del amor porque una respuesta simple decepcionaría al lector, que quiere sentirse «interesante» con su problema personal, como su novela freudiana. Ahora los hombres matan muchas mujeres. Se ha olvidado la expresión «crimen pasional», que tanto expresaba, pero no se nos explican las causas del delito con tanta minuciosidad como las heridas de la víctima. El cien por cien de todos los crímenes periodísticos que tengo sobre la mesa es pasional, sexual.

El sexo y la comida nos arrastran al fondo zoológico de la especie, y por eso, por pudor, les ponemos literatura. Pero el sexo vale como la única explicación de la vida y



de la muerte, sin temor de que yo me haya vuelto también freudiano: otro invento judío de halago al paciente o al lector.

El sexo incendia la vida y los cortinones, lirifica las conductas, mejora los postres, enaltece las ideas, va dorando los cuerpos en la parrilla lentísima y giratoria de los coitos. El sexo supone una activación del riego cerebral y corporal, y no otra es su venturosa enfermedad. Ilumina la vida como el alcohol que estoy tomando ahora mismo. A esa iluminación la llamamos amor.

Y basta.

Pero no basta. El sexo —es el mecanismo de viagra— llena de sangre los cuerpos cavernosos del pene. El deseo sexual, quiero decir, o la acción tan directa, sencilla y natural de la medicina. Ese riego sexual pasa también por el cerebro y lo deslumbraba todo. A ese deslumbramiento lo llamamos amor.

Decían los antiguos que el amor es enfermedad. Querían decir que es una alteración de la mente. Pero, contra su parecer, una alteración positiva. A mí, viagra me ayudó a escribir, cuando lo usaba. Como ayudan el alcohol y las drogas. Pero estamos embriagados de nosotros mismos y basta con que la sangre corra incentivada por el deseo de algo exterior: una pasión, una ilusión, una mujer.

El amor sólo vendría a ser, en puridad, el resto del sexo, su ceniza, lo que queda cuando no queda nada, el cansancio, la piedad, la memoria. A eso llamamos amor: el cuerpo agradecido y vacío de deseo. El pene desangrado (en los mecanismos de la mujer viene a ser lo mismo). Antes me aburría consumiendo literatura amorosa o sexual. Ahora sé que no hay más que sexo, como en las plurales escuelas de poesía no hay más que modernidad.

El candelabro impar que me alumbraba para escribir es el sexo. Pero la herencia religiosa nos ha llevado a mistificarlo y mixtificarlo todo. Cada realidad exige platónicamente una idealidad. Me parece que estamos superando esa tiranía de Platón.

Mientras las ballenas y los pájaros se aparean largamente, nosotros somos una especie promiscua que todavía no ha asumido su promiscuidad, remendándola mediante divorcios, casorios, adulterios, como los mahometanos mediante la pluralidad de esposas. El hombre no ha asumido su zoología, querido Marina, y esto nos llevará a la esquizofrenia, pero cada día escribimos mejor.

Voy de fiesta en fiesta como Rilke de alma en alma o Céline de castillo en castillo. Y en todas las fiestas, en todas las almas, en todos los castillos, bajo el beneficio de la noche, la tornaboda del tiempo, la presencia de lo ido, la cristalera de la fugacidad. Todas las alegrías se me iluminan con la tristeza de la velocidad, que es la tristeza del tiempo, el ala triste del no haber un presente, sino que vivimos de lo que cuelga de ayer, salvándonos de la sombra en un futuro que es la máxima y mejor creación del hombre. El futuro no está en el tiempo sino en nuestra imaginación.

El brillo negro de la masculinidad, el raso del tiempo/acontecimiento, la carne de las mujeres, que es luz ya a esta hora, sólo luz, luz con su perfume dentro. El poder, el lujo o la gloria hacen su trenzado y consabido minué ante mí. Cada vez hay más muertos en las fiestas.

Quiero decir que la muerte, la vida, la enfermedad, la edad, el cáncer, son cosas irónicas y no nos llevan de la vida a lo otro en un instante, como se cree y teme, sino que esta existencia elegante, este tiempo educado y cínico que vivimos algunos, siempre los mismos, les concede a los muertos un plazo de vivos, una temporada de cadáveres elegantes, que es cuando salen y entran con sus sonrisas y medallas, y la ropa les queda desenterrada y tienen la color de la ausencia, estremecedora, pero hay una refinadísima conjura a favor para no decirles nada, para no hablar de eso, para no preguntarles por la salud, porque es uso social preguntar por la salud, y hay una edad en que eso empieza a asustarnos, pero es mucho más asustante que no nos pregunten, que se dé por supuesto que estamos tan ricamente disfrutando nuestra

jubilación de vivos, antes de ingresar en la burocracia negra de la muerte.

En estas vacaciones, en esta temporada de muertos elegantes, de vivos entredudosos, es cuando ellos dan lo mejor de sí, ya sin los odios de la existencia y sin los miedos de la no existencia. La sociedad, por su parte (en esto se advierte lo exquisita, lo refinada, lo madura, lo dulcemente hipócrita que puede ser una sociedad, la nuestra), se comporta con una naturalidad deliciosa, en la que ayuda mucho el saber que el muerto/vivo ya no nos va a quitar ningún premio ni va a contar nuestros secretos, porque los muertos son algo desmemoriados y la desmemoria es lo que les hace buenos, gentiles, mejores, y es cuando por fin empezamos a quererles de verdad, ahora que se van a ir, antes del olvido absoluto que nos dejará la cabeza limpia de la idea de la muerte. En sociedades menos buriladas, en las sociedades agrarias, por ejemplo, el muerto es tratado como muerto, no se le consiente esa temporada de vivo, la gente se aparta de él o no le da conversación. Creen que la muerte es contagiosa, cuando la muerte es lo más sano de la vida y separa en dos al muerto y su cáncer, que ya no tienen nada que ver.

Así, estoy asistiendo al incendio de la generación anterior a la mía, una alta cenefa de hombres y mujeres, periodistas, políticos, cantantes, poetas, intelectuales, actores, empresarios, generales, embajadores, escritoras, bellas pianistas, viejos monetaristas, los numismáticos del oro del vivir, que también mueren: todo el coro del poder y la gloria bajo cuyo beneficio ha transcurrido y se ha corrompido mi vida.

Pronto, pues, empezaré yo a ser el muerto vivo, el invitado cementerial, el premiado enlutecido, el más elegante de todos, porque la ligereza de la muerte, la falta de peso, hace que nos siente mejor el smoking y que las mujeres tengan un escalofrío en el bajo vientre o entre los pechos, pensando que debieran habernos amado en vida, tratando de recordar si fuimos o no fuimos sus amantes alguna vez.

Belén. Belén vive solitaria en un mundo de estatuas silenciosas y espejos abrasados. Belén ha estado siempre ahí, al costado de la cultura, pero silenciosa y con la mirada perdida en su propio verdor. Belén es bella como una mártir y doliente como una amante de teatro. Belén habla poco y siempre dice lo justo. Se embriaga de té, ese té denso de las solitarias, y entonces los ojos se le dilatan como animales de un verde claro y nocturno, creciéndole las ojeras como crece una enfermedad, y Belén fuma de prisa contra ese mal, salvándose en cada cigarrillo, y pasea solitaria, día y noche, por las catacumbas exteriores de su Pompeya interior. A veces voy a visitarla.

Belén tiene la melena corta, el rostro infantil y doliente. Más que crecer ha sufrido, más que madurar está como queriendo pudrirse. Belén es adorable en su presentísima ausencia, con algo de manzana inteligente. «Cuídate», me dice a veces al irme. O cita algo del Evangelio. Belén tiene algo religioso en su belleza, en su apartamiento del mundo, en su capilla nada religiosa de mujeres desnudas, fiestas galantes, gladiadores polvorientos, diosas desmedidas y pintura borrosa que se despinta sola. Belén fuma con manos niñas y entinta sus cigarrillos del morado intenso de sus labios, que es como una sangre teatral o religiosa, falsa, erótica. Quiero que Belén me envenene con el té alucinatorio y espeso que guarda en casa.

Me llama el duque de Lugo para almorzar dentro de unos días. La infanta va a tener otro niño. Jaime, de momento, se va a ver a sus «señoritos» de Suiza. Jaime es un amigo discreto, un camarada del dandismo, o algo parecido, un Borbón que ha salido más borbónico que la propia familia real, una cosa así como la versión posmoderna de la dinastía. Este chico rejuvenece mucho la institución. Como él mismo dice, «soy muy viajado», quitándole prestigio a sus culturas. Y enuncia una verdad profunda, pues los reyes de todos los tiempos han preferido viajar a leer, han tenido más necesidad de dominar tierras que idiomas. La monarquía, toda monarquía, es cruzada, aunque sea cruzada inmóvil. Rey es el que se fascina con la distancia más que con la paciencia. El rey es ave de presa, pura halconería, cetrero de la Historia, o no es nada.

Toda monarquía decae cuando deja de codiciar más tierra, pues el origen de las monarquías es agrario. Las coronas no bajan del cielo sino que se desentierran. Por eso las modernas monarquías se han quedado en decorativas o simbólicas, porque sólo existen a fuerza de cabalgar. El dinamismo de Carlos V es monarquía en acto, imperio, lo único posible. El estatismo de Felipe II ya empieza a ser decadencia.

El rey es un depredador que lleva ese instinto en la sangre. Esto ahora no se dice porque no se sabe o porque no está bien decirlo. Las monarquías democráticas, tan aceptadas, son mera contradicción. La monarquía es beligerante y rapaz. Esto es bueno y malo, según la Historia, pero el contrasentido de las actuales monarquías democráticas no hay teórico que lo salve, ni siquiera mi amigo Anson.

Jaime de Marichalar ha puesto modernidad y popularidad sin popularismo en los Borbones, haciendo como que no hacía nada, yendo a su aire. Los reyes creían que sólo iban a tener un yerno, pero tienen un prototipo monárquico que se encarna en lo mejor de Alfonso XII, en orden a un romanticismo actual de tecnócrata con sensibilidad. Los Borbones actuales están muy lejos del modelo ecuestre, naturalmente, pero el carácter militar del rey es el último rastro épico de una familia real, aunque esta dinastía francesa se ha dado más, desde Carlos III, a la belleza que a la violencia. Todos los reyes son cazadores, como sabemos por la pintura, y el nuestro también. Yo escribí un artículo instándole a abandonar la caza de un rebeco que él perseguía todas las temporadas en Riaño. Y me llamó a casa para celebrar el artículo. Pero la caza real no es sino el último rastro de la tradición guerrera de las monarquías. Todo rey es un bandolero ilustrado, como en Inglaterra es un pirata. La monarquía es acción y de ahí el carácter melancólico de estos Borbones francoespañoles que son ya monarquía estática. Acaban de abandonar las armas y están empezando a abrir los libros. El estatismo de Isabel de Inglaterra lo contrarrestó durante un tiempo el dinamismo guerrero de la Thatcher.

Pero sospecho que Marichalar y yo vamos a hablar más de camisas italianas que de cuchillos de caza.

Ya en una primavera de monarquismos, anoto la cena de los Cavia en *ABC*, a la que acudo anualmente desde que me dieron ese premio. En esta cena, Fernán Gómez, Antonio Franco, Guillermo y Catalina Luca de Tena, los Fernández Cuesta, que se han hecho con la casa, actores y actrices, como la bellísima Lidia Bosch, o Marisa Paredes, Fernando Rodríguez Lafuente, el hombre más interesante de la última generación político-literaria, Luis Alberto de Cuenca, que es su precedente o su consecuencia, no sé (ambos escriben discursos monárquicos, políticos, gubernamentales, me parece, y esto emparenta con la tradición montaraz de los reyes y feudales, que he estudiado más arriba).

La infanta Elena leyó un discurso. Converso mucho, como siempre, con Marsillach, al que luego llevo a casa en el coche del director, Zarzalejos. Adolfo se me confiesa casi enamorado de su hija Blanca, la menor y más fuerte. Comprendo sin alarma esta confesión. El incesto lo inventaron los griegos, o lo culturizaron, porque siempre ha existido.

El superministro Rajoy, Mónica Fernández Aceytuno, una joven y bella ecologista que hace columna semanal en el periódico. Muy ecologista, sí, pero se come un pato abierto en la cena. Pilar, la nueva e interesante ministra de Cultura. Ruiz Gallardón, tan cordial como siempre. Actores y la larga y tremenda lista de los Cavia, donde estamos todos, o al menos *somos* casi todos. Se termina con un «¡Viva el Rey!» brusco, resuelto y militar, las copas en alto. Parecemos casi unos Templarios de smoking. Es un volver al origen de lo que vengo diciendo hoy en estas páginas.

El presidente Aznar le ha dicho una cosa muy fuerte a ETA: «No voy a esperar sentado el próximo muerto.» Aznar, ensanchado por la mayoría espectacular del electorado, parece dispuesto a terminar el tapiz de la transición, cuyo último nudo (gordiano) es

ETA. Al momento de escribir en este memorial me temo incluso que Aznar amenace a los vascos con el Ejército. Al Ejército, ese coloso triste, es fácil sacarle de los cuarteles. Lo difícil es volverle a meter.

El caso del terrorismo no admite soluciones militares por lógica democrática, por decoro, pero es que además esto se manifestaría inútil, ya que el «soberanismo», como se dice ahora, es una cosa que no tiene fin. Nacerán nuevos soberanistas y alguien volverá a regalarles una metralleta, salida de no se sabe dónde.

Los vascos, lentos para el castellano, han encontrado una palabra bella y eficaz, o alguien se la ha donado: soberanismo. Quieren la autosoberanía, ser los soberanos de su destino. Pero no todos. Hay muchos vascos que se prefieren españoles porque siempre lo han sido o porque saben que en un mundo que va hacia la globalización no tiene sentido un soberanismo pequeñito, impracticable fácticamente, perjudicial para el propio país.

Yo quisiera ser el soberano de mí mismo, pero necesito un taxista que me traslade a Madrid, un peluquero que me corte el pelo, un dependiente que me guíe entre las selvas de franela, de la ropa, un periodista que me informe de lo que pasa a través de algún medio, un camarero que me sirva la copa, y así todo el rato.

El soberanismo romántico se convierte en un robinsonismo invivible cuando el mundo tiende a intercomunicarse para facilidad de todos y beneficio de muchos (o pocos).

El soberanismo es el último tributo al yo, ese yo romántico que ha muerto, porque, como ya previera Goethe, «sólo entre todos los hombres se vive lo humano». Los soberanismos emergentes en el mundo no son más que la respuesta precipitada a la globalización, una añoranza de urgencia, una melancolía prefabricada para luchar por la aldea, por la moza, por la costumbre, por el pasado, por el quietismo, por el atraso.

No tiene el hombre por qué perder sus raíces personales, sino cultivarlas en lo más genuino e interior. Lo contrario, o sea disfrazar la nostalgia universal de la infancia de causa guerrera, es una perversión de las cosas que nos perjudica a todos. Los soberanismos van contra la marcha natural de la Historia, determinada por la ciencia y por la técnica. El soberanismo es volver al arado romano, rechazando los tractores y otros aperos. El soberanismo, que se pretende revolucionario, supone una invocación colectiva y violenta al pasado intacto, una nostalgia sin otra salida que la lírica, muy provechosa como nutrición espiritual, pero inaplicable como sistema económico o de gobierno.

Aznar sabe todas estas cosas y por eso parece dispuesto a ganarles por la mano a los terroristas, e incluso a los soberanistas pacíficos. Lo que no tiene que olvidar el presidente es que también hay un soberanismo español, y que ahí hemos sido más débiles —y entusiastas—, entregando España a la OTAN, desde Felipe González al propio Aznar. Una cosa es la globalización y otra el participar de cabos gastadores.

Me cuenta un palaciego lo que ha costado el nuevo yate del rey. Muchos miles de millones. Los empresarios de la zona se lo regalan generosamente al rey, teniendo siempre en cuenta que la presencia real les aporta muchos beneficios, ya que, aunque este soberano no tenga corte oficial, tampoco puede evitar que se formen pequeños o grandes cortejos en torno a él. Añade el palaciego que los viajes del rey, oficiales, diplomáticos o políticos, también abren mercados espontáneos, de modo que otro grupo de empresarios de país incógnito acabará regalándole otro yate a su majestad.

Añade el palaciego que la zona mediterránea está hasta arriba de turismo, y que la familia real no tendrá que pagar costosos hoteles, sino que optará por recluirse en los doce camarotes familiares del nuevo yate. Este yate, en realidad, se dona al Patrimonio Nacional, con lo que el rey se limita a utilizarlo.

Esto de que el rey abra mercados y propugne marcas, sin saberlo ni quererlo, me ha hecho reflexionar sobre el destino comercial de las monarquías en este tiempo de imperativo de la imagen y autoridad de las firmas. Aun cuando se mantenga

pulquérrima, una monarquía moderna, actual, está contribuyendo a que se vendan revistas, zapatos, televisores, esquíes, motos, aperos de deporte, zapatos de ante, y moda femenina.

Una de las dimensiones de una monarquía democrática y liberal es la de su continua e inevitable comercialización. El rey es rentable para mucha gente, aunque luego se diga que no somos monárquicos. El rey se sostiene hoy por su conducta personal, por las FAS, por el equilibrio político, por la falta de madurez republicana del pueblo español, pero sobre todo porque es el hombre/anuncio, el rey/anuncio, y cualquier sitio para donde mire queda consagrado por su mirada y decididamente comercializado.

Hemos llegado con esto a las últimas consecuencias del comercialismo liberal. Lo que vende es el hombre y ya decían los chinos que no abras una tienda si no sabes sonreír. Nuestro rey sonrío muy bien y mucho, con lo que genera beneficios constantemente y para todo el mundo.

Cualquier personaje popular, famoso, glorioso, lo que ustedes quieran, tiene hoy la virtud de volver comercial todo lo que toca. Los santos de antes, empezando por Cristo, sanaban las heridas con la mirada o con las manos, devolvían la vida y prestigiaban el instrumento del milagro. La santidad, hoy por hoy, ha sido sustituida por la comercialidad, y hay personajes que lo cambian y mejoran todo con su cercanía. El primero de esos personajes es el rey, donde lo hay, o la reina de Inglaterra. Los reyes orientales siguen teniendo una presencia mágica para sus súbditos. Entre nosotros, esa magia se ha secularizado y pasa a ser acontecimiento comercial o social, un poco lejano ya de lo religioso, que a su vez también era rentable.

Así, nuestro rey llena las islas, las montañas de esquí, los puertos, es festejado porque trae la fiesta, agente comercial, quién lo diría, y es que el comercio ya no respeta nada. Entre la majestad y la comercialidad, la gente no manifiesta amor por el rey, sino entusiasmo por su capacidad innata y heredada de vender cosas o hacer que se vendan. La monarquía, antes, hacía guerras. Ahora hace rebajas. Es el conflicto entre lo intelectual y lo meramente comercial. Un rey se queda en pura mercadería, sin saberlo, por los beneficios que provoca su paso, muy superiores a los del paso de Cristo o de un santo, como hemos dicho. El alegre capitalismo se apropia de todo, pero sobre todo se apropia de lo más sagrado, respetable, pensante o trascendente. También las procesiones de Sevilla son una ocasión comercial y turística.

El mundo de las ideas ha sido sustituido por el mundo de las marcas. Ya nadie se pregunta por nada. El beneficio lo justifica todo. El rey es noticia porque vende. En principio vende periódicos o revistas. No importa ser el monarca de un país, el soberano de los ejércitos. Importa ser el que más vende en el *¡Hola!* El rey no está sostenido tanto por su majestad como por su comercialidad. Y con él toda la familia real. No se le regala un yate por fervor monárquico sino por fervor contable.

Esto no se puede evitar y pasa con todas las monarquías actuales. Es equivocado creer que una monarquía ha sido mordida por una república o una democracia. Ha sido mordida, más bien, por una tienda de gorros de esquiar, por una fábrica, por unos astilleros, por un restaurante típico donde el rey bebió agua una vez por casualidad.

En cualquier caso, esa mordedura es fatal.

El literato no es otra cosa que el encargado de despertar la atención de los desatentos, hostigar la modorra de la conciencia popular con palabras agudas e imágenes tomadas de ese mismo pueblo para que ninguna simiente quede vana.

ORTEGA

Cuando uno empieza a dudar del sentido de su escritura, de su misión y su trabajo, es bueno encontrar un texto como éste, de Ortega o de otro, que ha escrito con más fe que uno, o con más soberbia, dejando clara y fija la misión del escritor, del intelectual, del hombre que se obstina en escribir hacia afuera, hacia la gente, pudiendo hacerlo hacia adentro, hacia sí mismo, que siempre es menos audaz, pero más tranquilo y satisfactorio.

Ortega es uno de esos ángeles custodios de la literatura que siempre nos echa una mano, mayormente en estos momentos de depresión o desgana porque pasa siempre la obra en marcha, y que son la secuencia peligrosa en que tantos lo dejan. Y para que se vea la cualidad custodia de Ortega, hoy mismo me llega una carta de su hijo Pepe Ortega, el que más he tratado de la familia, durante mi estancia en *El País*, y con el que siempre me he entendido mucho a nivel literario. ¡Incluso le gusta Ramón, como a su padre!

Ortega me manda un libro de su hijo —tercera generación de Ortegas—, e invoca una vez más nuestra amistad, rubricada ahora por un artículo que también me envía. Andrés Ortega. Pero no para ahí la cosa. Gregorio Burgueño, conocedor de mi orteguismo, dice, me remite un tomo del maestro. ¿Pero en realidad ha sido uno tan orteguista u orteguiano? Ortega es a España lo que Sartre a Francia. El pensador literario de que he hablado ya en estas memorias, el escritor/conciencia, el hombre que despierta una época, la zarandea e incluso le dice lo que tiene que hacer. Sí, Ortega es nuestro Sartre y una vez envié a una editorial de Barcelona unos ensayos míos —los primeros y más jóvenes—, y me los devolvieron diciendo que yo era muy orteguiano. ¿Y eso es malo?

Muy orteguiano en el sentido de que me gusta e interesa el escritor que piensa en literatura, y que puede pensar sobre cualquier cosa y pensar siempre algo original o distinto. Esto viene de Voltaire y Montaigne. En España, a ratos, de Quevedo y de Unamuno. Es la forma que tiene el intelectual de llegar a protagonista de la Historia, e incluso a mártir de su tiempo, lo cual es una especie de Nobel inverso y también muy rentable.

Ése es el rumbo que me marca hoy Ortega, con asistencia de su hijo y de un lector/antólogo. Me conforta mucho esta cercanía, me va sacando del sopor sentimental y del descontento vital en que llevo sumido unos días, y que es algo así como unas vacaciones inversas, vacaciones en depresión, no para disfrutar de nada sino para sufrirlo todo sin motivo, porque si hubiera motivo ya no podríamos hablar de depresión sino de contratiempo, que es una vulgaridad.

En estos días de escribir lo imprescindible y con la dignidad imprescindible para mantener «el rango», como me dice Pepe Ortega, en estos días, digo, lo único que hago, aparte de leer y recordar (eligiendo los peores recuerdos), es esperar la noche para una cita ingenua, dulce y sedante con BMW (la he cambiado de coche) o con Belén. Benditas mujeres que saben escuchar, que emanan, ahora por junio —un junio tropical— todo el color olfativo de su juventud, todo el brillo de su inteligencia y la cercanía cálida y sin prisa de sus cuerpos. A cierta edad se descubre que la mujer —algunas mujeres— además de dar guerra al cuerpo puede dar paz al alma. O una cosa en lugar de la otra, según, pero el resultado es el mismo: que me voy a dormir muy consolado de cuerpo y muy lejano de la tristeza, que está ahí, como un bulto de llanto, como una cosa negra, como la ruina previa de este libro ni siquiera medido. Pero vayamos a lo de Ortega.

Quiero decir que la actualidad política hay que denunciarla, y ya lo hago en los

periódicos. La denuncia en libro es casi como hacer historia, aunque el historiador suele guardarse más la retirada. Pero nunca he sabido ni querido someterme a ningún género, sino que siempre hago el mío, que soy yo mismo, como hubiera dicho el citado Montaigne. Me gusta que la escritura se enzarce con la vida «como un fuego con su aire», JRJ.

Así, cuando iba a escribir de la nueva Ley de Extranjería, que es un poco brutal, de la mala voluntad hacia los salarios o las 35 horas, de cómo le asoma a este Gobierno la pluma rojigualda del capitalismo, de los señores que se suben el sueldo a sí mismos, a costa de nuestro dinero (este año me sacan 17 millones de impuestos), cuando iba a todo eso, digo, me llega una carta de Ana Botella agradeciéndome una columna que escribí sobre el último muerto de ETA y la imagen de Aznar secándole las lágrimas a la niña del muerto con sus manos duras de corazón frío, tocando en esa dulce humedad la sangre del padre.

Si uno tiene algún éxito en esto es por la manera de humanizar la política, que a fin de cuentas es lo mismo que hizo Shakespeare con aquellas vetustas leyendas nórdicas que literaturizó. ¿Chantaje sentimental o buena educación, lo de Ana? Nos conocemos poco y de lejos. La carta era casi obligada. El político es siempre un tipo humano que me fascina, nuestro último hombre épico. «No voy a esperar sentado el próximo muerto», ha dicho Aznar. (Pero ahora le critican por todas partes.) Una frase de western.

En cualquier caso, Aznar ha tenido, contra lo esperado, más imaginación y más decisión que los socialistas en el eterno conflicto terrorista. No se ha equivocado tanto como Felipe ni ha escondido nada. Es un hombre duro con la dureza convencida de la derecha. No lucha por el País Vasco. En realidad él piensa que está salvando España. Gracias, Ana, por tu carta tan emotiva, tan femenina, tan sincera y tan mal escrita. Un abrazo.

Nada muere en el hombre mientras no muere el hombre entero. Cuando llegamos a la madurez, nuestro yo juvenil no ha expirado todavía.

ORTEGA

Y de eso vamos viviendo, voy viviendo yo, y en ese espacio sobrante y perdido del yo juvenil es donde me encuentro con BMW, con Belén, o con el impulso de escribir un libro como éste, con la esperanza no ya de que sea el mejor, sino de que sea el primero. A esta edad, la mía, diría uno que todo lo que hace lo hace ya otro, el yo juvenil que me ha descubierto Ortega.

La política, la literatura, el periodismo, la vida pública, el amor. Tengo a veces la sensación de que no soy yo, sino mi doble, quien participa aún en todas estas cosas, quien vive y escribe. Pero no me gusta mucho el tema de los dobles. Prefiero esta gentil explicación de Ortega.

Estoy trabajando con el eterno chico de la tesis —siempre hay uno o una—, y se me ocurre leerle lo que escribí ayer aquí, unos folios. Parece que le honra mucho la confianza, pero en seguida empieza a hacerme fotos. Le interesa más mi imagen leyendo que lo que leo. Eso debe de ser el «yo juvenil» de Ortega: hacer lo que uno no se atrevería a hacer. La utopía, tan bella, del filósofo, se me queda en eso, en una utopía. Vivir en joven no tiene nada que ver con ser joven.

Así y todo, no encuentro mejor explicación que la orteguiana para mi actividad o para algunas de mis actividades. Ese que va siempre más allá de mí debe de ser mi yo juvenil. Lo malo es que luego los libros los firma y los vende un maduro y la gente no le perdona lo que perdonaría a un chico, aunque a su vez el chico nunca escribiría lo que escribo yo. La juventud es pasarse o quedarse corto.

Hoy me escribe un viejo amigo/colega de juventud, uno de tantos que se quedaron en la cuneta. Escribe por el revés de unas facturas, pensando sin duda que eso me humilla. Su letra es confusa y fea (la mía es confusa y mejor). Y empieza: «¿No eres ya lo bastante rico, no eres lo bastante famoso, no te ha dado todos los premios posibles esta monarquía de mierda; por qué sigues engañando a tus lectores analfabetos?» El yo juvenil le da la respuesta inmediata: tu resentimiento me proporciona la dimensión de mi éxito. Gracias. Pero esta respuesta la entierro aquí, no se la enviaré nunca. El yo juvenil hace cosas que el yo viejo rectifica. La hermosa eficacia del silencio sólo se descubre muy tarde. El viejo es menos brillante, pero más pontífice.

Relacionado con el tema del yo juvenil y superviviente está el tema del héroe. «El héroe no tiene costumbres», dice Ortega. Quiere decir que el héroe rompe con todo y su vida es una invención incesante. Pero yo vivo en una cadena de costumbres. La costumbre de escribir, la costumbre de pasear, la costumbre de leer. Siempre he sido así como ordenado y autopuntual, dentro de un desorden y una impuntualidad que han barroquizado mi vida. O sea que esto no es achaque de vejez. Y está claro que el héroe, el yo juvenil, todavía vive en mí, rompe con muchas cosas todos los días, interiormente, improvisa palabras o conceptos, estilos o esnobismos. Eso es lo que me dio una fama de niño terrible que ya no le va a mis años. Pero se puede ser niño terrible hasta la muerte, como Jean Cocteau. Dalí repetía que él era tres veces héroe, pero no se acordaba de explicarlo.

Digamos que la gente percibe en uno más esas rupturas de la cadena de los días y de las formas que la cadena misma, inalterable, gracias a la cual sobrevivo. Soy el mutante de mí mismo, todos lo somos. Me renuevo dentro de un orden, me desordeno dentro de una cadena. ¿Un farsante? Quizá, pero sólo ante mí mismo, como don Quijote, que no estaba loco. Hay que pegar todos los días el salto cualitativo. Como se pega uno la ducha. Son maneras de no envejecer mientras el que va envejeciendo es el otro.

El yo juvenil de Ortega me ha ayudado mucho en la vida, incluso en la juventud, porque todos nos sentimos viejos respecto de la infancia, y quién sabe lo que piensa el niño



cuando caza su último lagarto recordando cuando cazó el primero, un lagarto sumerio, como él mismo.

El yo juvenil, en fin, es el Yo.

Ha estado Pujol en Madrid, cuatro horas en la Moncloa, dialogando con Aznar. Aquel Aznar pactista de la legislación anterior tiene hoy un respaldo de más de diez millones de españoles y se permite el máximo lujo del poderoso, la ironía.

En un hombre que siempre fue sobrio, seco, de lenguaje plano, el poder —inmenso— despierta al irónico dormido, al que ni él mismo sospechaba, a la estatua yacente y eterna del humor, que se burla de la Historia. Pujol ha hecho su espectáculo de mirada baja, de autocrucifixión, de autocompasión, de victimismo, porque ya no puede sujetar a Aznar con amenazas, y prueba a hacerlo con quejumbres. «Catalunya es un país discriminado.» No hay más que coger el puente aéreo y darse una pasada por Barcelona. Todo lo que han hecho los catalanes con dinero de Madrid, a la orilla del mar, desmiente el cinismo clamoroso y humilde de Pujol. La humildad siempre es falsa, pero en Pujol llega al virtuosismo. Baja la cabeza y abre los brazos, con las palmas de las manos también para abajo, para que no se vea lo que hay escrito en ellas. Dice Ortega que el comerciante es el tipo más bajo de hombre. Pujol es ante todo un comerciante. Cataluña había vivido siempre de espaldas al mar, sobre todo Barcelona. El dinero de Madrid ha permitido que Barcelona y el Mediterráneo se den el abrazo definitivo. Un taxista me enseñaba el otro día la deslumbrante Barcelona nocturna y marítima, y le dije algo que no entendió:

—Hay que ver lo bien que lo han hecho ustedes con el dinero de los españoles.

Pero Barcelona me gusta mucho, es muy europea (con ese punto de aburrimiento que tiene toda Europa, menos España), y me alegran estas prosperidades y reformas.

Lo que uno soporta mal es el número de la humildad y la pobreza que hace Pujol siempre que viene a Madrid, mendigo en catalán, menesteroso en millones, abarrotero de las ideas, con trajes que no le sientan (otra cosa sería imposible) y la calva alborotada, con lo bien que queda una calva digna y peinada.

Aznar, frente a este viejo pactista, se ha comportado como un joven irónico, cuando el poder se filtra en ironía, le ha dejado a Pujol hacer su recitado bilingüe e irse luego con las manos vacías. Ya no necesita sus votos. Aznar, ya lo he dicho, no lucha contra los nacionalismos, sino que cree estar salvando España, que es la eterna misión de la derecha, y en nombre de la cual se han cometido tantos crímenes sociales. No creo mucho que Aznar haya cambiado de ideas, pero ha cambiado de procedimientos. Ahora está más duro con los vascos y más clemente con los catalanes, perdedores definitivos de una causa en la que tampoco creían demasiado, sólo culturalmente, o sea nada.

Y ahora, puesto que estamos en la órbita de Ortega, me permito iluminar el problema nacionalista con una cita del maestro sobre los vascos:

«Ser vasco es, sin más, una renuncia nativa a la expresión verbal. El misterioso pueblo vascongado posee un idioma elemental que apenas sirve para nombrar las cosas materiales, y es por completo inepto para expresar la fluencia fugitiva de la vida interior.»

Esta inepticia que expresaba Ortega hace muchos años es la que explica que parte del pueblo vasco haya elegido la violencia como lenguaje, el crimen como sintaxis, la sangre como expresión. No saben cómo romper un círculo que está en ellos mismos, endógeno, y que se remediaría fácilmente con la gramática castellana: Unamuno, Bastera, Blas de Otero. Pero les humilla reconocer eso tan sencillo y tan poco humillante, y prefieren la expresión violenta. Han centrado progresivamente su protesta en el idioma (con olvido de sus reivindicaciones primeras, hoy imposibles, injustificadas), suponiendo que el vasco es una lengua estrangulada por el castellano, porque les duele mucho admitir que el vasco es pobre en sí mismo, «misterioso», como

dice Ortega, pero limitado, más poético que político. Le envidio al euskera su poesía y su misterio. Pero ellos no son poetas y prefieren encerrarse en un alfabeto que es como una alambrada reducida y pinchosa. Podrían dar una gran poesía y están dando una horrible prosa con pintadas de sangre.

Pero me importa insistir en lo de más arriba: los vascos han ido reduciendo sus reivindicaciones materiales porque no son verdad, no responden a una realidad económica, y, sobre todo, porque lo único inalienable que les queda es la lengua y en su carne la sienten escasa. Uno les aconsejaría dedicarse a la lírica, ya digo, y no es ironía. Me imponen demasiado respeto como para derivar hacia la ironía.

Los catalanes, teniendo una lengua abultada y rica, también han ido centrando sus exigencias en la opresión lingüística, que primero han tenido que articular ellos mismos. Pero, en el caso catalán, lo cultural no es sino una coartada para sacar más transferencias. Cultura tienen para dar y regalar. Otro día anotaré una reflexión orteguiana sobre los nacionalismos. Hoy me parece excesiva para estos momentos crispados.

Y Pujol se fue con las manos vacías.

Le han concedido el premio Reina Sofía a Pere Gimferrer, el poeta catalán de quien se puede decir que no le cae mal el premio, sino todo lo contrario. Gimferrer, catalán antifranquista, hizo sus primeros y mejores libros en los años sesenta, cuando escribía castellano por obligación brutal del militar. Hasta que un día explicó que no iba a volver a escribir mientras no hubiera libertad lingüística en Cataluña.

Muy bizarro por su parte. Lo prometió y lo cumplió. Ahora, en plena orgía democrática, ocurre que Gimferrer no escribe o escribe poco o no es tan bueno como entonces. Curioso fenómeno para estudiar en una psicología del escritor: cuando escribe forzado en castellano, deslumbra. Ahora que escribe libre en cualquier idioma, ya no es tan bueno ni tan comentado. Hizo su revolución y se retiró a invernar en la apacible y apaisada prosa. A muchos nos ha ocurrido que escribíamos mejor «contra Franco», según aquella ingeniosidad tan repetida. Es lo que en este mismo libro he llamado «posibilismo». Ocurre que el posibilismo puede estar lleno de misteriosas herborizaciones intelectuales y estéticas. El escritor es testigo y por lo tanto mártir. A lo mejor el martirio de una censura le intensifica creadoramente, pudiéramos decir sin ningún cinismo.

La primera vez que vi a Gimferrer, en una cena de Barcelona, me reprochó que yo no me hubiera ocupado, como crítico de poesía, de *Arde el mar*. Le expliqué que todo aquel año 66 había yo estado enfermo de vértigos. Años más tarde, en un hotel/museo egipcio de Barcelona, hicimos amistad y humor, entre la erudición y la desgana, sobre las figuras de aquel museo breve. Quedamos muy buenos amigos, pero hace unos años que no existo para él. Alguien me explica que yo le gané un premio importante y lo tomó como una afrenta personal. Los poetas son muy sensitivos. Hubiera preferido su amistad al premio.

Pere Gimferrer es el candidato para un premio Nobel al catalán, premio que sería restringido y como menor, premio a una lengua muy culta pero poco hablada, poco escrita. Pero el candidato de Pujol para ese justísimo premio es Baltasar Porcel, a quien la izquierda considera vendido a la Generalitat y a Convergencia. Pere mueve muy bien sus redes y otros útiles marineros en Estocolmo, pero la vía política de Pujol siempre sería más radical y eficaz que cualquier volanta literaria.

Alguien me dice que los dietarios de PG son crónicas culturales porque él no tiene nada que decir y, por otra parte, no tiene ganas de decirlo, de descubrir la intimidad a que obliga un diario. El último y difundido poema de Gimferrer canta la coprofagia, pero yo pienso que confesarse tanto es no confesar nada. La coprofagia, por inverosímil —no por falsa—, se queda en literatura. Como casi todo Sade.

Es como el que cuenta al juez todo lo inverosímil de su crimen porque sabe que no le

van a creer. Un exceso de sinceridad es la mejor mentira. Siempre admiraré al poeta que revolucionó la poesía peninsular y acabó con «lo social». Siempre añoraré al amigo cordial que creo haber perdido, no sé. Pero me fascina sobre todo esa paradoja de que el poeta «secuestrado» escribiera mucho más y mejor en el secuestro que en la libertad desvariante de las lenguas.

La Madre Coraje de la dictadura le amamantó en castellano. Ahora debe de estar un poco desconcertado de no conseguir lo mismo en catalán. El poeta —y más un poeta tan sensible y dolido como Gimferrer— quizá necesita un principio de sufrimiento para llegar al fin. La crueldad irónica de la naturaleza da para eso y mucho más. En cualquier caso, es un poeta que gustará a la reina Sofía.

Me llama Pedro J. Ramírez para hablar de cosas. Parece que Ana Botella lloró realmente cuando leyó mi columna sobre la niña vasca cuyas lágrimas enjugó el presidente. Lo que preocupa hoy a Aznar, y al propio Pedro, es Juan Villalonga<sup>[3]</sup>, que está comprando internets, multinacionales, televisiones, equipos de fútbol, periodistas, gas y cosas. Digamos que Villalonga es aquel gusano de seda que criábamos todos de pequeños, con hojas de lechuga, en una caja de cartón. Aznar tuvo el suyo, claro, pero crías un gusano de seda y te sale un banquero.

El Gobierno tenía que haberse pronunciado ya contra el caso Villalonga, pero les une todavía el gusano de seda. Y la movida de millones, superior a todo lo filipense, que el señor Villalonga ha desatado en España y en el mundo. Aznar debe de estar pensando mucho en este monstruo que mancha su monumental victoria. Las malas compañías de juventud siempre se pagan, porque reaparecen no en nuestros peores momentos, sino en los mejores, para envilecerlos.

Supongo que a Aznar le tienta esa vía de oro que ha abierto el telefónico, y que él le dio a beber en sus manos, como agua con pepitas auríferas. Al Gobierno no le basta con sujetar esa superfetación del dinero que encarna (incluso carnalmente) el señor Villalonga, sino que tiene que conseguir que toda esa corriente y multiplicación de millones no se pierda en la mar, que es el morir, y las operaciones transoceánicas del protagonista, pues la raíz de tanta arborescencia fue el dinero del Estado y al Estado debe volver. A veces es más difícil maniatar a un tipo peligroso que liberar a un inocente.

El capitalismo, aunque sea neo, da esta fauna y esta flora. Aznar ha rivalizado con todo alegremente hasta que la lección de Villalonga le ha hecho comprender el peligro de jugarse la pasta de Hacienda contra la pasta de los trinconeros, burleros, quedones, quilones y otras especies.

Aznar no ha aprendido de Felipe González y su viacrucis. «Nosotros no matamos ni robamos.» A la mujer del César no le basta con ser honrada, sino que lo sean también sus amigas. Aznar fue a buenos colegios, pero todos los gusanos de seda, ya digo, le crecieron banqueros, agiotistas y un poco amarracos. El caso de Villalonga, siendo tan elemental y rudimental, nos ilustra bien sobre el destino del dinero terminal, de las fortunas límite, que acaban siendo hostiles a todo y a todos, principalmente a quienes las propiciaron. Hay toda una psicología del dinero por estudiar en estos grandes financieros y millonarios. El dinero es el mal y si se le deja libre acaba monstruizándose: monstruizando la sociedad.

Por el éxtasis dinerario de Villalonga comprendemos que el dinero está vivo y es un tigre/serpiente que hay que domesticar todos los días, y eso sólo puede hacerlo el socialismo. El dinero no es un metal o un concepto, sino un ser vivo que come de la vida de muchos hombres. El dinero es la serpiente del paraíso, tiene algo diabólico y algo fatal que justifica todos los manifiestos antimonetaristas del socialismo. Sólo un Estado socialista puede enjaular el dinero indefinidamente y obligarle a comportarse. Este dinero alegre y neo del capitalismo es peligroso como un lobo de oro siempre ardiendo. Ya ha mordido a muchos hombres. Acabará mordiendo en el corazón a

Villalonga.

Estatua de oro joven,  
estatua sin labrar,  
rauda acumulación de grandes números,  
cota de malla de monedas rotas,  
garra del halconero de la Bolsa,  
cetrería cruel del numismático.

Numismática en oro de un gigante,  
empeñista del tiempo, pasta urgente,  
ah del capitalismo liberal,  
ah de la libertad de los prensiles.

Personaje prensil, ah del gran mono,  
orangután con móvil, bronce injusto,  
ah Tarzán de la selva financiera,  
recaudador de sangre de los otros,  
éxtasis del dinero en el slip.

¿Qué impotencias del alma, qué cansancios,  
qué oscuras frustraciones,  
qué medallas de lepra de la infancia  
llevan a un hombre a monetarizarse?

Fabulosa alcancía, alma de cántaro,  
cántaro de oro viejo, cobre infame,  
ahí tenéis al prensil, al triunfador,  
gotas de calderilla entre las piernas.

*Fortuna*, el nuevo yate del rey, del que ya he hablado en estas memorias borbónicas, ha tenido su primer fallo nada más salir al mar, en aguas de Huelva o así. Los comentaristas y humoristas han hecho los chistes propios del caso. A uno este incidente le parece más bien metafórico, antes que humorístico.

Quiero decir que nuestra monarquía, de la que tantas definiciones vengo dando en estas páginas, es —también— un yate por estrenar, un yate al que, más que la electricidad, le ha fallado la opinión pública. El rey Juan Carlos tuvo que pasar aciagas pruebas —y el destino se las dio— para convencer a los españoles de que una monarquía pudiera ser no del todo desechable dentro de la democracia socializante y republicanista que se había improvisado. Pero, pese a todo, la monarquía, como el yate, seguirá padeciendo el ironismo de los españoles. Detrás de la ironía, naturalmente, está la palabra «chapuza». ¿Ha sido una chapuza ese barco, un regalo envenenado? Parece que no. Muy al contrario, se han derrochado millones en la nave. ¿Ha sido una chapuza la democracia juancarlista? Todo menos una chapuza. El pueblo español tiene momentos de un monarquismo improvisado y caliente, como tiene otros de un ironismo paralizante o envenenado.

Ante tales procelas, sólo cabe una norma de conducta: no aceptar regalos ociosos o regalos prácticos, no aceptar regalos en general. Porque el incidente —parece que eléctrico, ya digo— con el yate *Fortuna* sería cosa de poco momento tratándose del yate de Fernández Tapias o cualquier otro millonario acuático. Pero se trata del yate del rey, del regalo regio, en todos los sentidos de la palabra, y un cortocircuito se convierte en una burla de la Historia a la monarquía.

He aquí cómo los palacios de cristal que pisan los reyes pueden quebrarse en una distracción. Un rey, una reina, siempre pisan sobre vidrio fino, pues por eso viven en el interior de una copa —el mito— de finísimo cristal que les estiliza y les desrealiza. Los grandes poderes no caen nunca por un gran escotillón, sino que tropiezan en un escalón de luz. La domesticidad está llena de peligros para la familia real, y en mi amistad con el duque de Lugo he llegado a observar cómo este hombre ha sido

educado (a no ser que le venga de nacimiento) en la previsión de los peligros más nimios, en los riesgos de palabra u obra que a cualquier otro se le disculparían. Aceptar semejante yate lleva aparejada una responsabilidad muy grande. El hecho de que se trate de un regalo no aminora la responsabilidad, sino que la multiplica.

Ya he hablado aquí del carácter de rey/anuncio que puede tomar el rey si no se anda con cuidado. Todos los regalos son envenenados, por eso no tiene sentido hablar de regalos envenenados. El yate principia a traicionar a su dueño o depositario. ¿Le traicionará igual la voluntad de los donantes? No está en la condición humana otorgar nada gratis. No está en la condición de las cosas comportarse según la circunstancia. El cortocircuito, o lo que fuere, suele ser contratiempo inocente. Ahora ya ha generado chistes y hasta editoriales. Mucho cuidado con lo que se le regala al rey y mucho cuidado con lo que él acepta. Se ha querido convertir esta donación en escandalosa, pero se ha quedado en chistosa porque hubo una pequeña chapuza. Que los habitantes del barco deshabitado se cuiden de la chapuza monumental, histórica, que nadie sabemos cuál pueda ser, porque precisamente en la Historia se encuentran muchos ejemplos. Yo no sé si España necesita una monarquía o una república, mas, por el general equilibrio de las cosas, digo: lo que hay se cuida o se cambia. Si uno creyese en destinos diría: que la chapuza eléctrica no sea un aviso. Descreyendo de avisos en general, pienso que un yate, como una vida, como una familia, como una barca de pescador, no tiene otro destino que su carácter, ah el carácter de las cosas. No hay dos barcas ni dos yates con el mismo temperamento. Esto lo saben bien los marineros.

Juan Carlos suele llevar su familia, su vida, sus naves, con los apagones y galernazos imprescindibles. Este primer ridículo lo han hecho los donantes. Que el siguiente no lo haga ya el rey ni nadie de la familia. Lo que importa es navegar, reinar no importa.

Por las mañanas resucito del sueño y el sol es la única respuesta a mis preguntas. Digo que «resucito» porque, ya a cierta edad, más que despertarse, en efecto, lo que hace uno es resucitar. Quiere decirse que volvemos de muy lejos, del terror cotidiano de la muerte. Pero la pregunta diaria y nocturna por la muerte es una pregunta retórica, el sueño está hecho con los materiales inmediatos y pueriles de lo vivido el día anterior, o de la inmediata sensación física de frío o calor. No comprendo cómo a Freud y los surrealistas pudo darles tanta literatura la aleación sueño/muerte.

O creo, sencillamente, que mentían. Habían encontrado un tema y lo exhaustivizaron. Sólo los escritores sabemos lo importante que es, después de los griegos, encontrar un tema de dimensión universal. Los griegos agotaron los cuatro o cinco temas fundamentales y a nosotros no nos queda sino una reescritura bella e inútil de los griegos o un repertorio de subtemas. Posmodernidad es hacer filosofía o narrativa de los subtemas, reconociendo irónicamente que somos los «negros» de los griegos, o sus plagiarios, como ya lo fue Shakespeare. Lo único que hemos inventado, al margen de Grecia, es este encanto de lo pequeño. Los griegos conocían sus límites por arriba, gran sabiduría. Nosotros nos hemos salvado por abajo, viviendo y escribiendo en el mundo pequeño y cálido, minutísimo y sugestivo de la cotidianidad.

Toda la filosofía actual se hace como una gacetilla del Ser, como una breve noticia del Tiempo, tal las del tiempo atmosférico. Creo que es la ocasión de matar la metafísica y cultivar la nota de sociedad. La conquista de lo pequeño supone nada menos que la conquista del presente. Al fin vivimos *en* presente y *el* presente. Caída la vanidad de nuestra inteligencia de animal superior, hablamos de todos los pequeños primores que trenzan nuestra vida. Por eso puedo pasar de la muerte a la Olivetti, de la angustia a la máquina de escribir, pues lo que voy redactando en esta vieja máquina son como mensajes de naufrago a la realidad, para que vuelva, y va volviendo poco a poco, en la luz lenta y grande de la mañana, hasta que queda montada la decoración de la vida. Sé que con mi escritura, como el hermano periodista con su periódico, contribuimos a que

el día tome confianza entre nosotros, como un tigre cansado y hermoso, y así vamos creando lo que antes no estaba: la vida. Porque ya he dicho que la muerte sólo es un tema para el vivo —no valen arias trágicas y cómicas sobre el morir, para luego retirarse al camerino a pensar una ropa y un menú para la cena—. La muerte es un tema y la vida, en cambio, la hacemos nosotros todos los días o dejamos noticia y gacetilla de cómo se hace sola.

Me gusta dejar en este libro la noticia pequeña de la vida y asomarme luego a la vastedad baldía y tan hermosa del mundo. Por allá lejos andan los griegos. Nosotros les hemos sobrevivido y gracias a eso desayunamos. Creo que la máxima intimidad y la máxima actualidad se encuentran todas las mañanas sobre el mantel del desayuno, y charlan. De esa charla hago mi escritura, sin ninguna esperanza de nada, pero muy avisado de todo. Escribo en soledad, desayuno casi siempre en soledad. El tiempo me ha dejado muy solitario, que es lo que yo quería, o estoy llamando tiempo a las cuatro cosas que yo hago, y que no son más que anécdota. La soledad y la compañía vienen por rachas o por tornados, pero mi vida tiene una clara tendencia a inclinarse del lado de la soledad. Me miro en la soledad como en los espejos que ese tiempo va retirando de mi vida. Si no te retiras tú, te retira el espejo. Pero en seguida empiezan las llamadas, el teléfono, la radio, el periódico, los amigos, las amigas, el trabajo, la confidencia. En todas esas menudeces se va licuando la soledad y el ser, como el hielo en los vasos de whisky. Me entrego a la actualidad como al fuego, para hacerme soluble en lo disperso y no morir de cuerpo entero o de cuerpo presente. La actualidad es la forma banal del presente, pero también vale.

En otro momento seguiré contando el transcurso completo de un día. De un día de mi vida breve y tan larga ya. Hay que hacer con el día lo que los surrealistas hicieron con la noche: un imaginario y una literatura. Pero hoy falta audacia y prosa o poesía para eso. La gente redacta y casi nadie escribe. Escribir, entre otras cosas, sería eso: ir creando el imaginario de la vigilia como los románticos, los citados surrealistas, los psicoanalistas, etc., crearon el imaginario del sueño. Ése es mi trabajo, realmente, en un libro como éste, a la altura aproximada de las doscientas páginas. Con la política, con las mujeres, con la calle, con la tarea cotidiana, con todo eso y más, ir creando el imaginario del vivir, contra el triste, aciago y brutal imaginario del dormir.

Gobierno y PSOE exigen a Ibarretxe la ruptura de Estella. Todo el drama del mundo vasco es el drama de las apariencias. Los terroristas van de libertarios, los poderes madrileños van de democráticos, los partidos intermedios van de conciliadores, cuando en realidad trabajan para unos o para otros. Estamos viviendo en España un curioso sistema de enfrentamientos: el nacionalismo supersticioso se enfrenta al nacionalismo razonable y democrático de Madrid, necesario para que un país funcione. Las conversaciones con Ibarretxe acaban de fracasar. Aznar habla en nombre de una realidad política, económica, y el otro habla en nombre de una utopía. Jamás pueden encontrarse.

Los etarras están queriendo realizar su utopía a fuerza de muertos, ignorando que los muertos son la simiente de futuras cosechas de odio. Los madrileños están actuando a fuerza de autoridad, muy convencidos de salvar la patria. A unos y a otros les mueve su patria, pero son patrias distintas, sólo que la española es practicable y la vasca impracticable, según creo haber explicado aquí en su día, y empezando por la limitación y la magia de la lengua, que nadie habla ni va a hablar nunca. Los abertzales vascos y su gente parecen reivindicar realidades muy ciertas, pero lo único que reivindican —en el País Vasco se vive bien— son irrealidades muy inciertas, como la antigüedad —incógnita— de la raza o la grandeza del idioma.

Por debajo del conflicto político, España vive hoy un curioso conflicto cultural: es decir, un país que se siente anterior a lo español, aunque no sepa concretar esa anterioridad. Pero ya el plantear antropológicamente la cuestión supone una cultura y una

imaginación retrospectivas en los pleiteadores. Se resisten a aceptar la realidad. El único bloque peninsular que hoy acepta Europa es España, y fuera de España no tienen nada que hacer estos melancólicos de la tierra y la vaca.

¿A qué se debe esta herborización de nacioncitas, pues que el caso es internacional? Yo creo que las grandes potencias —la URSS y USA— silenciaron la personalidad de las pequeñas naciones durante mucho tiempo, en un afán por simplificar las cosas y gobernar entre unos pocos. Al nacionalismo localista hay que dejarle un poco de aire para respirar. El ahogo de todos los años de la guerra fría —fielmente seguida por Franco en España— es lo que ahora explica las floraciones violentas de lenguas y países que siempre disfrutaron con su condición interior, íntima, personal. Por lo que se refiere al Tercer Mundo, está claro que el terrorismo religioso es la máscara de otra cosa, pero en Europa ése terrorismo sólo tiene una justificación, que es más o menos *militar*, antidemocrático, y en lo *militar*, o sea en el crimen, realiza sus objetivos. Todo esto es muy difícil de desmontar y varios presidentes han fracasado ya en el intento.

Son paisitos que todavía no creen en la democracia, sino en la sangre, todavía no creen en la libertad, sino en la fuerza.

Y quieren liberar sus tierras y sus gentes, no saben por qué ni para qué. Lo malo es que esas gentes no manifiestan mucha urgencia por ser liberadas.

Cuando España se decide a ser realista, en fin, y poner remedio a sus males, ocurre que no ha de luchar contra un realismo más poderoso, sino contra una utopía sangrienta. La afirmación del nacionalismo no es sino una excesiva nacionalización del Yo. El Yo, hoy, es Ibarretxe, o su instrumento. La razón y la utopía han conversado en la Moncloa.

No tenían nada que decirse.

Almuerzo, toros y Corpus en Toledo. En casa de los Oriol (Inés y Miguel), Camilo José, Trillo, ministro del Ejército, Simeón de Bulgaria, su esposa, la embajadora italiana, madura y simpática, los Mingote, la mujer de Trillo, muy graciosa y juvenil, pero con cinco hijos (el PP es así). En otra mesa, Marina Castaño, marquesa de Iria Flavia, una infanta ciega, hermana del rey, que está leyendo en braille mi novela *Madrid 650*, y le encanta. Es mi novela más cruel, suburbial, violenta y viva, con violación de sepulturas y cadáveres, crímenes, droga, etc. No comprende uno cómo pudo pasarse unos meses haciendo un libro maldito y realísimo para una infanta ciega y delicada. La infanta me pregunta «por dónde cae eso», e incluso me sugiere que no existe. Le doy datos: off/off Vallecas, el Huevo, la Hueva, La Celsa, la China, etc. Claro que yo lo sitúo en los sesenta y actualmente aquello no son más que barracones de droga y gitanos. Quizá la infanta quiere extender hasta allí su caridad, con más interés cristiano que literario, y ahí es donde dejaría de interesarme el asunto, pues que no creo en la caridad.

Larga conversación con Sisita Milans del Bosch, vieja amiga, siempre entre la ironía y las preguntas fundamentales, siempre cariñosa y burlona, ahora solitaria y siempre bella. Ha adoptado una perra callejera, coja y casi ciega. Alguien diría que Sisita está poniendo en la perra la ternura que no ha querido poner en los hombres. Yo, que también puedo llorar con esa perra y con cualquier otro animal, sé que la ternura de Sisita tiene poco que ver con la de una solterona histérica. Sisita sale de varios matrimonios, muy entera, y lo de la perra no es una suplencia de nada.

Inés, muy bella con un conjunto negro y sencillo, de falda larga. Hoy es la más bella entre tantas mujeres, con el pelo en llama o arboleda loca, hacia un lado. Miguel ha aceptado dar una conferencia en mi curso sobre Velázquez en agosto. Va a hablar del Velázquez pillo, pícaro, cortesano, lacayo, aposentador, que sólo quería la Cruz de Santiago. A los reyes no les interesaba demasiado que pintase ni preveían que iba a ser el mejor pintor del mundo. La pureza que hay en la obra de Velázquez parece que no está en su vida, y esto nos ayuda a separar ética y estética, por higiene. Los sentimientos más sublimes tienen poco que ver con los buenos sentimientos, pero este

equivoco es eterno entre las almas piadosas. La casa de los Oriol mantiene siempre un aire entre militar y bohemio, entre cinegético y aristocrático. Todo eso, hoy reforzado por la presencia del ministro y sus escoltas, por la cosa del Corpus y todo el rebrillo de fiesta religiosa y domingo que luce en Toledo como en una artesanía mora, muy pulida por el tiempo, la luz y las culturas.

Con Cela hablo de su salud. Está haciendo rehabilitación de las rodillas, con bastante cabreo:

—¿Y bien, no?

—Qué va, muy mal. Esto es pesadísimo.

Luego hablamos de la Universidad CJC, que ha tenido problemas provincianos y ya va a ser una realidad. En general, Camilo está cansado, ausente, firme y distraído. Antes de terminar la comida sube a dormir la siesta, según su vieja costumbre. Marina le ayuda. Quiero a este hombre pero comprendo que el Nobel no consuela de ciertas cosas.

Larga conversación con Mingote sobre sus tiempos de *La Codorniz*, inolvidables para ambos, aunque yo sólo los viví de lejos. José María Stampa, sobrio y amigo, como siempre. Piluca, cariñosa y atractiva, la más sencilla y menos mundana de todas, pero muy irónica e inteligente. Casi siempre relaciono la inteligencia con la ironía o a la inversa. Cada día comprendo mejor que no hay un saber no irónico. A la vuelta veré la ciudad, desde el coche, en torno a la plaza de toros. Corpus por la mañana y toros por la tarde. España sigue fija en sus grandes tótems. Los políticos y los intelectuales seguimos hablando de modernidad porque no nos asomamos a la España real, iluminada por sus domingos claros, anchos, antiguos, tristes y profundos. Antes el Corpus caía invariablemente en jueves. Ahora la propia Iglesia lo ha readaptado todo, porque está en crisis y pone en crisis a sus fieles, que optan por la corrida.

Creo que la gente del almuerzo, salvo algunas adherencias diplomáticas o monárquicas, formamos un «cogollito», como diría la odiosa Verdurin, un núcleo ágil y flexible de amistad y admiraciones recíprocas, una taifa culta, madura y hedonista en cuyo interior se vive acogido, cálido y conversativo. Poco más se puede desear a estas alturas que unas amigas bellas y sabias, unos amigos triunfadores sin petulancia y un grupo fiel a las citas, a la amistad y a los gustos comunes.

De vuelta a Madrid, con Sisita al volante, el verano es un imperio de sol sobre el mundo y Madrid está desnudo y limpio como una espada de piedra en mitad de la vida. Creo que todos podríamos reconocernos en la perra ciega y coja y que todos hemos encontrado, como ella, una mano sabia, acariciadora, y una amistad fija, a veces perruna, a veces soberana.

*A Inés*

Toledo.

Vasija mora en la mitad del tiempo,  
Toledo como un Corpus neomozárabe,  
como un domingo agreste y muy español,  
Toledo va a los toros como al Corpus,  
escalinata de culturas viejas,  
catedral como un barco sumergido  
en los mares de cielo de la tierra.  
Alfarería ronca de Toledo  
brillando al sol antiguo de los montes,  
rosa de oro del Corpus, hoy pagano,  
domingos de Toledo, sol y viento,  
con la Historia revuelta por el tiempo.  
Y una plaza de toros o mezquita  
donde toreros tristes, de segunda,



se encuentran con el toro, gran Osborne,  
y con un pueblo duro, campesino,  
que vive sobre un plano vertical  
esperando que el aire se derrumbe  
por morir en el Tajo, que es el cielo,  
eso que pinta el Greco los domingos  
cuando los reyes duermen hidropésicos.

Almuerzo en un jardín con Oriana. Junio despliega todo su color como un cachalote que agonizase a nuestros pies. Oriana, morena, delgada, ceñida, bella, erótica y sentimental como siempre, vieja amiga, amor inédito, no hay forma de cogerlo ni dejarlo.

La mujer libre está presa de sus principios y la mujer sin principios está presa de su libertad, no quiere perderse en el sinsentido de la vida. La gran clase de Oriana falla en las uñas y en los refranes, pero se la puede querer igual. Hablamos mucho, vivimos mucho y nos despedimos hasta muy pronto.

Después voy a la cafetería habitual de Belén. No la he llamado, no he quedado con ella, no espero que acuda a una cita que no hay, de modo que tomo mi café tranquilo, sólo por el gusto de estar aquí, de frente a la silla vacía que ella suele ocupar otras veces. Cuando miro a la silla, la silla mira para otro lado, como la amiga fea que ha venido a hacer las veces y ahora se avergüenza. De pronto, cuando me iba a ir, Belén. Esto, a posteriori, se denomina intuición. ¿Intuición suya o mía? Belén viene elegante y patética.

—Anoche ha muerto mi abuela. Me vuelvo al tanatorio.

Nos sentamos un poco y me explica detalles.

Su abuela tenía noventa años. Me parece que a esa edad lo más razonable es morirse. No padecía de nada. La vida era su gran enfermedad. Su cuerpo ya no soportaba la vida, su alma ya no soportaba la salud. Belén es muy inteligente y así lo entiende. Me parece que la abuela es una de las primeras personas que se le mueren en la familia, su primer encuentro con la muerte. Pero Belén comprende lo que le digo, o lo dice ella misma. Entre el tópico y el ocasionalismo, guardo silencio. Belén, de cuya belleza trágica ya he hablado aquí, está hoy, sin cremas ni carmines, más trágica que nunca, con las ojeras hasta media mejilla, los ojos verdes muy abiertos a la nada. Adorable.

Saca unos cigarrillos de la máquina y se va en seguida:

—Y ese sitio tan poco mortuorio —es lo último que ha dicho, antes de volver al siniestro tanatorio de la M-30, por donde pasaremos todos, vivos o muertos.

¿Por qué ha venido aquí hoy, a esta hora? ¿Por qué no ha comprado los cigarrillos en otro sitio? Con la conciencia adormecida por el suceso, a lo mejor el subconsciente la ha traído al sitio de costumbre.

No creo en las intuiciones, pero al menos la he visto.

Por la noche, en casa, el último Bukowski de Anagrama. Sus últimos diarios, del 91 hasta la muerte (creo que hay más material inédito). El anterior diario de Bukowski me fascinó. Pasados los setenta, el viejo se había refugiado en el diario íntimo. Suele pasar. Es lo que estoy haciendo yo, y no por cansancio ni desdén de nada, sino porque los últimos días o años de nuestra vida se nos vuelven a todos mágicos y luminosos. Bueno, no sé a la abuela de Belén. Con cuatro temas bien jugados —los caballos, el ordenador, el alcohol y sus nueve gatos—, Bukowski compone una novela real que vale más que cualquiera de sus novelas. Porque en toda vida siempre está ocurriendo una novela, y eso sólo lo descubrimos al hacer un diario. Bukowski lo descubrió magistralmente en el libro anterior, como digo, y se supera en éste. Grande y entrañable canalla a dos pasos de la muerte (1994).

Bukowski hace maravillas con el pequeño tema de las uñas de los pies, que nunca se corta y le molestan. Como gran aficionado a la música, sabe que un tema menor debe

caracolear siempre entre los temas mayores. Es exactamente lo mismo que vengo haciendo yo en este libro. Sin duda he aprendido de estos grandes norteamericanos, mucho más renovadores que los caducos europeos: Mailer, Miller, los *beats*, Bukowski. Siempre que trabajo en un género determinado me gusta leer cosas dentro de ese mismo género. Y Herralde, que es un ángel, me manda oportunamente el penúltimo Bukowski.

Antes, B. me gustaba menos. Ahora comprendo que B. es un memorialista (sólo sabe hablar de sí mismo) y un poeta. La novela y el relato corto los hace mejor cualquiera, en USA. Pero, como todo escritor, tuvo primero que triunfar en lo comercial para dar luego su verdad: el lirismo en verso y prosa. Lo mismo que uno.

Sólo que uno no es Bukowski.

Cena en mi jardín. Reúno unas veintitantas personas, seleccionando mucho. Es la última noche de junio, ligera y perfumada como no sé qué embarcación en la que vamos todos sin movernos del sitio. Mis viejos y amados árboles, mis grandes árboles y mis pulcras y desveladas flores. Camilo, cordial en su hombridad sobria y perpetua, aunque adolorido y añoso. Marina me pide un libro anglosajón y se lo doy encantado. Los entrañables Perelátegui. Los Tamames. Ramón, reiterativo y cordial en varios idiomas. Carmen, con esa mezcla de elegancia y sexy que es lo suyo. Los Oriol. Inés con un traje de línea, impecable y atractivo para quienes gustamos de las delgadas. Grata conversación literaria con Miquelo, en torno a palabras mías como *putrefaccionar*, «los animales sólo piensan cosas prácticas» y «el arte es la forma más social de la locura, pero es locura». Todo esto a propósito del genoma descifrado, que nos va a hacer a todos adolescentes, aunque a mí no sé si me dará para terminar estas memorias. Mingote me trae un dibujo asombroso de caligrafía e imaginación. Sisita, solitaria e irónica como su perra. Con quien más hablo es con Camilo, viejos tiempos, viejas literaturas, y luego le saco hasta la calle, cogido de mi brazo, apoyando nuestras miserias el uno en el otro. Marina se lo lleva en su gran coche. Máximo callado y con la mente a tope, como siempre. Le quiero mucho a este amigo paleolítico y actualísimo.

Tres mesas en el *green* crecido y suave. Camilo respira a pleno pulmón:

—Qué bien se está en tu casa, Paco.

Vieja amistad, viejo maestro.

Los Portera, con vinos, bufones de Velázquez y una cordialidad entregada y noble, que valoro mucho. Tamames me regala bolígrafos. A Carmen le entrego unos cactus —ofrenda anual— que le debo, porque este año no voy a poder ir a su fiesta: Ymelda nos convoca a los autores a la inauguración de su piso en Espalter, todo un síntoma sutil de su nostalgia de Madrid. Coinciden las fechas. A finales de temporada todo el mundo da su fiesta de despedida —yo también—, cuando llevamos todo el año despidiéndonos. Deliciosa rueda de la amistad, que llega a la reiteración por cariño. Pepe Stampa y Piluca llegan tarde porque se pierden. Pepe es mi amigo más secreto y Piluca una amiga de secreta cordialidad nada social ni convencional. Mi primo Perelátegui me dice:

—Cuando os veía salir a Camilo y a ti, del brazo, me preguntaba quién de los dos se iba a derrumbar sobre el otro.

El humor cruel que tuvo José desde la adolescencia.

Y más gente que se me olvida.

Hace poco anoté en estas memorias que el yate *Fortuna*, donación de unos cuantos ricos al rey, iba a traer problemas. Era un error haberlo aceptado. Así se lo dije a Trillo, hoy ministro de Defensa. Y he aquí, al cabo de una semana, el primer problema: ETA amenaza a los ricos vascos que financiaron la donación. Primero la bomba inexplicable de Las Arenas y ahora el mensaje explícito del castigo a los «monárquicos» vascos.

ETA quiere para sí todas las subvenciones. Nada de impuestos revolucionarios al rey. Cuando muera o vuele el primer empresario, Juan Carlos comprenderá que yo tenía

razón (lo dije también en la prensa) y el yate quedará salpicado de sangre para siempre, inútil. Juan Carlos entenderá en estas memorias públicas y privadas que mis advertencias a la monarquía no son un juego progre, sino una reflexión desinteresada sobre la realidad.

Nuestra monarquía vive bajo el volcán, no hay que ignorarlo, con golpes maestros como casar a Jaime *Winterthur* con Elena, y golpes equivocados como lo del yate. Consideremos la realidad total de España —Euskadi es España— y los riesgos que esta convivencia depara. Ahora mismo el yate *Fortuna* ya no es la fortuna ni la alegría de los Borbones. Hay hombres que pueden morir por generosidad. Juan Carlos hizo posible la democracia y le aconsejó como su mejor amigo. Nadie se había atrevido a criticarle lo del yate. Yo lo hice y mi crítica no era gratuita. Ha bastado una semana para que el error estalle en sangre, o casi. En inminencia de la sangre, que es peor.

Como escribí aquí hace poco, lo que hay se cuida o se cambia. Cuidemos la monarquía al máximo ya que no parece llegado el momento de la república. Y cuidar la monarquía no supone mimarla (ya he contado mi conversación con la infanta ciega, doña Margarita), sino aconsejarla, advertirla, preservarla. Incluso quienes quisieran o quisiéramos un cambio, deseáramos que ese cambio fuese incruento. Tampoco una república puede nacer de un géiser de sangre. ETA aprovecha astutamente el antimonarquismo de los españoles: «Y en eso se gastan el dinero...» No hay que dar armas al enemigo. Y menos cuando la propia panoplia es débil.

Ahora navegar va a ser más difícil. Y repito con los griegos y conmigo mismo: lo que importa es navegar.

Después de escrito lo anterior, la bomba de Las Arenas y la amenaza explícita de ETA: no consienten que los ricos de Neguri, la gran banca vasca, se gaste el dinero en hacerle regalos al rey. Si el rey quiere un barco, que se lo compre. El rey no necesita impuesto revolucionario. Ellos sí. En cualquier caso, el yate *Fortuna* queda previamente marcado de sangre hipotética. La familia real no puede arriesgarse a que les sorprenda un crimen de ETA, por esta causa, ya en alta mar.

¿Quién navega en un barco de sangre?

He escrito columna aparte en el periódico para denunciar esto, que está pasando inadvertido por el caso Villalonga. Pero la mirada de memorialista se me ha adaptado ya a la presencia de los Borbones. Y a los Borbones siempre les pasan cosas.

Saltando hacia atrás, de los Borbones a los Austrias, escribo una conferencia sobre los bufones de Velázquez —el otro Velázquez, el maldito, el que me interesa— para mi curso de El Escorial sobre el gran pintor. Antonio López, una tarde me echó tal sermón sobre la pureza e intangibilidad de Velázquez, que me apetece llevarle la contraria: ahí va el tema del rollo de la cosa. Miquel Oriol, por otros caminos, también desmitifica bastante al hombre Velázquez, que algunos tienden a confundir con el pintor genial.

Y es que en España al genio se le exige además que sea santo.

Enanos, bufones y hombres de placer llenaron la corte de Felipe IV, en la que se mueve Velázquez como logrero y trepilla, por un lado, como pintor regio, por otro, aunque aquellos monarcas nunca tuvieron mucha noción de acoger en sí al mejor pintor del mundo. Pablo de Valladolid, que sale en una novela mía y soy yo, el bufón Barbarroja, don Cristóbal de Castañeda y Pernia, el bufón llamado don Juan de Austria, el bufón don Diego de Acedo, el Primo, don Sebastián de Morra, Francisco Lezcano, el niño de Vallecas y el bufón Calabacillas.

Como viere el lector, casi todos esos bufones tienen el don, pese a ser poco menos que mendigos. Hasta hace pocos años, fatigando los caminos de Castilla (verbo que se atribuye a Borges y lo plagió de Quevedo, «fatigué de Alemania su gran río»), era frecuente, digo, encontrarse a un mendigo pedigüeño que antes de solicitarte limosna te preguntaba por el don:

—¿Usted tiene el don?

—Pues más bien no, perdone.

—Entonces me dispensará de que no se lo aplique. Yo soy hidalgo y sí que lo tengo.

(Tener el don era más o menos como tener el bachillerato.) Camilo José Cela cuenta de un hidalgo hambriento que le negó el don. Los bufones y enanos que se acogieron a la corte de Felipe IV carecen casi todos del don, pero se lo otorga el hecho de trabajar para el rey y las infantas, como respuesta masculina a las meninas, de origen portugués y servicio femenino a las dichas infantas, así doña Margarita, hija del rey Felipe, delicada niña rubia que daría mucho juego en la baraja de las sucesiones reales, y a la que Velázquez saca en *Las meninas* y en otro retrato un poco chapucero, ya tardío, que posiblemente terminó su yerno, porque la adolescente doña Margarita era más guapa.

Y ya estamos con las meninas, a las que vamos a dedicar un curso. Isabel de Velasco es la más desagradable y desnivelada de ellas, con cuerpo de niña y rostro adusto de mujer, lo que la hace monstruosa. Sin duda, estos personajes no tienen otra misión en el Alcázar que glorificar por contraste la belleza de la familia real, que nunca es mucha. Pero a las meninas, como he dicho, o quizá no, les dedicamos este curso entero, *Noches con las meninas de España*, música y plagio de Falla, porque yo creo en la continuidad de la cultura española y su charnela o solución de continuidad es eso, el plagio, todo un arte sagrado que se ha practicado siempre. La posmodernidad, ya superada —hoy estamos en la ultramodernidad, según José Antonio Marina—, siempre valoró más un Picasso falso que uno auténtico, como es el caso de Elmyr D'Hory, amigo de Orson Welles y residente en Ibiza, a quien conocí poco antes de su merecida y gloriosa muerte de delincuente genial.

Pablo o Pablillos de Valladolid, paisano mío a quien saco en mi novela *Los helechos arborescentes*, triunfal en Francia y desconocida en España. El personaje iba de negro y golilla blanca, era triste, recitador y tripón en una corte donde gustaban mucho los recitados. Hizo carrera.

Don Cristóbal de Castañeda y Pernia, alias Barbarroja, era bufón de mucha apariencia, grande y feroz (fuera el tópico de los bufones enanos), y su retrato resulta velazqueño en el rostro y el ropón que lleva al hombro izquierdo. En lo demás puede que lo terminasen en el taller de Velázquez, a veces regido por su yerno, ya que la calidad desmerece. Rubiasco y de ojos agudos, no parece hombre de placer, pero debiera serlo.

Y aquí debo aclarar que la expresión «hombre de placer» no se refiere a lo que ustedes están pensando, sino a hombre divertido, sugeridor, ocurrente y osado, justamente un bufón. El apellidado donjuán de Austria tiene sentido y justificación en una corte que aún se burlaba del bastardo Juan de Austria, porque el talento de las familias suele ir a los bastardos, en su complicidad genética con el pueblo. Donjuán de Austria iba de chapiri y plumas, capita corta, atributo, calzas flojonas y zapatos. Velázquez le pinta con una armadura a los pies, como aludiendo a la heroicidad caída. Es señor de mostacho y humor triste, quizá dolorido de burlar a donjuán de Austria, tan querido de las Españas.

Don Diego de Acedo, el Primo, es un busto de caballero con infolios, tocado de gran ala negra, rostro noble y cuerpo a medias, con el mismo fondo borrascoso y abstracto que Velázquez les pone a los reyes, quizá porque todos están habitando el mismo Alcázar frío, sufriendo los mismos rigores y contando la misma historia. Don Diego es correo real y oficial de estampilla, y el apodo de Primo le viene seguramente de que Felipe IV le consideraba caballero cubierto, o sea que podía permanecer tocado delante del rey.

Conviene aclarar que todos estos criados y bufones tenían a su vez otros criados, con lo que la España negra del culto al feísmo llega hasta Coya y Gutiérrez Solana. Es, quizá, el momento de preguntarse qué hacía tanto monstruo en una corte que

dominaba el mundo. En principio hay un rastro de primitivismo que es lo que supone siempre el deleite en lo feo, en lo malogrado, en lo grotesco, que viene de gruta. Pero los bufones no son exclusivos de la corte de España. Aparecen también en otras cortes europeas. Las meninas y los bufones puede que sean un espejo deformante donde se miran los reyes y nobles sabiendo que ellos no son así, corroborando su creencia de que el pueblo es inferior, más feo, y por eso la monarquía absolutista se justifica: si los españoles son así, no salgamos de la corte para nada.

Finalmente, está la conclusión puramente estética de que los nobles necesitan contrastarse con los innobles para asegurarse en su hermosura: trajes y escenarios. La menina y el bufón están justificando un orden estético y un orden moral. Hay una raza superior que es la de los reyes y aristócratas. Esto hay que tenerlo siempre muy a la vista para seguir justificando injusticias.

Don Sebastián de Morra tiene cabezón de hombre moreno y triste. Las manos y las piernas muy cortas (Velázquez le pinta sentado), pero la mirada cenecia e inteligente de quien asiste a sí mismo. Se dice que Felipe IV le valoró mucho y le dejara prebendas. ¿Qué alegría puede dar aquel hombre que nos mira con hondura desde la desgracia de su condición?

Eterno enigma de las meninas y los bufones en la corte de los Austrias, enigma al que hemos querido acercarnos, con caución y delicadeza.

Francisco Lezcano, niño de Vallecas. Cabezón de subnormal, manitas de tahúr torpe —ah la España tahúr que evoca Machado—, patitas cortas y zapatos de niño. Pese a esa cabeza desfalleciente, parece que el niño de Vallecas era de vivo ingenio y muy apreciado por Velázquez, que le hizo el mejor retrato en su galería de bufones. Participa del fondo grandioso de todos ellos y de los reyes. Velázquez es aquí irónico, como veremos después, y no da más noble cobijo al rey que al príncipe o el menino.

El bufón Calabacillas lo era de apellido y no sólo porque Velázquez le pinte unas calabazas al lado. La calabaza, usada entonces en cirugía para remendar cráneos, quizá explica alguna quiebra ósea del personaje. Calabacillas es entrañable porque pudo ser inteligente, tiene los ojos soñadores y desnivelados, sonrisa de encías —grave síntoma— y todo él un aspecto usado de poeta de provincias. Conmueve porque se ve que está a un paso de haber sido poeta lírico de flores naturales. Usa gorguera despeinada y elegante, como en un dandismo previo, reúne las manos con gentileza, es proporcionado de partes y a mí me conmueve porque veo en él al bufón/dandy. Con esto se cierra la galería de bufones (las meninas van aparte, ya se sabe, en lo que pintó Velázquez).

Pregunta fundamental y definitiva. ¿Por qué Velázquez, inmerso en la corte, como deseaba (y de esto nos hablará cualquier día el gran Miguel Oriol), se dedica a pintar meninas y bufones, que nada podían aportarle de inmediato? En principio, porque, como dijera Picasso, «si la miseria pudiera comprarse yo me arruinaría». La miseria es mucho más expresiva que la riqueza, intelectual y estéticamente.

De otra parte, cansado de pintar reyes e infantes en caballos fingidos, a Velázquez, como a todo creador, le atrae la verdad absoluta de las meninas y los bufones, de unos seres que no tienen fingimiento, o son de fingimiento tan deplorable que él los descubre mejor que nada. Velázquez está harto de pintar la belleza de los Austrias, que son feos y mandibulones, y cada vez que saca un bufón está sacando la miseria nocturna de un Alcázar que quiere putrefaccionar. Velázquez es la pureza, la exigencia, la distancia, el equilibrio, como ha dicho el gran Antonio López, pero eso tiene un revés, como todo en el hombre, y es el tirón atroz de la miseria mental, de la pobreza, de la torpidez, agravado por la complacencia de los reyes en meninas y payasos de nacimiento. Velázquez, el cortesano trepilla que ha biografiado Miguel Oriol, se toma venganza en la fealdad de los reyes, disimulable, pintando la fealdad de los bufones, injustificable. Las meninas y los bufones de Velázquez son la respuesta de un genio a las

imposiciones de la corte.

Por eso traemos aquí meninas y bufones. Por dar la España miserable, caliente y poderosa en sus alcázares que dominaban el mundo, pero habían hecho utopía absolutista de una España que entraba en decadencia con el Gran Siglo, y Velázquez, pintor oficial de realezas, anticipa la caída España —«Si España cae, niños, quiero decir si cae», César Vallejo— pintando meninas y bufones que son el resumen trágico de un pueblo, de una historia, de un pintor.

El liberalismo. Vengo reflexionando estos días sobre el liberalismo que nos ha traído Aznar. El liberalismo es una palabra que tiene toda la fascinación del XIX, y quedaba muy bien en los ateneos, los casinos y los círculos, como un deslumbramiento de modernidad y cosa venidera.

El caballero iba al Ateneo Liberal por la tarde y su señora iba a la novena. El liberalismo va muy bien siempre, salvo en las épocas de libertad. Y esto es lo que ha pasado ahora en España: un conflicto entre la libertad de la calle y el liberalismo del Gobierno.

El liberalismo, cuando se toma por libertad, trae el día del orgullo gay, las *stock-options*, la acción de oro (que Aznar va a aplicar a Villalonga, si sigue de niño malo), y la kale borroka. El liberalismo es un tema académico y una cruel realidad financiera, pero la libertad es una verdad esquinera que se lleva por delante a los liberales de chistera y a los contables en mangas de camisa del señor Rato.

No han sabido prever el encuentro entre libertad y liberalismo, que son cosas contrapuestas y conflictivas. La libertad la trajo el socialismo, Felipe González, y el liberalismo lo han traído unos chicos económicos que se licenciaron en Washington, a la sombra apaisada de Fukuyama.

La España socialista era libre hasta que vino el liberalismo. El liberalismo no es la libertad, claro, sino su exquisita teoría ateneística. Un Estado liberal es tan militar como cualquier otro, con sus soldados y sus poderes. A los ricos se les da la libertad de veranear en sus paraísos fiscales, con la *chai* de arte y ensayo, que la sacramental sólo sabe hacer punto.

A los pobres, asimismo, se les da a elegir entre la tortilla de patata con o sin cebolla, va en gustos, la cola o la pepsi, la boina o el chapiri de periódico, el mono o el niki, que también lo usa el presidente del Gobierno, el blanco o el tinto, Vega Sicilia o viejo de la casa, etc.

El ámbito de las libertades, pues, abre su abanico como el propio abanico de la costurerilla de Lavapiés, mariposa de cretona sobre la flor más gorda del verano, el seno robusto de la dama. El pueblo ha votado más de diez millones de sastras con abanico, y a eso lo llamo yo liberté, como cuando votaron a Felipe y la utopía cuatrocaminera del 82.

Pero los PP han cometido el error de llamarle a lo suyo liberalismo, lo que les permite negociar con todas las mafias del mundo, patrocinar el abuso de los libros de texto y los *estokops*, y en este plan, qué nivel Maribel.

El liberalismo, invento de ateneístas ociosos, y la libertad, herramienta social del proletariado, son cosas que van cada una por distinto camino, y no se nos pueden presentar los contratos basura como libertad ni la libertad de la prensa amiga (otra cosa es la otra) como liberalismo. Villalonga, un monstruo muñado entre la libertad y el liberalismo, está poniendo en peligro el Estado ahora mismo, cuando escribo en este libro. A ver quién le devuelve ahora a la jaula y le explica que liberalismo no es repartir una mina de oro joven entre los amigos, manchando la limpia y absoluta victoria de Aznar. El liberalismo, ya digo, es una cosa de pensadores, ateneístas y casinistas.

Pero Villalonga no ha pisado un ateneo en su vida, y, en cuanto a casinos, mejor que el de Madrid, tan culto y con gran biblioteca, prefiere el de Montecarlo, que tiene una cosa así como más marcha.

Sigo con la crónica puntual, como dicen ahora, de mi vida cotidiana, y voy

descubriendo que no tengo vida cotidiana. El escribir todas las mañanas no crea jamás cotidianidad, a no ser que uno se plagie a sí mismo. La aventura de ser nuevo cada día, o diferente, o inesperado, no permite ningún peligro o descanso de la rutina. Naturalmente, el lector apreciará luego (en las columnas, al día siguiente) que el autor se sigue moviendo dentro de sus coordenadas estéticas, inevitablemente fiel a sus manías, a sus ideas (que son las manías del genoma), y con todo esto hay que contar, pero lo que se le pide al escritor es que sea repetitivo dentro de la variedad, fiel a sí mismo dentro de la infidelidad, reconocible dentro de una irreconocibilidad que da la sorpresa narrativa o ideográfica. Una de las pocas ventajas que tiene este oficio es que prohíbe la cotidianidad y al mismo tiempo obliga a escribir cotidianamente.

Lo que de verdad me hubiera gustado ser es ebanista. Quizá porque en mi infancia, por azar, vi trabajar, en Valladolid y León, a varios ebanistas, y me gustaba eso de que tratasen la madera como masa, con facilidad, inspiración y variaciones. El ebanista es el estado bajo del Barroco, el artesano del gran arte, pero yo siempre tuve aspiraciones artesanas, sin contar con la torpeza de mis blancas y delicadas manos, que sólo acabarían dominando el caedizo papel, tan sutil y semejante (uso papeles muy finos) a una piel de mujer.

Recuerdo que mi madre le encargó a un ebanista de León una caja de ebanistería que luego no le pagó nunca, ni tenía dinero para ello. El ebanista acudía todas las semanas, reverencial, a pedir lo suyo, y mamá le recibía sentada en el lecho, inmarcesible como una Greta de no sé qué película, y lo dejaba para la semana siguiente. Así, años. El caso es que el ebanista, hombre enteco, remoreno, joven y de mono, nunca protestó sino que se sentía muy honrado de que mamá le recibiese una vez por semana. La grandiosidad de esa audiencia borraba sus fines, que es lo que ha de hacer siempre un buen político, y mamá aplicaba siempre este sistema a todo, como que lo había aprendido de don Manuel Azaña, del que dicen que fue secretaria. Yo me sentía protegido por mi madre y su elegantísima capacidad de no pagar.

Ebanista no fui nunca, por torpeza de manos, pero fui y soy pianista de la Olivetti, que es otra manera falsa de ganarse la vida, ya que sólo vendo palabras y las palabras están gratis en los diccionarios.

Puesto a exhibir mi vida cotidiana, se prueba una vez más que yo no tengo vida cotidiana: me llama el duque de Lugo para invitarme a comer en el Club 31. Llega elegante como siempre, con una de sus altas camisas, que son las que le permite su largo cuello. Cordial y hablador. Es partidario de enseñar a su hijo (dos años) muchos idiomas, y yo le digo que el idioma es la identidad y que borrarle o emborronarle a un niño la identidad es como borrarle la cara. El inglés es importante para los negocios, pero los negocios los hace el hombre y no hay hombre si no hay identidad. Jaime respeta lo que digo, pero le veo muy fiel al mito actual del hombre viajero, internacional, globalizado. Le cité filósofos, pero pasa.

Marichalar defiende sus ideas con tanta educación y buen sentido que no hay manera de reñir con él, cosa que tampoco deseo. Luego me pide ideas para el Museo del Prado, donde va a intervenir como presidente de la Fundación Winterthur, y le suelto inmediatamente mi rollo sobre Velázquez, que el lector de este libro ya conoce. Una proclama antiaustria. Luego le digo:

—Los museos están montados por los eruditos con arreglo a un orden didáctico, riguroso y aburrido. El Prado podría ser un museo, el primero del mundo, donde las obras y los autores se aunasen por épocas, por estilos, por afinidades, por gustos secretos. Que cada artista tenga su mundo, su reino, su clima, su galaxia. Yo veo un museo, y más el Prado, como un universo poblado de galaxias. En la nuestra el sol sería Velázquez.

Le gusta mucho la idea, pero es una idea «literaria» que duda de poder realizar frente al estado mayor de los sabios, los eruditos, los archiveros y los conservadores de

museos.

En general, es la conversación más a fondo que el duque y yo hemos tenido nunca. Luego hablamos de literatura. Me dice que se va a Málaga a presentar un libro del que no tiene ni idea. Nos despedimos hasta pronto y yo, arrastrado ya por el síndrome/Velázquez que me ha atacado este verano (pienso hacer un curso al respecto en El Escorial, como creo que ya he dicho), me voy al estudio de Pepe Díaz buscando más bufones, y Pepe me muestra un gran libro donde encuentro a don Antonio *el Inglés*, cuadro muy famoso, en que aparece el bufón, muy tieso, junto a su perro, su gran perro, más alto que él. El cuadro parece que está en el Prado, pero como los bufones no han sido reunidos (mal del que me he quejado más arriba), no recuerdo haber visto este famoso cuadro junto a sus compañeros de golfemia y facería. Del estudio de Pepe me escapo a una fiesta de fin de temporada que da Sisita Milans del Bosch, como todo el mundo. Previamente le busco un ramo de flores por Colón, pero las tiendas ya están cerradas y las flores dormidas, supongo.

Sisita de rojo y prisa. Su hija pequeña (la mayor ya está casada), directamente adorable. Inés en la terraza, bella en negro y con los finos hombros desnudos. Miquelo me dice que está combativo con su conferencia sobre Velázquez y expresa ideas originales sobre el tema. Luis Berlanga y él consideran el tema desde ángulos técnicos, reduciéndolo todo a geometría y espejos, aunque Miquelo me había dicho que lo suyo iba a tener una intención social e histórica, más o menos como lo mío.

A Berlanga lo encuentro mejor que nunca, después de un mal que tuvo. Me alegra su presencia, su sabiduría y su humor. También está María Jesús, que viene dándose polvos sobre el sudor. Esta pareja decidieron hace mucho dejar de recibirnos en su casa, ventaja social que celebro y desventaja humana (Luis) que siempre he lamentado. Casi todos los invitados de Sisita tienen un aire de ricos ociosos y maduros, de banqueros retirados, de terratenientes encurtidos por los soles del latifundio.

Mal plan para hablar con alguien.

Sisita ha metido en la fiesta una orquesta cubana de boleros. Inés y yo pensamos bailarnos algún bolero de Machín, pero no hay sitio. Demasiada gente, demasiada música y demasiados años. A la salida, otra vez la maravillosa hija de mi amiga, un delicado juego de belleza, inteligencia y arte social. Me voy muy triste de la casa. A mí tanta juventud y tanta belleza en una sola mujer me pone muy triste, prefiero olvidar su nombre para no estar luego repitiéndolo una semana.

¿Habrá llegado de verdad, para siempre, la hora de renunciar a estas sublimes novias de la vida, fuertes, frescas y rompedizas? Me temo que sí.

Pero lo intentaré con la siguiente.

El Papa les ha dicho a los homosexuales del mundo, con ocasión de todos los orgullos gais:

—Cargad con vuestra cruz y sed castos.

Hace poco le dijo a Galileo, con un cierto retraso horario:

—Carga con tu verdad y sé puntual.

Y a los judíos:

—Cargad con vuestro Hitler y sed judíos.

La manera que tiene este Papa de pedir perdón es recomendar que cada palo aguante su vela y cada perro se lama su cipote. La historia de la Iglesia es la historia de sus errores, más que la de sus milagros, porque los milagros no son otra cosa que errores inversos, pero tanto un error como un milagro vienen a alterar el orden natural de las cosas, que es un orden de chalets adosados donde tan a gusto estábamos sin Juan Pablo II.

Hubo un tiempo en que la homosexualidad venía del demonio, del vicio, de la enfermedad, del pecado. Pero la Iglesia ha dado un paso adelante y ya admite que el homosexual lo es como el cardenal es cardenal, porque nació ya para cardenal y se lo



decían de pequeño las visitas:

—Este niño llegará a Papa o cardenal.

Es decir, que la homosexualidad es un estado natural, una variante de lo sexual y lo zoológico, otra manera de vivir el sexo. Ante esta realidad de la historia natural, de la biología y de la plaza de Chueca, el Vaticano decide que al homosexual sólo le quedan dos opciones: entregarse a su peculiaridad o guardársela (la peculiaridad) en una caja de puros y vivir una orgía de santidad entre la iglesia y el convento. Sólo que ya nuestros clásicos, y mayormente Lope, nos informan de cuán dulcemente se pecaba en los conventos, haciendo baraja de todos los pecados de la carne, por separado o por junto, en mogollón u ordenadamente, cada mochuelo en su olivo. Los clásicos más minuciosos especifican cómo son los besos de monja y de galán, y hasta las téticas de novicia:

*No me las enseñes más  
que me matarás.*

El consiliario metía mano al monaguillo y la priora a la virgo, el confesor al novicio y cada uno donde podía. Aquellas costumbres afortunadamente se perdieron, y no porque los religiosos hayan cambiado de condición, sino porque los conventos y seminarios están vacíos, y ahora lo que busca Roma es un chico con vocación de cura para remediar cuatro beatas. En cuanto a la cruz sexual del chico, la Iglesia pasa de chaperas, que no son sino los ángeles caídos en la plaza de Callao.

«Que cargue con su cruz y sea casto.» ¿Por qué supone el Papa que la homosexualidad es una cruz?

Este planteamiento de la homosexualidad como pena no hace sino continuar los viejos conceptos según los cuales el homosexual estaba hecho de pecado. El Papa pretende abrirse y ser liberal, pero le traicionan sus preconceptos. Sigue considerando la práctica homosexual como pena y no como gozo. Roma no se ha movido del sitio. Sacan la medicina de la castidad, pero les cuesta hablar abiertamente del hecho homosexual como parte de la realidad y pluralidad del mundo, con el respeto que se debe a lo que sencillamente existe, es.

Bien. El homosexual ya ha cargado con su cruz. Ahora se trata de que sea casto. Y aquí nos encontramos otra contradicción. Si la Iglesia ha admitido la naturaleza y la naturalidad, digamos, de esa modalidad sexual, ¿por qué exhorta a ese hombre o mujer a abstenerse? Si habíamos llegado al acuerdo de que sólo se trata de una variante sexual, quiere decirse que el homoerótico no tiene más pecado que el heterosexual, y ese pecado lo resuelve la Iglesia con la pareja. Al aconsejarle castidad al *homo* están decidiendo otra vez que es un espantoso pecador.

Estas decisiones papales, vaticanas, no tienen mayor valor sociológico, naturalmente, ya que los propios católicos las ignoran o las olvidan, pero sí nos sirven a los demás para calibrar en qué grados de medievalismo, atraso, error y fanatismo está la Iglesia, pese a que ellos se propugnan como protagonistas de un gran papado moderno, sólo porque tienen un Papa que viaja mucho.

Lo único grave del problema es este chocar con el fondo duro del catolicismo y comprobar que nuestros religiosos y nuestro Papa están congénitamente incapacitados para dar un paso adelante, para entender el dinamismo de la vida y la clarividencia de los científicos.

Y es que el encuentro con todo esto supondría, no el *aggiornamento* de una Iglesia feudal, sino la pérdida del sentido, de la misión, del mensaje que esta institución pueda tener en el mundo actual, cuando acaban de dar un penoso ejemplo de infantilismo con los mensajes de Fátima, y cuando los últimos y prodigiosos avances sobre el genoma nos explican que el hombre, sí, efectivamente, tiene destino, pero no el destino celeste de Dios y los demás astros, sino el destino natural de la herencia y la personalidad. Asistimos justo en el 2000 al final de una de las grandes supersticiones de Occidente o

*Grandes Narrativas* de Lyotard.

Y esto no ocurrirá sin daño.

Fin de semana. Tarde en casa de unos amigos neutrales, piso que no es de nadie y es de todos. La cosa tiene algo de aquellos guateques dominicales de los cincuenta, pero aquí todo es más sombrío en el filo de la luz, más callado bajo la conversación de la música, más cruento en la elegancia, ya tan usada, de unas vidas que decaen y otras vidas que herborizan. A veces le invitan a uno a sitios así.

Irma, la buena amiga que me recibe, tiene en su cabeza de mito el ladeamiento derrotado de una mujer fuerte y sola. Me saca a la gran terraza para que yo vea la tarde arbolada, cerrada como una selva, que realmente es Madrid bajo el sol de julio, con el anacronismo botánico de unas palmeras y la perspectiva azul de un sur recalentado, quemado e infinito. Aquí hablamos de perfil, con la mirada aparte, pero yo sé que nuestras miradas se juntan en esa plenitud de julio madrileño que está siempre realizándose en otra parte:

—¿Estás asustada?

—Estoy sola.

No procede decirle que estoy aquí para acompañarla, porque no es verdad. Llega más gente, y he ahí el viejo odiador con su saludo que no llega a irónico, por falta de gracia personal:

—¿Qué haces, Umbral, sin un whisky en la mano?

Es una manera vaga y directa de sugerir que me imagina alcoholizado, que es tanto como decir derrotado. Hemos venido aquí a comprobar cómo la amistad, su metal inocente, se ha llenado de orín, cómo todas las relaciones tienen un revés de odio, cómo la aleación amistad, triunfo y fracaso es la moneda que nos intercambiamos todos los días, en todas las fiestas, y lo digo ahora, al final de este libro, cuando no va a cambiar nada sino que brillarán un momento los despojos de nuestros dientes, en cementerial parodia de cuando éramos amigos. La vida social (a la que tantas páginas he dedicado aquí) no es sino la lenta transformación de los metales en metaloides y de los besos en veneno cansado que no mata, pero nos deja a todos enfermos de tiempo y memoria. Llegan las adolescentes, muy jóvenes para tanta crueldad, pero encendidas por la luz de una esperanza literaria o artística, con sus brazos desnudos y sus ojos de cierva un poco asustada.

Hijas mías, estarían mejor allá abajo, diez pisos más abajo, en la oblea de los parques y el cansancio de la tarde, bajo emparrados de algo que no es parra sino ese paraíso bobo de la eterna juventud. No tienen réplicas. Se les nota la edad, la falta de edad, en que no tienen réplicas ni siquiera consideran que necesitarían una réplica. Nosotros, los viejos, hemos puesto el ingenio en nuestras réplicas y la amargura en nuestra obra. El gran apartamento no es sino como una península de música y conversación en el mar celeste de la tarde. Desde su cuadro, don Carlos Marx todavía nos considera con gallardía de abuelo. Su tumba de libros fue nuestro punto de cita, pero de eso hace ya muchos años, él no ha cambiado de postura, mientras nosotros creemos girar silenciosamente hacia la verdad del día siguiente.

Llegan los homosexuales, en grupos o por separado. Está el poeta de los anillitos que habla y habla con una boquita susurrante y pequeña, bajo la impersonalidad circense de unas gafas de colores. El ingenio de este imprescindible tiene el inconveniente de que es siempre el mismo. Cuenta muchas cosas, pero siempre las cuenta igual, parecen siempre la misma cosa.

Claro que peor es el homosexual soso, el que se comporta casi como un heterosexual. Ellos no están dolientes, como nosotros, quizá porque superan continuamente el dolor mediante el ingenio o porque «han cargado con su cruz», como les aconseja el Papa estos días en la prensa, o más bien porque no hay ninguna cruz. Su objetivo es tan claro y tan expreso que les envidiamos la libertad con que se mueven, lo resuelto que

lo tienen todo, aunque imagino que en el fondo sufrirán las mismas contradicciones que los demás, sólo que con otra clave. El hombre no cambia de dolor aunque cambie de sexo. Luego el dolor no estaba ahí sino en el ser mismo, en el *ser*, por utilizar la cursiva pedante de los filósofos. Hay el homosexual ruidoso y feliz que no se cuida de su apariencia, como si fuera un joven padre de familia con cinco hijos, y hay, por el contrario, el intelectual estético que va de monóculo y laconismo (no se le ocurre nada) y en cuyo cráneo afeitado apunta un germanismo débil y como aristocrático que no llega a triunfar como debiera.

Irma es una mujer en la edad difícil del amor cansino o el éxito social. Pero no hemos venido aquí a representar la comedia de las frustraciones como un Edward Albee. Todos tenemos una punta de gloria, un repunte de fama, el recuerdo de un éxito, el ademán de recoger un premio, pero eso no basta, se ve que no basta, y el escritor ceniciento, el confidencial/convencional me saca de nuevo a la terraza para atormentarse y atormentarme con sus miedos, sus catástrofes, sus rumores, sus intrigas, que él piensa que son las mías, pero una angustia jamás se parece a otra. Cada uno tenemos nuestra manera de sufrir y por eso estamos siempre solos en el sufrimiento. No hay dos hombres ni dos mujeres que puedan hacer de su vida, de su muerte, un solo sufrir.

Veo que me van sacando a la terraza, de uno en uno, como para confesarse ante mí y ante el gran crepúsculo sin escenografía. Está la más cercana para mí y la más lejana, tan inmediata que ni siquiera su nombre se interpone entre nosotros. Me trae un plato con un poco de carne, una servilleta, pan, no sé, y me lo deja sobre las rodillas. Es la única que tiene el toque, la mariposa en la pluma, la flor en la sonrisa, pero es asimismo una mujer que superó el remordimiento y ha descubierto que más allá del remordimiento hay algo peor. El tiempo va imaginando otras mujeres en su cuerpo, degradándola, pero en la risa, en las manos, en los zapatos conserva la gracia natural que luego le despunta escribiendo. Le tengo cariño a Pilar —no se llama Pilar— de lejos y de cerca, pero hay demasiada masa de biografía entre nosotros y apenas nos damos la ternura necesaria y fugaz. Todo lo más un pequeño plato de carne roja.

Entre nosotros pasa la ciega, el espectro femenino de las gafas negras, esa mujer eternamente joven, eternamente no/joven, que ha sido personaje en muy distintas representaciones de nuestra vida, que quizá sea hermana generacional de Irma, pero que sólo avanza, nos tantea, hace su papel de ciega, que es una manera de que nadie le mire a los ojos llenos de figuras, a la ceguera llena de clarividencia y de luz. Lento caminar de la falsa ciega que nos va eligiendo con algo mortuorio, para la caricia, para el saludo, para el reconocimiento, para la mirada profunda de sus ojos negros, muy mirados por la vida.

Cuando la angustia, la endogamia, la identificación de todos con todos, se me hacen insoportables como el silabeo incesante de la oxidada música, entonces me voy sin apenas despedirme, dudo entre arrojarme al Botánico desde este décimo piso o bajar andando las escaleras, con lo que eso le cuesta a mi pie izquierdo (vaga cojera dandy), pero Irma baja conmigo, maternal y ocasional, me indica innecesariamente el camino, como si no fuéramos dos viejos madrileños, y vuelve arriba a un piso lleno de gente donde la espera su anacrónico Marx, el abuelo que todos perdimos cuando jóvenes y que ya nada nos dice, porque si dijese algo sería peor.

*La Dacha, 2000.*

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

Ahumada, Francisco Javier Girón, duque de.  
Alba, Cayetana Fitz-James Stuart, duquesa de.  
Alberti, Rafael.  
Alcaraz (pintor).  
Alcocer, Alberto.  
Aldecoa, Josefina.  
Aleixandre, Vicente.  
Alfaro, José María.  
Almodóvar, Pedro.  
Almunia, Joaquín.  
Alonso, Esperanza.  
Álvarez Cascos, Francisco.  
Álvarez del Manzano, José M<sup>a</sup>.  
Álvarez del Vayo, Julio.  
Álvarez Ortega, Rafael.  
Allen, Woody.  
Anguita, Julio.  
Anson, Luis María.  
Aranguren, José Luis López.  
Areilza, José M<sup>a</sup>.  
Arespacochaga, Juan de.  
Argenta.  
Argenta, Ataúlfo.  
Arias Navarro, Carlos.  
Arnedo, Elena.  
Asquerino, María.  
Aub, Max.  
Ávalos, Juan de.  
Avia, Amalia.  
Ayala, Francisco.  
Aycart, Juan.  
Azaña, Manuel.  
Aznar, José M<sup>a</sup>.  
Azorín, José Martínez Ruiz.  
Balenciaga, Cristóbal.  
Bardem, Juan Antonio.  
Barea, José.  
Barga, Corpus.  
Barrionuevo, José.  
Basterra, Ramón de.  
Baudelaire, Charles.  
Bausch, Pina.  
Bautista, Aurora.  
Belén, Ana.  
Benavente, Jacinto.  
Bergman, Andrew.  
Berlanga, Luis García.  
Berlinguer, Enrico.  
Bertolucci, Bernardo.  
Blair, Tony.  
Blanco, Hermanos.

Blanco, Pepe.  
Blanchery, Nicole.  
Bono, José.  
Borbón y Battenberg, Juan de.  
Borbón y de Borbón, Margarita de.  
Borbón y Grecia, Elena de.  
Borbón y Grecia, Felipe de.  
Borbón y Orleans, María de las Mercedes de.  
Borbón, Gonzalo de.  
Borges, Jorge Luis.  
Borrell, Josep.  
Bosch, Lidia.  
Bosé, Lucía.  
Botella, Ana.  
Botín, Ana Patricia.  
Botín, Emilio.  
Boyer, Miguel.  
Brando, Marión.  
Brandt, Billy.  
Brunner, Guido.  
Buero Vallejo, Antonio.  
Buesa, Fernando.  
Bukowski, Charles.  
Bulgaria, Simeón de.  
Bunuel, Luis.  
Burgueño, Gregorio.  
Caldas.  
Calvo Sotelo, Leopoldo.  
Camacho, Josefina.  
Camacho, Marcelino.  
Campmany, Jaime de.  
Campos, Teresa.  
Camus, Mario.  
Cánovas del Castillo, Antonio.  
Cantero, Luis.  
Carrero Blanco, duquesa de.  
Carrero Blanco, Luis.  
Carrillo, Santiago.  
Casona, Alejandro.  
Castaño, Marina.  
Castellano, Pablo.  
Castilla del Pino, Carlos.  
Cela, Camilo José.  
Celaya, Gabriel.  
Cervera, Carmen.  
Chacel, Rosa.  
Champourcin, Ernestina de.  
Chaplin, Charles.  
Chávarri, Marta.  
Chaves, Manuel.  
Chumy Chúmez.  
Cioran, Emile Michel.

Cisneros.  
Clinton, Bill.  
Conde, Mario.  
Conde, Rosa.  
Cooper, Gary.  
Cortina, Alberto.  
Cristóbal, Ricardo.  
Cuenca, Luis Alberto de.  
Cuesta, Fernando.  
Cuevas, José M<sup>a</sup>.  
Cunqueiro, Álvaro.  
Dalí, Salvador.  
Dans, María Antonia.  
Darío, Rubén.  
Del Castillo, Pilar.  
Del Pozo, Raúl.  
Delibes, Miguel.  
Derrida, Jacques.  
Díaz Plaja, Fernando.  
Díaz, Pepe.  
Díaz, Poli.  
Diego, Gerardo.  
Diez Alegría, José M<sup>a</sup>.  
Diez de Rivera, Carmen.  
Diez, Rosa.  
Domenchina, Juan José.  
Dominguín, Luis Miguel.  
Duarte de Perón, Eva.  
Duchamp, Marcel.  
Duval, Norma.  
Escalante, Amos de.  
Escámez, Alfonso.  
Escobar, Luis.  
Escobar, Manolo.  
Escudero, Beatriz.  
Espert, Nuria.  
Extremadura, Pepe.  
Fairbanks, Douglas.  
Fernández Aceytuno, Mónica.  
Fernández Campo, Sabino.  
Fernández Cuesta.  
Fernández Miranda, Torcuato.  
Fernández Ordóñez, Francisco.  
Fernández Tapias, Fernando.  
Fernán-Gómez, Fernando.  
Fierro, Cuqui.  
Foxá, Agustín de.  
Fraga, Manuel.  
Franco, Antonio.  
Franco, Francisco.  
Franco, Ricardo.  
Frutos, Francisco.

Fukuyama, Francis.  
Gala, Antonio.  
Galdós, Benito. Garbo, Greta.  
García Campoy, Concha.  
García Lorca, Federico.  
García Nieto, José.  
García Pintado, Angel.  
García Posada, Miguel.  
García Sánchez, José Luis.  
García, José M<sup>a</sup>.  
Garciasol, Ramón de.  
Garzón, Baltasar.  
Gatell, Angelina.  
Gil Robles, José M<sup>a</sup>.  
Gil y Gil, Jesús.  
Giménez, Esther.  
Gimferrer, Pere.  
Goethe, Johann Wolfgang von.  
Gómez de la Serna, Ramón.  
Gómez Llorente, Luis.  
Góngora, Luis de.  
González, Ángel.  
González, Felipe.  
Goya, Francisco de.  
Goyanes, María José.  
Grant, Cary.  
Grecia y Hannover, Sofía de.  
Grosso, Alfonso.  
Guerra, Alfonso.  
Guillén, Jorge.  
Gutiérrez Mellado, Manuel.  
Gutiérrez, Antonio.  
Haro Tecglen, Eduardo.  
Hayworth, Rita.  
Hermida, Jesús.  
Hernández Mancha, Antonio.  
Hernández, Miguel.  
Herralde, Jorge.  
Herrero de Miñón, Miguel.  
Herrero Tejedor, Fernando.  
Hidalgo, Manuel.  
Hierro, José.  
Hory, Elmyr D'.  
Huarte, Felipe.  
Hugo, Victor.  
Ibarretxe, Juan José.  
Ibárruri, Dolores.  
Iglesia, Álvaro de la.  
Iglesias, Gerardo.  
Izquierdo, Paula.  
Jagger, Mick.  
Jarnés, Benjamín.

Jáuregui, Fernando.  
Jiménez, Juan Ramón.  
Jodra, Carmen.  
Jospin, Lionel.  
Juan Carlos I.  
Juan Pablo II.  
Juaristi, Jon.  
Kennedy, John Fitzgerald.  
Kohl, Helmut.  
Koplowit/, Alicia y Esther.  
Lacalle, José Luis López.  
Lacan, Jacques.  
Lara, José Manuel.  
Largo Caballero, Francisco.  
Larra, Mariano losé de.  
Lasa, José Antonio.  
León, M<sup>a</sup> Teresa.  
León, Rosa.  
Linares, Andrés.  
Lodares, Juan Ramón.  
López Salinas, Armando.  
López, Antonio.  
Loren, Sofía.  
Lorenzo, Pedro de.  
Luca de Tena, Catalina.  
Luca de Tena, Guillermo.  
Luca de Tena, Torcuato.  
Lucio.  
Luis, Leopoldo de.  
Lyotard, Jean-François.  
Llanos, padre.  
Llopis, Rodolfo.  
Llorente, Manu.  
Machado, Lola.  
Magritte, René.  
Mailer, Norman.  
Malasaña, Manuela.  
Mann, Anthony.  
Marichalar y de Borbón, Felipe Juan Froilán de Todos los Santos de.  
Marichalar, Jaime de.  
Marina, José Antonio.  
Marisol.  
Marqueríe, Alfredo.  
Marsillach, Adolfo.  
Marsillach, Blanca.  
Martín Descalzo, José Luis.  
Marx, Karl.  
Mathieu, Jean Louis.  
Matutes, Abel.  
Mayor Oreja, Jaime.  
Menchú, Rigoberta.  
Mihura, Miguel.



Milans del Bosch, Jaime.  
Milans del Bosch, Sisita.  
Miller, Henry.  
Mingote, Ángel Antonio.  
Miró, Pilar.  
Molina, Ángela.  
Montaigne, Michel de.  
Montiel, Sara.  
Morales, Sofía.  
Morán, Fernando.  
Moriarty, Marta.  
Música, Enrique.  
Muñoz, Lucio.  
Narvi3n, Pilar.  
Negr3n (hijo).  
OPS/El Roto.  
Oreja, Marcelino.  
Oriol y Urquijo (empresario).  
Oriol, In3s.  
Oriol, Miguel.  
Ors, Eugenio D'.  
Ortega Spottorno, Jos3.  
Ortega y Gasset, Jos3.  
Ortega, Andr3s.  
Ostos, Jaime.  
Otero, Blas de.  
Palacio, Loyolade.  
Palme, Olof.  
Paredes, Marisa.  
Pasolini, Pier Paolo.  
Peraile, Meliano.  
Perel3tegui, Jos3 Antonio.  
Perich, Jaume.  
Picasso, Pablo.  
Pimentel, Manuel.  
Pineda, Mariana.  
Pino, Hilario.  
Pinochet, Augusto.  
Piqu3, Josep.  
Plaza, Jos3 Carlos.  
Polanski: Rom3n.  
Porcel, Baltasar.  
Portera, Alberto.  
Posadas, Carmen.  
Pradera, Javier.  
Prado y Col3n de Carvajal, Manuel de.  
Preciado, Nativel.  
Preysler, Isabel.  
Prieto, Indalecio.  
Prieto, Mart3n.  
Primo de Rivera, Jos3 Antonio.  
Proust, Marcel.

Pujol, Jordi.  
Quevedo, Francisco de.  
Rabal, Damián.  
Rabal, Francisco.  
Rajoy, Mariano.  
Ramírez, Pedro J.  
Ramoncín.  
Raphael.  
Rato, Rodrigo.  
Reagan, Ronald.  
Redondo, Nicolás.  
Répide, Pedro de.  
Revés, Carlos.  
Rigalt, Carmen.  
Rilke, Rainer Maria.  
Robles Piquer, Carlos.  
Rodríguez Galindo, Enrique.  
Rodríguez Ibarra, Juan Carlos.  
Rodríguez Lafuente, Fernando.  
Rodríguez Sahagún, Agustín.  
Rodríguez, Claudio.  
Rodríguez, Miguel Angel.  
Rojo, Vicente.  
Roldán, Luis.  
Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, conde de.  
Romero, Carmen.  
Romero, Emilio.  
Romero, Pedro.  
Rosa, Javier de la.  
Rubio, Mariano.  
Ruiz Gallardón, Alberto.  
Ruiz Mateos, José M<sup>a</sup>.  
Ruiz, Gema.  
Ruiz-Giménez, Joaquín.  
Sabina, Joaquín.  
Sáenz de Santamaría, José Antonio.  
Sainz, Tina.  
San Juan, Máximo.  
Sancha, Antonio de.  
Sánchez Bella, Alfredo.  
Sánchez Montero, Simón.  
Sánchez, Alberto.  
Sanz Villanueva, Santos.  
Saramago, José.  
Sarasola, Enrique.  
Sartorius, Nicolás.  
Sartre, Jean Paul.  
Sastre, Alfonso.  
Sauquillo: Francisca.  
Saura, Carlos.  
Schommer, Alberto.  
Sebastián, Pablo.

Semprún, Jorge.  
Sender, Ramón J.  
Serra, Eduardo.  
Serra, Narcís.  
Serrano, Pablo.  
Shakespeare, William.  
Sinatra, Frank.  
Siruela, marquesa de.  
Solana, Cuca.  
Solana, Javier.  
Solchaga, Carlos.  
Solís, José.  
Soriano, Elena.  
Sotillos, Eduardo.  
Stampa Braun, José M\*.  
Stone, Sharon.  
Suárez, Adolfo.  
Summers, Manuel.  
Tamames, Carmen.  
Tamames, Ramón.  
Tarradellas, Josep.  
Tejero, Antonio.  
Teresa de Calcuta.  
Tierno, Enrique.  
Tocino, Isabel.  
Toledo, Pedro.  
Torre, Claudio de la.  
Torres Villaroel, Diego de.  
Torróntegui.  
Trapote (empresario).  
Trillo, Federico.  
Trujillo, Lita.  
Unamuno, Miguel de.  
Ussía, Alfonso.  
Valverde, José M<sup>a</sup>.  
Valladares, Paco.  
Valle-Inclán, Ramón del.  
Vallejo, César.  
Vargas Llosa, Mario.  
Vázquez Montalbán, Manuel.  
Velázquez, Diego.  
Vera, Victoria.  
Verdú, Vicente.  
Verstrynge, Jorge.  
Vicente y Tarancón, Enrique.  
Vilallonga, José Luis de.  
Villalonga, Juan.  
Visconti, Luchino.  
Vizcaíno Casas, Fernando.  
Voltaire.  
Vosstel.  
Welles, Orson.

Ybarra, Emilio.  
Zabala, José Ignacio.  
Zamacois, Eduardo.  
Zambrano, María.  
Zarzalejos, José Antonio.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 1 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico* (1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar* (1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País* (1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

*Spleen de Madrid-2* (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.

## Notas

- <sup>[1]</sup> En una tertulia de aviadores. (N. del a.) <<
- <sup>[2]</sup> Antes Renault. (N. del a.) <<
- <sup>[3]</sup> Ya cesado. (N. del a.) <<